La guerrera de NÁDÚR

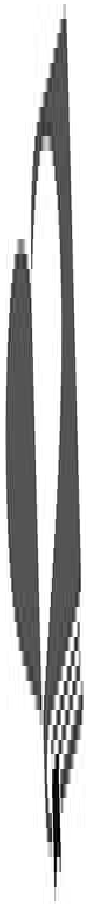
JESSICA LOZANO

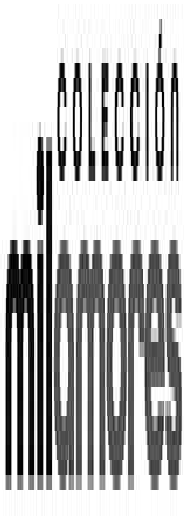
Edición especial Kindle Unlimited

La guerrera de Nádúr

Edición especial Kindle Unlimited

Jessica Lozano




COLECCIÓN
MONOGRAFÍAS

La guerrera de Nádúr
Edición especial Kindle Unlimited

ISBN ebook: 9788419542427

Derechos reservados © 2021, por:

© del texto: Jessica Lozano
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Aquellos que creen en la magia
están destinados a encontrarla.

Índice

Agradecimientos 9
Prólogo 13
Capítulo 1 23
Capítulo 2 37
Capítulo 3 51
Capítulo 4 69
Capítulo 5 85
Capítulo 6 95
Capítulo 7 107
Capítulo 8 119
Capítulo 9 131
Capítulo 10 145
Capítulo 11 161
Capítulo 12 173
Capítulo 13 185
Capítulo 14 199
Capítulo 15 213
Capítulo 16 229
Capítulo 17 243
Capítulo 18 259
Capítulo 19 271
Capítulo 20 285
Capítulo 21 301
Capítulo 22 313
Capítulo 23 325
Capítulo 24 337

Capítulo 25 353
Capítulo 26 367
Epílogo 381
Nota de la autora 393

Agradecimientos

Esta novela la empecé en el 2017 y tuve claro que te la dedicaría a ti, mamá. Después de tanto tiempo, quién iba a decirnos que poco después de acabar esta novela te íbamos a hacer abuela. Gracias por todo ese amor que siempre me has dado, por ese cariño que nunca me ha faltado. Tu nieta ahora recibirá de tu parte todo ese amor incondicional. Ver cómo la miras, cómo la abrazas, es para mí el mayor de los regalos. Te quiero infinito.

A una de las personas que más tengo que agradecer esta novela es a ti, Mónica; sin ti no habría sido posible. Parece que es la típica frase que se dice para quedar bien, pero es absolutamente cierto. Hubo un momento en el que estaba tan atascada que no sabía ni por dónde continuar la historia. Con esa paciencia que te caracteriza, estuviste ahí para que mi cabeza uniera las piezas de ese puzle que tanto me costaba juntar. Gracias por esas llamadas, por esos momentos en los que te necesitaba y sacabas tu magia. Gracias por darme una de las cosas más valiosas de la vida, tu tiempo, aun cuando casi no lo tenías ni para ti misma. Este libro nos ha unido más y siempre te lo digo: tiene una parte de ti.

Gracias a mi tía Mili. Estuviste ahí ayudándome también con esta novela siendo mi lectora cero, siempre mostrándome que estás deseando leerme, siempre objetiva y crítica cuando más lo necesito. Me encanta tener este *hobbie* en común contigo. Te quiero mil, gracias por estar ahí.

Gracias a mi tía Marisol por esos preciosos dibujos. Qué paciencia tuviste conmigo. Nos costó, pero no podía gustarme más que tus pinturas formen parte de mi novela y hayas retratado al personaje de Brianna. Mil gracias.

Gracias a Carol, mi supercorrectora de la que no puedo prescindir. Trabajar contigo es un placer, todo fluye y se vuelve fácil. Eres una gran profesional y amiga. Qué más puedo pedir, tengo todo lo bueno de ti.

Gracias a Fernando por sus explicaciones científicas, por escucharme incluso cuando pensamos tan diferente. Las charlas contigo son siempre interesantes, aunque intentes transmitirme ese realismo que tanto te caracteriza. Espero algún día convencerte, aunque sea un poco, de que no siempre son todo casualidades, sino causalidades.

Gracias a Vane por sus consejos, por ser esa lectora cero que siempre encuentra un detalle que se me escapa. Vales mucho, «amigui», en todos los sentidos.

Gracias, Kris, por ayudarme tanto siempre, por ser mi mentora, por tus consejos, por tus mensajes casi diarios. Eres una escritora profesional, transmites magia con tus libros. Estoy segura de que, tarde o temprano, el mundo entero lo sabrá. Mientras tanto, soy infinitamente afortunada de tenerte como amiga; eso no tiene precio. Te quiero muchísimo.

Gracias, Mari, mi Kendra, por estar siempre ahí, mi amiga del alma. Eres luz, nunca me cansaré de decírtelo, y yo soy la afortunada por tenerte y por que me guíes con ese resplandor tan bonito que desprendes. Te quiero infinito, amiga.

Gracias, Luis, por tu paciencia. Esta novela ha costado y tú siempre has estado ahí, dejándome mi espacio, ayudándome. Fuiste tú hace unos años el que me sembró la semilla de esta novela, fue gracias a ti. Qué afortunada soy de tenerte, de las veces que me haces reír, de sentirme tan querida por ti. Cada día te quiero más, eres mi compañero de vida.

Gracias, Carla, mi hermanita pequeña a la que quiero con locura. Tan distintas, pero con la certeza de que estamos ahí cuando nos necesitamos. Tu felicidad es la mía y estoy orgullosa de tener una hermana como tú.

Gracias a todos los lectores que estáis ahí. Sin vosotros, mis novelas no tendrían sentido. Gracias a vosotros y a vuestros comentarios, mi ilusión por escribir sigue viva.

Y gracias a ti, mi niña, gracias por elegirnos como tus papás. Tú eres el verdadero significado de la magia.

Brianna, estas palabras son de Luis, tu papi:

«Gracias al universo, que nos ha enviado esta estrella que eres tú a nuestra familia para salvar al clan. Eres el regalo más especial que hemos recibido. Has venido a ser la hija de todos y cada uno de nuestros familiares y amigos cercanos, porque todos te hemos estado

esperando durante mucho tiempo y, ahora que estas aquí, has hecho que nuestras vidas sean mucho más mágicas».

Prólogo

Siglo XI *d. C., Irlanda*

El entusiasmo y las risas contagiaban a todos los que estaban allí reunidos. Iba a ser un día especial. Muchas aldeas vecinas se congregaban para celebrar el inicio de la primavera, bailaban, hacían juegos en grupo y llevaban comida para compartirla con todos. Para unos, era la oportunidad de conocer a niños de clanes distintos y para otros, la única ocasión en la que se reencontraban, ya que muchos de ellos venían de lugares lejanos. Cada año lo celebraban en una aldea distinta; esa vez les había tocado en la suya y se sentían emocionados.

Las horas pasaron muy deprisa, el sol se ocultó dando paso a la noche y el niño se alejó del gentío para disfrutar un rato de la soledad. Le gustaba tumbarse en la colina cerca de la aldea a observar las estrellas. En aquel lugar era donde se apreciaba mejor el cielo, también era el sitio más tranquilo para hacerlo.

Siempre se hacía las mismas preguntas: ¿qué habría allí arriba?, ¿cómo sería poder viajar a esa oscuridad iluminada? Desde muy pequeño le gustaba investigar, preguntar a los adultos por los misterios de las estrellas.

Esa noche la luna brillaba de una forma especial. Redonda y envuelta en un halo rojizo, daba la impresión de estar tan cerca que, si estirara el brazo, podría rozarla con los dedos. Escudriñó el inmenso cielo que le atraía de una forma extraña, casi hipnótica. Expectante sin apenas pestañear, esperaba que las estrellas fugaces hicieran su aparición. En verano eran mucho más visibles, parecían lágrimas que caían a la Tierra. La primera vez que vio una se quedó horas sin moverse, sin poder apartar los ojos del firmamento; fue algo sorprendente. Quería disfrutar del instante que le regalaban, tan efímero pero a la vez tan especial y mágico para él. Se había convertido en una de sus noches especiales junto con la del solsticio de primavera.

Se incorporó para volver a reunirse con los suyos y algo llamó su atención: una luz intensa y anaranjada que se divisaba desde allí. ¿Era en la fiesta? Escuchó un grito y se tensó. El resplandor era cada vez más fuerte; algo iba mal, por lo que aceleró el paso en dirección a la aldea. A medida que se acercaba, comenzó a distinguir voces desesperadas.

«Fuego». Corrió a toda prisa mientras el pecho le latía con fuerza. Los gritos y el sonido de las espadas chocando entre sí llegaban de forma más nítida a sus oídos, y supo con total certeza que los estaban atacando.

Al fin llegó. La confusión era absoluta, lo que antes eran risas y encuentros ahora se había convertido en muerte y destrucción. Observó horrorizado cómo las llamas avanzaban con el único propósito de arrasar todo a su alrededor, las casas ardían mientras la gente no paraba de correr con la esperanza de huir de aquellos salvajes. Ante sus ojos, el humo ocultaba de forma tenue las atrocidades que esos hombres estaban cometiendo. La garganta le quemaba hasta casi asfixiar sus pulmones. En cualquier lugar donde mirara, solo veía llantos, gritos, niños que corrían sin saber qué hacer ni a dónde ir. El pánico y el heroísmo se mezclaban entre los aldeanos. Por un lado, el miedo de ser asesinados; por el otro, la valentía de salvar a sus seres queridos por encima de sus vidas.

Distinguió a los hombres del clan Thabit, los identificó por sus crestas y por la inconfundible pintura roja que marcaba sus rostros. También reconoció al clan Duhr por sus largas barbas trenzadas. Eran robustos y fuertes, y siempre se mantenían al margen de aquellas reuniones. El resto de los clanes los aborrecían y la rivalidad entre ellos era más que evidente, pues sus premisas eran el odio y la violencia.

No podía creer que unas horas antes el escenario fuera tan distinto. Esa noche los habían cogido desprevenidos; no solían bajar la guardia, aunque hacía tiempo que no ocurría nada. Siempre había hombres vigilando, pero esa vez los superaban en número. Debían defender a los niños y ancianos, y aunque muchas mujeres podrían luchar, sus enemigos habían aprovechado el factor sorpresa, por lo que se encontraban en un momento de gran debilidad. Aquellos salvajes querían provocar todo el daño que pudieran sin importarles matar al mayor número de inocentes en su camino.

Esquivó a hombres que chocaban sus espadas con fiereza y atravesó

el fuego que ardía a su alrededor hasta llegar a la mesa donde había visto a su familia por última vez. Encontró a su madre inerte en el suelo en lo que parecía un estéril intento de proteger a su hermano, que yacía a su lado con dos flechas que profanaban su pequeño cuerpo; las dos flechas que le habían arrebatado la vida. Desesperado, buscó a su padre y a su hermana sin ser capaz de encontrarlos. Según avanzaba, veía cuerpos ensangrentados, cuerpos de amigos y conocidos con los que hacía tan solo un instante había reído, jugado y bromeado. Miró a su alrededor sin saber qué hacer. El corazón le latía violentamente. El olor a piel quemada se introducía dentro de él con cada bocanada, arañaba su garganta con cada respiración. Los ojos le picaban; se los restregó para quitarse las lágrimas y lograr ver mejor. A lo lejos divisó a su padre, lo vio caer de rodillas frente al guerrero que lo había derrotado mientras lo miraba con cariño y dolor. Le susurró una palabra antes de caer: «Corre».

—¡¡Padre!! —gritó, desesperado.

Fue corriendo en su dirección; no huiría, no haría caso a la última orden de su padre, no se pondría a salvo. Cogió una espada y, con furia, se dirigió hacia el hombre que había acabado con él. Este lo miraba sonriendo como si fuera un niño insignificante, incluso lo ignoró y le dio la espalda sin molestarse en luchar. Justo cuando iba a alcanzarlo, una flecha le atravesó la pierna, derrumbando al bárbaro, por lo que fue más fácil acceder a su objetivo. Ahora lo tenía en el suelo y podía clavarle la espada sin que apenas se defendiese. El hombre se dio la vuelta para enfrentarse a sus ojos. La venganza porque hubiera matado a su padre le cegaba, lo transmitía con la mirada; ya que en el rostro del bárbaro se reflejó un halo de miedo. Sin vacilar, le clavó la espada en el corazón, y un gemido de agonía salió de su garganta cuando expiró su último aliento. Era la primera vez que mataba y lo único que sintió fue alivio por acabar con el asesino de su padre.

Se dirigió corriendo hacia él, lo abrazó al mismo tiempo que lo zarandeaba.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Responde!

Yacía inerte y sin vida. En menos de un segundo, toda su existencia había cambiado.

No localizaba a su hermana mayor, pero estaba seguro de que se encontraba entre los cadáveres. Se había quedado solo. Un fuerte alarido salió de su garganta mientras las lágrimas le caían por las

sucias mejillas. No supo cuánto tiempo permaneció así, quizá fueron unas horas o solo unos minutos, hasta que tuvo las fuerzas de levantarse y comenzar a andar sin rumbo. Lo único que quería era que todo aquello acabase pronto, no tenía nada por lo que vivir ni luchar; se quedaría esperando el final.

Miró hacia arriba y observó el contraste. Se estaba librando una gran batalla y, sin embargo, el cielo permanecía impasible como si nada le afectara. A su alrededor, el sonido y los gritos habían desaparecido, solo veía las caras de terror, de odio, la muerte, el fuego consumiendo lo que se encontraba a su paso. Las imágenes parecían ir más despacio, apreciaba cada detalle de forma más nítida. Fue entonces cuando un rápido movimiento llamó su atención.

***

Una niña de unos siete años, llena de barro y mugre, observaba el caos a su alrededor, paralizada. No le caían lágrimas de los ojos, tampoco chillaba; solo miraba el terror que esos hombres estaban provocando.

La pequeña no veía ni a sus padres ni a sus hermanos. A lo lejos vislumbró un caballo enorme dirigiéndose hacia ella, el hombre que lo montaba blandía una espada mientras gritaba con furia. Era su objetivo, sin embargo, ella seguía sin moverse. Iba a morir y no era capaz de huir, lo único que pudo hacer fue gritar con todas sus fuerzas. El salvaje bajó la espada para darle el toque de gracia. Cuando el acero estaba a punto de acariciarle la piel, alguien la cogió de la mano y tiró con fuerza.

En unos segundos corría guiada por la persona que la sostenía con firmeza. Siguieron durante varios metros hasta que se pararon con brusquedad; delante de ellos había un gordo enorme con una tupida barba negra que los contemplaba como si fueran un manjar apetecible. Por fin, la niña fue capaz de mirar a su salvador y se sorprendió al ver que era un niño aproximadamente de su misma edad. Apenas podía verle la cara, que también estaba llena de cenizas y barro. Se colocó delante de su cuerpo, protegiéndola, y el hombre se empezó a reír por su valentía. Justo en el instante en el que la iba a agarrar, el gigante puso cara de dolor y asombro. Despacio, cayó de rodillas, desplomándose en el suelo. Detrás de él apareció su madre; tenía una espada en la mano, la misma con la que acababa de matarlo.

—¡Mamá! —gritó la niña a la vez que corría hacia ella.

La abrazó por un breve instante.

—¡Vamos, deprisa, debemos irnos! ¡No tenemos tiempo que perder!

La mujer los cogió a ambos y se alejaron por un camino que estaba menos transitado; el caos todavía no había llegado a esa zona, aunque era cuestión de tiempo. Querían adentrarse en el bosque para lograr escapar de aquella masacre.

—Vamos, seguid —dijo la madre mientras tiraba de ellos para que la obedecieran.

Escucharon unas voces a lo lejos, se detuvieron y miraron hacia atrás. En poco tiempo les darían alcance, estaban buscando a los aldeanos que hubieran intentado escapar. La valiente mujer quería protegerlos y, por la expresión de su rostro, acababa de tomar una decisión.

—Escondeos detrás de estos arbustos, creo que nadie nos ha visto. No salgáis de aquí por nada del mundo. —Su madre se dirigió al muchacho que la había salvado—. Gracias por arriesgar tu vida por ella. Por favor, pase lo que pase, no hagáis ruido.

Él asintió.

Lo miró fijamente, cogió sus manos y observó sus palmas. El niño parecía confuso, no sabía qué era lo que le había llamado la atención, actuaba como si estuviera leyéndole el destino.

—No puede ser… —susurró ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó, extrañado.

—Ahora no lo comprenderías, muchacho. —Le acarició la mejilla —. Tu destino está ligado al de mi hija. Ocurrirán muchas cosas que no entenderás, aunque siempre hallarás las respuestas. Déjate guiar por lo que sientes y nunca te rindas. Confía en tu instinto y, por favor —hizo una pausa, contenía las ganas de llorar—, protégela… Protégela siempre —suplicó.

Le dio un beso en la frente y pronunció unas palabras que no entendió a la vez que con los dedos le hacía un dibujo invisible en los labios. Después se dirigió a ella, la abrazó y murmuró las mismas palabras marcándole el símbolo en los labios. No podía frenar las lágrimas que le caían de los ojos mientras su madre se las secaba.

—Sé fuerte, mi pequeña… Nunca dejes de luchar.

—No, mamá, no te vayas, por favor.

La agarró con fuerza de la cintura para impedir que se apartase de ella. La mujer logró soltarla y la miró a los ojos.

—Escúchame, cariño. Estaré contigo todo el tiempo, aquí. —Señaló su corazón—. Y aquí. —Acarició su frente—. Te guiaré esté donde esté. No lo olvides: en los momentos más duros, en los momentos de felicidad, en los de tristeza, permaneceré a tu lado. —Le dio un fuerte abrazo y se separó de ella—. Te quiero.

Ahora su madre corría y se alejaba por el camino para evitar que los descubrieran mientras, a lo lejos, cuatro hombres se acercaban a toda velocidad. Aunque iba muy rápido, no pudo huir de ellos y a los pocos metros le dieron alcance. Intentó ir a ayudarla, pero, justo cuando iba a gritar, el muchacho le tapó la boca.

—No mires, por favor, no mires —dijo él.

Pero no le hizo caso. El intenso brillo de la luna iluminaba la escena y lo vio todo. Vio los golpes que propinaban a su madre y escuchó las risas mientras la violaban hasta que uno de ellos, todavía dentro de su cuerpo, puso fin a su vida cortándole el cuello. El resto empezaron a mirar alrededor buscando entre los setos, seguro que los estaban rastreando. El que parecía el líder debía tener prisa, ya que les hizo una señal para que se fueran.

Él la abrazó, consolándola, y le acarició el pelo mientras ella lloraba apoyada sobre las rodillas del chico. Este le deslizó la mano por la nuca intentando calmarla y algo lo hizo detenerse.

—Tienes una pequeña mancha marrón clara en la piel —murmuró él.

La niña asintió, era una marca de nacimiento con forma de media luna. Él la tocó y, por un instante, sintió una chispa. El viento sopló con fuerza entre ellos a la vez que una sensación extraña los invadió a ambos.

—¿Has visto eso? —preguntó, extrañado.

Ella se incorporó y frunció el ceño, confundida.

—¿A qué te refieres?

—Juraría que ha brillado de una forma muy tenue cuando la he tocado. —Se miró las manos sin creerse él mismo lo que acababa de decir—. ¿Lo has sentido?

No supo qué contestar, no era posible que ese sutil toque en la nuca le hubiera producido un calambre tan extraño, pero él también lo había notado.

No insistió. Se tumbó entre la maleza mientras le hacía un gesto para que ella se apoyase en su brazo.

—Vamos a quedarnos aquí escondidos durante un rato más hasta que sea seguro salir.

El cansancio, añadido al estrés de lo que habían vivido, hizo que se quedaran dormidos. Después de varias horas, comprobaron que los asesinos se habían ido, por lo que decidieron salir. Él la cogió de la mano y se dirigieron hacia el poblado. Iban con mucha precaución, escondiéndose a cada paso. Se encontraban a unos metros de la aldea cuando volvieron a cerciorarse de que ya no había nadie de los clanes asesinos.

Los hombres cogían a los heridos y varias mujeres los guiaban hacia uno de los pocos lugares que se mantenían en pie, donde estaban todos reunidos. Salieron de su escondite y se dirigieron hacia ellos. Varios lloraban, algunos tenían la mirada perdida y muchos otros ayudaban en todo lo que podían. Ella se detuvo:

—¡Tía! —gritó la niña.

Le soltó la mano y corrió llorando hasta que la alcanzó. Le rodeó la cintura y ella respondió a su abrazo.

—Tranquila, pequeña. ¿Has visto a tu madre?

Asintió.

—Mamá…, nos salvó.

—¿Está bien? —preguntó, esperanzada.

Ella miró hacia abajo y su tía lo entendió. La volvió a abrazar con fuerza intentando consolarla.

—Todos tus hermanos están bien.

—¿Y papá?

—Lo siento, cariño. —Hizo una pequeña pausa—. Ve a ver a tus hermanos, te necesitan.

No podía creer que sus padres ya no estuvieran. Miró hacia atrás para que su tía conociera al niño que la había salvado, pero ya no estaba. Por más que lo buscó a su alrededor, no lo encontró. Quería haberle agradecido lo que había hecho por ella, y una extraña sensación de vacío la invadió.

Desde aquel instante, todo cambió en su vida. Nunca olvidaría lo que le habían hecho a su familia, a todas aquellas personas inocentes; en especial, a su madre y a su padre. Juró que nunca se volvería a sentir tan indefensa, se prometió que no sería vulnerable ante nadie, que protegería a sus hermanos pequeños de lo que fuera necesario, que no volvería a llorar, y supo con total certeza que nunca podría olvidar a aquel muchacho.

Lo que no sabía era que el destino le tenía reservado un juego en el que sería difícil que pudiera ganar. Solo una cosa podría salvarla, y era lo que menos estaría dispuesta a entregar.

Capítulo 1

En la actualidad

El dolor empezaba a desaparecer, pero no era capaz de moverse, se mantenía laxa en el suelo mientras el frío penetraba en la desnudez de su cuerpo. No podía hilar un pensamiento con el otro, la sensación era de impotencia por no poder hacer nada más que esperar a que las manos, los dedos y los pies comenzaran a obedecerla.

No dejaba de pensar en aquellas palabras: «Llegarás cayendo en una espiral de luz y oscuridad, recordarás una vida no vivida y tu pasado se hará más fuerte. El futuro dependerá de lo que seas capaz de encontrar, de lo que quieras llegar a admitir. El tiempo, tus pensamientos y tus dudas serán tus enemigos. No te detengas, no dudes y aleja el miedo y la frustración. Debes creer que todo es posible, guíate por tus instintos o será tu perdición y la entrada sin retorno al olvido, a la oscuridad eterna. Nos volveremos a ver cuando el cielo se tiña de rojo. Recuerda que todo es energía».

Intentó nuevamente mover la mano y logró que el dedo meñique la obedeciera; después, siguió con el anular, el corazón… hasta que fue capaz de abrir y cerrar la mano. Hizo lo mismo con los pies y las piernas. Cualquier movimiento agudizaba el dolor que sentía por todo el cuerpo, y su corazón latía acelerado. Intentaba enfocar, pero no veía con claridad. Muy despacio, consiguió incorporarse hasta quedar totalmente de pie. Aunque le temblaban las piernas, se acercó a la ventana y corrió las cortinas; los rayos del sol iluminaron la habitación.

Se había desmayado. Recordaba estar de pie en la habitación en ropa interior, pues se había levantado en medio de la noche para ir al baño, cuando un pitido agudo comenzó a sonar dentro de su cabeza. Millones de extrañas imágenes aparecieron en su mente hasta que perdió el conocimiento. Nunca había sido tan intenso, era la primera vez que escuchaba una voz. Desde niña veía imágenes extrañas que

aparecían en forma de *flashes* incluso en sueños. La llevaron a varios médicos para descartar daños cerebrales y a distintos psicólogos para asegurarse de que no estuviera loca. Nunca encontraron nada. Creían que, quizá debido a su pasado en el orfanato, había creado una vida paralela con hechos inventados. Ella sabía que no era así; en esas imágenes veía hombres y mujeres vestidos con ropas de otra época, aldeas, instrumentos antiguos, todo muy distinto al momento actual.

Llevaba unos años más tranquila en los que apenas tenía visiones o sueños. Sin embargo, ahora habían vuelto con fuerza, con una sensación tan imponente y devastadora que le asustaba. Se rodeó con los brazos, sentía frío y una necesidad inmensa de que todo eso acabase. No quería ver aquello, era como si dejase de ser ella y otra persona naciera en su interior.

Incluso su habitación, en la que había dormido tantas veces, parecía que no le perteneciera. Miró a su alrededor. Recordaba haber comprado esas cortinas blancas con pequeñas hojas de color salmón. Las eligió en unos grandes almacenes junto con la lámpara del techo: una bola blanca de papel con nubes naranjas. La cama tenía una funda del mismo color y la acompañaban dos pequeñas mesitas en los extremos. No le gustaban las fotografías, por lo que no tenía ninguna, ni siquiera cuadros. Su habitación apenas estaba decorada, solo el armario y una pequeña cómoda completaban el mobiliario. ¿Por qué la sentía distinta?

Notó un zumbido en los oídos y la imagen de un cuarto con una cama de paja apareció en su mente. Al lado había una mesa de madera con dos taburetes y una chimenea encendida que le daba un toque acogedor. El zumbido se agudizó. Se tapó los oídos con las manos y cayó de rodillas mientras miles de imágenes pasaban por su cabeza sin que fuera capaz de distinguirlas con claridad.

Se vio a sí misma vestida con ropa atípica. Su aspecto era como el de una guerrera, rodeada de pieles, con un cinturón de cuero y un corpiño con cordones entrelazados en el pecho. Una aldea, dos niñas que la abrazaban mientras lloraban, un adolescente, varias personas que se la llevaban en contra de su voluntad mirándola con desprecio, un veredicto y un hombre con intensos ojos negros.

No dejaba de preguntarse qué demonios le ocurría. Fue consciente de su propia respiración, estaba hiperventilando, necesitaba tranquilizarse, pero apenas lo conseguía. Se obligó a inspirar y espirar de forma más profunda.

Silencio. Las imágenes cesaron y se abrazó hecha un ovillo en el suelo. A pesar del frío que sentía, las gotas de sudor le caían por la frente y las lágrimas le resbalaban por el rostro sin poder detenerlas. Intentó tranquilizarse, decirse a sí misma que no se estaba volviendo loca, que siempre le había ocurrido, que los médicos le habían dicho que no había nada malo en ella. Pero el temor era muy fuerte. ¿Y si estaba sufriendo un *shock*? Estaba atemorizada; esa vez era más real, más cercano.

Apoyó la espalda en el suelo y miró al techo. No sabía de dónde venía todo eso. Se sentía igual que si acabara de despertarse de una pesadilla, como en esos primeros segundos en los que la ansiedad y el miedo de lo que has soñado continúan. La diferencia era que esa vez ni era un sueño ni se mitigaba esa emoción, pues seguía angustiada.

Lo que había visto la trastocó de tal forma que no podía creérselo. Era tan real… No sabía explicar por qué, pero estaba casi convencida de que había algo más detrás de todo eso. Esas niñas, ese adolescente… Supo con certeza que eran importantes para ella. Se tocó el pecho sintiendo un peso enorme y, al mismo tiempo, un gran vacío en su interior.

Se incorporó todavía confusa. Medio mareada, se dirigió hacia el baño, miró a la ducha y le llegaron imágenes de ella lavándose en un río, en plena naturaleza. «¡Por Dios! ¡Que pare!», pensó. ¿Qué le estaba pasando? Estaba cada vez más nerviosa.

Su mente se llenaba por momentos de nuevos recuerdos que no sabía de dónde habían salido, los breves *flashes* que aparecían en su cabeza no se detenían. Solo vivía una persona en aquel cuerpo, ella, pero no era capaz de saber qué era real y qué no. Una arcada la sorprendió, se acercó al váter y vomitó mientras se agarraba a la taza como si fuera un salvavidas. Un rato después, el estómago le dio una tregua.

Todavía era temprano, ni siquiera había amanecido, pero necesitaba asearse. Aún débil, se quitó la ropa interior, entró en la ducha y reguló la temperatura del agua hasta que fue perfecta. Cerró los ojos y dejó que las gotas recorrieran su piel mientras su cuerpo se relajaba. Al terminar fue al armario para buscar algo de ropa y cogió lo primero que vio: una sudadera granate y unas mallas. De nuevo, otra imagen del pasado en la que se vio a sí misma vestida con un ancho camisón blanco.

Se sentó en la cama; cada vez que le venían esas imágenes, perdía

el equilibrio. Se tumbó y apoyó la cabeza en la almohada. Un poco más calmada, cerró los ojos. Debía haber una explicación, quizá esas sensaciones eran fruto del cansancio. Los últimos meses apenas dormía, podía ser ese uno de los motivos. Por suerte, el día anterior había entregado el último trabajo que le habían encargado; era correctora y llevaba un periodo muy largo de tiempo en el que lo único que hacía era trabajar. Había decidido tomarse un descanso, por lo que los próximos meses cogería solo un proyecto más y se dedicaría a descansar.

Sintió que el corazón le palpitaba más despacio. Debía dejar de pensar tanto. Uno de sus últimos trabajos estaba ambientado en la época de los vikingos, lo más probable era que eso hubiera provocado el regreso de esas visiones que tuvo años atrás y se le mezclasen las imágenes por el cansancio acumulado.

Por más que lo intentaba, no lograba volver a dormirse, así que decidió levantarse. No pensaba hacer nada especial, se quedaría en casa todo el día tumbada en el sillón viendo series o películas; necesitaba evadirse de todo lo demás. Se preparó un buen desayuno, ordenó un poco la casa y encendió la televisión. La presentadora de las noticias hablaba sobre las predicciones de algunos científicos acerca de la recesión de la luz del Sol que podría dar paso a periodos de mucho frío o a una miniedad de hielo. Explicaba que el Sol estaba entrando en un ciclo de baja actividad, por lo que habría menos manchas y erupciones solares. Brianna cambió de canal al escuchar las consecuencias que podría provocar eso. No necesitaba más incertidumbre en su vida.

Enseguida supo que iba a ser imposible concentrarse viendo una película; por más que lo intentaba, no lograba quitarse de encima esa inquietud que se le había instalado en el pecho. Apagó la televisión y se fue al pequeño cuarto donde dibujaba muy de vez en cuando. No lo hacía muy bien, pero la ayudaba a calmarse, solía tranquilizarla.

Cogió el lienzo y durante varias horas estuvo ausente de todo lo que no fuera el cuadro y ella. Fue consciente del tiempo al sentir un pinchazo en el cuello: lo tenía agarrotado. Se puso de pie estirando la espalda y levantó los brazos mientras observaba el dibujo. El pincel se le cayó al suelo. Un hombre la miraba con intensidad desde el lienzo, era el mismo hombre con ojos negros y profundos que había visto durante años en esos sueños e imágenes. Estaba sentado en una piedra y, al fondo, se veía una cabaña rodeada de árboles. Le llamó la

atención el cielo bañado de estrellas, donde una brillaba con fuerza destacando sobre el resto y junto a la cual se encontraba una media luna.

La calma que había sentido durante unas horas se evaporó al verse a sí misma entrando en esa misma cabaña. Escuchó un zumbido en los oídos y se tuvo que sentar en el suelo, pues una visión fuerte y nítida de ella abrazando a las dos niñas irrumpió en su mente. En ella, no paraban de llorar y no la dejaban irse. La angustia la invadió de nuevo. Era la misma visión que había tenido antes, pero ahora más clara; incluso esa vez escuchó a una de las pequeñas suplicarle que no se fuera.

Necesitaba respuestas, cualquier cosa sería útil si le daba alguna pista de qué era lo que le ocurría. Por una extraña razón, no dejaba de creer que no era solo el cansancio. Se recompuso y se sentó en el sofá, cogió el portátil e hizo una búsqueda: «Tener visiones». Nunca había querido investigar sobre eso, había decidido dejarlo y enterrarlo en su mente, pero ahora era tan intenso que no podía obviarlo. Pensó que lo primero que le aparecería sería locura, esquizofrenia, psicosis… No fue así. Lo que vio fueron páginas en las que se hablaba de dones, presentimientos, sueños, reencarnación… Leyó un artículo de un psicólogo inglés que explicaba que un porcentaje de personas mayor del que se pensaba tenía visiones o alucinaciones en algún momento de su vida y que no tenía por qué ser un motivo de alarma. Se quedó sorprendida.

Un rato después, el estómago la avisó con un pequeño rugido de que era hora de comer. Fue a la cocina, abrió la nevera y se preparó un sándwich vegetal con un zumo de naranja. Se sentó de nuevo en el sofá junto a la mesa del salón y la imagen de un cuenco con gachas apareció en su mente. Cerró los ojos y sacudió la cabeza, confundida.

Cuanto más tiempo pasaba, más visiones tenía, y lo más raro era que se sentía identificada con cada una de ellas. Mordió un trozo del pan y bebió un trago del zumo; estaba dulce, y agradeció que se deslizase por su garganta.

Terminó y volvió a sentarse delante del portátil. Una foto de Roger y ella sonriendo adornaba el fondo de pantalla, era del día en el que empezó a trabajar en su tienda. Habían pasado unos años desde que la hicieron, pero incluso con las arrugas que ahora marcaban sus ojos no había perdido esa picardía que caracterizaba su rostro.

Gracias a él pudo rehacer su vida, ya que la sacó del orfanato

donde trabajaba de cuidador y la ayudó a convertirse en la persona que era ahora. Nunca supo la identidad de sus padres, vagó de casa en casa sin adaptarse en ninguna; después, fue mayor para que nadie quisiera adoptarla hasta que Roger lo hizo.

Siempre habían conectado muy bien, aunque tuvieron algunos problemas para amoldarse el uno al otro. Le costaba mostrar sus sentimientos y no era muy cariñoso, quizá porque ella tampoco lo fue. Pero eso era secundario, ambos se querían sin necesidad de decírselo a todas horas. Él estuvo ahí en los momentos más duros de su vida, fue la única persona que le dio una oportunidad cuando más la necesitaba. Lo quería como a un verdadero padre, y él la quería tal cual era, con sus luces y sus sombras. Nunca se rindió con ella.

Roger consiguió un local y lo convirtió en un herbolario. Ella era buena con las hierbas y aceites por lo que, con el tiempo, él le hizo una oferta que no pudo rechazar y comenzaron a trabajar juntos hasta que lo dejó para dedicarse a la corrección. También la ayudó a conseguir el piso de alquiler donde vivía ahora. Era pequeño y económico, pero más que suficiente para ella, y le estaba muy agradecida, ya que se había convertido en la familia que nunca llegó a conocer.

La ayudaría a tranquilizarse, por lo que cogió el móvil y lo llamó.

—Hola, Bri, ¿cómo estás?

—Hola.

No sabía muy bien cómo explicarle lo que acababa de vivir. Se quedó callada.

—¿Estás bien, Brianna?

—Sí, sí, es solo que… —No dejaba de ir de un lado para otro sin ser capaz de sentarse—. ¿Recuerdas hace años que te contaba que veía unas imágenes extrañas de mí misma en el pasado?

—Cómo olvidarlo. Muchas noches te despertabas llorando envuelta en sudor o te quedabas paralizada porque te aparecían esas imágenes sin previo aviso; pensé que eran terrores nocturnos.

—Lo sé. Los médicos nunca te dijeron qué podía ser, ¿verdad?

—No, ni los psicólogos lo sabían. Uno de ellos me dijo que quizá por tu duro pasado habías creado una realidad distinta en la que te sentías protegida, pero nunca creí que fuera por eso.

—¿Y qué creías que era?

—Sinceramente, no lo sé —suspiró—. Me sentía impotente por no poder ayudarte, por no saber qué decirte para que te sintieras mejor,

para que no estuvieras asustada al ver todo aquello. También me dijeron que no era tan anormal tener visiones; a veces ocurría, y eso fue lo que me tranquilizó. Tiempo después, dejaste de hablarme de eso.

—Hoy… —se sentó en el suelo y se apoyó en la pared— ha vuelto a ocurrir.

Roger tardó unos segundos en responder.

—Pero hacía mucho que no te sucedía, ¿no?

—Sí, pensé que ya me había librado de esto. Me equivocaba: esta vez ha sido más fuerte, distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

Brianna se acarició el brazo sin saber muy bien cómo explicárselo.

—No lo sé, las visiones son más nítidas, más largas; incluso he escuchado conversaciones.

«Estoy asustada», pensó, pero prefería no decírselo para no preocuparle. Roger se quedó en silencio como si meditase qué decirle a continuación.

—Bri, no te preocupes. No estás loca ni tienes nada serio. Te ha pasado desde siempre y los médicos no le dieron importancia. ¿Estás más estresada? ¿Duermes bien?

—Últimamente, he tenido mucho trabajo; quizá se deba a eso. Esta noche apenas he dormido.

—Cuando eras pequeña, sí notaba que, al estar más nerviosa, también solías tener más episodios de este tipo. De verdad, intenta relajarte. ¿Quieres que me pase un rato a verte después de cerrar la tienda?

Se estaba volviendo loca, por lo que no iba a aguantar tanto tiempo estar allí encerrada.

—Mejor voy yo mañana a verte, así te echo una mano; creo que quedarme en casa es peor. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto, pero entonces hoy vete a dar un paseo por el parque; hay que aprovechar que ha salido el sol. Antes, intenta dormir un poco.

—No tengo sueño.

—Bri, no seas cabezota; al menos, inténtalo. Seguro que te ayuda a pensar con más claridad y a verlo de otra forma.

Tenía razón, debería descansar un poco para reponerse.

—Está bien, te haré caso; me tumbaré un rato para ver si lo consigo.

—Perfecto, mañana nos vemos.

Agotada por la situación, se colocó en una posición cómoda en la cama. Por más que lo intentaba, no lograba quedarse dormida. Después de dar mil vueltas, se levantó frustrada, cogió una mochila, metió una manta y se fue al parque. El día era soleado, perfecto, y Roger tenía razón: debía aprovecharlo. Se tumbaría en el césped rodeada de árboles, de naturaleza; le vendría bien para evadirse.

Vivía cerca de Phoenix Park, un recinto de más de setecientas hectáreas en el corazón de Dublín. Anduvo durante un rato hasta que encontró un sitio donde dejar la manta y tumbarse. Se colocó bocarriba después de descalzarse. Las ramas de los árboles impedían que el sol le diera en la cara, la temperatura era perfecta. Respiró despacio y tocó el suelo con las manos sintiendo la tierra, parecía percibir la vida que emanaba del parque.

Desde niña sentía una fuerte conexión con la naturaleza, era donde se recargaba de energía, de vitalidad. Podía apreciar cualquier pequeño detalle que le ofrecían los distintos paisajes en lo que estaba, ya fuera en un río, un lago, un monte o en la soledad de la noche. Se podía quedar horas observando las estrellas, escuchando el cantar de un pájaro o viendo a una ardilla subir por el tronco de un árbol. Cada pequeño detalle contaba para conectar con la esencia del planeta donde vivía.

Cerró los ojos y respiró el aire puro. Despacio, sin pretenderlo, consiguió relajarse. Y se quedó dormida.

***

Los gritos penetraban en su cabeza. Apenas veía lo que tenía a su alrededor, pues el humo lo ocultaba todo, pero percibía el dolor y la muerte en aquel lugar. La angustia era cada vez mayor, no sabía qué le provocaba ese sentimiento, pero iba acompañado de rabia e ira. Se miró la mano y vio su espada ensangrentada. La empuñadura tenía grabados tres símbolos idénticos en forma de triple espiral y en el extremo había un pequeño árbol en el que se veían también las raíces.

El ruido del metal se escuchaba por todas partes y levantó la mirada. Entonces lo vio. Con el rostro encolerizado, se acercaba hacia ella gritando su nombre una y otra vez mientras mantenía la espada en posición de ataque. No lograba entender por qué no reaccionaba,

pero no pudo moverse hasta que fue tarde…, hasta que sintió el acero penetrar en su pecho. Un dolor agudo y hondo le abrió las entrañas. Él permanecía quieto delante de su rostro, con los ojos muy abiertos. Cerca, muy cerca, tan cerca que sus labios podían rozarse.

Una luz apareció en el cielo, era increíble que una estrella brillase tanto siendo de día. Sus manos, ahora débiles, dejaron caer la espada, y las piernas se le doblaron, desplomándose al mismo tiempo que lo hacía él. Esa imagen era lo que vería antes de cerrar los ojos para siempre: la imagen del hombre que la había matado.

Se incorporó de golpe, estaba soñando. Desorientada, recordó que estaba en el parque y descubrió que el sol se estaba poniendo. Se llevó la mano al pecho, otra vez ese hombre, el que desde niña había visto en su mente. Intuía que, si existía la reencarnación, ese era el más nítido de los recuerdos de su pasado. No era posible que se lo hubiera inventado, fuera o no real; ese hombre la había matado.

Suspiró cansada, recogió las cosas y se fue a casa. Mañana agradecería el poder ir a ver a Roger, no quería pasar otro día encerrada en su apartamento, pues se volvería loca. Si es que no lo estaba ya.

Al día siguiente se levantó temprano. Había dormido de forma intermitente, necesitaba salir de allí. Se duchó y se maquilló los ojos solo con un toque de lápiz negro. Le gustaba marcarse la mirada, pensaba que así se ocultaba un poco ante los demás, que no podrían leer su expresión con facilidad. Se vistió con unos vaqueros, una camiseta roja y unas botas, cogió la cazadora de cuero, una mochila y se fue. No tenía coche, no le gustaba, prefería utilizar la bici para moverse por Dublín; la ciudad estaba preparada para ello y, en general, el resto de los vehículos las respetaban.

Según pedaleaba, volvió el zumbido en los oídos y una nueva imagen acudió a su mente. Se vio en el pasado cabalgando en un corcel marrón oscuro, vestida de amazona. La sensación de libertad que la invadió la hizo más consciente que nunca de lo mucho que había cambiado el mundo. Se tambaleó y casi se cayó de la bici. Respiró despacio y después continuó; no quería perder más tiempo, necesitaba ver a Roger.

Mientras estaba parada en un semáforo en rojo, miró el autobús de dos pisos que tenía al lado. Le llamó la atención un hombre sentado en

la ventanilla, parecía que la estaba observando. Llevaba una gorra y gafas de sol, por lo que no podía asegurar que la mirase a ella, pero algo la hacía sentir que así era. Su instinto le dijo que huyera lo más rápido posible de allí. Era extraño, porque aquella persona no podía hacerle nada, ya que los separaba un cristal; sin embargo, quería correr. El hombre se bajó las gafas hasta el puente de la nariz, ahora sabía con toda seguridad que la miraba a ella de manera dura y fija.

Brianna volvió a comprobar el semáforo, no entendía por qué tardaba tanto en ponerse en verde, cada vez estaba más incómoda. Desvió la mirada de nuevo hacia él y lo que vio la paralizó por un instante. Una sonrisa siniestra asomaba en sus labios y sus ojos, que seguían observándola como si la conociera, desprendían un halo extraño que la hizo quedarse sin aire en el pecho. Él se levantó como si fuera a bajar del autobús. No sabía si lo que estaba viendo era fruto de su imaginación ni se paró a preguntárselo a sí misma. Le dio igual que la luz siguiera en rojo, miró a un lado y a otro y avanzó; quería salir de allí a toda prisa, no dejaría que la siguiera bajo ninguna circunstancia. Giró la cabeza hacia atrás para ver si se estaba alejando lo suficiente, el autobús torció hacia la izquierda y se metió por otra calle.

Respiró aliviada hasta que sintió que chocaba contra algo duro y metálico. Todo sucedió muy deprisa, vio el color azul del coche, sintió el capó caliente e intentó agarrarse para no caer al suelo, pero rodó por el asfalto sin poder evitarlo. Se quedó tendida durante un instante mientras trataba de encontrar algo de lógica a lo que había sucedido. Intentó incorporarse y un dolor intenso le recorrió el muslo. En ese momento lo escuchó:

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Se ha hecho algo?

Brianna levantó los párpados y miró confundida al hombre que tenía frente a ella; en ese momento tuvo la sensación de que la sangre que circulaba en su interior se había detenido igual que su respiración. Se dijo que el golpe había sido peor de lo que pensaba, porque no podía creer lo que veía. No era posible que él estuviera allí, que fuera real, porque, si lo era, ¿significaba que lo que había visto hasta ahora en su mente también lo era? ¿Acaso era una broma del destino?

La rabia y el miedo nacieron en su cuerpo con tanta fuerza que todo el dolor que sentía se desvaneció en un instante. Se levantó despacio sin apartar la mirada de ese individuo, el que le había hecho tanto daño sin ni siquiera saber el motivo. No lo conocía, pero sentía

un odio irracional hacia él. Delante de ella estaba el hombre que en sus sueños le había arrebatado la vida y su pasado.

Capítulo 2

No sentía su propio corazón. No dejaba de mirarlo y, a la vez, no podía articular ninguna palabra. ¿Sería un sueño? La diferencia era que siempre lo había visto en el pasado, no en su vida real. ¿Real? Ya no sabía qué significaba esa palabra. No escuchaba lo que le decía hasta que se acercó más a ella; fue entonces cuando logró despertar de ese breve letargo.

—¿Está bien?, ¿le duele algo?, ¿quiere que la lleve a algún sitio? —preguntó él, angustiado, agarrándola del brazo.

Ella lo apartó con desprecio.

—¿Tú? —Brianna lo miró de arriba abajo.

El pánico y la rabia comenzaron a hacerle mella. El miedo por verlo allí materializado, real; hasta podía tocarlo. La ira que sentía por ese hombre, el odio, se despertó con fuerza. Ese sentimiento no venía de ella, sino de la mujer que aparecía en sus sueños, en sus visiones. Como si fuera una marioneta y alguien en su interior moviera los hilos, se encaró a él sin poder evitarlo.

—¡¿Por qué lo hiciste?! —gritó Brianna a la vez que lo empujaba mientras él retrocedía para evitar su ataque.

—¿Yo? Si es usted la que se ha echado encima de mi coche. ¿Acaso no mira por dónde va?

—¿Cómo es posible que estés aquí?

Él la miró confundido por aquella pregunta. Ella también lo estaba, escuchaba su voz interior diciéndole que se tranquilizara, que no le hablase así, pero no lo podía controlar.

—Me parece que se ha dado usted un buen golpe en la cabeza. Creo que lo mejor será que vayamos al hospital para que confirmen que no tiene heridas internas.

—Las heridas que te gustaría volver a hacerme… —respondió, más tranquila.

Respiró despacio para intentar calmarse, pero no lo consiguió. Levantó la mano para empujarlo de nuevo y él la cogió de la muñeca

para evitarlo. En el momento en el que la tocó, una imagen fuerte y nítida en la que los dedos de ese hombre le acariciaban la espalda con dulzura llegó a la mente de Brianna. Meneó la cabeza para disiparla, la rabia al ver aquello hizo que intentara golpearlo con la otra mano para apartarlo.

La inmovilizó apoyándola contra el coche. Ella se resistía mientras el ancho y fuerte cuerpo masculino le impedía moverse. La miraba con curiosidad, se le notaba confundido; realmente, parecía no conocerla. ¿Qué estaba pasando? Sus ojos negros se clavaron en los suyos. Ella lo observaba con atención, era igual que en sus visiones. Sus labios eran gruesos y tenía un corte en la barbilla, aunque la barba de dos días le daba un aspecto menos duro que en las imágenes de su pasado, en las que llevaba perilla. Brianna sintió un escalofrío. No podía ser verdad, tenía que ser una pesadilla porque, si él era real, entonces, ¿su pasado también? Comenzó a temblar.

—Suéltame —murmuró, confusa.

—No estoy muy seguro de poder hacerlo. ¿Va a volver a golpearme?

De nuevo notó cómo la salvaje que tenía en su interior se despertaba, se removía para liberarse, pero él la apretó con más fuerza contra el coche. Lo sentía en cada poro de su piel, los duros músculos se clavaban en su cuerpo y lo que le provocaba la ponía más violenta.

—Señorita, me está haciendo perder la paciencia. Le aseguro que tengo mucha, pero no le gustaría conocerme en ese estado.

—Por eso no te preocupes, sé a la perfección de lo que eres capaz cuando pierdes la paciencia.

Lo miró con más desprecio aún y, sin que él ni ella misma se lo esperasen, le escupió. Brianna no sabía por qué actuaba así, nunca había sido tan visceral. Vio la mirada de aquel hombre y, si no hubiera estado atrapada, habría retrocedido. Se le notaba furioso, la vena del cuello ancho y fuerte resaltaba evidenciando la ira que crecía por dentro. Él miró hacia al suelo, hizo una respiración profunda y después otra. Estaba intentando calmarse.

—Voy a soltarla —dijo en voz baja y controlada mientras se limpiaba la cara con el hombro—. Espero que no intente volver a golpearme, ¿de acuerdo? —Sonaba a amenaza—. Asienta si lo ha entendido.

Brianna dudó. Tenía que controlarse, no podía actuar así, debía manejar de alguna forma la impulsividad que había nacido en ella,

aunque le costaba muchísimo no volver a golpearle. Finalmente, asintió.

—Veo que se encuentra bien. Comprendo que se ha llevado un buen susto, y solo por eso voy a dejarlo pasar. —Se separó de ella—. Espero no tener que volver a verla en mi puta vida.

Debería permanecer callada. No lo hizo.

—Te puedo asegurar que me habría gustado no haberte conocido nunca, ni en esta vida ni en la anterior.

Él se había alejado e iba abrir la puerta del coche cuando la escuchó. Se quedó inmóvil un segundo y se volvió a mirarla. Una sensación extraña recorrió el cuerpo de Brianna, quien tuvo la impresión de que a él le sucedía lo mismo. Después, la observó como si estuviera loca; sin decir nada más, se metió en el coche y se fue de allí a toda prisa.

Brianna llegó al herbolario de Roger muy nerviosa y confundida. Le contó lo del accidente y él se quedó tan sorprendido como ella, no solo porque ese hombre hubiera aparecido ahora en su vida, sino por cómo había actuado ella; no era propio de su personalidad comportarse así. A Roger nunca le había contado lo que veía de él en el pasado, que era el causante de su muerte; por eso ahora su padre insistía en que tendría que haber hablado con él para pedirle sus datos, su matrícula. Creía que podía ser una persona clave, darle respuestas de lo que le había ocurrido durante años. No pensó en ello al verlo, lo dejó escapar y reaccionó de una forma visceral.

Roger estaba en lo cierto, él podía ser la clave. No había actuado de forma adecuada, y lo peor era que ahora no sabía cómo volver a encontrarlo.

Le vino bien pasar el resto del día con Roger, se sintió apoyada, escuchada, por lo que volvió a casa un poco más tranquila. Desde que se había encontrado con ese hombre, el cuerpo la había traicionado y durante la primera media hora no pudo dejar de temblar. Estaba agotada y sorprendida por haber reaccionado de una forma tan extraña, ¡le había escupido! Se tapó la cara con las manos, avergonzada por ello. Se puso el pijama, se tumbó en la cama y miró hacia la ventana.

Revivía una y otra vez el encuentro que había tenido. Al tocarla, su cuerpo había respondido como un imán y recordó la imagen de esa caricia. ¿Fue su amante? Por la expresión de sorpresa, quizá era cierto que no la recordaba. ¿Sería eso posible? ¿Por qué él también estaba

allí? ¿Habría más personas de su pasado en esa época? Ahora le surgían muchas más preguntas, ya apenas dudaba de que lo que veía en sus visiones era una vida pasada. Estaba casi convencida de ello, y más al haberse encontrado con él. Si al menos tuviera pistas…

Recordó de nuevo el sueño que había tenido sobre él e intentó revivirlo para ver si podía reconocer algún detalle que pudiera ayudarla. Visualizó los gritos, el humo, el brillo intenso de una estrella, el sonido del metal entrechocando, su espada ensangrentada. Una espada.

—¡Eso es! —se dijo en voz alta.

Cerró los ojos y se concentró en ver cada detalle. En la empuñadura había varios símbolos, entre ellos, una espiral triple junto a un árbol; parecía simbología celta. Se levantó deprisa de la cama para coger el portátil, que se llevó a la mesa del salón. Se sentó en la silla y comenzó a buscar información en Internet. Le seguía maravillando que se pudiera acceder a miles de datos con un simple clic, era increíble y apenas se le daba importancia.

Empezó por los símbolos celtas, había mucha documentación sobre ellos y su significado. Buscó la triple espiral que había visto en la espada: era el trisquel. Formado por tres brazos unidos en un punto central, manifestaba la creación. Según la cultura celta, era el equilibrio entre cuerpo, mente y espíritu; podía representar el movimiento del Sol, pero también representaba el aprendizaje, la evolución del ser y del universo.

Desde el punto de vista espiritual y adivinatorio, para los druidas era la puerta para entrar en el plano energético de los dioses. Representaba el pasado, el presente y el futuro. Era el símbolo supremo de los druidas, los solían grabar en las piedras y en los árboles del bosque, pues para ellos eran portales interdimensionales, una entrada a los viajes astrales. Según ellos, tenía la capacidad de guiar a las almas hacia sus seres queridos y antepasados en el más allá.

Se detuvo un instante para prepararse una infusión. Cruzó los brazos mientras esperaba a que se calentase el agua. Al leer esa información sobre los portales entre dimensiones y la guía hacia los antepasados, no pudo evitar preguntarse si habría una posibilidad de volver al pasado. Negó con la cabeza, eran teorías absurdas; si fuera tan fácil como poner el símbolo del trisquel en una piedra para conectar con los ancestros, todo el mundo lo haría.

Continuó por donde lo había dejado. Al parecer, lo utilizaban para entrar en trance, lo observaban y así se comunicaban con los dioses, los espíritus de la naturaleza y sus antepasados. Los celtas adoraban la naturaleza, los animales. Eran muy hábiles con las plantas para curaciones y distintas enfermedades. Se decía que las mujeres eran hechiceras, magas y druidas. Le daban mucha importancia al universo, a las estrellas, y pensaban que tenían una conexión especial con el cosmos. Buscó también viajes en el tiempo, reencarnación, druidas…

Había miles de relatos, pero muy pocas personas les daban credibilidad. Si le hubieran hablado de eso el día anterior, tampoco lo habría creído; sin embargo, el verlo a él en persona, en carne y hueso, hizo que cambiase de opinión. Encontró rituales para conocer el pasado, pero la mayoría de ellos parecían falsos.

Brianna se frotó los ojos, cansada. Esoterismo, viajes astrales, comunicación con los antepasados… Era todo tan fantástico y misterioso. Ella creía en otro tipo de magia, pero no en esos mensajes místicos. Se maravillaba por la belleza de la naturaleza, la conexión que había entre los animales, las plantas y los seres humanos; eso era magia para ella.

Hacía unas horas tampoco creía en vidas pasadas y, sin embargo, todo la llevaba a llegar a esa conclusión. Estaba segura de que el sitio que veía en sus sueños o en sus visiones era Irlanda, ese verde era característico, inconfundible.

No quería parar, por lo que retomó la búsqueda, esa vez, sobre el país esmeralda. Fotos antiguas, edificios, quizá algún dato la ayudaría a recordar o le daría más pistas. Seguiría por ahí: historia, leyendas irlandesas, supersticiones.

Se estiró en la silla y movió el cuello dolorido. Solo paraba para picar algo y volvía a sentarse. Cada vez que creía que se acercaba a un hecho importante, terminaba en un callejón sin salida. Así sería difícil conseguir su objetivo. Mucha de la información que se encontraba en Internet no era fiable.

Después de varias horas más, le dolían los ojos de estar delante del ordenador tanto tiempo. Agotada, se fue a la cama; había llegado a la conclusión de que lo mejor sería ir a distintas librerías en las que tuvieran manuscritos antiguos, tal vez allí encontrara información más veraz. Se apuntó varias que le interesaron y a las que iría al día siguiente.

Por la mañana se despertó sobresaltada. De nuevo, la imagen de ese hombre y la estrella que iluminaba el cielo. Lo que más le llamaba la atención era que se viera tan brillante al ser de día.

Se dio una ducha, se preparó el desayuno y se dirigió hacia la ventana con una taza de café bien cargado. La lluvia golpeaba despacio el cristal, la abrió para poder respirar y el olor a tierra mojada la hizo sentirse mejor. Aquel aroma le trajo otra imagen, recuerdos en los que cazaba cerca del bosque disfrutando de la naturaleza, el contacto de los pies descalzos con la tierra, sus baños en el río.

Cuantas más visiones veía de ese pasado, más perdida se sentía, y lo peor era que estaba ocurriendo muy deprisa. La angustia por saber era cada vez mayor, apenas era capaz de concentrarse en otra cosa que no fuera su nueva situación. Si hacía caso a esas visiones, si pensaba que eran reales, no veía con claridad qué había significado para ella ese hombre, aunque presentía que había sido alguien importante en su pasado y que la había traicionado. Lo que tenía claro era que la Brianna de antes no solo lo odiaba, sino que sentía por él algo a lo que no quería ponerle nombre. La imagen de esa caricia la había perturbado, aunque la venganza era la palabra que predominaba en su cabeza.

Desde la ventana vio en la calle a una pareja; iban agarrados de la mano y se miraban con complicidad. Qué fácil parecía esa relación entre ellos; le gustaría que su vida también fuese así, sencilla, sin complicaciones y no preguntarse si quizá era la reencarnación de sí misma. Tampoco descartaba la locura, aunque cuando le venía ese pensamiento lo desechaba; prefería abrir su mente y aceptar que todo era posible.

Se vistió y se fue para comenzar la búsqueda. Dos horas después, ya había visitado varias librerías. Cada vez que echaba un vistazo a los manuscritos, se decepcionaba; no eran reales. Se basaban en hechizos, pociones inventadas y prometían que, si realizabas esos «conjuros», lograrías lo que tanto deseabas. Consiguió un poco más de información, pero la mayoría de los datos no eran de los mismos celtas, ya que ellos no dejaron apenas escritos.

Después de un día tan largo, solo le quedaba una tienda por visitar. En su página web hablaba de astronomía, energías y física cuántica, e indicaba que tenían manuscritos del pasado y de ancestros celtas. La dejó en último lugar porque quería mantener la esperanza hasta el

final, le daba buenas vibraciones. Si tampoco encontraba nada, no sabría por dónde continuar.

Estaba situada en Rathmines, a unos tres kilómetros del centro de la ciudad. Era una zona muy especial de Dublín, siempre le había llamado la atención el bonito reloj de torre de la calle principal. Al llegar leyó el nombre de la tienda: «Gaia». Le recordaba a algo, pero no sabía a qué. Entró, y el sonido del canto de unos pájaros atravesó el local mientras se cerraba la puerta detrás de ella. Se quedó en silencio maravillada, observando la belleza de la tienda. Como si hubiera accedido al interior de un árbol, las columnas estaban rodeadas de ramas que salían del escaparate, pequeñas hojas verdes decoraban la estancia e incluso en el mostrador había raíces que lo envolvían todo. El nombre de Gaia era muy acertado: significaba Tierra.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla?

Una mujer bajita, delgada y con una dulce voz salió de la parte de atrás y se colocó en el mostrador. Por su aspecto y su cálida sonrisa, daba la impresión de ser amable.

—Sí, por favor. Estaba buscando libros sobre los celtas, símbolos, también sobre viajes al pasado, rituales o cualquier cosa que esté relacionada.

La mujer se quedó observándola interesada y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Harías buena pareja con mi jefe.

—¿Disculpa?

—No importa, quiero decir que has venido al lugar adecuado. Ven, pasa, te enseñaré la pequeña biblioteca que tenemos en la parte de atrás. Ahí puedes echar un vistazo y ver si hay algún libro que te pueda ser de utilidad.

Brianna la siguió y vio que se tocaba los riñones, dolorida. Estaba embarazada y, por el tamaño de su tripa, no tardaría mucho en dar a luz.

—Madre mía, como no nazca ya, me va a partir la espalda.

—¿De cuánto estás?

—En dos días salgo de cuentas.

Brianna levantó las cejas, asombrada.

—¿Cómo no te has dado de baja? ¿Tu jefe te deja sola en ese estado?

La mujer se sentó en una silla.

—Perdóname, hoy me agota mucho estar de pie. He estado genial

hasta ahora, por eso no he cogido la baja. Además de que me encanta estar aquí, disfruto con mi trabajo. Él solo ha salido un momento a traerme una infusión, enseguida vuelve.

—¿Quieres un poco de agua? —preguntó Brianna. Lo que menos necesitaba era que se pusiera de parto estando ella allí.

—Estoy bien, gracias.

—¿Estás segura? —insistió Brianna.

—Sí, de verdad. Muchas gracias.

Se levantó y le indicó las estanterías donde podía encontrar los libros que buscaba. Brianna observó que disponían de bastante material, por lo que se emocionó; quizá encontrara información que pudiera ayudarla.

—Espero que encuentres lo que buscas. Si necesitas algo, estaré en el mostrador.

—Te lo agradezco —contestó Brianna.

Antes de que pudiera dar un paso más, la mujer se inclinó dolorida, y el amplio vestido naranja que llevaba se mojó por el líquido que resbalaba por sus piernas.

—¡Ay, por favor! ¡Creo que ya está aquí! Buf.

—¿Estás segura? —preguntó Brianna, sorprendida.

—Eso o me he meado —contestó intentando sonreír.

—Llamaré a urgencias.

Brianna sacó el teléfono del bolsillo, no quería ni imaginar si se ponía de parto y la ambulancia no llegaba a tiempo.

—¡Mierda! Las contracciones están… siendo…, buuuf, buuuf, muy seguidas. —Agarró a Brianna de la mano con fuerza—. Por favor, ayúdame a llegar al sillón, necesito sentarme.

La cogió de la cintura mientras la mujer no dejaba de apretarle la mano. En cuanto logró sentarla, marcó el teléfono de urgencias.

—En menos de quince minutos están aquí, no te preocupes.

—Buuuf… Rosse.

—¿Perdona?

—Mi nombre es… Rosse —dijo, resoplando.

—Encantada, Rosse. Yo soy Brianna.

Un grito desgarrador salió de su garganta.

—Dios mío, creo que no va a dar tiempo a que llegue la ambulancia.

—No digas eso. —Se arrodilló a su lado—. Tranquila, ya verás cómo todo irá bien, solo tenemos que esperar un poco.

—Pero… Buuuf. ¡¡¿No decían que esto podía tardar horas?!! —gritó Rosse.

La puerta de la tienda se abrió y ambas escucharon los pájaros avisando de que había entrado alguien.

—¿Rosse? Ya he vuelto.

—Es mi jefe. ¡Estoy aquí! —gritó.

***

Corrió hacia ella, ya que la voz de Rosse sonaba desesperada. Cuando entró, se le cayó la infusión de la impresión. Estaba tumbada en el sofá, blanca y sudorosa; a su lado reconoció a la mujer que había visto el día anterior, la loca que le había escupido en la cara.

—¿Qué hace usted aquí? Rosse, ¿te encuentras bien? ¿Te ha hecho algo?

Se acercó rápidamente y la apartó para que no estuviera tan cerca.

—No la toques —la amenazó, furioso.

—¿A qué, buuuf, buuuf, te refieres? ¡Estoy de parto! ¿Es que no lo ves?

—¿De parto? —Miró a la loca y, por la expresión de su rostro, dedujo que se encontraba tan sorprendida como él—. Hay que llamar a la ambulancia.

—Brianna ya lo ha hecho.

Escuchar aquel nombre le provocó un escalofrío. Sus miradas se cruzaron, y por primera vez le resultó familiar, pero no por el desafortunado encuentro que habían tenido el día anterior. Juraría que esa misma noche había soñado con ella.

—Creo que no va a dar tiempo a que llegue la ambulancia. ¡¡¡¡Diiiooos!!!!

Brianna se acercó a ella y le tocó la frente.

—¿Quieres un vaso de agua? —preguntó.

—Sí, por favor, pero trámelo tú. —Miró a Kailen—. Ella no sabe dónde está.

—No, Rosse, no te dejaré sola con esta desquiciada.

—¿A qué te refieres? ¡Tráeme un vaso de agua! ¡YA!

Él la obedeció. Sin hacerle mucha gracia, corrió hasta el baño, llenó el vaso con rapidez y volvió donde estaban ellas.

—Tengo miedo…

—Tranquila, Rosse —contestó Brianna a la vez que la cogía de la

mano—. Todo va a salir bien, estoy segura. ¿Me permites ayudarte?

Ella asintió y Brianna se colocó a los pies de Rosse.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó él.

—Intentar ayudarla —contestó sin mirarlo.

—La ayuda está en camino, no la toques.

No le hizo caso, le subió la falda y se deshizo de todo lo que molestaba; ya se veía la cabeza del pequeño.

—¿Qué te pasa, Kailen? Déjala ayudarme.

Brianna se detuvo, parecía haberse sorprendido al escuchar su nombre.

—No estoy seguro de esto.

—Kailen, creo que no llegarán a… tiempo… ¡¡¡Aaaah!!!

Brianna reaccionó al escucharla gritar.

—¿Tenéis alguna toalla limpia? —Lo miró.

Kailen asintió y fue a por ella.

—Necesito lavarme las manos —dijo Brianna.

—En mi bolso hay un bote de desinfectante de… buuuf… manos.

Después de limpiarse, se colocó de nuevo en posición.

—Vamos a intentarlo, Rosse; confía en mí. Seguro que la ambulancia llega antes, pero, aun así, vamos a ir avanzando —dijo Brianna. Rosse asintió—. ¡Empuja!

—¡¡¡¡Aaargh!!!!! No vuelvo a tener otro nunca más, aaargh, esto es horrible. ¿Cómo cojones repiten?

—¡Un poco más! ¡Empuja!

—No puedo —sollozó.

Kailen le dio la toalla a Brianna.

—Claro que puedes —dijo Kailen, acercándose a Rosse. La agarró de la mano y le apartó el pelo mojado de la frente—. De una manera o de otra, tiene que salir; ahí no se va a quedar. —Sonrió.

—Ya casi está aquí. Un poco más, vamos —la animó Brianna.

Volvió a empujar. Escucharon el sonido de la puerta y después el canto de los pájaros. Los tres se quedaron paralizados.

—¿Hola? Venimos con la ambulancia.

—Gracias a Dios —dijo Kailen—. Estamos aquí.

Un hombre y dos mujeres entraron en la habitación y comenzaron a sacar todos los instrumentos para ayudarla. Brianna y Kailen se apartaron para que ellos pudieran hacer su trabajo, se les veía tan seguros y profesionales que comenzaron a respirar aliviados. A los pocos minutos, el llanto del bebé era lo único que se escuchaba en la

habitación. Era una niña. Todos se habían quedado callados disfrutando de ese momento sin dejar de atender a Rosse.

Kailen estaba muy cerca de la desquiciada, tanto que no se habían percatado de que, con la emoción, tenían las manos casi entrelazadas. No le disgustaba aquella sensación, y eso le extraño aún más teniendo en cuenta lo que había ocurrido el día anterior. En el instante en el que ella se percató de su contacto, se alejó de él como si quemara.

—Kailen, por favor, llama a Gregory y dile que vamos al hospital, que estamos bien —pidió Rosse.

—Voy contigo en la ambulancia.

—No, no puedes —negó con apenas un hilo de voz—. En media hora tienen que venir los libros que llevamos meses esperando. Hoy por fin me han confirmado que estarían aquí. Estamos bien, no te preocupes. Pásate cuando cierres.

—Aun débil y cansada, tienes que seguir dando órdenes —dijo Kailen sonriendo.

La subieron en la camilla mientras sostenía al bebé en brazos. Todo había salido bien y la niña se encontraba en perfecto estado de salud, igual que la madre. Cuando iban a traspasar la puerta para meterla en la ambulancia, Rosse agarró a Brianna del brazo.

—Muchas gracias, espero que volvamos a vernos. No sé qué habría hecho si no llegas a estar aquí.

—Me alegro de que todo haya salido bien. Enhorabuena por tu bebé.

Rosse le cogió la mano y la besó. Ambas se miraron en señal de complicidad.

Cuando por fin se marcharon, la tienda se quedó en completo silencio, ahora estaban solos. Sus miradas se cruzaron, ninguno de los dos la apartó hasta que él habló.

—Ahora vas a contarme qué coño hacías aquí —ordenó Kailen.

Capítulo 3

Brianna lo único que quería era salir de allí, alejarse lo antes posible de ese hombre que la miraba con tanta desconfianza. No esperaba verlo en ese lugar y se había sorprendido tanto como él. Escuchar su nombre no la ayudó en absoluto a tranquilizarse. ¿Qué demonios hacía él en una librería?

—Si hubiera sabido que esta tienda es tuya, nunca la habría pisado —contestó ella.

—No te creo.

Kailen se acercó con intención de intimidarla, pero no lo conseguiría, esa vez no reaccionaría de forma tan impulsiva.

—No necesito que me creas.

Se dio la vuelta en dirección a la puerta de salida. Cuando se disponía a abrirla, la fuerte mano de Kailen la cerró de un portazo. El ancho pecho de él le rozó los hombros, el calor que emitía su cuerpo provocó en ella un estremecimiento que le recorrió toda la espalda.

—De aquí no te vas hasta que me digas la verdad.

Se giró y se enfrentó a él.

—Déjame salir o no respondo. —Su tono era bajo y sereno, pero sabía que Kailen había sentido su amenaza.

—No. ¿Qué estabas haciendo aquí?

—No tengo que darte ninguna explicación.

El ambiente era tenso, y no solo por lo que se decían. Necesitaba que se alejara de ella. Brianna no podía ir hacia atrás porque tenía la puerta a su espalda y él invadía su espacio personal.

—Creo que sí me debes una explicación. Ayer te tiraste encima de mi coche, después me amenazaste, me escupiste y ahora te encuentro en mi tienda. ¿Acaso eres una loca? ¿Qué pretendes?

—No volverás a verme, ahora déjame salir.

Lo apartó, pero, cuando fue a abrir la puerta, la cogió del brazo. De nuevo su contacto la quemó, una imagen de sus manos sobre su piel acudió fuerte y nítida a su mente.

—¡No me toques! —gritó, furiosa, al mismo tiempo que se apartaba de él.

Brianna notó por su expresión que no le había gustado que tuviera esa reacción por el simple hecho de tocarla. No le importó y volvió a poner más distancia entre ambos. Su contacto le abrasaba, le trasmitía sensaciones de un pasado a su lado que no quería recordar. No deseaba saber cómo era su olor corporal, tan masculino y atractivo; sentir aquello solo hacía que se odiara a sí misma aún más, sabiendo el final de esa historia. No permitiría que la Brianna de su pasado se hiciera con el control de la situación.

—De acuerdo —se frotó el pelo, cansado—, pero no te vas hasta que me digas el motivo por el que has venido hasta aquí. Y quiero la verdad.

Por su tono de voz e insistencia, sabía que, si no se lo decía, no la dejaría marchar; era demasiado terco.

—En vuestra web ponéis que tenéis libros sobre los celtas, símbolos, también sobre viajes en el tiempo, cómo volver al pasado, física cuántica, viajes astrales…

Se quedó callada al ver cómo se le tensaba el cuerpo y su rostro palidecía. Se volvió a acercar a ella y la cogió de ambos brazos.

—¿Por qué estás buscando todo eso? —El tono de su voz sonó un poco desesperado—. Contesta, Brianna.

«Mierda», pensó. No le gustaba escuchar su nombre salir de sus labios. No quería que la tocara; cada vez que lo hacía, sentía que la mujer que lo conocía del pasado se revolvía y se iluminaba dentro de su cuerpo como si necesitara su contacto casi tanto como respirar.

—Suéltame y te lo diré.

Confundido, la soltó y se cruzó de brazos, ansioso por una respuesta. No podía decirle la verdad, todavía no sabía nada de él; ni siquiera sabía si, al igual que ella, la había visto en visiones, si la recordaba. Quizá mentía y solo estaba disimulando. Según lo que veía en su sueño, ya la había traicionado en el pasado; no podía dejarse embaucar de nuevo y, al mismo tiempo, también necesitaba tenerlo cerca. Esa sería una buena forma de vigilarlo, adelantarse a cualquier movimiento que pudiera hacer contra ella.

—Estoy escribiendo una novela.

—¿Una novela? —preguntó, sorprendido—. Hay muchos datos en Internet, no creo que sea necesario ir a una librería antigua para buscar más información.

—Quiero saber qué fue de los celtas, averiguar qué es lo que les pasó, cómo vivieron. También sobre cómo volver al pasado, ancestros… En Internet solo he encontrado teorías que cada uno pone en un *blog*, necesito manuscritos antiguos.

—¿Y para qué necesitas saber cómo volver al pasado?

Brianna se preguntó por qué eso era lo que más le llamaba la atención a Kailen de todo lo que le había dicho que buscaba. Se dirigió hacia el mostrador mientras él la seguía con la mirada, no se fiaba de ella.

—Bueno, la novela es de misterio y aventuras. Quiero algo distinto, original; quizá aquí pueda encontrarlo.

Acarició la madera y las raíces artificiales que adornaban la repisa, y se enfrentó con su mirada. Sus ojos mostraban desconfianza, sabía que no le decía toda la verdad y, sin embargo, por alguna razón, él le dio una respuesta que no se esperaba.

—Acércate mañana por la mañana, tendré preparados algunos libros para que les eches un vistazo.

Ahora era ella la que lo miraba confundida. ¿Por qué había aceptado ayudarla? Después de todo, quizá sí la recordaba. En cualquier caso, no perdería esa oportunidad.

—De acuerdo… Gracias.

Él asintió y ella se fue de allí. Cerró la puerta tras de sí y comenzó a respirar con normalidad de nuevo.

***

Kailen se sentó apoyando los codos en la mesa, la misma que utilizaban los clientes cuando iban a la tienda a leer los libros que estaban colocados en esas estanterías. No permitía que los sacasen de allí, por eso les dejaba el tiempo que necesitaban para encontrar lo que buscaban o disfrutar de la lectura. Algunos los tenía a la venta, otros los guardaba sin que nadie pudiera utilizarlos. Mañana sería distinto, ya que ella tendría acceso a todos ellos.

Sus ojos reflejaban odio cuando lo miraba, no podía ser solo por el encuentro que habían tenido el día anterior, había algo más. No le estaba diciendo toda la verdad, lo sabía; aun así, prefería mantenerla cerca. Le confundía, y esos chocantes encuentros que habían tenido no le parecían del todo casuales.

Definitivamente, era una mujer misteriosa. Quería descubrir qué

ocultaba, porque lo único que tenía claro era que escondía algo. Quizá podría ayudarlo a encontrar esas respuestas que necesitaba para sí mismo, unas respuestas que llevaba mucho tiempo buscando.

***

Unos labios le besaban el cuello, la calidez de estos hacía que su cuerpo respondiera a ese contacto. Un fuerte brazo la agarraba de la cintura y la apretaba contra él. No le veía la cara, solo sentía cada caricia. Le apartó la tela del camisón y desnudó su hombro mientras la tocaba con los labios. Los rodeaba la oscuridad, no sabía dónde estaba y solo era capaz de ver la figura masculina que tenía delante de ella.

Echó la cabeza hacia atrás, y él subió la mano hasta su pecho. Gimió excitada, pues ardía por dentro, y escuchar la respiración errática de él avivó la hoguera que ese hombre había despertado en su interior.

Con la otra mano la agarró donde finalizaba su espalda y la apretó contra su erección. Quería besarlo, pero él volvió a torturar su cuello.

—Me perteneces, Brianna —susurró en su oído.

Se quedó paralizada y miró su rostro. Sus intensos ojos negros reflejaban la seguridad de esas palabras, sin dudas, sin discusión.

***

Abrió los ojos de golpe, todavía con la excitación y la angustia en el cuerpo. No le gustaba soñar con él y, mucho menos, un sueño como ese. No era una opción sentirse atraída por esa persona, nunca lo haría. Nunca. La Brianna de su pasado no opinaba igual, notaba cómo ella respondía con distintas emociones cuando estaban juntos. Lo peor era que no podía deshacerse de ellas. Si la había engañado en el pasado, lo haría de nuevo; ahora al menos sabía de lo que Kailen era capaz y no volvería a caer en ese error.

Se incorporó en la cama y abrió el cajón de la mesita. Necesitaba tomarse una pastilla para el dolor de cabeza, los sueños y las visiones cada vez le quitaban más energía. Revisó en el cajón hasta encontrar lo que buscaba. Antes de cerrarlo, se detuvo; un colgante que estaba en uno de los rincones llamó su atención. Lo sacó y recordó que se lo había comprado a un anciano en una feria medieval. El cordón era de

cuero y, mientras acariciaba la piedra verdosa, su contacto le provocó un calor extraño.

Cerró los ojos. En su mente apareció una mujer que se lo entregaba, era rubia con el pelo recogido y los ojos color miel. La miraban con amor, el mismo que crecía dentro de ella al observarla. La escuchó pronunciar unas palabras: «Tu madre siempre quiso que lo tuvieras».

¿Quién era? ¿Por qué ahora ese objeto le parecía tan importante? Por la ropa que llevaba, también pertenecía al pasado, igual que el resto de las imágenes que habían aparecido en su mente. Se lo puso en el cuello. Tenía tantas preguntas sin respuesta...

Empezaron a temblarle las manos, las apoyó en la mesa y miró al suelo, a la vez que un bombardeo de imágenes aparecía en su mente junto con el zumbido característico. Sintió vértigo al verlas. De nuevo, esas dos niñas junto con el adolescente le abrazaban, reían, cazaban, lloraban, discutían. El corazón comenzó a latirle a más y más velocidad, la misma con la que los recuerdos pasaban delante de ella.

—No… No puede ser —dijo en voz alta. Se miró las manos, que no paraban de temblar—. No es cierto…, debo estar soñando.

Las lágrimas resbalaron por su rostro, un inmenso vacío se instaló en su pecho. Ese pasado que se abría ante ella era muy real. ¿Su vida actual era una farsa? Sintió el calor del amor de una familia, podría jurar que eran sus hermanos, su tía. Se vio a sí misma como una guerrera fuerte, independiente, y su instinto le decía que era cierto. Al desmayarse aquel día, algo se había despertado en su interior.

¡Dios mío! Esas cosas no ocurrían, no era normal. Por mucho que Roger, los médicos y los psicólogos le dijesen lo contrario, se estaba volviendo loca. Quizá todo fuera una fantasía, algo que inventó de niña o, tal vez, su mente no funcionaba bien. ¿Debería ir al médico de nuevo? Si lo hacía, le dirían que había tenido una crisis de ansiedad o le harían pruebas y la medicarían; no quería volver a estar encerrada como en el orfanato.

—Tranquila, Brianna. —Intentó calmar su respiración, era tan rápida que se estaba mareando—. Piensa.

Se tumbó en el sillón y elevó las piernas. Cerró los ojos, aunque se dio cuenta de que no había sido buena idea, ya que volvieron a aparecer más escenas de su «supuesto» pasado y, cuanto más veía, más se alejaba del presente.

Una lágrima resbaló por su sien. Estaba casi segura de que Kailen era real, no podía ser una coincidencia. ¿Y si decidía creer en lo que

su mente le mostraba? Quizá así cobrarían sentido muchas cosas. El no sentir que perteneciese a ese lugar ni a ese tiempo, el no encajar en ese mundo ni con la mayoría de las personas. Roger siempre le había dicho que podía ser porque había crecido en un orfanato, y a ella le parecía una explicación lógica, pero ahora ese sensato argumento se tambaleaba. Aunque nunca supo quiénes eran sus padres ni había tenido hermanos, había sido feliz con Roger. En las casas de acogida nunca la trataron como lo hacía él, fue el único al que llegó a considerar como un padre.

Su mente vagó, imaginó lo que supondría que ese pasado que se presentaba ante ella, de forma cada vez más intensa, fuera real. Lo extraño no era que, al recordar a esa familia del pasado sus sensaciones se hubieran despertado, como si supiera lo que era haber tenido hermanos, sino el que quisiera volver a sentir ese amor que había encontrado con esos niños. Por primera vez, supo lo que era no estar sola al tener una familia como aquella. Anhelaba cuidarlos, estar junto a ellos y lo peor de todo era saber que, al morir de esa forma, ellos se habían quedado solos, sin su ayuda. Miles de preguntas volvían a surgir en su cabeza. ¿Por qué no podía recordarlo todo? ¿Qué había ocurrido realmente? ¿Por qué había acabado allí? ¿Se había reencarnado? Y si fuera así, ¿por qué ahora?

El teléfono sonó y se levantó de un salto.

—¿Sí?

—¿Cómo estás, Bri?

Escuchar la voz de Roger la calmó al instante.

—En estos momentos no muy bien, la verdad.

—¿Por qué? ¿Ha ido a más?

—Sí. —No sabía si decirle lo que había visto, no quería preocuparlo más—. Me encontré con el mismo hombre en una de las librerías a las que fui a buscar información.

—¿El que casi te atropella?

—El mismo.

—¿Y? ¿Le preguntaste?

—¡No! Pensaría que estoy chalada, aunque no es que ahora opine lo contrario.

—Creo que deberías hablar con él y explicarle la situación.

Quería decirle lo que ese hombre le había hecho en el pasado y por qué desconfiaba de él; así la entendería mejor, pero no quería preocuparlo más.

—No, por ahora, no. He quedado en volver a su librería, lo vigilaré de cerca.

Roger suspiró.

—Como quieras, solo te digo que no descartes sincerarte.

Brianna se quedó en silencio.

—Hay algo más, ¿verdad? —preguntó él.

No podía engañarlo, ni siquiera por teléfono. La conocía muy bien.

—He visto cosas que me intrigan y, a la vez, me han emocionado e inquietado.

—¿De qué se trata?

¿Por qué le costaba tanto decírselo? No quería hacerle daño, explicarle que tenía una familia en su pasado le costaba.

—¿Qué, Bri?

—Tengo dudas acerca de si algo de esto es cierto, ya lo sabes. Lo que ocurre es que en esas imágenes había unos niños que parecían mis hermanos y una mujer que creo que era mi tía.

—¿Y qué has sentido?

Brianna se asombró al escucharlo calmado, no parecía afectarle.

—Sentí amor, como si de pronto supiera lo que era tener hermanos.

—¿Te gustó esa sensación?

—No lo sé. Me siento impotente, porque, si esto es cierto, dejé a unos niños que dependían de mí.

—Me contaste que habías muerto en una batalla. Si fue así como sucedió, no tuviste la culpa, no podías hacer nada.

—Necesito saber y, al mismo tiempo, creo que todo es una locura. ¿Te das cuenta de lo que estamos hablando?

Ambos se quedaron en silencio hasta que Roger lo rompió:

—Bri, luchar contra lo que te está pasando te hace sufrir más. Déjate llevar, haz averiguaciones, permite que vuele tu imaginación y acepta que es real. Investiga y, si finalmente nada era cierto, al menos habrás intentado buscar una respuesta a lo que te sucede.

—¿Y si…?

—Y si nada —la interrumpió—. Te conozco, sé que, hasta que no llegues al final de este asunto, no vas a estar bien.

—¿Tú piensas que es cierto? ¿Que he vivido ese pasado?

—No importa lo que yo crea, sino lo que te ayude a ti.

—¿No crees que estoy loca?

—¡Por supuesto que lo estás! —Ambos se rieron—. Pero las grandes locuras dejan buenos recuerdos.

—Gracias, de verdad. Me daba un poco de miedo contártelo. No quería hacerte daño. El sentir que he tenido una familia no cambia mis sentimientos hacia ti ni lo agradecida que estoy por tenerte.

—Lo sé. —Carraspeó—. Siempre creí que quizá en tu edad adulta buscarías tus orígenes, aunque nunca pensé que serían de un pasado tan lejano.

Ambos se rieron.

—No he tenido ningún interés en buscar a mis verdaderos padres. No lo necesito. Desde el principio me explicaste quién fue mi familia, cómo mi madre, sola y demasiado joven para cuidarme, me dio en adopción. Te agradeceré siempre que fueras sincero compartiendo conmigo la información que tenías sobre mi pasado, sin ocultar nada. En cambio, esto es distinto.

—¿Por qué crees que es distinto? —preguntó él.

—Porque en este caso siento que he sido yo quien los ha abandonado.

—Te entiendo, aun así, no te castigues. Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Lo sé.

—Ponme al día de lo que vayas descubriendo, ¿de acuerdo?

—Así lo haré.

Colgaron, y sintió que podía respirar de nuevo. Él tenía razón, no iba a luchar más contra sí misma, lo aceptaría y buscaría una solución. De niña decidió ignorar las señales, por lo que ahora debía probar algo distinto, intentaría averiguar la verdad. A partir de hoy, vería todo como si hubiera ocurrido, haría caso a sus visiones y a sus sueños. No tenía nada que perder.

Cómo agradecía a la vida el haber encontrado a Roger.

Ese sería su primer paso: descubrir qué le había ocurrido a su familia. No sabía muy bien por dónde empezar, no recordaba en qué año estaban, y sin pistas era muy difícil encontrarlos. Además, tampoco sabía qué debía buscar exactamente.

Se abrazó y apoyó la cabeza en las rodillas. Habían despertado en su interior unas inmensas ganas de volver a ese pasado, de investigar qué ocurrió. Quizá ese era el objetivo, volver a casa; no de forma física, pero sí averiguar toda la verdad para su tranquilidad mental. Sus pensamientos la llevaban a ese tiempo de forma desesperada. Si era sincera consigo misma, la posibilidad de que solo fuera una ilusión fabricada por su mente, por la necesidad de una vida que nunca tuvo,

por el fuerte deseo de tener una familia, de ser querida, de no ser abandonada, podría haberla llevado a buscar una falsa realidad.

Ya no quería pensar en esa opción; desde ahora creería que todo era cierto. Intuía que debía seguir las pistas y ver hacia dónde la conducían. Una nueva oportunidad se abría ante ella, y no la desaprovecharía.

***

Cuando Kailen llegó a la tienda, ella ya estaba esperándolo fuera, apoyada en la bici. La notó cansada, pero a la vez ansiosa por entrar. Tendría que vigilarla, esa mujer nunca parecía estar tranquila, no quería que hiciera alguna de las suyas. Cada vez que se encontraban, algo ocurría. Tampoco ayudaba el que ella lo mirase con tanto rencor, le hacía sentirse más alerta. Intentaría que el trato con ella fuera cordial y lo más relajado posible, pero no iba a ser fácil. Mientras metía la llave en la cerradura para abrir la puerta, dijo mostrando una pequeña sonrisa:

—Qué madrugadora. Debes estar muy ansiosa por terminar tu novela.

—No he dormido bien.

—¿Un mal sueño?

—Sí, algo así.

—No tanto como el mío, te lo aseguro.

Ella lo miró extrañada.

—He llegado temprano porque he pensado que sería cuando menos clientes tendrías en la tienda, no quiero quitarte mucho tiempo.

—Qué considerada, gracias. —No pudo evitar que sonase un poco irónico. Hizo un gesto con la mano para que entrase—. Puedes dejar tus cosas detrás del mostrador.

La llevó donde estaban los libros que podrían servirle con la búsqueda. Había dejado preparados encima de la mesa varios manuscritos, dos de ellos eran voluminosos y muy antiguos, el resto contenían información que no se encontraba en cualquier sitio. Hacía tiempo que él también los había revisado; estuvo obsesionado con ellos, aunque ya ni recordaba el motivo. Nunca encontró nada que pudiera ayudarlo con lo que buscaba.

—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. A la una y media cierro para comer.

Brianna asintió. La dejó en la parte de atrás de la tienda y se fue a colocar un pedido que le habían servido la noche anterior. En solo un día la tienda estaba más caótica, la falta de Rosse se notaba muchísimo.

Pasaron las horas y apenas pudo avanzar, solo atendía a los clientes. La verdad era que el tiempo no le cundía y echaba de menos a su compañera.

—Voy a ir a por un café. ¿Quieres que te traiga uno? —se ofreció Brianna.

Se alegraba de que hubiera hecho un descanso, no le gustaba que llevara tanto tiempo allí dentro sin hacer ningún ruido. Ni siquiera la había escuchado salir hasta que le habló.

—Te lo agradezco.

Lo dejó solo. Al verla salir por la puerta, su cuerpo se relajó al instante. Se encontraba tenso con su presencia, lo cual era una contradicción, ya que también había algo dentro de él que no quería que se alejara. Lo mejor sería decirle que ya no volviera, tenía que separarse de esa mujer, no necesitaba esa tensión en su vida. Lo trastocaba y no confiaba en ella. Se preguntaba por qué demonios la había invitado a volver y, lo más importante, por qué sentía esa dualidad entre quererla cerca —algo que le hacía sentir pleno, como si el que ella estuviera allí fuera lo correcto— y querer huir hasta alejarse lo máximo posible por la inestabilidad que le provocaba.

Se sentó en la banqueta que estaba tras el mostrador. No iba a engañarse, la había dejado volver porque creía que ella le daría las respuestas que buscaba, pero ahora ya no estaba tan seguro.

Brianna regresó con el café en la mano.

—No te he preguntado cómo lo tomas, lo he manchado con un poco de leche.

—Sí, así está bien, lo necesito cargado. —Miró a su alrededor y abrió los brazos mostrando el desastre que tenía ante él.

—¿Qué tal está Rosse?

—Muy bien, las dos están muy bien. Gregory, su marido, quiere conocerte para darte las gracias.

—No hice nada.

—Rosse no opina lo mismo.

Se miraron en silencio sin saber qué más decir. Kailen la observó, hoy no desprendía tanto odio; si se fijaba, percibía tristeza detrás de esos ojos pintados con una raya oscura. Ella se dio la vuelta para

evitar que siguiera analizándola y se fue a la parte de atrás. Justo cuando iba a desaparecer de nuevo, lo sorprendió preguntando:

—¿Has pensado en sustituir a Rosse?

Kailen no sabía qué decir, había creído que podría llevar todo el trabajo él solo; sin embargo, después de un día, el desorden lo ahogaba.

—Sí, tendré que contratar a alguien hasta que ella vuelva. ¿Por qué? ¿Quieres hacerlo tú?

Lo había pensado antes de preguntárselo, no solía decir las cosas impulsivamente. Lo más probable era que se arrepintiera, hacía unos minutos creía que lo mejor era dejarla ir y ahora le daba trabajo.

—¿Me estás ofreciendo el puesto?

—Si así fuera, ¿aceptarías?

Brianna se apoyó en la puerta cruzándose de brazos. Kailen intuyó que ella ya sabía la respuesta, solo se demoraba a propósito. No le rogaría.

—Si te parece bien, empezaré por la tarde; antes, me gustaría echar un vistazo a los libros que me has dejado.

—De acuerdo. Cuando el trabajo esté terminado, podrás mirarlos siempre que quieras.

La mañana pasó rápido. La invitó a comer, pero no accedió, dijo que iría a por un bocadillo y volvería rápido para seguir con los libros. En el fondo, prefería que no hubiera aceptado su oferta, era mejor mantener un poco las distancias. La había estado observando, incluso le había mirado el móvil una de las veces en las que salió a por otro café. No era correcto hacerlo, pero no le importaba: quería tener más información sobre ella y conocer a quién iba a contratar. Seguía sin fiarse.

Si antes le parecía rara, ahora, mucho más. No tenía el teléfono bloqueado, y lo más curioso era que solo aparecían tres contactos memorizados: dos nombres de mujer y el de un hombre llamado Roger. Se preguntó si sería su pareja. No había ninguna red social instalada en el teléfono, parecía que solo lo utilizaba para hacer fotos a las páginas de los libros que le interesaban. Había visto que también apuntaba todo en una libreta. Apenas paraba ni un instante, lo que fuera que buscaba la tenía absorbida por completo.

Una hora después volvió a la tienda y ella seguía allí. En cuanto lo vio, se levantó para aprender el nuevo trabajo que tendría que realizar para él.

No se lo tenía que repetir, aprendía rápido y enseguida se puso a colocar el material. Dio de alta los albaranes de entrega en el ordenador y seleccionó los libros por categorías. De manera casi mágica, el desorden que reinaba en la tienda empezó a desaparecer. Las horas pasaron, y gracias a su ayuda pudo atender más tranquilo a varios clientes. Llegó la hora del cierre. El tiempo aquella tarde había volado, le había gustado tenerla allí. La miró sin que se diera cuenta y la notó cansada, aunque su rostro no estaba tan triste como por la mañana.

—Puedes irte a casa, Brianna. Hablaré con el gestor para que haga el contrato. Por favor, antes de irte apúntame tu dirección, tus datos personales y tu teléfono.

—No voy a darte mis datos.

Kailen levantó una ceja y tuvo que contener una carcajada. Volvió a ver ese brillo de odio en sus ojos, el que había ocultado durante todo el día.

—Si quieres que te pague y sea legal, tendrás que hacerlo.

—Puedes pagarme en efectivo.

—No.

Él se cruzó de brazos.

—No voy a darte mis datos —insistió Brianna con el ceño fruncido.

—¿Acaso ocultas algo? —Se acercó a ella.

—¿Y tú?

Ahora estaban uno enfrente del otro, se retaban con la mirada.

—Si oculto algo, Brianna, quizá tengas que estar cerca de mí para averiguarlo. —Se aproximó a sus labios—. Te guste o no.

—No te acerques —contestó a la vez que lo empujaba.

Kailen entrecerró los ojos.

—Vaya, sí que te doy asco si no soportas ni que me acerque. Esa novela debe de ser muy importante para ti si haces un esfuerzo tan grande por permanecer a mi lado para conseguir información.

Brianna miró hacia el suelo e hizo una respiración profunda.

—Así es, es muy importante para mí.

—¿Tanto como para trabajar con alguien a quien, incomprensiblemente, detestas?

—Será mejor que solo venga a leer los libros y buscar información, nada más.

Kailen se apoyó en el mostrador sin perder contacto visual con ella. No, no dejaría que ganase; le molestaba que lo mirase de esa forma,

con tanto rencor.

—Si quieres revisar esos libros, tendrás que trabajar aquí.

—Pero…

—No voy a discutir, lo tomas o lo dejas.

Si pudiera haberlo matado, estaba seguro de que lo habría hecho en un milisegundo. Enfadada, su rostro tenía una belleza salvaje. Fuera como fuera, quería mantenerla a su lado; ya se preguntaría el motivo de esa loca idea. No se reconocía a sí mismo, solía tener las ideas claras, pero con ella pensaba una cosa y, minutos después, otra.

Veía en Brianna la lucha interna. Por un lado, lo odiaba y, por otro, era de vital importancia para ella seguir con su búsqueda. Deseaba con todas sus fuerzas que accediera a quedarse, cada vez le intrigaba más.

—Está bien.

Kailen sonrió en su interior. Había ganado ese asalto.

—Entonces, insisto: tendrás que darme tus datos si vas a trabajar aquí.

La estaba presionando, sabía que no quería que tuviera información sobre ella. En su rostro se reflejaba la duda de si hacerlo o no. Al final accedió, sacó la cartera y le dio su identificación.

—También necesito un teléfono de contacto.

Ella puso los ojos en blanco mientras él se encogía de hombros. Sacó un bolígrafo, un papel y, con trazo firme, se lo escribió. Kailen marcó el número, el móvil comenzó a sonar con un timbre sencillo y coloquial.

—¿Estás comprobando que te haya dado el número correcto? —preguntó Brianna.

—Sí, así es. —Evitó sonreír—. Pero también es para que tengas el mío por si pasa cualquier cosa y no puedes venir a la tienda o por si me necesitas cuando esté fuera.

Recogió sus cosas mientras él se divertía a su costa, le gustaba verla así.

—Perfecto, debo irme.

—Brianna… —Ella se detuvo y se cruzó de brazos—. Gracias, la verdad es que has sido de gran ayuda.

Volvió a ver dolor en su rostro y una expresión que no supo definir. De manera inexplicable, eso le hizo sentirse mal. La observó en silencio mientras cogía el abrigo y se marchaba. Era tan misteriosa… Podía sacarlo de quicio y, al momento, parecerle fascinante.

Él también estaba cansado. Minutos después, cerró la tienda. Intentaría no pensar mucho en aquella chocante mujer, un reto casi imposible.

Capítulo 4

Sentado en el coche, echó el humo del cigarro por la ventana. No le gustaba fumar, ni siquiera sabía por qué lo hacía, quizá por aburrimiento o por el simple hecho de saber que no era lo correcto. Los había estado vigilando todo el día. Hacía pocos minutos que la mujer había salido de la tienda, pero él seguía dentro; esperaría a verlo salir y después se iría.

Por ahora, no parecía que se hubieran acercado demasiado. Cuando los veía juntos, se notaba la tensión entre ambos, el odio de ella y la desconfianza de él. No podía dejar que se acercasen, no era una opción que averiguaran la verdad. De momento, solo tenía instrucciones de vigilarlos y no intervenir.

A veces sentía que no valía la pena luchar por esto. Mantener el secreto era la misión más importante, tanto él como las personas que conocían la verdad debían supervisar a los demás y estar atentos a las señales; de eso dependían muchas cosas. Los encargos en los que trabajaba lo obligaban a estar solo. En general, eso no suponía un problema, aunque en esa ocasión tenía que admitir que se sentía especialmente vacío y, por primera vez en muchos años, echaba de menos un poco de compañía.

Tanto él como su gente debían estar dispuestos a hacer lo que fuera necesario para que todo siguiera oculto. Quizá el estar casi seguro de que con esa misión se vería obligado a cruzar la línea —porque sabía que, tarde o temprano, debería dar un paso más— era lo que le ponía nervioso. La energía de esos dos cuando estaban juntos era un problema. No era nada bueno que se hubieran encontrado. Nada bueno. Habría consecuencias desastrosas si dejaba que las cosas fluyeran y no los detenía antes de que fuera a más. ¿Por qué no le permitían cortar todo de raíz? ¿Para qué arriesgarse?

Por otro lado, si de algo estaba seguro, era de que ellos no se equivocaban. Nunca. Si creían que lo más acertado era mantenerse lejos, esa era la opción correcta. A él no se le daba bien seguir las

normas y quedarse ahí sentado le estaba costando la vida, pero tenía que hacerlo: solo observar, observar e informar. Deseaba desde lo más profundo de su ser que las cosas no fueran a más por el bien y la tranquilidad de todos.

***

Al día siguiente Brianna esperaba impaciente en la puerta de la tienda, quería comenzar cuanto antes. Le hubiera gustado tener las llaves, de esa forma, podría aprovechar cualquier momento que tuviera para echar un vistazo a los libros. Los recuerdos eran cada vez más nítidos, aun así, había muchas cosas que desconocía. A ella acudían imágenes de las cuales todavía no entendía su significado. Miles de preguntas se amontonaban en su mente y seguían sin respuesta.

Además de sentirse inestable por esas visiones, desde hacía algunos días tenía la desagradable sensación de que la observaban. Esa misma mañana, mientras iba a la tienda, tuvo la necesidad de mirar atrás en varias ocasiones al escuchar unos rítmicos pasos tras ella, aunque no logró ver a nadie que confirmara sus miedos. Era difícil de definir, pero notaba una tensión rara en el ambiente que le erizaba el vello de la nuca.

Con la mirada puesta en la puerta de la tienda, se descubrió deseando conocer a fondo el tipo de relación que había mantenido con Kailen. La forma que tenía de reaccionar ante su contacto era tan contradictoria, lo anhelaba y a la vez le repelía. Durante toda la noche había intentado analizar esa extraña dualidad en sus sentimientos hacia Kailen y, aunque una parte importante de ella le decía que debía alejarse, que debía huir, había llegado a la conclusión de que no era una opción dejar de ir a su tienda. Debía tener la mente abierta y estaba segura de que estar a su lado la ayudaría a descubrir qué le pasaba. Además, había encontrado datos interesantes en los libros de la trastienda; entre ellos, descripciones muy detalladas de los símbolos celtas.

Necesitaba averiguar más del trisquel, que era el que aparecía en la espada de su sueño. Todo lo averiguado le indicaba que los símbolos eran más importantes de lo que había pensado en un primer momento y que cada uno de ellos tenía un significado profundo.

Recordaba vagamente que su tía le había mostrado signos celtas.

Estaba casi segura de que, en sus recuerdos, ella le insistía en que debía hacerle caso a la magia, ser receptiva, y también le recalcaba que no podía influirle la muerte de su madre. Sin embargo, Brianna no quería saber nada de la magia, dejó de creer y, en su pasado, prefería no conocer los rituales que ellas, tanto su madre como las mujeres de su clan, practicaban.

Qué tonta había sido; si la hubiera escuchado, sus recuerdos podrían haberla ayudado en estos momentos. Al menos en muchas otras cosas la Brianna de antes y la de ahora tenían en común pensamientos como el amor y la lealtad a la Madre Naturaleza. Los manuscritos que encontró decían que los celtas le daban importancia a la Tierra, a las estrellas y a las galaxias; pensaban que todo estaba conectado y que el universo hacía de unión entre todos los seres vivos. Allí, en aquella fría mañana, frente a la puerta de la tienda, se dio cuenta de cuánto deseaba recuperar recuerdos de su tía; estaba convencida de que una de las claves era ella.

Con respecto a su familia, era misión imposible averiguar qué era lo que les había ocurrido. ¿Cómo conocer el pasado de unas personas que no estaban en ningún escrito? Si al menos supiera el nombre de su clan… Pero, por más que intentaba recordarlo, no lo conseguía.

Escuchó un ruido a su espalda, otra vez tenía la desagradable sensación de ser observada. Se giró con sigilo, pero al mirar no vio a nadie. Intentó tranquilizarse y convencerse a sí misma de que nadie la seguía, solo eran imaginaciones suyas.

Kailen no tardó en llegar. Los vaqueros oscuros y el abrigo gris, que le quedaba como hecho a medida, resaltaban su cuerpo ancho y fuerte, y la barba de dos días lo hacía parecer más masculino. No quería que nada la perturbara, y verlo así no ayudaba; podía detestarlo, pero no era ciega. Era un hombre muy atractivo.

—¿Duermes aquí y por eso llegas tan temprano? —preguntó Kailen sin perder la sonrisa.

«No, tampoco es bueno verlo sonreír». Su magnetismo se hacía más evidente.

—Me gusta madrugar —logró decir.

—¿Has desayunado?

—Sí, algo rápido.

—El desayuno no lo perdono, así que vamos a tomar un café con tostadas antes de empezar.

—Preferiría entrar.

Kailen clavó los ojos en ella, se puso serio y metió las manos en los bolsillos.

—Brianna, vas a desayunar conmigo. Después, si tenemos un poco de tiempo libre, revisarás todos los libros que quieras.

La verdad era que no le apetecía volver a discutir, pero tampoco creía que pudiera negarse. Por más que la mujer de su interior quisiera enfrentarse a él, incluso insultarlo, debía mantenerla a raya; así que frenó de nuevo a la voluble Brianna de su pasado, que cada vez crecía con más fuerza; sobre todo, cuando él estaba cerca. Notaba el odio, la tristeza y la atracción por él, pero, por ahora, la tenía bajo control.

Entraron en la cafetería que estaba unos metros más arriba de la tienda. Había varias mesas libres y escogieron una que se encontraba cerca de la televisión. Ambos atendían al titular que aparecía en el informativo: «Se acerca una intensa lluvia de meteoros que será visible desde la Tierra». El presentador aseguraba que sería una visión mágica en la que se captaría una bonita estela de estrellas que se vería en gran parte de Europa.

La camarera se acercó a ellos.

—Hola, Kailen. ¿Lo de siempre?

—Buenos días, Cloe. Sí, por favor, lo de siempre.

—Me he enterado de que Rosse dio a luz en la tienda. Qué susto te darías. ¿Están bien?

—Sí, nos dieron un buen susto, pero las dos están muy bien.

—Seguro que ella estaba tranquila al tenerte a su lado.

—Estoy para lo que me necesitéis, ya lo sabes —dijo con un pícaro brillo en los ojos.

Brianna vio que la camarera lo miraba embobada. Era una mujer llamativa, rubia, con curvas y un pecho perfecto. A él le gustaba, el tonteo era evidente, y eso hizo que unos celos repentinos la invadieran. Intentó controlarse, ese hombre no era nada suyo y tampoco quería que lo fuera.

—¿Brianna? ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Cloe te está preguntando qué quieres tomar.

—Oh, perdona, un zumo de naranja y una tostada con mantequilla.

La camarera se alejó mientras él la seguía con la mirada.

—Si te gusta tanto, ¿por qué no se lo dices? —preguntó Brianna.

Él levantó una ceja.

—¿Quién ha dicho que me gusta?

—Es obvio por la cara que has puesto.

Seguía serio, sin apartar los ojos de ella.

—No está disponible, no hago nada con mujeres casadas.

—Pero, si no lo estuviera, ¿le dirías algo?

Él se acarició la barbilla a la vez que la analizaba.

—Quizá. De todas formas, ella y yo nos conocemos desde hace muchos años, siempre estamos bromeando.

Le incomodó su mirada, por primera vez ganó el reto y ella miró hacia otro lado.

Cloe les dejó el desayuno en la mesa. Esa vez no hizo contacto visual con la camarera, sino que siguió sin apartar los ojos de Brianna hasta que se marchó.

—¿Te han servido los libros que leíste ayer?

—Bueno, todavía tengo mucho que investigar.

Estaba incómoda a su lado. Aunque él actuaba como si desayunar con ella fuera algo cotidiano, el ambiente era tenso, y deseaba terminar lo antes posible para irse a la tienda. Brianna observó la cafetería para no tener que mirarlo.

Era pequeña y acogedora, con las mesas y las sillas de madera. En las paredes, de un tono verde acogedor, colgaban varios mensajes positivos junto a tres relojes: uno indicaba la hora de Dublín, otro, la de Madrid y otro, la de Las Vegas. Era curioso que marcasen la hora de esas tres ciudades.

—Son importantes para el matrimonio que lleva esta cafetería —dijo Kailen, que se había dado cuenta de que los observaba—. Dublín es donde nacieron, Madrid es donde vive ahora su hija y en Las Vegas es donde se casaron.

—¿Cloe es la dueña?

—No, es una empleada que lleva tiempo con ellos.

Brianna le dio un trago al zumo. Le llamó la atención uno de los mensajes que adornaban las paredes: «El que puede cambiar sus pensamientos puede cambiar su destino». Pensó que los suyos solo trataban de volver a un pasado que recordaba más por sensaciones que por haberlo vivido. Otro de sus pensamientos era vengarse de él, de ese hombre que la había traicionado y que había acabado con su vida. Era raro que deseara hacerle pagar con el mismo dolor que sentía solo por un recuerdo de su mente. No lo podía controlar, esa sensación de traición y necesidad de venganza era muy fuerte.

—¿Cómo se llama?

—Perdona, ¿qué? —dijo Brianna, volviendo en sí.

—Tu protagonista, ¿cómo se llama?

Se quedó callada, ni lo había pensado, no tenía ni un argumento que darle. Debía estar más atenta a esas cosas para que no la pillara desprevenida.

—Kassandra. —Siempre le había gustado ese nombre.

—Interesante. En la *Ilíada* era la hija de Príamo y Hécuba. Recibió del dios Apolo el don de la profecía a cambio de entregarse a él, pero ella no cumplió su promesa y Apolo la castigó haciendo que nadie creyera sus profecías.

—Bueno, en el caso de mi protagonista, ella sí se entregó a un hombre y fue él quien no cumplió su promesa.

—¿Por qué no la cumplió?

Brianna bebió un trago del zumo, tenía que pensar bien sus respuestas.

—Quizá porque él no la quería lo suficiente.

—¿Quizá? Tú eres la escritora, deberías saber el motivo.

Sus ojos negros permanecían clavados en ella, como si buscara algo que no lograba alcanzar.

—Todavía tengo que saber por qué lo hizo.

—Supongo que el escritor debe saber cómo termina la novela para poder desarrollar el resto.

Brianna entrecerró los ojos.

—Sé cómo termina la historia. —Curvó los labios en una sonrisa—. Ella se venga de él.

Kailen se apoyó en la mesa y acortó la distancia que había entre ellos.

—¿Aunque siga enamorada?

—¿Quién ha dicho que lo esté?

—Que él no haya cumplido su promesa no quiere decir que ella haya dejado de amarlo.

La irritaba su forma de hablarle, casi sonaba a provocación.

—¿Nos vamos? —preguntó Brianna para cortar el momento.

No parecía que Kailen estuviera dispuesto a terminar la conversación hasta que miró su reloj. Debían regresar, por lo que no le quedó otro remedio que abandonar su interrogatorio; era la hora de abrir. Dejó el dinero en la mesa y se despidió de Cloe.

El día pasó muy deprisa. En los ratos libres, él permitía que buscara información en los libros. Cuando entraban clientes o llegaban pedidos, entonces se ponía a trabajar. Estaba terminando de colocar en las estanterías el último material que les habían entregado y se iría a casa.

Kailen dejó algunos libros más en la mesa y ella lo observó sin que se diera cuenta. Se había quitado el jersey y ahora estaba en manga corta, los tríceps se le marcaban con la camiseta negra y ajustada. Al estar distraída se resbaló y un libro se le cayó en la cabeza. Se quejó tocándose el sitio donde se había golpeado.

—Brianna, ¿estás bien? —dijo él a la vez que se acercaba preocupado—. Madre mía, te has dado un buen golpe. Déjame ver.

—Estoy bien, de verdad.

No quería que la tocara.

—Date la vuelta, voy a mirar si te has hecho sangre.

Sintió su presencia detrás de ella, el calor que emanaba de su cuerpo la atraía de tal forma que tuvo la tentación de rozarse contra él. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más difícil era evitar esas sensaciones. Se obligó a respirar despacio cuando le puso una mano en el hombro mientras con la otra le examinaba la cabeza. Cerró los ojos al sentir los dedos en la nuca cuando le apartó el pelo. No pudo controlar una leve descarga eléctrica que le atravesó el cuerpo. Se dio la vuelta con rapidez y ambos se miraron. Su cara era de sorpresa y confusión.

—¿Lo has notado? —preguntó él.

Notó el zumbido en los oídos, una nueva imagen apareció. Kailen la agarraba de la cintura y la estrechaba contra su cuerpo, sus ojos ardían de deseo al mirarla. Era una visión del pasado, en ella le acariciaba el cuello y se disponía a besarla.

—¡No! —gritó mientras se tambaleaba.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Estoy bien, debo irme.

Cogió sus cosas y huyó a toda prisa.

***

Kailen llegó a casa, dejó las llaves en la entrada y se dio una ducha. Más tarde, se preparó la cena. Cuando terminó, salió a la pequeña terraza con un botellín de cerveza. El sonido de los grillos le

transmitía lo que necesitaba en esos momentos: tranquilidad. Le gustaba la zona en la que vivía. Dundrum estaba un poco alejado del centro de la ciudad, pero en el Luas, el tranvía ligero de Dublín, no tardaba en llegar a la tienda. Recordó que, cuando vio el apartamento por primera vez, se enamoró de él. Le había gustado que el suelo fuera de tarima; en Dublín costaba encontrar apartamentos en los que no hubiera moqueta en alguna de las habitaciones.

No era muy grande. La cocina y el salón estaban juntos, y una pequeña habitación más el baño completaban el piso. Era más que suficiente para él. De vez en cuando llevaba a alguna mujer, pero se aseguraba de que fueran relaciones esporádicas; no necesitaba nada serio, se encontraba bien solo.

Volvió a pensar en ella. Desde que había acariciado su piel, no dejaba de sentir esa especie de vibración intensa que le había traspasado los dedos. Lo más extraño era que no se trataba de una sensación desconocida. No era la primera vez que lo sentía, aunque tampoco recordaba haberlo vivido antes.

Estaba convencido de que, si ella había huido de su contacto, era porque había sentido lo mismo. Le hubiera gustado seguirla y obligarla a que le diera las respuestas que necesitaba, pero con toda probabilidad habría esquivado sus preguntas, como lo hizo al hablar de su supuesta novela. Sus contestaciones fueron vagas, la había notado contenida. Estaba claro que no quería contarle detalles, solo le había dicho lo justo y necesario para dejarlo tranquilo.

Se sentía inquieto y agotado. Antes de irse a la cama llamaría a Rosse para ver cómo se encontraban la niña y ella, le diría lo mucho que la echaba de menos en la tienda. Brianna no lo hacía mal, pero Rosse y él se complementaban muy bien en el trabajo, conectaban a la perfección.

***

Recuerdo de Kailen

La suave niebla no lo dejaba ver a su presa con claridad. Tendría que acercarse un poco más y debía hacerlo con cuidado, ya que podría oírlo al menor movimiento. Miró al suelo para evitar pisar alguna rama seca que pudiera descubrirlo y avanzó unos metros más mientras se resguardaba entre los árboles. El cielo nublado no dejaba

traspasar ni un rayo de sol. Cerró los ojos y aspiró el olor a humedad del bosque. El silencio fue interrumpido por el canto de un pájaro al que vio salir volando.

Agarró el arco con la flecha sin perder su objetivo de vista: un hermoso ciervo. No solía lamentar matar a un animal, debía alimentarse, era ley de vida; pero ese era especialmente bello. Comía ajeno al peligro que lo acechaba y, de vez en cuando, levantaba la cabeza.

Kailen colocó la flecha en el arco y lo tensó muy despacio para evitar hacer ruido. Lo haría rápido y justo en el pecho para que no sufriera. Y entonces se sorprendió. Como si de un fantasma se tratase, una figura emergió detrás del ciervo a la vez que Kailen lanzaba la flecha. De forma rápida y certera, vio cómo aquella presencia cogía del cuello al ciervo y le hacía un corte preciso en la garganta al mismo tiempo que la flecha se incrustaba en el pecho del animal.

Se hizo el silencio. Kailen, sin dejar de mirar a la criatura que tenía delante, se acercó con lentitud mientras un rayo de sol se filtraba por las nubes, iluminando su imagen. No podía creerlo: parecía una amazona, una bella guerrera del bosque, impactante y hermosa. Ella se incorporó sin apartar los ojos de los de él, su ropa estaba manchada de sangre y apretaba el cuchillo con fuerza en la mano izquierda. El pecho de la mujer subía y bajaba, y tenía el cuerpo en posición de ataque; para ella, él era una amenaza. Despacio, Kailen dejó el arco en el suelo.

—No voy a hacerte daño —dijo él a la vez que le mostraba las palmas de las manos.

Se formó una medio sonrisa en los labios de aquella bella criatura.

—Aunque lo intentase, tampoco lo lograría.

Kailen pensó que quizá tenía razón. No sabía cómo demonios se había acercado tanto al ciervo sin que el animal la escuchara hasta que literalmente estuvo encima de él. Esa mujer parecía sacada de una de las tantas historias de sus clanes. ¿Acaso era real? Sus extraños ojos verdes brillaban con intensidad, el pelo negro y recogido en una trenza descendía por su hombro, su piel blanca le hacía parecer etérea.

—Creo que vamos a tener que dividirnos el ciervo —dijo Kailen mientras se acercaba más.

—Lo dudo. Este animal es mío, mi cuchillo lo mató antes que su

flecha.

Él levantó una ceja, no se lo iba a poner nada fácil.

—¿Vas a poder transportarlo tú sola?

—Ese no es su problema.

De nuevo, se retaron con la mirada. Kailen deslizó los ojos por la figura femenina. Las pieles cubrían parte de su cuerpo, aunque dejaban expuesta una generosa parte de sus redondos y firmes senos. El hombre se deleitó con sus torneadas piernas. Ella colocó ambas manos en la cintura poniéndose en jarras, justo después de guardar el cuchillo en una funda de cuero que colgaba de su cadera.

—¿Cómo te llamas? —Intentó evitar mirarla con tanta atención. Sabía que lo había escuchado, pero lo ignoró—. Eres de pocas palabras, ¿eh? —Kailen siguió acercándose.

—Solo cuando son necesarias.

—Te he preguntado tu nombre.

Ella lo miró sin pestañear y le contestó:

—Lo he escuchado la primera vez. Será mejor que deje de acercarse.

En ese momento se sentó y se quedó observándola. No entendía a aquella mujer, y lo peor de todo era que sabía que hablaba en serio; la expresión de su rostro era imperturbable, incluso algo siniestra.

—¿No te vas? —logró preguntar él.

—Hasta que usted no lo haga, no, no me iré.

Kailen miró a su alrededor, a lo mejor esperaba a alguien. Aguzó el oído sin conseguir escuchar a nadie por allí, juraría que estaba sola. Lo más sensato era que se fuera, no quería hacerle daño y estaba seguro de que, si él no renunciaba a su parte del ciervo, ella estaba dispuesta a luchar. Sin embargo, algo le impedía marcharse, no quería separarse de aquella mujer. ¿Acaso tenía que renunciar al animal porque esa especie de amazona se lo dijese? Decidió que prefería provocarla, ver hasta dónde era capaz de llegar. Sabía que eso sería peligroso, pero no temía los riesgos, nunca lo había hecho, y esa muchacha se estaba convirtiendo en un reto.

Llegó hasta el animal y lo cogió de una pata. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, sintió que lo embestían por la espalda, tirándolo al suelo. Ambos rodaron por la tierra hasta que aquella guerrera consiguió ponerse encima de él al mismo tiempo que lo amenazaba con el cuchillo en el pecho. Por un momento, se sintió como aquel ciervo. Ni siquiera la escuchó moverse hasta que la tuvo

encima. Él tenía buenos reflejos, aunque ella parecía un fantasma; no se percibía su presencia, como si tuviera el don de la invisibilidad. Se preguntó qué otros dones escondía.

Permanecía sentada sobre él sin hacer ningún movimiento, solo veía cómo su pecho subía y bajaba con la respiración agitada. Kailen contaba con ventaja, en cuanto quisiera podría cogerla, darle la vuelta y atraparla con su cuerpo, pues era muy ligera. Se controló para no sonreír, le gustaba la sensación de tenerla así, sentada sobre él. Se retaban sin dejar de mirarse. Se preguntaba cuál sería su siguiente paso, ¿intentaría matarlo? Sabía muy bien lo que le apetecía hacer, estaba atrapado entre sus piernas semidesnudas, tan cerca de sus manos que, si las levantaba, sería capaz de acariciar su piel. Y así lo hizo. Posó la mano derecha en su muslo, y ella entrecerró los ojos. Kailen vio una advertencia en ese gesto, pero siguió adelante.

La deslizó sin detenerse, era extremadamente suave. Quería provocarla, desafiarla. No pensó que fuera a sentir tanto con solo tocar su piel. Desde que la había visto se había sentido intrigado, le atraía de una forma diferente. Quería saber de ella y protegerla, aunque intuía que quien iba a necesitar protección era él. Sus dedos llegaron hasta su ropa y avanzó más allá, no lo detenía y pensó que quizá ella sentía lo mismo. Su respiración se agitaba cada vez más y la tensión era palpable entre ambos. La mujer se inclinó hacia él, acercándose peligrosamente a su boca. Juraría que iba a besarlo, percibía el calor de sus labios muy cerca de los suyos.

—Si no apartas tus sucias manos de mi cuerpo, te rajo el cuello antes de que incluso puedas pestañear —susurró a la vez que Kailen sentía la punta del cuchillo en la nuez.

Extendió los brazos y dejó de tocarla.

—Bien, ahora me voy a levantar y vas a dejar que me vaya sin hacer ninguna tontería. Me llevaré el ciervo y cada uno se irá por su lado. ¿Lo has entendido?

Kailen reprimió una sonrisa, cada vez le gustaba más esa mujer. Era dura y fuerte como las mujeres de su clan, sin embargo, mucho más independiente. Solo tenía que esperar a que ella bajase la guardia, y entonces no tendría nada que hacer.

—¿Te he preguntado si lo has entendido?

El cuchillo se clavó más en su piel. Él asintió y ella se incorporó despacio. Justo cuando se iba a apartar de él, Kailen la agarró de la muñeca donde tenía el cuchillo a la vez que la cogía de la cintura y la

tumbaba en el suelo, logrando atraparla contra su cuerpo. Ahora esa fiera apenas podía moverse, aunque luchaba e intentaba arañarlo.

Le dio un cabezazo y se quedó aturdido por un instante. Si pensaba que con eso conseguiría liberarse, estaba muy equivocada. Kailen logró que soltara el cuchillo, la cogió de ambas muñecas y le levantó los brazos por encima de la cabeza para evitar que siguiera con su ataque. Intentó morderlo, y él se adelantó justo antes de perder una oreja, ya que estaba seguro de que, si lo hubiera alcanzado, esa amazona se la habría arrancado. Definitivamente, tenía inmovilizada con su cuerpo a una pequeña salvaje.

—Ahora el poder lo tengo yo, muchacha. Puedo hacer contigo lo que me plazca.

—¡Atrévete! Será lo último que hagas en tu vida, porque te mataré —gritó a la vez que se revolvía para escapar de su agarre.

Sus movimientos hacían que Kailen se tensara, tener su cuerpo bajo el suyo lo provocaba más de lo que necesitaba.

—Me gusta escuchar cómo ahora me tuteas . Lo creas o no, no voy a hacerte daño. Solo quería saber tu nombre y llevarme la parte que me corresponde del animal. ¿Cómo te llamas?

Ella miró hacia otro lado, ignorándolo.

—¿Siempre eres tan orgullosa? Vamos a hacer un trato.

—No tengo que tratar nada con usted. ¡Suélteme!

—¿Ahora me vuelves a hablar de usted?

Kailen le rozó la mejilla, ella intentó morderle la mano y él la agarró de la mandíbula, inmovilizándola. Olía tan bien. No sabía describirlo, parecía que hubiera nacido en el bosque, su piel emanaba un perfume fresco y extremadamente adictivo. Sus ojos lo miraban con rabia, aun así, eran hermosos, salvajes. Le resultaba familiar, pero no era posible; si hubiera visto antes a esa mujer, lo sabría. Sintió su cálido aliento cerca de los labios y se controló para no hacer ninguna tontería. Así no era como quería hacer las cosas, y si lo hiciera, seguramente, acabaría sin labio.

—Hueles muy bien, pequeña salvaje. —Volvió a tocarle la mejilla con suavidad. Por un instante, el cuerpo de la mujer se relajó—. Ahora voy a levantarme y me dejarás acompañarte a tu poblado, pero antes me dirás tu nombre.

—No iré con usted a ningún sitio —le espetó con rabia.

—Claro que lo harás o nos quedaremos aquí todo el tiempo que haga falta. Estoy muy cómodo sintiendo tu cuerpo contra el mío. —Él

sonrió.

Notó un fuerte golpe en la cabeza. La fiera le había vuelto a dar un cabezazo, esa vez más intenso. Por un instante, casi la soltó. Casi. Se colocó a horcajadas encima de ella y la volvió inmovilizar con los brazos separados por encima de la cabeza. Ahora sí que se estaba poniendo furioso, esa mujer lo volvía loco. Lo más lógico sería olvidarla e irse de allí, pero por una extraña razón no quería hacerlo.

—Deja de resistirte. Te he dicho que, hasta que no me digas tu nombre, no te moverás de aquí; y debes prometerme que me dejarás acompañarte.

—Pero ¿por qué quiere venir conmigo?

—Quiero conocerte más.

—Yo no.

Él la ignoró.

—Así quizá, cuando veas lo buen hombre que soy, te lo pienses mejor y podamos compartir el ciervo —le dijo de forma pícara.

—¿Usted, un buen hombre? No me haga reír.

—Sería bonito verte sonreír, creo que no lo haces muy a menudo.

—Puf, deje de decir estupideces.

—Entonces, acepta mi oferta, te acompañaré y podrás levantarte.

Vio que por primera vez se planteaba esa opción. ¿Cómo podía ser alguien tan orgulloso? Aunque él se estaba comportando de la misma forma, no permitiría que se fuese hasta que ella no hiciera lo que le pedía. No sabía cuál era más cabezota de los dos.

—Mi nombre es Brianna.

Capítulo 5

Levantó las cejas, sorprendido. Por fin se lo había dicho. Se anotó una victoria. Se notaba que todavía estaba enfadada, pero al menos había cedido.

—Muy bonito. No ha sido tan difícil, ¿no? —Ella lo fulminó con la mirada—. ¿Prometes que me dejarás acompañarte?

—Sí.

—¿Eres una mujer de palabra?

—Tendrá que arriesgarse para descubrirlo.

Kailen dudó. No podían quedarse así todo el día, así que se levantó y extendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Ven, agárrate a mí.

«Nunca te soltaré», pensó Kailen. No sabía de dónde había salido ese pensamiento. Ella lo volvió a ignorar, se sacudió la ropa, cogió su cuchillo y se lo metió en la cintura. Brianna soltó un silbido y Kailen pensó que era una señal para que alguien más viniera. Se tensó, una cosa era lidiar con esa amazona y otra bien distinta luchar con más miembros de su clan; si todos eran como ella, necesitaría ayuda.

Se equivocaba. Un hermoso caballo marrón oscuro acudió a la llamada, y Brianna le acarició la cabeza. Por primera vez, vio un gesto tierno en ella; quién iba a decir que esa mujer también podía ser dulce.

La observó mientras cogía una cuerda y la ataba al cuello del ciervo. El caballo tenía enganchado un anclaje para poder transportar al animal. Brianna tiró hacia delante para engancharlo y poder trasladarlo con facilidad. Ella se giró hacia él.

—¿Así ayuda a los de su clan? —le preguntó, molesta.

—No sabía que fueras de mi clan ni tampoco que necesitases mi ayuda —contestó, burlón—. Y deja de llamarme de usted o volveré a tirarte al suelo.

Ella lo miró con desconfianza.

—Gracias a Dios que no pertenezco a tu gente, bastante tengo con

soportarte todo el trayecto hasta mi poblado; pero, ya que he de hacerlo, podrías echar una mano.

Kailen arqueó el labio. Entre los dos consiguieron mover al animal hasta anclarlo bien. Él montó su caballo y Brianna, el suyo. Iban trotando en silencio hasta que no pudo permanecer por más tiempo callado.

—¿Cuántos años tienes? —Lo ignoró sin ni siquiera mirarlo—. ¡Oh, vamos! ¿No vas a hablarme?

—He tenido que aceptar que me acompañases, no que tengamos que mantener una conversación.

—¿Por qué eres tan hermética? ¿Acaso no te dejan hablar con hombres?

—Con hombres, sí. —Ella lo miró y sonrió.

«Será bruja». Estaría encantado de demostrarle lo hombre que podía ser. Al menos, le había sonreído por primera vez. Cuanto más tiempo permanecía a su lado, más le intrigaba y más dudas tenía. ¿Estaría casada? ¿Tendría familia? ¿Por qué era tan distante? Le gustaría saber más sobre ella, y no se lo permitía.

—¿Siempre vienes a cazar sola? Debería venir alguien de tu clan contigo, tu familia o tu esposo.

Ella lo miró de reojo volviendo a curvar los labios.

—Tienes una manera muy sutil de preguntarme si estoy casada.

Él le devolvió la sonrisa.

—Bueno, habría sido más directo, pero me ha costado un esfuerzo enorme averiguar tu nombre, por lo que no creo que fuera fácil conseguir una respuesta.

Brianna tiró un poco de la cuerda para que el caballo siguiera avanzando. Kailen pensó que guardaría silencio de nuevo, pero no fue así.

—Vivo con mis hermanos, me hago cargo de ellos.

Un águila salió de entre los árboles. Se detuvieron y ambos observaron cómo elevaba el vuelo mientras el viento soplaba con suavidad. Kailen desvió la mirada hacia ella. Tenía los ojos cerrados y se deleitaba con el aire que le acariciaba el rostro, disfrutando de la naturaleza que los rodeaba. El maravilloso paisaje esmeralda, la danza del águila y ella se mimetizaron en su mente. Era una imagen que tardaría en olvidar. Volvió a abrir los ojos y prosiguieron el camino en silencio, pero, aun así, se sentía a gusto a su lado, como si hubieran adquirido esa confianza en la que estar en silencio no

resultaba incómodo.

—Ya hemos llegado, está a pocos metros de aquí. Prefiero llegar sola a mi poblado.

Él asintió. Estaban frente a frente, se iría, ya no podía hacer nada para retenerla.

—Gracias por dejarme acompañarte, ha sido un placer.

Brianna le regaló una breve sonrisa y se alejó sin mirar atrás.

***

Kailen abrió los ojos y se incorporó de la cama. Se tapó la cara con las manos sin saber cómo analizar el sueño que acababa de tener. Llevaba varios días con pesadillas o sueños extraños, desde el día que se había encontrado con Brianna. Se levantaba con la sensación de no haber descansado, y lo peor era que no recordaba casi ningún detalle. Hasta ahora. El sueño había sido tan real que le asustaba. La inquietud y la extraña sensación en el cuerpo no remitían. La visión que había tenido de Brianna era muy distinta a la realidad. En su sueño, desde el primer momento que la vio se sintió fascinado por ella, por su fuerza y misterio; sin embargo, en la vida real, lo que más le provocaba era desconfianza. En el sueño, Brianna lo atraía muchísimo y aquí, aunque le parecía una mujer hermosa, apenas se había fijado en ella; quizá por la forma accidentada en la que se habían conocido. No la había mirado como mujer hasta el día anterior. Cuando tocó su cuello y sintió esa leve corriente eléctrica en los dedos, fue excitante.

Si era sincero consigo mismo, tampoco le gustaba que se alejara de él y le molestaba que se pusiera a la defensiva cuando la tocaba.

En lo que sí se parecía el sueño con la realidad era en el hermetismo y el misterio de Brianna, que incluso se llamaba igual. No podía acceder a esa mujer, aunque tampoco estaba seguro de querer hacerlo; tenía el presentimiento de que, si lo hacía, lo único que encontraría serían problemas. Tenía que tomar una decisión, no quería complicaciones, y eso era lo único que conseguiría al tenerla allí, pues su equilibrio mental desaparecía. Necesitaba quitarse la extraña intranquilidad que se le había quedado en el cuerpo.

***

Brianna ya había terminado todas las tareas que tenían pendientes.

Dio entrada a los nuevos libros que habían llegado, les puso el precio, los colocó, limpió las estanterías, atendió a varios clientes y arregló la trastienda.

Kailen estaba más raro de lo habitual, distante, ni siquiera le había pedido que fueran a desayunar juntos. Cuando abrieron la tienda esa mañana, él la miraba de una forma distinta, como si quisiera decirle algo y no se atreviese.

Brianna había soñado con él. Realmente, no había sido un sueño, ahora estaba cada vez más segura de que eran recuerdos de su pasado. Lo sorprendente era que hubiera vivido aquel encuentro desde los ojos y pensamientos de él, descubriendo lo que sintió al conocerla. ¿Sería real o solo parte de la imaginación de su mente? Antes ya tenía imágenes sueltas de ese momento, pero al soñarlo lo vio todo de forma más nítida. Todo había ocurrido de la misma forma en la que parecía que se conocieron por primera vez, y eso lo hacía aún más raro. Antes del sueño tenía lagunas de aquel recuerdo, lo veía de forma vaga, sin apenas detalles; sin embargo, ahora sentía como si hubiera ocurrido ayer.

Se sorprendió al verse cazando tan segura e independiente. Ahora también lo era, aunque de una manera muy distinta. Descubrió que disponía de unas habilidades que nunca pensó que tendría. Dio muerte a ese ciervo sin ningún remordimiento y se enfrentó con valentía a Kailen hasta el punto de que podría haberlo matado cuando le puso el cuchillo en el cuello. Había sido instructivo verlo todo desde la perspectiva de Kailen, saber cada pensamiento que tenía sobre ella, lo que sentía. A la Brianna del sueño le había parecido interesante ese hombre; si era sincera, a su yo actual también.

Negó con la cabeza para quitarse esas ideas. Lo mejor sería ponerse de nuevo con la investigación. Abrió el libro que tenía sobre la mesa. Hablaba de las ceremonias celtas, los sacrificios y los rituales. También de los bosques, que al parecer inspiraban adoración y terror a las tribus célticas porque los consideraban la morada de los dioses. Al menos, eso era lo que decía el libro, pero ella no lo recordaba así. Los adoraban, eran muy valiosos para ellos, aunque no los temían. Cada vez se identificaba más con las costumbres celtas, las percibía de una forma más cercana.

Le llamó la atención el roble, árbol sagrado del dios Dagda, señor del bosque. Simbolizaba la fuerza, la generosidad y el poder divino, pero también la reencarnación, el cosmos y el infinito. El haya era el

homólogo femenino del roble, reina de los bosques. Símbolo de poder y de fuerza, bondad, maternidad, creatividad, unión y conexión entre la naturaleza y los seres vivos.

Intuía que la simbología de aquellos árboles era importante. Por lo demás, cada vez le resultaba más difícil averiguar historias reales de los celtas; solo encontraba leyendas o cánticos.

Escuchó el sonido de los pájaros que indicaba que alguien había entrado en la tienda. Kailen había ido a tomarse un café, por lo que se levantó para atender, pero al salir no encontró a nadie; quizá se habían arrepentido y no habían llegado a entrar. Volvió al cuarto y siguió pasando las hojas con la esperanza de recopilar más datos que la pudieran ayudar, se sentía atrapada y no era capaz de ver la luz.

Escuchó un ruido. Despacio, se levantó:

—Kailen, ¿eres tú?

La puerta de la estancia donde se encontraba ella se cerró de golpe. Escuchó cómo la atrancaban desde fuera y corrió hasta allí para abrirla, pero no pudo.

—¡Dejadme salir! —gritó.

Colocó la oreja en la madera y escuchó que alguien estaba tirando libros al suelo. Entonces vio el humo entrar por la rendija de debajo de la puerta.

—¡Oh, Dios mío! Están quemando la tienda.

Con rapidez, fue a sacar el móvil del bolso. Le temblaban las manos, lo cogió y marcó el teléfono de Kailen. Menos mal que le había hecho caso y lo había guardado.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! Contesta, por favor.

Los tonos sonaban uno tras otro, pero él no respondía. Colgó y fue hacia el pequeño baño que tenían detrás, cogió una toalla y la empapó de agua; después agarró una de las sillas y fue hacia la puerta. La golpeó con fuerza para intentar romper el pomo, le dio varias veces hasta que lo consiguió.

Al salir, el humo y las llamas eran lo único que veía. No recordaba dónde estaba el extintor, y tampoco tenía visibilidad para encontrarlo. Con la toalla intentó apagar el fuego, que no se había extendido mucho. No podía permitir que se quemaran aquellos libros. El humo blanco se le metía en los pulmones, respiraba con dificultad mientras trataba de apagar el fuego. Cuando parecía que lograba apagar las llamas de uno de los libros, otro volvía a arder.

Fue hacia la otra esquina; ya solo había dos focos, podría con ellos.

Se quitó el jersey para taparse la boca y, al hacerlo, el colgante se cayó a las llamas. Se tapó la boca, se estaba ahogando, tenía que salir de allí o moriría; aunque antes tenía que coger el colgante, no podía perderlo.

De rodillas, tanteó el suelo hasta que lo agarró, pero tuvo que soltarlo porque quemaba demasiado. Se sacó la manga de la camiseta interior por la mano y volvió a intentarlo, logró cogerlo y se fijó en el medallón. El fondo verdoso de su interior brillaba con intensidad. Ante sus ojos fue cambiando, se estaban formando unas letras dentro del símbolo.

—¡Brianna! —gritó Kailen.

En ese instante él tiró de su brazo para sacarla de allí.

—¡Espera! —dijo ella.

—¿Qué haces? ¡Tenemos que salir de aquí!

Brianna no se levantaba, no podía irse hasta que no viera qué era lo que ponía en el medallón. El fuego había despertado algo en él y tenía que descubrir qué quería mostrarle. Se lo acercó más hasta lograr leer lo que ponía: «Nádúr». Sus ojos ya no pudieron distinguir nada más, y cayó al suelo, inconsciente.

***

Kailen miraba a Brianna, que estaba inconsciente en la cama del hospital. Los médicos comprobaron si el humo había provocado algún daño al llegarle a los pulmones; gracias a Dios, no había sido nada serio y estaba fuera de peligro. Pero no sabían por qué no despertaba, por lo que la dejaron ingresada en observación.

Decidió quedarse con ella, se sentía responsable por lo sucedido. Si no fuera por el hombre que había entrado en la cafetería diciendo que había fuego en una de las calles más abajo, podría no haber llegado a tiempo para ayudarla. Necesitaba que abriera los ojos, Brianna le importaba más de lo que quería admitir. Todavía no se explicaba qué había ocurrido. Los bomberos que acudieron a extinguir el incendio de la tienda le dijeron que recibiría el informe lo antes posible. Creían que alguien había echado un poco de líquido inflamable por el suelo para que ardiera rápido. Sin ninguna duda, había sido provocado.

Kailen todavía no se lo podía creer, ¿quién querría hacer algo así? Era difícil imaginar que quisieran quemar la tienda de forma intencionada, no tenía sentido. Debía ponerse en contacto con su

seguro lo antes posible para que arreglasen los desperfectos, pintaran y organizasen lo que fuera necesario.

Kailen miró a Brianna. Su respiración era lenta y tranquila, parecía más vulnerable e indefensa cuando dormía. Se le pasó por la cabeza que ella hubiera sido la causante del fuego, pero recordó cómo le había impedido que la sacase de la tienda, además de que la vio luchando contra las llamas para que no se propagasen. No era normal que se tomara tanto trabajo por una simple novela. Sabía que mentía y, aunque dudó si decirle que lo mejor era que se alejara de su vida, ahora no opinaba igual. Aun así, seguía sin conocerla y veía el odio que sentía por él, por lo que cualquier cosa era posible.

Tenía que averiguar qué era lo que buscaba con tanta ansiedad. Un hilo invisible más fuerte de lo que pensaba lo unía a ella, y por mucho que quisiera, ya no podría alejarla hasta saber qué era lo que escondía.

Se le cerraban los ojos. No quería quedarse dormido; sin embargo, notaba la pesadez en los párpados y no era capaz de luchar contra el sueño que lo invadía. De nuevo, ya medio inconsciente, apareció la Brianna salvaje en su sueño.

Capítulo 6

Recuerdo de Brianna

Volvió a pensar en Kailen. Qué hombre tan extraño y, a la vez, tan interesante. No le gustaba hablar con desconocidos, y menos del sexo masculino; sus experiencias en el pasado no habían sido buenas. Muchos, al ver sola a una mujer, solían intentar forzarla. No confiaba en ellos, se mantenía alerta. Siempre advertía a sus hermanas de que no se quedasen solas. En el poblado estaban seguras, pero no fuera de él.

Ató a su caballo, Gaia, cerca de la casa y arrastró el ciervo hasta la entrada.

—¿Evelyn? ¿Gladys? —llamó a sus hermanas—. ¿Neil? Venid a ayudarme.

Entró en la cabaña, pero no había nadie, lo que le pareció extraño. Quizá estaban con Wendy, su tía, que nunca había dejado de velar por ellos.

Brianna vio a Neil en la habitación medio dormido, se acercó y le dio una leve patada en la pierna.

—Despierta y ayúdame.

—¡Ay! —protestó a la vez que se rascaba la cabeza.

Se estiró e intentó despejarse. Neil era el único chico de los hermanos, el mayor después de ella, aunque todavía le quedaba mucho para que madurase. Con sus dieciséis años, todavía era un poco vago, no se daba cuenta de que ya no era un niño.

—¿Dónde están Evelyn y Gladys? —preguntó ella.

—No lo sé… Creo que fueron al río.

—¿Al río? ¿Por qué no has ido con ellas? Sabes que no me gusta que anden solas por el bosque.

—Me dijiste que tenía que ayudar a tía Wendy a despellejar los conejos —dijo Neil, que se encogió de hombros.

Brianna salió rápido de la casa, fue hacia el caballo y quitó las

cuerdas que tenía a su alrededor, liberándolo del ciervo.

—Neil, voy a buscarlas, prepara el ciervo. —Se montó de un salto en el corcel.

Él asintió mientras ella se alejaba hacia el río.

Brianna tenía un mal presentimiento, el sol pronto se ocultaría y ellas no solían permanecer tanto tiempo lejos de casa. Esperaba que solo fueran imaginaciones suyas, pero no solía equivocarse. Esa misma noche había soñado que bajaba por una ladera y, siempre que en sus sueños descendía, algo malo pasaba en su vida. No quería ni pensar si algo llegase a ocurrirles. Sus padres hacía tiempo que habían muerto, y ella tuvo que quedarse a cargo de sus hermanos; menos mal que su tía la ayudó y siempre estuvo ahí. Desde aquel día su vida cambió, la carga y la responsabilidad fueron su destino; tenía que cuidar de ellos, alimentarlos, protegerlos.

—Vamos, Gaia, más rápido —le dijo a su caballo mientras se inclinaba para coger velocidad.

Llegó hasta el bosque. Las hojas le golpeaban la piel mientras intentaba esquivar los árboles, saltaba las ramas del suelo sin dejar de gritar el nombre de sus hermanas. Entonces vio una figura que corría hacia ella y disminuyó el paso hasta que se detuvo; era su hermana Gladys.

—¿Dónde está Evelyn? —gritó a la vez que se bajaba del caballo y cogía a su hermana de los brazos. Las lágrimas de la niña caían de sus ojos y no era capaz de hablar—. Gladys, tranquila. Dime qué ha ocurrido, ¿te han hecho daño?

Ella levantó el brazo señalando la espesura del bosque.

—Evelyn… —logró decir—. Ella…

—¿Estás bien? ¿Dónde está?

Brianna intentó tranquilizarse, pero lo único que quería era zarandearla para que reaccionase, la estaba poniendo muy nerviosa.

—La tienen varios hombres, nos atacaron y ella me dijo que huyese. Corrí y corrí hasta que me he encontrado contigo —explicó sin dejar de llorar.

—¿Sabes dónde os cogieron? —La muchacha no era capaz de hablar, y Brianna la zarandeó—. ¡Gladys!

—Muy cerca del río —contestó por fin.

—Está bien, corre hacia casa, no te detengas hasta que estés allí. Avisa a la tía si ves que tardamos en regresar, ¿de acuerdo? —Ella asintió—. Voy a buscar a nuestra hermana. —La abrazó y vio cómo se

alejaba. Sin perder un minuto, montó en el caballo y fue en su busca.

Su corazón galopaba a la misma velocidad que su caballo. Las hojas de los árboles le arañaban la cara y los brazos, aunque no pensaba detenerse. A lo lejos divisó unas sombras y aminoró la marcha.

Se acercó despacio, con cautela. No tenía ni idea de cuántos eran ni si podría con ellos, pero lo que tenía claro era que, si habían tocado a su hermana, los mataría; no sabía cómo, pero lo haría. No les tenía miedo. Cuando murieron sus padres, aprendió a luchar como los mejores guerreros y guerreras de su clan, pues se prometió que nunca volvería a sentirse indefensa. Se bajó del caballo y lo ató a un tronco. Según se aproximaba a los hombres, la inquietud iba en aumento, la adrenalina fluía furiosa por sus venas. Escuchó un grito, apretó los puños con fuerza y se ocultó detrás de un matorral. Distinguió tres figuras. Uno de ellos agarraba a su hermana por los brazos, mientras que los otros dos se peleaban por ver quién sería el primero en violarla.

—Si no hubieras dejado escapar a la otra, habríamos tenido un festín —dijo el más alto y desgarbado—. Así es que yo seré el primero en follarla.

—¿Por qué tiene que ser lo que tú digas? —Ambos se hablaban muy cerca uno del otro, retándose—. Dentro de poco seré el jefe, por lo que tendrás que acostumbrarte a obedecerme.

—Hasta que eso ocurra, se hará lo que yo diga; a no ser que quieras luchar conmigo.

El más bajo y corpulento se cruzó de brazos y se apartó a un lado.

Evelyn tenía el rostro pálido, estaba asustada y pataleaba intentando liberarse de las manos de aquel hombre, pero no era lo suficientemente fuerte para conseguirlo. Brianna cogió varias piedras del suelo; tenía que atacar rápido, no disponía de mucho tiempo. La lucha verbal entre los dos hombres había llegado a su fin, el más alto y rubio había ganado al corpulento y jorobado.

—Ven aquí, puta, vas a saber lo que te has estado perdiendo. —La cogió de las mejillas, apretando con fuerza—. Porque estoy seguro de que eres una muchacha dulce y virgen.

Comenzó a desabrocharse los pantalones sin dejar de mirarla. Se limpió la boca, babeaba de la emoción como si fuera a comer un jabalí tierno y jugoso.

Cuando se puso de rodillas delante de ella, Brianna le lanzó una

piedra a la cabeza. No fue sutil, sino todo lo contrario; lo hizo rápido y lo más fuerte que pudo. Le daba igual lo que le ocurriera a ese malnacido. El tiempo se detuvo, estaba segura de que lo había golpeado. Él se quedó inmóvil, y los otros dos hombres lo miraron extrañados. Evelyn dejó de gritar y patalear. Un hilo de sangre brotó por la cara de aquel hombre, tiñéndole el pelo de rojo; segundos después, se desplomó encima de su hermana.

Brianna salió de su escondite dirigiéndose hacia ellos gritando y con el puñal en la mano. Los hombres, todavía sorprendidos, lograron reaccionar y fueron a su encuentro. Se lanzó al suelo e hizo un barrido a la vez que pateaba las piernas de uno de los salvajes hasta que logró tirarlo. Lo golpeó con fuerza en la sien, se levantó con rapidez y se centró en el moreno, el que segundos antes se peleaba por violar a su hermana. Todo en él era grande, raro; los labios y la nariz le deformaban el rostro, totalmente desproporcionado. Corrió hacia ella y Brianna lo esquivó, pero aprovechó para golpearlo en el costado. Él se dio la vuelta, dolorido, y se abalanzó sobre ella de nuevo. Volvió a esquivarlo, pero esa vez lo empujó contra un tronco golpeándole la cabeza y cayó inconsciente.

Alguien la agarró por detrás, era el hombre al que había golpeado en la sien. La tenía atrapada contra su cuerpo. Le pisó el pie con todas sus fuerzas y gritó sin conseguir que la soltase. Su hermana le pegó con un tronco en la cabeza y Brianna, que había logrado liberarse, se subió en su espalda para derribarlo. Él cayó de rodillas y, tras golpearlo en el ojo y en la mandíbula, consiguió tirarlo al suelo, donde entrelazó las piernas en su cuello apretando todo lo que pudo para dejarlo inconsciente. El hombre intentaba alcanzar la espada que tenía a su lado, cada vez más débil. Finalmente, se desmayó.

Brianna se dejó caer al suelo con los brazos extendidos un instante, tenía que recuperar el aliento. Debían irse de allí lo más pronto posible, su hermana corrió hacia ella y la abrazó.

—Gracias… —dijo Evelyn mientras la apretaba contra su cuerpo—. Lo siento mucho, lo siento, lo siento.

—Está bien, no pasa nada, son ellos quien deberían sentirlo. Tenemos que irnos. —La besó en la mejilla—. ¿Te han…?

Ella negó con la cabeza. Brianna sintió un alivio inmenso, no quería que su hermana tuviera que vivir algo parecido. Hasta donde ella había visto, no habían llegado a más, pero prefirió preguntarle para asegurarse. La cogió de la mano, corrieron hacia el caballo, montaron

en él y se fueron a toda prisa hacia la aldea.

Neil sabía que su hermana Brianna estaba muy enfada. Mientras cenaban, ninguno de los cuatro habló y apenas comieron. Sus hermanas no tenían que haber salido durante tanto tiempo al bosque, aunque las entendía. Ya casi nunca iban juntas a bañarse en el río, antes solían hacerlo las tres. Brianna se iba a cazar durante muchas horas y los dejaba solos. Él era el que menos inquieto estaba, sabía que ellas se encontraban bien, no les había pasado nada con esos hombres, por lo que no tenía que darle más vueltas; sin embargo, ellas seguían angustiadas. No entendía a las mujeres; si todo había salido bien, ¿por qué seguían preocupadas y rememorando lo sucedido?

Alguien golpeó la puerta, se quedaron paralizados y se miraron nerviosos. Escucharon a Lyon, el jefe de su clan, ordenar que abrieran. Eso no presagiaba nada bueno, no era normal una visita suya, y menos a esas horas.

Brianna se levantó y lo dejó pasar. El rostro de Lyon reflejaba preocupación.

—Hay unos hombres que te buscan, aseguran que les has atacado.

Brianna se sorprendió.

—¿Cómo saben que he sido yo? No los conocía.

Lyon se cruzó de brazos al escucharla.

—El clan más cercano es el nuestro, y por la descripción de salvaje, los ojos pintados de negro y la trenza, creo que no deja lugar a dudas: eres tú.

—Se lo merecían.

—Quizá. Aun así, tendrás que venir conmigo.

Brianna les pidió a sus hermanos que no se movieran de allí y se fue detrás de Lyon. Se quedaron en la mesa, en silencio, mirándose los unos a los otros. Sabían que, si otro clan había ido a buscarla, podrían reclamarla y llevársela, más aún si había sido ella quien los había atacado. Neil vio en el rostro de Evelyn lo culpable que se sentía por haber ido al bosque. Siempre se lo había dicho y, por no haberle hecho caso, ahora estaban en esa situación. Deseaba con todas sus fuerzas que esa imprudencia no perjudicara a su hermana mayor.

***

Brianna no tenía miedo. Lyon iba delante mientras ella lo seguía con la cabeza erguida, no se dejaría amedrentar por esas acusaciones. Si los había atacado, era porque iban a violar a Evelyn. Era un motivo más que suficiente para que esos hombres se fueran de allí con el rabo entre las piernas. Casi todos los aldeanos habían salido de sus casas para ver lo que ocurría, las antorchas iluminaban el camino según avanzaba. Su tía Wendy apareció con cara de preocupación; deprisa, se colocó a su lado y la agarró de la mano sin soltarla hasta que llegaron donde se encontraban los individuos que la acusaban.

Los tres hombres la miraban muy serios. Reconoció a uno de ellos: el alto, desgarbado y rubio que se había enfrentado a su compañero para violar primero a su hermana. Tenía un ojo morado y el labio roto. A los otros dos no los había visto nunca.

—¿Es a ella a quien estabais buscando? —preguntó Lyon.

—Sí, esta es la puta que me atacó.

Lyon se le adelantó y, antes de que pudiera hacerlo ella, él se aproximó para amenazarlo.

—Si vuelves a decir otra palabra de ese tipo sobre esta mujer, tendréis que acusarme a mí también por atacaros.

Su mirada habría congelado a cualquier hombre, y surtió efecto, ya que el hombre rubio asintió.

—Mi nombre es William O´Donell, debemos llevárnosla para juzgarla en nuestro poblado. Así lo dice la ley.

—No os la vais a llevar de aquí —sentenció Lyon—. Si os ha atacado, habrá sido por un buen motivo.

—No es cierto —mintió.

Brianna tuvo ganas de saltar sobre él y volver a patearlo. Su rostro delgado, junto con su nariz puntiaguda, agudizaba la expresión cínica que mostraba. Ella se colocó delante de ellos.

—Ibais a violar a mi hermana, ¿te atreves a negarlo?

El silencio era tenso. Todo el mundo rodeaba a los instigadores, se sentía protegida, no podrían tocarla. No entendía cómo había tenido la vergüenza de ir a buscarla a su aldea, casi seguro que habían ido a otros poblados antes que al suyo. ¿Por qué se habrían tomado tantas molestias? Y más siendo culpables de haber intentado violar a su hermana.

El rubio sonrió.

—Iba a ser un acto consentido hasta que tú llegaste.

Brianna intentó abalanzarse sobre él. Antes de que pudiera alcanzarlo, Lyon la sujetó.

—¡¿Sus gritos y llantos te parecían algo consentido?! ¡Eres un cerdo! ¡Malnacido! —gritó, fuera de sí.

—Como veis, es una salvaje. Tendrá que venir a nuestro poblado para ser juzgada —insistió.

—El juicio será aquí y su hermana podrá testificar contra vosotros —sentenció Lyon.

—Lamentablemente, eso no será posible. El testimonio de su hermana no es válido, ella la defenderá por encima de todo. Que venga con nosotros, es la ley y se debe cumplir.

—Será vuestra palabra contra la de ellas —dijo Lyon—. Además, ¿qué interés tendría ella en atacaros si no es para defenderse de vosotros? Si hay un juicio, será aquí.

—No, no lo será. Será en nuestro clan y se la juzgará por delitos de sangre.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lyon, confuso.

—Esa salvaje ha matado a mis otros dos compañeros.

Lyon dio un paso atrás y miró a Brianna, que tenía la misma cara de sorpresa que él.

—¡Mientes! No los maté, solo os ataqué y, cuando me fui de allí con mi hermana, estaban vivos.

—Eso deberá juzgarlo mi clan. —William intentó no sonreír, se notaba que disfrutaba con aquella situación—. Te vendrás con nosotros. El asesinato de miembros de otro clan se paga con la muerte. No obstante, por la paz que ha reinado entre nosotros durante todo este tiempo, podrás tener un juicio justo.

No entendía qué había ocurrido, estaba segura de que no los había matado. Ese hombre estaba fingiendo. Lo único que quería era acercarse a él y golpearlo hasta que confesara la verdad, pero sabía que eso no iba a ser posible. Tenía que ser más inteligente. Si no se iba con ellos, pondría en peligro la paz que había con aquel clan. No soportaría arriesgar la vida de toda su gente. Si comenzaba una guerra por su culpa, no se lo perdonaría nunca; lo correcto era aceptar e irse de allí.

—De acuerdo, iré.

—¡No! —gritó su tía, que la cogió del brazo.

—No te preocupes, volveré. No he hecho nada de lo que me acusan. Por favor, cuida de mis hermanos hasta mi regreso.

Wendy miró con gran rencor a ese hombre.

—Toma —le dijo a Brianna—. Ponte esto y no lo pierdas. —Su tía le dio un colgante de cuero con una piedra—. Te protegerá.

Se lo guardó en el bolsillo y la miró agradecida. Wendy era curandera y muchos la consideraban medio bruja. Siempre estaría en deuda con ella, pues le había enseñado mucho a lo largo de los años: a curar, a mezclar hierbas, incluso intentó que aprendiera la magia que le aseguró que tenía en su interior; sin embargo, Brianna siempre se quiso desligar de aquello.

Ambas se miraron con complicidad y respeto. Brianna sabía que dejaba en buenas manos a su familia y que cuidaría de ellos.

—No tienes por qué hacerlo —contestó Lyon.

—Debo hacerlo, no quiero poneros en peligro.

—¿Y Evelyn?

—No, no quiero involucrarla en esto —dijo Brianna.

—Como quieras. Sabes que estamos alerta, el clan de Teico está atacando a varios poblados; no puedo irme y dejar a los nuestros desprotegidos.

—Lo entiendo. No te preocupes, estaré bien.

Ni ella misma había creído sus últimas palabras. Lyon, como jefe de su clan, sentía la responsabilidad y el deber de acompañarla, pero Brianna no quería que nadie fuera; sería inútil, no podría hacer nada para protegerla.

—No me gusta que vayas sola —insistió Lyon.

—Yo iré con ella —dijo Caitlin.

Brianna miró a su prima. Era lo único que le quedaba a su tía, no podía permitir que fuera con ella.

—No, no necesito que venga nadie. Iré sola, no os preocupéis.

Wendy dio un paso hacia delante.

—Es buena idea. Caitlin irá contigo, me mantendrá informada de lo que ocurra, y si algo sucede, sabes que podrá ayudarte —contestó su tía.

Caitlin sabía luchar y cazar bien. Solían hacerlo juntas, era muy competitiva y la ayudaba de vez en cuando con sus hermanos. Se respetaban la una a la otra. Era muy alta, con su casi metro noventa, intimidaba a muchos de los hombres que se le acercaban. Tenía una belleza especial y destacaba por su pelo rubio, que llevaba largo y

trenzado.

Brianna asintió. Su tía se sentiría más segura si la acompañaba, aunque, por otro lado, sabía que nadie podría hacer nada por ella si la declaraban culpable. Se abrazó a su tía Wendy y se despidió.

—Sube a mi caballo —le ordenó William.

—Ni muerta.

Se acercó a ella y susurró en su oído:

—Esa es la idea, en poco tiempo lo estarás.

Lo miró con asco, no le gustaba nada lo que le transmitía. Ese hombre destilaba odio por todo su ser, iba a vengarse de ella por lo que le había hecho y haría cualquier cosa para conseguirlo. Era peligroso, debía protegerse de él.

—Toma, llévate este caballo —le dijo Lyon—. Será mejor que Gaia se quede con tus hermanos por si lo necesitan.

Ella asintió en señal de agradecimiento. Montó y miró hacia atrás, no tenía ni la más remota idea de cuándo volvería a ver a su clan o si alguna vez regresaría.

El clan de esos hombres no estaba muy lejos del suyo, aun así, el camino se le hizo largo y tedioso. Cuanto más se alejaba de su casa, más inquieta estaba. No quería dejar a sus hermanos solos, siempre había cuidado de ellos. Su tía estaría pendiente y los protegería. Sin embargo, un mal presentimiento le encogió el estómago.

Por fin llegaron y avanzaron por el camino que llevaba a la plaza principal. Igual que en su poblado, la gente estaba en la calle examinándola, solo que, en esa ocasión, a diferencia de las personas de su clan, lo hacían con rencor y odio. Alguno escupía al suelo cuando ella pasaba. Iba a costar convencer a esas personas de que era inocente. Por mucho que le habían dicho que tendría un juicio justo, no sentía que fuera a ser así.

Tres hombres los esperaban de pie. El de en medio debía ser el jefe, pues era el mayor; tenía el pelo canoso y largo hasta los codos, y mantenía los brazos cruzados. Al posar los ojos sobre ella, a Brianna se le heló la sangre. Si los demás la habían mirado con odio, este la habría matado al instante. Varias mujeres se abrazaban y lloraban alrededor de dos cuerpos. Brianna los reconoció, eran los hombres con los que se había enfrentado, pero estaba segura de que vivían cuando se fue de allí.

La situaron delante del jefe del clan, solo una pequeña hoguera los separaba. La fueron rodeando, todos estaban allí para ver a la

asesina, así era como la estaba llamando la multitud.

El jefe se acercó más a ella, intimidaba.

—Mujer, has atacado a miembros de nuestro clan y has roto la paz que había entre nosotros. Por eso se te juzgará por asesinato y la sentencia será a vida o muerte.

Capítulo 7

Brianna se despertó con el corazón desbocado y miró a su alrededor sin distinguir dónde estaba. Entonces recordó el fuego en la tienda y que había perdido el conocimiento. De nuevo había tenido otro sueño, otro recuerdo de su pasado tan nítido como el anterior en el que conocía a Kailen. Enfocó la mirada todo lo que pudo y logró distinguir a la persona que estaba dormida al lado de su cama: Kailen. Justo en ese instante, se despertó bruscamente.

La miró sin decir nada y se aproximó más a ella. En su rostro se reflejaba algo que no podía definir con exactitud, era una mezcla de asombro, pena y admiración. Se sorprendió más aún por lo que él hizo a continuación: le acarició el pelo. Esa vez no tenía apenas fuerzas para apartarlo, aunque él se percató de que la incomodaba, por lo que dejó de tocarla.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien… —Carraspeó, no le salía la voz.

Seguía con la mirada fija en ella, lo que la ponía más nerviosa.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Brianna.

—Así ¿cómo?

—No sé, de otra forma a la que sueles hacerlo.

Kailen se encogió de hombros.

—No sabía que te miraba de una manera en concreto. ¿Cómo lo hago?

La tocó de nuevo, esa vez, en la mejilla.

—Deja de manosearme —dijo a la vez que le apartaba la mano con un pequeño golpe—. Estás muy raro.

Kailen le sostuvo la mirada sin decir nada.

—En eso te doy la razón. Desde que te conocí, no me reconozco.

No sabía qué quería decir, necesitaba cambiar de tema.

—¿La tienda está bien? —preguntó Brianna—. ¿Pudiste detener el fuego a tiempo?

—Sí, hay daños, pero podía haber sido peor. No entiendo por qué

te arriesgaste tanto.

Brianna recordó el colgante, se llevó la mano al cuello.

—¿Dónde están mis cosas?

—Tranquila, te las he guardado en el armario. Tienes que quedarte esta noche en observación. Parece que está todo bien, aunque no despertabas y prefirieron ingresarte.

—Debo irme.

Intentó incorporarse, pero Kailen la detuvo.

—No. Mañana te darán el alta. Tienes que descansar.

—Me encuentro bien. Puedes irte, no es necesario que te quedes aquí.

—No voy a dejarte sola. He visto en tu móvil que solo tienes tres contactos, dos mujeres y un tal Roger. No estaba seguro de si querías que los llamase.

Brianna miró hacia la ventana, se veían las luces de las farolas. Solo su padre podría ayudarla ahora. Milena y Ania eran muy buenas amigas suyas, pero hacía un tiempo que habían dejado Dublín, aunque seguían en contacto.

—Ellas son unas buenas amigas, ahora no están en la ciudad. A Roger prefiero no preocuparlo. Se lo contaré cuando salga.

—¿No te echará de menos?

Ella frunció el ceño.

—No vivimos juntos.

Juraría que vio alivió en el rostro de Kailen.

—Me quedaré hasta mañana y te llevaré a casa —dijo él.

—Prefiero que te vayas —insistió.

—Y yo prefiero quedarme.

Kailen se cruzó de brazos. Ahí estaba otra vez. Qué rabia le daba sentirse débil; si se encontrase mejor, no se lo permitiría. Estaba cansada de tener que ceder siempre en todo lo que él quería.

—¿Quieres tenerme vigilada? —preguntó, molesta.

—Solo quiero saber que estás bien.

—No tienes que preocuparte por mí, no soy una niña.

—Lo sé.

Volvió a la silla y se sentó. Brianna sabía que no se iría, por lo que cerró los ojos para evitar seguir hablando. Ver esa necesidad de protección en Kailen la obligaba a esforzarse en recordar por qué no debía confiar en él, necesitaba hacerlo para no ceder.

***

Al día siguiente el médico llegó temprano para darle el alta. Kailen ya había hablado antes con él, por lo que esperó fuera mientras Brianna se ponía la ropa. Cuando entró en la habitación, se la notaba más animada; sin duda, era por salir del hospital. Se alegraba de volver a ver un color rosado en su rostro.

—¿Nos vamos? —preguntó Kailen.

La llevaría hasta la tienda, donde tenía aparcada la bici. Ella aceptó sin discutir, algo raro en su forma de ser.

—Dame dos minutos —le pidió Brianna.

Kailen salió y se sentó fuera. La noche anterior había vuelto a soñar con ella. Era como si estuviera viviendo una película y ellos fueran los protagonistas. Le parecía tan real que le asustaba. Le daban ganas de preguntarle si antes había tenido familia, hermanos como los que había visto en su sueño, aunque si lo hiciera lo tomaría por loco. ¿Cómo era posible que en ese sueño pudiera saber lo que pensaba Brianna? ¿Lo había creado su mente? Quería respuestas, pero sabía que ella no se las iba a dar, pues apenas le contaba nada sobre sí misma. Nunca había conocido a una persona tan introvertida, tan hermética.

Al salir del hospital, Brianna se detuvo delante de la puerta del copiloto.

—¿Ocurre algo? —preguntó Kailen.

—No me gustan los coches.

—¿Tienes claustrofobia?

—No. —Abrió la puerta—. Solo que no me gustan, prefiero los caballos o la bici, me siento más libre.

Se sentaron y ambos se pusieron el cinturón de seguridad.

—Deberías ir en moto —dijo él.

—Los coches son una caja cuadrada que lo único que hacen es contaminar y destruir.

—Cierto; sin embargo, se llega más rápido a los sitios gracias a ellos.

Brianna no le contestó. Se mantuvieron en silencio todo el trayecto. El hospital estaba cerca de la tienda, por lo que diez minutos después llegaron a su destino.

Kailen apagó el motor.

—¿Cuándo volverás a abrir? —preguntó Brianna.

—No lo sé, tienen que venir los del seguro antes de que pueda empezar a colocarlo todo y pintar. —Hubo un silencio y Kailen tamborileó con los dedos en el salpicadero—. Gracias por lo que hiciste. Te arriesgaste mucho, no deberías haber intentado apagar tu sola el fuego.

—No podía permitir que se quemase tu tienda, algunos de esos libros tienen un gran valor.

—Son cosas materiales, no son importantes. La vida lo es más.

Brianna lo miró un segundo, para después volver la vista al frente.

—Si quieres, te llamo en el momento en que me den el visto bueno y pueda abrir de nuevo —dijo él—. Supongo que te harán preguntas. No he querido presionarte, pero deberías contarme que ocurrió.

Brianna se acarició las manos, nerviosa.

—Oí la puerta de la entrada, salí a cerciorarme y no vi a nadie. Regresé a la trastienda y escuché que cerraban la puerta por fuera. No era capaz de abrirla, por lo que cogí una silla y rompí el pomo.

—¿Escuchaste algo más?

—No, solo cómo alguien tiraba los libros al suelo. Cuando al fin pude salir, intenté apagar varios de los focos, aunque cada vez era más difícil por el humo. Se me cayó el colgante y…

Brianna se detuvo.

—¿Y?

—Nada más. Entraste tú y después me desmayé.

Kailen recordaba que ella quería coger algo antes de que la sacara de allí; ahora sabía que era un colgante lo que buscaba con tanta ansiedad. Cuando la cogió tras desmayarse, vio que había un cordón en su mano y lo metió en el bolsillo del pantalón de Brianna sin mirarlo. Tendría que averiguar por qué era tan importante para ella. Seguro que también era lo que buscaba en el hospital. Una cosa más de las tantas que ocultaba.

—¿De verdad buscas información para tu novela? ¿O es otra cosa?

Ella lo miró indecisa sobre qué decirle. ¿Por qué se lo pensaba tanto?

—No lo entenderías —contestó por fin.

—Prueba.

Ella se giró hacia él.

—¿Qué sientes cuando estoy cerca de ti? —preguntó, clavando sus ojos verdes en los suyos.

Kailen subió las cejas, sorprendido por su pregunta. Él mismo se lo

cuestionaba y darle una respuesta sería complicado, pero le gustaba que al menos hubiera bajado las defensas. No lo desaprovecharía, era el momento adecuado para acercarse a ella.

—Es extraño —afirmó él—. El primer día que te vi, apenas pude pensar en lo que ocurrió. Al día siguiente te encontré en la tienda y fui consciente de que me habías impactado más de lo que quería admitir. Es una sensación rara, como si quisiera que permanecieras a mi lado y por otro que te alejases de mí.

—Esa es la mejor opción. ¿Por qué no lo haces?

—Por la misma razón por la que tú sigues volviendo a mí.

Ambos se quedaron callados. Kailen esperaba una respuesta, había sido sincero con ella. Sabía que sentía lo mismo, esa conexión extraña que fluía entre ellos era cada vez más fuerte.

—Será mejor que me vaya —dijo ella.

—No confías en mí, ¿verdad? —preguntó él.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¿Y por qué no hacerlo?

—Tengo mis motivos —contestó Brianna.

—¿Es porque te atropellé? No fue algo intencionado, te echaste encima del coche…

—Debo irme.

Se quitó el cinturón de seguridad, iba a abrir la puerta, pero Kailen cerró los seguros.

—No puedes huir cada vez que tenemos una conversación.

—Es que no quiero seguir hablando de esto.

—Brianna, no negarás que suceden cosas raras cuando estamos juntos. —Intentó salir del coche, pero no pudo abrir. Él la cogió de la muñeca y ella, sin poder evitarlo, se estremeció por su contacto—. ¿Por qué te molesta tanto que te toque?

—¿Qué necesidad tienes de hacerlo? —preguntó con un tono de voz cortante.

—Si te soy sincero, no lo sé. Cuanto más tiempo paso contigo, más quiero tocarte; mi cuerpo responde de una forma extraña al contacto con tu piel. —Le acarició el dorso de la mano con el dedo pulgar—. No solo eso, a veces incluso tengo la necesidad de protegerte. Es absurdo, apenas nos conocemos…

—Cierto, es absurdo —lo interrumpió y le quitó la mano.

Cómo explicarle que, desde que había tenido esos sueños, la situación era distinta para él. Kailen percibía la rabia que crecía

dentro de sí mismo, y la impotencia de no poder acercarse a ella no ayudaba. Solo reaccionaba cuando se enfadaba con él.

—Eres una persona imposible de conocer, terca, fría. No me extraña que no tengas amigos ni familia, solo piensas en ti misma.

Ella lo miró en silencio. Creía que se enfadaría, que le diría con palabras el odio que reflejaban sus ojos. Quizá así podría sacarle información. No lo hizo. Brianna quiso volver a abrir la puerta del coche.

—A lo mejor hasta has provocado tú el incendio —dijo provocándola.

Kailen sabía que se estaba pasando, la impotencia hablaba por él, quería que ella de alguna manera expresara lo que tanto callaba. Cuando volvió a mirarlo, sus ojos no destilaban odio, sino dolor. No llegó a ver cómo las lágrimas caían por su rostro porque luchaba con sus párpados para contenerlas.

—Sí, es probable que haya sido yo. Piensa lo que te dé la gana.

Kailen abrió el seguro. Brianna salió a toda prisa y cerró la puerta con fuerza. No se esperaba esa reacción, al provocarla siempre había contraatacado; esa vez se había pasado de la raya.

—¡Mierda! Eres un completo imbécil, Kailen —se dijo, golpeando el salpicadero.

***

Brianna pedaleaba a toda velocidad. Deseaba huir, desaparecer, estaba cansada de todo aquello. Las palabras de Kailen le habían removido demasiadas cosas. ¿Cómo podía decir que solo pensaba en sí misma, que por eso no tenía amigos ni familia? Él no conocía su vida, la forma en la que se crio ni sabía que incluso echaba de menos a personas que se encontraban en un pasado lejano y cada vez más inaccesible para ella. Se sentía sola, ni siquiera él la recordaba.

Los besos, los abrazos que alguna vez le había entregado pertenecían también a ese pasado, el cual terminó cuando él acabó con su vida. ¿Por qué lo hizo?

Se detuvo y miró a su alrededor. Sin pretenderlo, había ido a Phoenix Park, que era lo más parecido a estar en un bosque; al menos, ahí se sentiría libre. Llegó hasta una colina y subió despacio. Como apenas podía pedalear por el esfuerzo, se bajó para terminar el último tramo a pie hasta alcanzar la cima. Al llegar, dejó la bici en el suelo.

Ante sus ojos una suave brisa mecía las copas de una hermosa arboleda que ocultaba la ciudad. Olía a humedad, a ese característico aroma de su pasado que le recordaba a aquel maravilloso verde de Irlanda, a limpio, a pureza.

Una gran sensación de vacío invadió su pecho. ¿Por qué estaba en ese lugar? Habría sido mejor no recordar. Al despertar esas emociones, lo único que había conseguido era encontrarse más sola. Era como si viviese dos vidas y ahora sentía que no pertenecía a ningún sitio, pues sentía su vida del pasado más real, más auténtica. Ya no le importaba nada de su presente, solo Roger. Cuanto más recordaba, más se alejaba del aquí. Echaba de menos unos recuerdos que nunca volvería a experimentar.

Temió estar enloqueciendo, pero lo cierto era que lo único que quería era volver con sus hermanos; necesitaba saber cómo se encontraban, si eran felices, si estaban a salvo. La frustración y la incertidumbre la carcomían por dentro. No pudo más, y un grito desgarrador brotó de su garganta hasta que el eco devolvió su alarido. Gritó con los puños apretados, gritó hasta que se quedó sin voz. Cayó de rodillas con la respiración agitada; sintió la rabia de su corazón, que golpeaba con fuerza contra su tórax. No sabía qué hacer, nunca había estado tan perdida, y lo más terrible de todo era que ni siquiera estaba segura de si eso podría tener una solución. Se dijo que era importante mantenerse fría, con la cabeza despejada; inspiró aire profundamente y lo soltó despacio intentando tranquilizarse.

No. No podía rendirse, debía luchar, necesitaba saber qué era lo que le había ocurrido a su familia y haría lo imposible por averiguarlo. No le gustaba este mundo, no estaba hecho para ella; sin embargo, nunca se había dejado vencer y ahora tampoco lo haría. Aguantaría, solo necesitaba soltar lo que permanecía dentro ahogándola. Volvería a levantarse.

Sintió una presencia a su espalda. Se incorporó y, antes de darse la vuelta, cogió de su bolso una pequeña navaja suiza. Después de lo que había ocurrido en la tienda, se mantenía en guardia. Notó que se acercaba hacia ella, lo sentía cada vez más cerca, estaba preparada. La agarró del brazo y Brianna se giró con el cuchillo en la mano para defenderse. Unos fuertes dedos la cogieron de la muñeca deteniendo su ataque, miró a su adversario y se sorprendió al comprobar que era Kailen.

—¿Qué haces aquí? ¿Me has seguido? —preguntó, confundida.

No respondió, la miró con aquellos intensos ojos negros y, por primera vez, la observó como si la recordase.

—¿Pretendías matarme? —preguntó él.

—Suéltame.

—¿Quién me asegura que si lo hago no me clavarás ese cuchillo?

—Si hubiera querido acabar contigo, hace tiempo que estarías muerto.

Kailen no dijo nada. La liberó de su agarre y la abrazó con fuerza. Impresionada, Brianna no supo cómo reaccionar y se quedó paralizada, no entendía por qué actuaba así. Intentó forcejear para liberarse. No le gustaba sentir su calor, le hacía bajar las defensas, pero él no se lo permitió.

—Cálmate, Brianna.

Su voz sonó como un susurro, atrayente, embriagador. Brianna se quedó quieta. Sus brazos seguían sueltos. No quería devolverle aquel abrazo, no lo haría. La mano de él subió por su espalda hasta llegar a la nuca, que acarició con ternura.

«Mierda. No hagas esto, Kailen, por favor». No quería sentir, pero su cuerpo respondía al contacto, a su calor. Sentía el torso fuerte y fibroso de ese hombre. Otra imagen apareció en su mente, una en la que la miraba de una forma especial, se acercaba a ella y le susurraba en el oído: «Nunca te dejaré marchar. Estés donde estés, siempre estaremos juntos». No lo había cumplido.

Como si la mujer que dormía dentro de ella la manejara, se dejó llevar y su mano acarició el pecho masculino. Sintió que él contenía la respiración hasta ponerse rígido y creyó que se apartaría. No lo hizo. Kailen le acarició la cintura y bajó hasta su cadera, que apretó con suavidad como si intentara detenerse para no seguir bajando. La respiración masculina comenzó a agitarse. Con la otra mano, le acarició el pelo y aspiró su aroma.

—Mierda… —susurró él.

La mano que tenía en su nuca se deslizó hasta su mejilla y la rozó con el dorso de los dedos.

—Mírame, Brianna.

Ella obedeció. No fue buena idea, pues su rostro reflejaba que deseaba lo mismo que ella. Se mordió el labio inferior para evitar besarlo. Error, la mirada de Kailen bajó hasta su boca. La apretó más fuerte contra su cuerpo, y la respiración de ambos se agitó con solo pensar en unir sus labios. Una ráfaga de aire pasó entre ellos.

Brianna supo que ambos sentían lo mismo. Ese deseo que pensaba que se había esfumado en él había regresado, lo veía en sus ojos, en sus labios, en sus manos. Se sintió aliviada y agradecida, pero no podía volver a vivir aquello; igual que en el pasado, la engañaría. Una vez se entregó a él y acabó traicionándola. Por muy difícil que le resultara, tenía que detenerlo. Se separó con fuerza de él, ambos se miraron con la respiración entrecortada.

—No puedo volver a hacer esto, Kailen.

—¿Volver? —preguntó, extrañado—. Creo que es la primera vez que te abrazo.

—No importa —dijo ella, cansada—. Me voy a casa.

Se dio la vuelta para coger la bici, y él la agarró del brazo.

—Brianna, lo siento, antes no debería haberte dicho todo aquello. Estaba cabreado y, cuando estoy así, no pienso lo que digo.

—Sí, es lo que piensas. Otra cosa es que solo seas capaz de decírmelo cuando te invade la rabia.

Quería alejarse, pero él seguía sin dejarla.

—No, no es lo que pienso. Creo que eres una mujer independiente, fuerte, que has pasado por situaciones que te han hecho tanto daño que por eso te muestras tan distante. No soy nadie para juzgarte.

Se miraron en silencio. Kailen recorrió su rostro hasta volver a observar sus labios. Brianna vio que cerraba la mano con fuerza. ¿Se controlaba para evitar besarla? No creía tener la fuerza necesaria para volver a alejarse de él. El calor que desprendía su cuerpo, su olor corporal, la iba a volver loca; era el momento de irse o se abalanzaría sobre él, pues su instinto más primario le pedía a gritos que lo besase.

—No importa. Tú lo has dicho, soy fuerte; nada de lo que me digas me hará daño.

—No te creo —dijo Kailen.

—Ese es el problema, yo a ti tampoco.

Brianna se dio la vuelta y se marchó. Por un breve momento, estuvo a punto de decirle la verdad, el motivo por el que se alejaba de él, pero lo mejor era que no lo hiciese. Por mucho que hubiera necesitado aquel abrazo y gritarle lo que le había hecho en su pasado, no tenía sentido. Si él no recordaba nada, lo único que haría sería confundirlo y la tacharía de loca; y si, por el contrario, él sabía más de lo que aparentaba, mejor que fuera Kailen quien diera el primero paso. Estaba casi segura de que le ocultaba información. Su instinto se lo decía. Quería descansar, necesitaba irse a casa y dormir dos días

seguidos; no, mejor tres. Intentaría averiguar algo acerca de lo que el colgante le había mostrado justo antes de desmayarse. Tenía una nueva pista: Nádúr.

Capítulo 8

Recuerdo de Kailen y Brianna

Kailen se había enterado de la muerte de Finn y Seán. Este último era el hijo de Cowen, el jefe del clan, por lo que no iban a parar hasta dar con el culpable. Al parecer ya lo habían encontrado y lo tenían rodeado en la plaza. Habría un juicio, pero era un mero trámite para justificar su muerte, porque con seguridad no volvería a ver la luz del sol. No lo perdonarían, y mucho menos al haber matado al hijo de Cowen. Su primogénito iba a ser el nuevo jefe, así lo había anunciado hacía pocas semanas Cowen, que estaba cansado de ser el líder.

Kailen lo observó. Detrás de él estaban sus dos consejeros, entre los tres votarían a favor o no del perdón de aquel hombre. Cowen le hizo una pregunta al presunto asesino. No conseguía verlo, había demasiada gente. Se quedó sorprendido al escuchar que le respondía la voz de una mujer. ¿Quién estaba hablando? Intentó hacerse hueco entre los aldeanos. La voz cada vez se hacía más nítida; no sabía por qué, pero se empezó a inquietar.

Ahora distinguía lo que decía, aunque seguía sin poder verla.

—Intentaban violar a mi hermana pequeña. Es cierto que luché contra ellos, no lo niego, pero le aseguro que, cuando me fui de allí, estaban vivos.

—El único que logró sobrevivir fue William, y él mismo ha dicho que tú los atacaste, los apuñalaste y después les rajaste la garganta hasta matarlos.

Ahora Kailen estaba muy cerca, de espaldas a él se encontraba la acusada. No podía creerlo, parecía… Se acercó poco a poco hasta que vio su rostro iluminado por el fuego. El corazón le latía muy rápido. ¿Era ella? Sí, era la mujer que había conocido en el bosque, a la que había acompañado a su aldea esa misma mañana.

Ahí estaba, con su inconfundible postura, erguida y orgullosa a la vez que amenazante; con su hermosa trenza, que le caía de lado por

el hombro derecho, y esos revoltosos mechones sueltos que mecía la brisa y en los que hubiera deseado enredar sus dedos. Las personas que la rodeaban la miraban con odio. A pesar de que su vida pendía de un hilo, hablaba segura, sin el más mínimo temblor en la voz. Era preciosa, salvaje. Desde que la había visto aquella mañana, no había logrado apartarla de su mente. No quería ni imaginarse que hubiera podido matar a Seán y Finn; aunque ambos, junto con William, eran de la peor calaña. Con toda seguridad era cierto lo que había dicho y habían intentado violar a su hermana. Sin embargo, recordó cómo había dado muerte al ciervo: le había rajado el cuello. Como a ellos.

***

Brianna observó a William, que seguía con esa siniestra mirada. Ambos eran conscientes de que él mentía. No podía asegurar que, debido a los golpes, no hubieran sufrido alguna lesión grave, pero ¿apuñalados? ¿La garganta rajada? Sabía con seguridad que no lo había hecho, y si ella no había sido, el único culpable era él.

—Si hubiera querido matar a sus hombres, le aseguro que no habría quedado ningún testigo.

Todos empezaron a murmurar, sorprendidos por su atrevimiento. Cowen levantó las manos para que se callaran.

—¿Qué insinúas? —Se acercó a ella. Las llamas de la hoguera que se encontraba a su lado se reflejaron en su rostro—. ¿Acaso crees que alguien más los atacó?

—Cuando me fui de allí, esos hombres estaban vivos y el único que ha vuelto a su poblado es este hombre —dijo, señalando al único superviviente.

Las cabezas de los presentes se volvieron hacia él.

—¿Cómo te atreves? —le gritó William—. Pequeña enclenque. Tú nos atacaste y por poco me matas a mí también. Me diste por muerto, por eso me salvé.

—Esta pequeña enclenque, como tú dices, pudo con los tres, te dejó un ojo morado y el labio roto. —Brianna lo miraba con asco—. Si te hubiera querido matar, lo habría hecho cuando te dejé inconsciente junto a tus compañeros, pero no lo hice.

—Es una acusación muy grave —dijo Cowen.

—La misma que me hacéis a mí —contestó Brianna.

—¿Quieres decir algo antes de que decidamos qué hacer contigo?

—preguntó el jefe del clan.

Brianna bajó la mirada al suelo, respiró profundamente y habló:

—Sé que ya habíais decidido mi destino antes incluso de que yo llegara aquí. Es mi palabra contra la de ese hombre. —Lo miró sin pestañear—. Si soy sincera, al ver cómo intentaban violar a mi hermana pequeña, al escuchar sus gritos pidiendo que pararan, lo único que quería era matarlos. ¿Qué habrían hecho si vieran a su hija, a su hermana, a su madre en esas circunstancias? Pero no soy una asesina, yo no los maté.

La observaban en silencio, atentos a sus palabras. Continuó:

—Yo aquí solo soy una intrusa, y lo único que quieren es venganza y justicia. Es lo que yo también querría si esto mismo hubiera ocurrido en mi aldea. Sin embargo —miró hacia la gente dándose la vuelta—, si realmente quieren justicia, no la conseguirán acabando conmigo, porque yo no lo hice. No conozco a este hombre. —Señaló a William —. Ustedes lo conocen más que yo, quizá sepan si él sería ser capaz de hacer algo así.

Todos la escuchaban en un silencio absoluto, con los rostros serios, y en algunos de ellos Brianna descubrió miradas suspicaces. Sus palabras estaban calando entre la multitud. El tal William parecía que no tenía muy buena fama. Sabían cómo era, y ella había dicho las palabras adecuadas para sembrar la duda en los demás. Vio el miedo en el rosto de aquel hombre mientras pensaba en cómo contraatacar, y lo que a él se le ocurrió fue aplaudir.

—Muy bien, muchacha, pero nadie se creerá lo que has dicho. La verdad es que no tuviste piedad con mis compañeros y debo dar gracias a que al menos yo pude escapar o ahora no estaría aquí. Esto es justicia, tenerte delante de nosotros para ser juzgada.

Brianna se dirigió hacia su prima Caitlin, quien había permanecido en todo momento a su lado.

—Si me declaran culpable, no quiero que hagas nada. Volverás al poblado y les dirás a todos lo mucho que los quiero y que no sufrí. ¿De acuerdo?

No podía soportar que también le hicieran daño a ella.

—Pero…

—Es inútil, no podrías cambiar lo que va a suceder y te pondrías en peligro. Prométemelo.

Caitlin desvió la mirada.

—Si los atacas, no lograrás nada, Caitlin. Por favor. —La cogió del

brazo—. Es mi última voluntad.

Brianna supo que la había convencido. Era lo más lógico, lo más razonable. La miró y, aunque le costó hacerlo, su prima asintió con la cabeza para que se quedara tranquila.

Miró al jefe y este le devolvió la mirada sin dejar que se trasluciera ninguno de sus pensamientos; solo la inspeccionaba, sin hacer ningún movimiento, ningún gesto. Dio media vuelta y se dirigió a sus consejeros, que comenzaron a hablar entre ellos. El murmullo de la multitud aumentaba y la desazón que sentía en su interior también.

Se cogió las manos para reconfortarse a sí misma. Ante los demás podía parecer segura, pero en el fondo estaba asustada. Podía morir esa noche y lo absurdo era que lo que más le preocupaba eran sus hermanos. Procuró tranquilizarse pensando en que su tía intentaría ayudarlos en todo lo posible, pero serían tres bocas más que alimentar y cuidar. Durante ese tiempo había tratado de enseñarles a luchar y a cazar, y Neil lo hacía bien. Sin embargo, sus hermanas eran nulas; por más que lo intentaban, no eran capaces de ser silenciosas. Por otro lado, Gladys se asustaba demasiado y se convertía en presa en vez de en cazador. Y a Evelyn le daba pena matar a cualquier animal.

Sentía rabia ante la situación en la que se encontraba. Ese hombre se saldría con la suya, estaba convencida de que había sido él. Todavía no sabía el motivo por el que la quería acusar, pero, si quedaba libre de esto, averiguaría la verdad de lo que había ocurrido y se lo haría pagar.

Cowen se dio la vuelta y se acercó a ella.

—Quizá no sabes que uno de los hombres que ha muerto hoy es…, era mi hijo. —Brianna vio el dolor en su rostro, ahora entendía el porqué de la mirada de odio cuando llegó. Si había tenido alguna esperanza de salir de allí, acababa de esfumarse por completo—. Debes ser una mujer muy fuerte para haber logrado acabar con tres hombres, e inteligente, por lo que es probable que también seas capaz de mentirnos y hasta incluso hacer que te creamos. —Se acercó a ella y anduvo a su alrededor a la vez que hablaba—: Es tu palabra contra la de un miembro de nuestro clan, no hay más testigos. En estos casos, solo hay dos opciones: que alguien te quiera como esclava o la muerte. Y, sinceramente, dudo que nadie de aquí se preste a la primera opción. ¿Quién iba a querer a una salvaje como tú, una asesina que puede matarlo mientras duerme?

El silencio se hizo eco entre la multitud. Brianna estaba segura de que el latido de su corazón era lo único que se escuchaba junto con el crepitar de la madera al arder en el fuego. Cerró los ojos, no podía evitar pensar en su familia, se había quedado paralizada sin saber qué hacer ni qué decir. No estaba sorprendida por la decisión, aunque escucharlo en voz alta lo hacía real, nítido, tangible. La muerte estaba cerca, y no podría hacer nada para evitarlo. El jefe no solo había dicho aquellas palabras asustando a los allí presentes para que nadie la quisiera como esclava, sino que en su voz se apreciaba una advertencia para que no lo hicieran. La quería muerta por lo que había hecho, esa era la única sentencia.

Cowen se colocó delante de ella y la miró con dureza:

—Morirás de la misma forma que lo han hecho ellos, degollada, y William será el verdugo.

Brianna apretó los puños, no podía creer que aquel malnacido se hubiera salido con la suya. No solo iba a morir por las mentiras de ese hombre, sino también a través de sus manos. Le costaba controlarse para no atacarlo. En otras circunstancias, habría luchado hasta el final, hasta que él también hubiese caído, pero si lo mataba las consecuencias afectarían a sus amigos, a sus conocidos, a su familia. William se acercó despacio, con cara triunfal, y sacó una daga del cinturón; esa sería el arma que acabaría con su vida.

Caitlin dio un paso al frente, pero ella la paró.

—Por favor, vete. Llévate también el caballo.

—No, al menos me quedaré contigo hasta que todo termine.

Ella la cogió de la mano y, por un breve instante, se sintió aliviada, menos sola, con algo más de fuerza para afrontar ese momento.

—Por favor, diles a mis hermanos y a mi tía que los quiero. Cuídate mucho, prima.

Caitlin asintió, en su rostro se reflejaban la impotencia y el dolor por no poder hacer nada. Tenían normas y ni siquiera Lyon podría hacer algo por ella.

—Date la vuelta y arrodíllate —dijo William—. Quiero que todo el mundo lo vea.

Se dio la vuelta, pero no se arrodilló. Él le golpeó las rodillas y cayó al suelo. Era inútil luchar y levantó la cabeza mirando al cielo. La noche era cerrada y oscura, ya que no se veía la luna. Le hubiera gustado morir con la luna y las estrellas acompañándola por última vez antes de que todo acabase.

Sintió el frío filo de la daga en su cuello. Le temblaban las manos, por lo que las mantenía ocultas; no quería que nadie se diera cuenta, no deseaba mostrar su miedo.

—Te dije que esto pasaría —le susurró en el oído—. Quizá mi cuchillo no esté tan afilado y sufras un poco más de lo necesario. Espero que haya suerte y consiga ver alguna lágrima brotar de tus ojos.

—Te aseguro que eso no pasará —dijo ella.

Brianna se clavó las uñas en las palmas de las manos; o hacía eso o no podría controlarse y lo golpearía. La impotencia invadió su ser, habría preferido luchar que terminar así, indefensa y rendida. Volvió a concentrarse en las estrellas. Cuando quería tener paz o alejarse del mundo, le gustaba tumbarse en una verde explanada que había cerca de la aldea. Se quedaba horas observando el cielo con el sonido de la naturaleza a su alrededor. El universo era tan inmenso y sabían tan poco de él… Se imaginaba volando a través de aquella oscuridad bañada de puntos luminosos, se sentía libre y tranquila cuando hacía aquello; sin embargo, ahora era muy distinto, no había calma a su alrededor.

¿Le dolería? ¿Sería rápido? Apretó el colgante. «Cuida de mis hermanos, tía», pensó. La imagen de ellos riendo le llegó fuerte y clara, era en su familia en quien quería pensar antes de que acabase todo. El latido de su corazón iba cada vez más deprisa. Cerró los ojos involuntariamente y entonces escuchó una voz.

—¡Esperad! ¡Deteneos!

El cuchillo se clavó más en su garganta, no parecía que William fuera a obedecer aquella orden.

—He dicho que os detengáis. —La voz sonó firme, amenazante.

Brianna abrió los ojos, sorprendida. No podía creerlo, delante de ella estaba Kailen, el hombre que había conocido esa misma mañana. Su semblante era serio e intimidante, parecía incluso más alto de lo que lo recordaba, fuerte y seguro. El pelo negro junto con sus ojos extremadamente oscuros le daban un aspecto de depredador, no había tenido esa impresión la primera vez que lo vio.

—Suéltala, a no ser que el que quiera morir seas tú.

El murmullo se hizo eco entre la gente, todos estaban confundidos por lo que acababa de ocurrir. William dudó, libraba una lucha interna y no se decidía a soltarla. La situación se había vuelto en su contra, por lo que no le quedó más remedio que desistir y la liberó de su

agarre. Brianna se tocó el cuello, aliviada. Una mano grande y fuerte la cogió del brazo y, con suavidad, la ayudó a levantarse. Era él. Se quedaron mirándose el uno al otro. Estaba confundida, no sabía qué demonios había pasado. En el rostro masculino se formó una leve sonrisa.

—Kailen, ¿qué estás haciendo? —preguntó Cowen.

—Has dicho que si alguien la quería como esclava podría tenerla. Bien, pues la quiero.

—¡Estás loco! —gritó William, furioso—. Te matará mientras duermes, no te imaginas lo peligrosa que es.

Kailen la miró.

—Me arriesgaré.

«Esclava…». No le gustaba cómo sonaba eso; se alegraba de no haber muerto, pero no sabía hasta qué punto tendría que satisfacer a ese hombre o qué haría él con ella. Por primera vez, tuvo que darle la razón a William; si Kailen intentaba forzarla, lo mataría, no se lo pensaría dos veces.

Cowen se acercó furioso.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? Te recuerdo que ha matado a dos de los nuestros; uno de ellos, mi hijo.

Kailen no se dejó amedrentar, seguía erguido y sin apenas pestañear.

—Lo sé, pero no creo que deba morir, no hay suficientes pruebas en su contra.

«Vaya… Parece que es el único que me cree». Por cómo miraba Cowen a Kailen, estaba segura de que habría consecuencias para él. ¿Por qué se arriesgaba de esa forma por ella?

—Muchacha —dijo Cowen a la vez que la señalaba con el dedo—. Si intentas escapar, tu familia será quien sufra por tu huida. No lo olvides. Y tú —le dijo a Kailen—. Todo lo que haga esta mujer será tu responsabilidad. Si algo ocurre por su culpa, tú pagarás las consecuencias. No digas que no te lo advertí, solo te traerá problemas.

***

Brianna entró en la pequeña casa de Kailen. Un agradable olor a comida le recordó que no se había llevado nada al estómago en todo el día. La cabaña estaba muy ordenada y resultaba acogedora,

aunque apenas tenía muebles, solo una mesa a ras de suelo junto al fuego que mantenía encendido. Al fondo, separado por una pequeña tela vertical, se podía ver el lugar donde tenía la cama.

Notaba su presencia detrás de ella. Ambos permanecían callados, habían estado así durante todo el camino, pues su casa estaba un poco alejada de la aldea. Le habían dejado despedirse de Caitlin. No sabía cuándo volvería a ver a sus hermanos, por lo que les mandó un mensaje diciéndoles que haría todo lo posible por encontrarse con ellos de nuevo. Al verla marchar, una parte en ella se rompió; el pequeño vínculo con su aldea también desaparecía, dejándola sola con aquellos extraños.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

Brianna asintió. Un caldero se mantenía en el fuego con lo que parecía un estofado de conejo. Kailen cogió dos cuencos de madera y los llenó. Los dejó en la mesa, se sentó en el suelo en una pequeña alfombra de piel de cabra y la miró invitándola a hacer lo mismo. Lo hizo despacio, desconfiada; no sabía muy bien qué quería y, si era lo que pensaba, no lo permitiría.

—Come, está rico. Podíamos haber comido ciervo, pero una pequeña salvaje no quiso compartirlo —sonrió.

Brianna lo miró seria, no podía dejar de estar a la defensiva. Tenía que reconocer que, cuando lo había conocido por la mañana, había despertado en ella sentimientos que hacía tiempo que tenía olvidados. Le inquietaba, ya que había aprendido a desconfiar de los hombres, aunque también le atraía. Al acompañarla al poblado, durante el camino que anduvieron juntos, se relajó; una situación que no era muy habitual en ella. Y ahora estaba allí, delante de él, en su casa, solos, y era su esclava. Todo había cambiado radicalmente, y ya no se encontraba para nada tranquila.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Brianna.

Kailen iba a beber y se detuvo.

—¿Hacer qué?

—Salvarme, meterte en un lío con el jefe de tu clan. Estaba muy claro que lo único que quería era verme muerta.

—No estoy seguro de que lo hicieras tú, no podía ver cómo mataban a una inocente. Espero no haberme equivocado.

Brianna se llevó una cucharada a la boca.

—¿Por qué crees que no lo hice? No me conoces.

Dejó de comer y la miró fijamente.

—Llámalo instinto, no suelo equivocarme con las personas. Y veo algo en ti. Esta mañana podías haberme clavado el cuchillo, pero no lo hiciste. Sé cómo es William y no me fío de él; tendré que descubrir cómo eres tú.

Al menos sabía que él tenía la misma opinión de ese hombre.

—¿Qué piensas hacer conmigo?

—¿Qué quieres que haga contigo? —preguntó, serio. Parecía tener un doble significado por la forma en que la miró.

Brianna se puso nerviosa con su escrutinio. Sus labios eran carnosos y perfilados. Era muy atractivo, no podía negarlo, y se empezó a alarmar. Estaba viva gracias a él. Si lo mataba, definitivamente, sería su final; no volvería a ver a sus hermanos ni a su gente. Tampoco quería ser su esclava sexual, no lo permitiría, ningún hombre la forzaría. Había luchado toda su vida por ser libre, por lo que nunca quiso casarse, pero se divertía de vez en cuando para satisfacer sus necesidades. No quería ningún compromiso serio, se había hecho un juramento a sí misma hacía tiempo y lo cumpliría.

—Si me tocas, te mataré.

Kailen sonrió. El fuego se reflejó en sus ojos oscuros, dándole un aspecto más siniestro.

—Si te toco, te mataría —se inclinó un poco en la mesa hacia ella —, pero de placer. Lástima para ti que no esté en mis planes hacerlo.

Se levantó y la dejó allí pensando en su respuesta. Estaba tan seguro de sí mismo que la enfureció.

—Eres buena cazadora, vendrás conmigo cuando vaya de caza. Suelo coger distintas plantas y esencias para mezclarlas, te llevaré también para que aprendas.

—¿Eres sanador? —Brianna dejó la cuchara en la mesa y lo miró asombrada.

—Sé combinar distintas hierbas para curar o hacer sentir mejor a la gente. Mi madre me enseñó.

—¿Dónde está ella?

Él la ignoró y miró hacia otro lado.

—Harás la comida y mantendrás la casa limpia.

—No soy tu escl… —Justo cuando iba a decir esas palabras, se dio cuenta de que sí, sí lo era.

Se fue aproximando a ella.

—Eso es, veo que lo has comprendido. —Brianna lo miró desafiante y se levantó. Él se acercó hasta juntarse más a su cuerpo,

apenas podía respirar estando él tan cerca—. Pórtate bien y yo también lo haré.

Sentía su cálida energía en la piel, su aliento y esa mirada que la alteraba. Lo único que quería era tener un cuchillo en la mano para poder mantener las distancias. No la había tocado, pero aun así sentía cada palmo de su cuerpo contra el suyo.

Se separó de su lado y se dirigió al dormitorio.

—La cama es grande, podemos dormir juntos. —Un destello pícaro se reflejó en su mirada—. Tranquila, ya te he dicho que no te tocaré.

—No dormiré contigo en la misma cama.

—Bien, entonces, puedes hacerlo en el suelo. —Le tiró varias mantas—. Buenas noches.

Brianna se quedó de pie siguiendo cada gesto de ese hombre y observó cómo se quitaba el blusón y los calzones hasta quedarse desnudo. Quiso apartar la mirada, pero no pudo. Sus piernas eran fuertes, largas y fibrosas, igual que su espalda, ancha y musculada. No se dio cuenta de que él también la observaba hasta que se cruzó con su mirada. Estuvo a punto de apartar la vista, pero no lo hizo; no quería que pensara que la había impresionado su cuerpo, aunque así había sido. Una sonrisa nació en el rostro de Kailen, pero ella se mantuvo imperturbable hasta que él se tumbó y le dio la espalda.

Por fin se sintió libre y dejó de disimular su cansancio, estaba demasiado exhausta para seguir aparentando esa fuerza que ya casi había desaparecido. Se quitó el saco de piel que la cubría, pero se quedó con el resto de ropa, no se desnudaría. Metió la mano en el bolsillo y tocó la piedra que le había dado su tía: era un colgante. Ahora, con más calma, pudo observarlo mejor. Su color verde intenso le llamaba la atención, tenía líneas amarillas en su interior y un color rojizo la bordeaba. No reconocía de qué estaba hecha. Al parecer, sí la había protegido de la muerte; aunque no estaba segura de si la protegería de ese hombre.

Capítulo 9

Se despertó con el cuerpo adolorido por la noche en el suelo y sin estar muy segura de dónde se encontraba. Al mirar a su alrededor recordó, y un manto de tristeza se posó sobre sus hombros. Se levantó deprisa mirando a uno y otro lado de la casa. No estaba, la había dejado sola. Eso era lo peor que podía haber hecho. Millones de pensamientos cruzaron por su mente, todos ellos con la idea de salir de allí, escapar, correr al poblado, coger a sus hermanos y huir muy lejos. Pero negó con la cabeza. Cowen la había amenazado. Si lograba escapar, ellos pagarían las consecuencias, se desquitaría con su familia, ya que con ella no había podido.

Se levantó del suelo justo cuando él entraba por la puerta.

—Buenos días —dijo Kailen mientras miraba a su alrededor—. Podías haber hecho ya el desayuno, ¿siempre duermes tanto?

Ella levantó una ceja, odiaba recibir órdenes. Normalmente, era ella quien mandaba a sus hermanos; no estaba acostumbrada a obedecer.

—No sé ni dónde están las cosas para prepararlo.

—No te preocupes, vas a saberlo todo en un momento.

La agarró del brazo, y ella le dio un manotazo. Kailen no dijo nada, solo la miró fijamente e hizo un gesto para que lo siguiera. Le enseñó dónde podía coger la leche, el pan y el queso. Le fue explicando el funcionamiento con todo detalle para que no tuviera la excusa de no saber hacerlo.

—Bien, ahora ya puedes prepararme el desayuno.

Él se sentó en el suelo a la espera de que ella lo obedeciera.

«Será imbécil». Siguió sus instrucciones tomándose su tiempo para hacerlo esperar, incluso tiró a propósito un tazón de madera; poco después la cuchara y, más tarde, algo de pan, provocando que Kailen cada vez estuviera más molesto e impaciente. Cuando estuvo satisfecha, se sentó en el suelo delante de la mesa, uno enfrente del otro.

***

Kailen la observaba; estaba seguro de que intentaba molestarlo, pero lo que ella no sabía era que le provocaba el efecto contrario. Debía reconocer que tenerla allí le gustaba, estaba siendo más duro por la forma de ser que tenía esa salvaje. Sabía que no se lo pondría fácil, por lo que prefería que ella tuviera en cuenta desde el principio que quien mandaba allí era él. No era una mujer a la que se pudiera dominar con facilidad; en otras circunstancias, tampoco era lo que habría querido. Ahora no le quedaba más remedio que demostrarle quién llevaba el mando. También debía reconocer que le gustaba vengarse un poco por la actitud que tuvo con él cuando se conocieron en el bosque. Al verla por primera vez, intentó ser agradable, pero no se lo puso nada fácil, se mantuvo distante y a la defensiva. Solo al final, cuando llegaron a su poblado, logró sacarle una medio sonrisa. Ahora se comportaba de la misma forma o incluso peor, mucho más tensa, más desconfiada si es que eso era posible. Le gustaría que se relajase a su lado, aunque todavía era demasiado pronto.

La pasada noche se había vuelto loco. No entendía por qué había tenido aquel impulso y se había puesto a gritar delante de todos ni sabía qué iba a hacer con ella; solo tenía la certeza de que no habría podido ver cómo la mataban, no lo hubiera soportado. Kailen vio en sus ojos la desconfianza que sentía hacia él. En algo tenía razón Cowen: esa mujer de rostro salvaje le traería muchas complicaciones.

Terminaron de desayunar y fueron juntos al bosque. Al principio, anduvieron en silencio. Brianna no quería cruzarse con su mirada, por lo que observaba cualquier cosa antes que a él. Intentaba ser paciente, se acercaba despacio para hablarle sobre las hierbas que iba recogiendo. Le indicaba para qué servían, cómo se trataban y con cuáles se podían mezclar. Brianna intentaba poner atención, pero había momentos en los que la veía con la mirada perdida mirando a lo lejos.

Estaba seguro de que luchaba con sus impulsos por huir. Era lista, sabía que no era buena idea, que las consecuencias afectarían a su familia. Debería tenerla vigilada, aunque no la quería agobiar y que sintiera que era su prisionera, a pesar de que, desafortunadamente, lo era. Le habría gustado que las circunstancias hubieran sido distintas. Cuando la conoció, pensó en visitarla, pero ahora todo era distinto: sería mucho más complicado acercarse.

Se sentaron en unas piedras al lado de un riachuelo. Kailen pensó que sería bueno que parasen, se la veía cansada. Desde luego tenía motivos para estar sobrepasada y agotada: la habían sacado de su aldea, la habían alejado de los suyos y la habían sentenciado a muerte para después tener que vivir como esclava con un desconocido. No, no debía ser una situación nada fácil.

—¿Quieres? —Kailen le ofreció una manzana.

—No, gracias.

Intentaba romper el silencio que se había creado entre ellos.

—¿Llevas mucho tiempo encargándote de tus hermanos?

Le contestó sin mirarlo mientras jugueteaba con un palo del suelo.

—Sí, mis padres murieron hace años, por lo que tuve que cuidarlos.

—¿Podrán mantenerse solos?

Ahora sí que se volvió hacia él. No sabía muy bien por qué le hacía esa pregunta, y era mejor que no lo supiese. Una parte de él se sentía culpable por retenerla en su casa y se tenía que recordar a sí mismo que le había salvado la vida. No podía hacer mucho más por ella.

—Mi tía y mi prima intentarán ayudarlos. Les he enseñado a sobrevivir lo mejor que he podido, pero todavía tienen mucho que aprender. La que cazaba y los protegía era yo, y ahora…

Kailen mordió la manzana, pensativo.

—Si pudiera, te dejaría ir.

Ella rompió el palo que sostenía en la mano.

—¿Sin condiciones? La primera vez que nos vimos, casi me secuestras por no decirte mi nombre.

Kailen se rio.

—La verdad es que he de reconocer que fui un poco insistente.

—¿Un poco? —preguntó con una medio sonrisa en los labios.

—Tú no te quedaste atrás. Nunca he conocido a alguien a quien le haya costado tanto decirme su nombre.

Ella puso los ojos en blanco.

—No me gusta que me den órdenes.

—Sí, eso me ha quedado muy claro.

Se terminó el resto de la manzana, se levantó y le hizo un gesto para que continuasen.

—¿Para qué sirve esta? —preguntó Brianna al cabo de un rato.

Agarró una rama con pequeñas flores moradas.

—Es para el dolor de cabeza, se puede utilizar tanto el tallo como las flores.

—¿Y esta? Es preciosa. —Brianna se agachó y tocó una flor blanca con su centro de color azulado—. Nunca la había visto antes.

—Vaya…, esta es difícil de conseguir. Su nombre es Yomapaje. —Él se inclinó junto a ella—. Está muy cotizada, hacía tiempo que no la veía.

—¿Para qué la utilizas?

—Une a las personas, se la relaciona con la amistad, también se usa para aumentar el… deseo.

Sus miradas se cruzaron, un incómodo y tenso silencio vibró entre ambos.

—No me había fijado en tu colgante. —Kailen lo cogió para verlo mejor y, al hacerlo, tocó levemente la suave piel de Brianna.

—Me lo regaló mi tía.

—Es bonito.

La tenía tan cerca que olía su perfume corporal; no podía definirlo, pero le volvía loco. Soltó el colgante y le rozó la mano al coger la flor. Brianna se apartó como si el contacto la hubiera impactado.

—¿Me tienes miedo? —preguntó Kailen, un poco molesto por su reacción.

Brianna sonrió.

—¿En serio me estás haciendo esa pregunta? El ciervo me lo llevé yo.

Él se cruzó de brazos y se apoyó en el tronco de un árbol. El sol se reflejaba en su cuerpo y vio cómo ella lo observaba. No le era indiferente, aunque hacía lo posible para demostrarle lo contrario. Intentó volver a concentrarse en la conversación.

—Sabes que te dejé ganar. Cuando estabas debajo de mi cuerpo, no tenías ninguna posibilidad.

—Quizá eso es lo que te hice creer. Pude con tres hombres de tu clan.

Kailen entrecerró los ojos. Eso era cierto, no debía olvidarlo ni bajar la guardia. Que él desease que esa mujer no hubiera tenido nada que ver con esas muertes no significaba que no hubiera sido así. Todavía no la conocía lo suficiente, no debía olvidarlo.

Brianna se dio cuenta de su torpeza al decir aquellas palabras, habían muerto dos personas y quizá eran amigos suyos. Todavía no entendía por qué la había salvado ni tampoco por qué no había intentado forzarla, lo que en un primer momento fue su mayor temor.

—¿Los conocías mucho? —preguntó ella.

—Lo justo para saber que era probable que se merecieran una paliza.

—¿Y William?

—Ese es el peor de los tres.

—Entonces, ¿por qué Cowen lo cree sin preguntarse si lo que dice es la verdad?

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó él.

—Yo no los maté. Si lo hubiera hecho, lo diría.

Kailen la analizó.

—No creo que puedas demostrar tu inocencia, por lo que no te quedará más remedio que soportarme.

—Eso parece.

Le dio la espalda y continuó andando. Lo escuchaba detrás, siguiéndola, sabía que la vigilaba. De camino a casa, no volvieron a hablar. Él se equivocaba, encontraría el modo de averiguar qué había pasado, tenía que demostrar que era inocente; hasta que eso ocurriese, debería aguantar. Varias veces tuvo unas ganas inmensas de echar a correr para perderlo de vista.

Pasaron los días y todo seguía igual, aunque se iba acostumbrando a él. Iban a cazar, a por especias y le enseñaba cómo mezclarlas. Al estar la casa retirada del resto, apenas habían tenido contacto con nadie, y por ahora él no quería llevarla donde todo el mundo pudiera verla.

Seguía durmiendo en el suelo. Cada vez le dolía más la espalda, pero se sentía más segura ahí, prefería no acercarse mucho a él. Pensaba en la forma de huir, aunque todavía era pronto. Recordaba a sus hermanos a diario, esperaba que todo les estuviera yendo bien. Había intentado que aprendieran a ser autosuficientes para que no dependieran de nadie, no quería que se aprovechasen de ellos. Estuvo tentada de pedirle a Kailen que la llevase a verlos, pero prefería no arriesgarse a deberle un favor; tendría que devolvérselo y no quería ni pensar cómo. También sabía que por ellos estaba dispuesta a todo, haría cualquier cosa por sus hermanos, cualquier cosa…

Brianna salió de la casa a tomar el aire. Las nubes ondeaban en el cielo, le llegó el olor a tierra mojada. En algún sitio cercano había llovido, y se preguntó si llegaría hasta allí la tormenta.

—Vamos —dijo Kailen a su espalda.

Ella se sobresaltó, no lo había escuchado acercarse. Siempre la tenía vigilada.

—¿A dónde?

—A por provisiones. No estoy seguro de si habrá tormenta o no; es mejor prevenir.

Sin mirarla, se puso en marcha sabiendo que ella lo seguiría. A Brianna la sacaba de quicio tener que ir detrás de él como si fuera un perro. Aunque eso era para la gente que vivía allí: alguien que no se merecía nada, a la que odiaban y preferirían ver muerta. Según iban acercándose al centro de la aldea, los curiosos salían de sus hogares. Las miradas lo decían todo.

Se pararon en una casa algo más grande que el resto y él le ordenó que se quedase fuera mientras cogía suministros. Brianna se sentó en una piedra y observó a su alrededor. Había varios hombres con sacos sobre los hombros que iban amontonando cerca de donde estaba sentada. Una madre le pedía a su hijo que fuera más rápido, ya que el niño se había quedado embobado con algo que le había llamado la atención. Brianna se percató de lo que era: un hombre no paraba de golpear a un niño de unos cinco o seis años mientras él gritaba y le pedía perdón sin ser escuchado. Indignada y sin poder controlarse, se levantó y en menos de dos segundos estuvo frente al hombre. Cuando iba a darle otra bofetada, ella lo agarró del brazo y lo detuvo.

—¡¿Qué crees que estás haciendo?! —la amenazó él.

Brianna olió su aliento, estaba borracho.

—Deje de golpearlo.

El padre lo soltó.

—Es mi hijo y hago con él lo que me da la gana. —Se subió un poco los pantalones y sorbió por la nariz.

La gente comenzó a congregarse alrededor de ellos.

—Le ha pedido perdón, déjelo ya —contestó Brianna. Le estaba costando no devolverle los golpes que había dado al pobre niño.

El pequeño lo miraba asustado e indefenso. Nunca había soportado que hicieran daño a los débiles, no podía quedarse callada ante algo así. Sabía que estaba llamando la atención y que era lo que menos le convenía, pero no lo pudo evitar.

—Este se merece eso y mucho más. —Intentó volver a pegarle y ella lo detuvo de nuevo.

—¡Zorra! ¡Métete en tus asuntos! —gritó, tratando de golpearla.

Brianna solo tuvo que desplazarse hacia un lado y él se cayó al suelo. Estaba tan borracho que no se podía mantener en pie.

—¿Qué está pasando aquí? —Kailen apareció, y no de muy buen humor. La miró y, por su gesto, estaba claro que esperaba una respuesta.

Brianna se quedó en silencio, no quería darle explicaciones delante de esa gente, creería que se estaba justificando y era lo último que necesitaba. Escuchó una voz entre la multitud.

—El malnacido no paraba de golpear a su hijo.

La voz provenía de una mujer. A Brianna le llamó la atención que, aun siendo delgada y bajita, transmitía mucha fuerza, probablemente, por la seguridad con la que habló. Kailen seguía enfadado, le decía con la mirada que no debería haberse metido.

—Se acabó el espectáculo. —Kailen miró a su alrededor. Nadie se movía—. ¡He dicho que se acabó el espectáculo!

El tono serio y autoritario logró que todos obedecieran y comenzaran a irse, excepto la mujer bajita, que se acercó a Kailen mientras se recogía el pelo rizado en una pequeña coleta.

Kailen se aproximó al hombre que todavía estaba en el suelo y se agachó para ponerse a su nivel:

—Como me entere de que vuelves a ponerle la mano encima a tu hijo, te cortaré los dedos.

El padre asintió con temor en su mirada. «Ahora ya no es tan valiente», pensó Brianna. El niño le sonrió con timidez y gratitud. Apareció una mujer muy delgada con la cara un poco demacrada que se acercó al niño, y este la abrazó llamándola «mamá». Ella miró a Brianna mientras asentía agradecida.

—Vámonos —dijo Kailen, agarrando del brazo a Brianna.

—Suéltame —susurró ella.

La acercó hacia él sin soltarla.

—¿No vas a obedecerme?

Brianna estaba furiosa, lo único que había hecho era ayudar a ese pobre muchacho, no pensaba pedir perdón por ello. La tensión entre ambos estaba a punto de explotar.

—Kailen, no seas bruto. Por fin alguien se ha enfrentado a ese cerdo, no debería maltratar así a su hijo.

—No te metas, Kendra.

La mujer se cruzó de brazos y se encaró con él sin dejar de mirarlo hasta que soltó a Brianna.

—Claro que lo hago. Eres tú el que ha decidido quedarse con esta mujer, el que se ha puesto en peligro sin tener en cuenta que ahora la mitad de la aldea te odia por ello y, como consecuencia, a mí también. ¿No habías pensado en eso?

—¿Desde cuándo te ha importado lo que piense de ti la gente de la aldea?

Kendra sonrió.

—En eso tienes razón.

Brianna la observó con curiosidad, ¿qué tenía que ver con Kailen? La confianza con la que se enfrentaba a él no era normal. Por lo que había visto, la gente respetaba a Kailen y preferían no meterse con él.

—Soy Kendra. —Inclinó la cabeza a modo de saludo—. La hermana de este borrego.

Brianna sonrió al escucharla llamarlo así. Le devolvió el saludo y se miraron con complicidad.

—Me llamo Brianna.

—No te dejes amedrentar por mi hermano; es un buen hombre, aunque no tiene ni idea de cómo tratar a una mujer, y menos a una como tú. Lo digo como un cumplido. —Miró a su hermano—. Creo que no sabes muy bien lo que has hecho al llevar a Brianna a tu casa.

—Déjalo ya, Kendra.

—No, me meteré siempre que seas injusto, y en este momento lo eres. Lo único que ha hecho es ayudar al niño.

Kailen se frotó el pelo, cansado de escucharla.

—Vámonos —dijo él.

—Encantada de conocerte, Brianna. En breve iré a haceros una visita.

Kailen resopló. Ella asintió con una sonrisa y fue tras él. Iba cargado con un saco en el hombro similar al que llevaban los demás hombres y en la mano portaba una cesta llena de harina, queso y otros víveres.

Cuando entraron en la casa, Kailen los dejó en la estantería.

—No vuelvas a hablar con nadie de la aldea. ¿Lo has entendido? —dijo, dándole la espalda.

—No voy a disculparme. Lo volvería a hacer, no me gusta que nadie maltrate a otra persona —contestó, molesta.

Él se giró y la cogió del brazo.

—¿No puedes mantenerte sentada en un sitio? Te dije que no te movieras.

—Suéltame.

El rostro de Kailen estaba lleno de ira y preocupación.

—Ya es un peligro que estés en esta casa, nos pones en riesgo a los dos cada vez que llamas la atención.

—Yo no te pedí que dieras la cara por mí.

—Eres una desagradecida.

Estaban muy cerca el uno del otro y la tensión se volvía a palpar entre ambos.

—No te equivoques —contestó ella—. Te lo agradezco, pero no sé el motivo por el que salvas a una persona que no conoces, más aún si te puede causar graves problemas.

—Yo sigo preguntándome lo mismo, pero lo hice y, te guste o no, me perteneces.

—¡Nunca!

Lo empujó con fuerza para que se alejase de ella.

—Sí, pequeña salvaje, así es. ¿Crees que tienes escapatoria? ¿Que podrás volver con tus hermanos? La única razón por la que sigues viva es porque estás conmigo, y que no te quepa ninguna duda de que Cowen y William buscarán cualquier oportunidad para acabar con tu vida.

—Puede que sea mejor que esté muerta a que me veas como un trofeo. No lo permitiré.

—No sabes de lo que soy capaz —contestó con calma—. Eres una inconsciente.

—Y tú, un cobarde.

Kailen entrecerró los ojos.

—No me provoques, Brianna.

—¿O qué?

Kailen, irritado por sus palabras, la cogió con fuerza de la muñeca, pero cuando lo hizo se sintió confundido. ¿Por qué le atraía tanto esa mujer? ¿Por qué el tacto de su piel siempre le dejaba sin aliento? Deslizó la mirada hasta sus labios. Estaba tan cerca... Si acortaba el poco espacio que había entre ellos, rozaría su boca. La recorrió con la mirada; estaba enfadada, mucho, pero eso aumentaba su belleza.

No quería que llamase la atención en la aldea, sería mucho más complicado mantenerla a salvo, aunque ver cómo defendió a aquel niño lo había llenado de orgullo. Cada vez estaba más seguro de que había hecho bien al reclamarla y salvarle la vida. A pesar de que lo enfurecía, en la mayoría de las ocasiones la admiraba y, sobre todo, la

deseaba de forma desesperada. Sin embargo, sabía que esa guerrera incontrolable le iba a traer más de un problema: había mucha gente en el pueblo que quería venganza.

Le había salvado la vida en un arrebato de locura. Se había prometido no presionarla, pero al tenerla tan cerca cada vez le resultaba más difícil controlarse. No necesitaba forzar a una mujer, él no era así, y tampoco había tenido ningún problema con ellas, siempre lo habían deseado. Eso era lo que veía en su mirada, deseo, por mucho que lo negase. Casi la sentía vibrar, y estaba seguro de que no era de miedo. ¿Sería posible que estuviera sintiendo lo mismo? Sonrió en su interior.

—¿De verdad crees que soy un cobarde?

Vio la duda en sus ojos antes de contestar. Si en esos momentos hubiera tenido un cuchillo, ella no habría dudado en clavárselo, pero al mismo tiempo notaba su interés. No sabía qué la frenaba, pero tenía la certeza de que, si se dejase llevar, lo habría devorado con pasión.

—Sí, eso es lo que eres.

—Te equivocas, hay que ser muy valiente para acercarse a una mujer como tú. Voy a demostrarte lo poco cobarde que soy.

Se arriesgaría, quizá perdería el labio, pero tenía que intentarlo. La agarró de la cintura y la acercó a él. Antes de que ella pudiera darse cuenta, estaba entre sus brazos con su boca apoderándose de la suya. Le arrebató un beso intenso y salvaje. Kailen sabía que se estaba debatiendo entre entregarse a las sensaciones o huir, percibía la mezcla de tensión y rendición en ella. Introdujo la lengua en su boca y, cuando se rozaron, la intensidad se volvió embriagadora. Gimió excitado y notó que el corazón de Brianna comenzaba a latir violentamente contra su pecho; ese beso lo descolocaba tanto como a ella. Saqueó su boca y notó que las fuerzas de ella flaqueaban. Le gustaba el contacto de su lengua contra la de él, la pasión que desprendía lo provocaba. Notó la mano femenina por su pecho, por lo que la agarró con más fuerza y sintió que se estremecía entre sus brazos.

La rendición duró poco. Su orgullo, o su instinto de supervivencia, se impuso a sus deseos, ya que ella, sin pensar en las consecuencias, le dio una patada en la zona donde sabía que le haría más daño. Después, salió corriendo en dirección al bosque.

—¡Mierda! —se quejó él mientras se tocaba dolorido—. ¡Brianna, espera!

Capítulo 10

Kailen se despertó empapado en sudor. Otra vez había soñado con ella, la había besado en ese sueño y ahora tenía una fuerte erección. Tenía la extraña sensación de que a ella le estaba sucediendo algo parecido; hoy se iba a armar de valor y le iba a preguntar si también tenía sueños extraños.

Sueños que lo acercaban a ella, sueños con los que cada vez la conocía un poco más. Era tan raro poder ver los sentimientos, las sensaciones que ella tenía, sus pensamientos, como si estuviera dentro de su cabeza. En el mundo real apenas podía tocarla ni acercarse a ella, pero en el onírico se encontraba seguro de sí mismo, sabía lo que debía hacer para llevarla a su terreno. Después de aquel beso ella salió huyendo, no sin que antes percibiera su calor; el deseo que sentía hacia él tan grande como el suyo propio.

Si en ese momento la tuviera delante, no sabría qué hacer para frenar el ansia de tocarla. Según pasaban los días, el deseo y el instinto protector aumentaban.

Ahora estaba seguro de que ella era la persona que había estado esperando, la que le daría las respuestas que hacía tiempo buscaba. No se lo pensó más, se vistió y fue a buscarla.

Kailen llegó a su apartamento y se detuvo delante de la puerta sin saber qué le iba a decir. Llamó al timbre, escuchó que se acercaba, miraba por la mirilla y hasta creyó oír sus pensamientos dudando entre abrir o no.

—Brianna, por favor, abre. Necesito hablar contigo. —Estaba convencido de que estaba ahí—. No me iré de aquí sin que hablemos.

Después de lo que le pareció una eternidad, abrió la puerta. No se alegraba de verlo y cruzó los brazos, molesta.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—¿Ya no recuerdas tu contrato de trabajo?

Brianna puso los ojos en blanco.

—Dime, ¿de qué quieres hablar?

—Si te da miedo que entre en tu casa, podemos ir a una cafetería.

Ella entrecerró los ojos. Era orgullosa como la Brianna de su pasado, seguro que lo dejaría pasar, aunque solo fuera para demostrarle que no le asustaba ni lo más mínimo.

Y, como él pensaba, hizo un gesto con la mano para que entrase. Recorrió el piso con la mirada. Era pequeño, decorado con tonos blancos y beis, sin apenas muebles, minimalista, acorde a ella. Se quitó la cazadora, la dejó encima del sofá y se dio la vuelta para enfrentarse a Brianna.

No se había fijado en lo bonita que estaba. Llevaba puesta una camiseta negra con unos pequeños botones abiertos en la zona del pecho que dejaban ver el inicio de sus senos. Tenía el cabello suelto y despeinado como si la hubiera sacado de la cama, pero, aun así, estaba preciosa y extremadamente sensual. Descalza con esos pantaloncitos cortos que dejaban al descubierto unas perfectas y torneadas piernas, se le antojó tan salvaje como en sus sueños.

—¿De qué quieres hablar, Kailen? —preguntó a cierta distancia mientras se volvía a cruzar de brazos.

—¿Puedo sentarme?

Ella levantó la mano para ofrecerle asiento. Se acomodó en el sillón, aunque Brianna se mantuvo lo más alejada de él.

—Ven, siéntate a mi lado, tenemos que hablar.

—Estoy bien aquí.

Seguía a la defensiva. En sus sueños ella sentía tanto como él, pensó que quizá se mantenía lejos para no perderse en el abrumador deseo que sentían el uno por el otro.

—Quiero hacerte una pregunta y necesito que seas lo más sincera que puedas.

Ella asintió.

—El día que te golpeaste la cabeza con el libro en la tienda y te toqué el cuello, sentí algo extraño. —La analizó, pero ella ni parpadeó —. Desde entonces cada noche he soñado contigo, y eso me asusta un poco. Pero lo que de verdad me asusta es que no parecen sueños. Según pasan los días… —Se miró las manos—. Igual piensas que estoy loco por lo que te voy a decir. —Hizo una pequeña pausa, sin estar seguro de continuar—. Es como si ya nos hubiéramos conocido antes. Dime, Brianna, ¿estoy loco o tú tienes la misma sensación?

La miró a los ojos esperando su respuesta, ella seguía sin

reaccionar. Por un breve instante, creyó ver sorpresa en su mirada, pero enseguida se recompuso.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—Yo creo que sí.

—Kailen, por favor, es mejor que te vayas.

Se levantó acercándose a ella despacio.

—Brianna, te aseguro que no me iré de aquí sin tener las respuestas que llevo tiempo buscando, por lo que si quieres que desaparezca será mejor que respondas a mis preguntas.

Vio la lucha interna que tenía consigo misma. Por una parte, parecía que quería abrirse a él; por otra, se controlaba, no confiaba y evitaba a toda costa intimar más de la cuenta.

—Kailen, es complicado, no me creerías.

—Inténtalo.

Ella se recogió el pelo con una goma que tenía en la muñeca. Estaba nerviosa.

—¿Qué quieres saber?

—¿Has soñado conmigo? ¿Tienes esos mismos sueños de los que hablo?

Brianna le dio la espalda y se agarró a una silla que había a pocos metros. Se le quedaron los nudillos blancos por la fuerza que ejerció.

—No puedo hacer esto.

—Hacer ¿qué? —preguntó Kailen a la vez que se acercaba y se ponía detrás de ella, cerca, demasiado cerca.

—No puedo confiar en ti.

—Brianna, sé que hay algo que buscas, que me ocultas, pero creo que nos necesitamos mutuamente para averiguar qué nos ha ocurrido.

Ella se giró y lo miró sorprendida.

—¿Qué crees que te ha pasado?

—Tengo que mostrártelo —dijo Kailen.

Cogió la mochila que había dejado en el suelo, la abrió y hurgó en ella hasta encontrar lo que buscaba. Se sentó en el sillón.

—Siempre me ha gustado dibujar. Cuando era más joven, lo hacía a menudo. —Sacó varias láminas que fue dejando encima de la mesa—. Me ayudaba a recordar los sueños que aparecían en mi cabeza. A veces veía alguna imagen en mi mente y, hasta que no la dibujaba, no me quedaba tranquilo.

Brianna se acercó sin poder apartar la vista de los dibujos y se sentó a su lado.

—¿Hace mucho tiempo que los dibujaste?

Kailen acarició una de las imágenes, era una flor muy parecida a la que había visto la noche pasada en su sueño. No se veía el color, ya que siempre dibujaba en carboncillo.

—Sí, hace años.

Fue cogiendo en sus manos una a una las láminas que le mostraba y las analizó con gesto sorprendido.

—¿Te resultan familiares? —preguntó él. Ella lo miró sin decir nada—. Vamos, Brianna, en algún momento tendrás que abrirte a mí.

No lograba bajar sus defensas. Tendría que decirle todo lo que sabía, sería la única manera de conseguir que le dijese lo que ocultaba.

—¿Tienes un portátil?

Ella lo miró extrañada.

—¿Para qué lo quieres?

—A diferencia de ti, estoy intentando sincerarme contigo. Debo enseñarte una cosa más.

No muy convencida, Brianna fue a por el ordenador.

Kailen se sacó el *pendrive* del bolsillo del pantalón. Estaba nervioso, quizá se equivocaba por confiar en ella, pero era lo más cerca que había estado de descubrir algo más.

Puso el portátil encima de la mesa y se sentó a su lado sin rechistar.

—Una mañana me levanté y encontré este *pendrive* encima de la mesa, sobre una nota con mi letra en la que me invitaba a ver el vídeo que hay dentro.

—¿Un vídeo? ¿De quién?

—De mí mismo.

Kailen le dio al botón de reproducción:

Si estás viendo este vídeo, es que no he conseguido mi objetivo. No recordarás por qué estás aquí ni por qué hago esto. Tienes que escucharme atentamente o nunca sabrás la verdad.

Tendrás la sensación de que, por más que buscas, no logras encontrar respuestas, de que esperas a alguien que nunca llega, de que hay algo que tienes que hacer que te hace sentir incompleto. Esa persona llegará tarde o temprano, pero no sabrás quién es. Puede que empieces a tener sueños extraños, sensaciones que creías dormidas, y la situación se volverá peligrosa.

Aunque no sepas quién es, tendrás que ayudarla. Mantente cerca, averigua qué es lo que busca, no te alejes de ella, no la dejes atrás. Cuando llegue, sabrás que es esa persona porque preguntará por cosas del pasado,

ancestros y viajes en el tiempo. Ahora no entiendes nada, pero debes hacer lo que te digo. No sé si su nombre será el mismo que en el pasado, se llamaba…

El vídeo se quedó en blanco sin que se entendiera el nombre.

Síguela o ya nunca podrás saber qué es lo que ha ocurrido. Tienes que mantener la librería abierta con el nombre de Gaia, sigue trayendo todos los manuscritos antiguos que puedas, no dejes la astronomía. Descubrirás cosas que te harán plantearte tu existencia, pero mantén la mente abierta y, sobre todo, cree, cree en ti y en esa persona que se cruzará en tu camino. Por nada del mundo la dejes marchar, ya que en ella estarán las respuestas que tanto ansías; hará que tu mundo se vuelva del revés, aunque merecerá la pena.

Espero realmente que vuelvas a verla, no importa lo que tengas que esperar. Es necesario que estés alerta, pues cada detalle cuenta. Lucha por averiguar qué ocurrió, por saber por qué todo acabó así y qué fue lo que hicisteis. Cuando lo descubras, ten el coraje de perdonarte y sanar todas las heridas que ahora apenas puedes sentir.

Esa persona está unida a ti de una forma tan profunda y mística que te será difícil entenderlo, pero estáis destinados a uniros de nuevo, dependerá de lo que ambos queráis mostrar para que la verdad salga a la luz y podáis recuperar lo que perdisteis. Ella piensa que en el pasado la…

El vídeo se volvió borroso y el audio se fue.

Sigue las señales, están por todos lados. Cada frase es importante, cada libro. Cualquier detalle, por insignificante que te parezca, puede ser fundamental para averiguar tu destino. No te rindas, lucha por ella y, por favor, cree en todo lo que te estoy diciendo. Recuerda, mantén la mente abierta a todo lo que está por acontecer, será la única manera de poder ganar.

Se miraron en silencio, una especie de complicidad se despertó en ambos.

—No recuerdo haber grabado este vídeo. Al principio pensé que era una tontería; sin embargo, una parte de mí tenía esa sensación de vacío. Durante mucho tiempo hice lo que decía, esperé sin que nadie apareciese. —Kailen se levantó y caminó de un lado a otro de la sala —. Después, poco a poco dejé de recordar el pasado, esos dibujos, el vídeo, hasta que llegaste a la tienda preguntando por viajes en el tiempo, por ancestros.

—Y ahora, ¿recuerdas de nuevo?

—No del todo. El día en que te atropellé, me dijiste que ojalá no me

hubieras conocido en esta vida ni en la otra. En ese momento no hice caso a esa señal. Cuando comencé a soñar contigo, lo recordé. La primera vez que vi este vídeo, me dio la sensación de que alguien me decía todo esto a través de mí, como si una persona desconocida me estuviera guiando. De todas formas, soy sonámbulo. Mi madre me ha contado en más de una ocasión que a veces me ponía a dibujar por la noche; ahora ya no lo hago tan a menudo. Alguna vez me he encontrado un dibujo en la mesa sin recordar haberlo hecho, pero nunca me había grabado en vídeo.

Brianna seguía con la vista fija en la pantalla del portátil. Se quedaron durante un buen rato en silencio.

—Di algo, por favor —pidió Kailen, sentándose de nuevo a su lado.

—¿Por qué cuando vas a decir el nombre de la persona con la que se supone que debes encontrarte se ve borroso y no se escucha?

—No lo sé. Se ve mal y se corta justo cuando doy datos de lo que ocurrió en el pasado. He intentado arreglarlo, pero es imposible. ¿Sabes a lo que se refiere? ¿Crees que ese nombre que no se escucha eres tú?

Brianna se acarició las piernas con las manos, intentaba tranquilizarse a sí misma. Se puso de pie.

—Kailen, quizá aquel día bebiste demasiado y por eso no recuerdas nada. Esto es una tontería.

Él se levantó molesto y la cogió de los brazos.

—¿Y por qué buscas toda esa información con tanto interés?

—¡Ya te lo dije, es por la novela! —Ella se zafó de sus manos.

Brianna pisó el mando de la televisión, que estaba en el suelo, fue a cogerlo y Kailen vio que una cuerda de cuero con un medallón salía de su cuello. Lo observó mejor y se quedó helado. Ahí estaba la prueba que estaba buscando. Era el mismo colgante que había visto en el sueño, el mismo que le había entregado su tía para protegerla. El que ella había buscado en la tienda durante el incendio.

Kailen avanzó el corto espacio que los separaba y se puso tan cerca de ella que Brianna tuvo que levantar la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—¿Todavía vas a negarlo y decirme que todo es mentira? —Cogió la piedra del cuello femenino y se la mostró—. Es el mismo colgante que te dio tu tía en el sueño.

En un primer momento, ella se quedó sin palabras.

—Esto… no es más que algo que encontré…

Él no la dejó terminar.

—Brianna, no te atrevas a mentirme. —En su voz se notaba la amenaza, la rabia que crecía por dentro.

—No tengo nada que decirte.

Intentó alejarse, pero él no se lo permitió. La agarró de la cintura, apretándola contra su cuerpo.

—No te creo.

—Ese no es mi problema.

—Yo creo que sí es tu problema. Me necesitas para las respuestas que buscas, y yo te necesito a ti, te guste o no.

—¿Por qué, simplemente, no puedes dejarme en paz, Kailen? —Su voz sonaba cansada.

Él deslizó las manos hasta sus caderas y las acarició.

—No lo sé, no puedo, sin más. Desde que sueño contigo, miles de emociones se han despertado dentro de mí y no puedo alejarme. He conocido otra parte de ti y mentiría si te dijera que no estoy deseando dormir para poder verte en mis sueños.

«Para poder tocarte».

—No sigas, Kailen —rogó en un susurro.

El pecho de Brianna subía y bajaba, estaba excitada. Algo primitivo se había despertado dentro de él, apenas podía controlarse. Como en su sueño, el olor femenino que emanaba le recordaba al de un bosque, fresco y adictivo. En su interior se removía una sensación extraña que no lograba distinguir.

—Dime que tú también sueñas conmigo. —Kailen puso su frente contra la de ella—. Tengo que saberlo. En este mundo hay una pieza que me falta, y no sé cuál es. A veces me siento perdido.

Ella clavó sus ojos verdes en él. Se sorprendió al ver que subía la mano hacia su cuello y lo acariciaba. Había bajado sus defensas.

—Sí —contestó Brianna.

—¿Sí?

—También sueño contigo, creo que ambos vemos y sentimos lo mismo.

A Kailen se le quitó el peso que oprimía su pecho. No estaba loco, a ella le ocurría lo mismo.

—¿Por qué nos sucede esto? —preguntó.

—No estoy segura. Desde que nos vimos, los sueños son más reales, con muchos detalles.

Eso significaba que lo que había visto en el mundo onírico ella

también lo había vivido, pero no estaba seguro de que ambos hubieran tenido el mismo sueño.

—¿Recuerdas el de esta pasada noche? —Ella deslizó los ojos hacia el suelo para evitar enfrentarse a su escrutinio—. Mírame, Brianna.

Despacio, ella lo obedeció.

—Lo recuerdo —contestó en voz baja.

La tensión iba creciendo entre los dos, el deseo era más que evidente. Él clavó los ojos en ella. El iris verde estaba oscurecido, los labios, humedecidos y las mejillas, sonrosadas. Kailen quería tumbarla en el sillón, poseerla hasta que no dejara de gritar su nombre.

—Quiero hacer lo mismo que en nuestro sueño.

Brianna se tensó y colocó las palmas de las manos en su pecho para intentar apartarlo.

—Eso no va a pasar.

Kailen la miró como un depredador y sonrió.

—¿Estás segura?

La agarró del cuello acercándose a sus labios, sentía su cálido aliento tan cerca que lo enajenaba.

—Aunque lo niegues, en mi sueño sentías tanto como yo. Voy a besarte, Brianna, porque sé que lo deseas, porque he sentido tu anhelo, porque nada en este mundo podrá evitar que tu boca sea mía, aunque sea por un breve instante. Por favor, no te apartes.

Ella cerró los ojos. Sí, se rendía ante él, había vencido; iba a besarla y apenas podía respirar solo de pensarlo.

Sus labios se tocaron, aumentando el calor entre ellos. Kailen quería saborear cada parte de ella despacio, con calma. Metió la lengua en su boca hasta rozar la suya. Un gruñido salió de su garganta sin poder contenerse. Brianna se estrechó más contra su cuerpo y le acarició el cuello. Sus manos eran un elixir para Kailen, que percibía cada caricia en toda su piel.

El corazón le palpitaba tan deprisa en su interior que parecía decirle que siguiera ese ritmo, que fuera más rápido, pero no lo haría. Inquieto y excitado, subió la mano por la cintura de Brianna metiéndola por debajo de la camiseta. Alcanzó su piel, suave, perfecta, y, despacio, avanzó hasta su pecho. Creyó morir al darse cuenta de que no llevaba sujetador, bordeó el contorno de su seno y devoró su boca con más fuerza. Su lengua se hizo posesiva, urgente. Ella gimió excitada a la vez que le tiraba del pelo. Su guerrera estaba volviendo.

—Hace unos días apenas me mirabas —logró decir Brianna al

separarse de sus labios.

—Hace unos días no me permitías tocarte.

Él volvió a saquear su boca, la besó hambriento. Quería saciarse de ella, cuanto más la probaba, más quería que fuera suya. Los gemidos de ambos se escuchaban en el silencio de la habitación. No se reconocía a sí mismo, el instinto salvaje se había apoderado de él sin poder remediarlo.

Brianna se apartó. Kailen sintió el vacío al ver que se alejaba de él.

—Para…, no quiero hacer esto.

Retrocedió para alejarse hasta que llegó a la columna de la pared y se quedó atrapada, pues él avanzaba sin dejar de mirarla a los ojos.

—Mientes, me deseas tanto como yo a ti.

—Kailen, no te acerques más. Déjame, por favor.

Él sonrió con suavidad sin pronunciar una palabra. Llegó hasta ella y la acarició el brazo desnudo.

—En nuestros sueños se ha ido despertando lo que me haces sentir, cada día crece más y más. No, Brianna. —Deslizó los dedos hasta su cuello—. Sé que te derrites con mis caricias, que vibras cuando te beso. Acabo de sentirlo. ¿De verdad quieres que me aleje?

Ella le miró los labios y, antes de que pudiera contestar, él estrechó su cuerpo contra el suyo y la volvió a besar. La agarró del cuello mientras devoraba sus labios con deseo y volvió a sentir la respuesta de ella al notar que su lengua se unía a la suya. Un gemido brotó de su garganta. La erección en sus pantalones se hizo más que evidente, y cuando ella lo agarró del cuello, no pudo controlarse más. La cogió en brazos y la llevó al sofá, donde la tumbó.

Brianna comenzó a desnudarlo al mismo tiempo que él bajaba la mano hacia su pecho, alcanzando su pezón. Iba a estallar solo con ver cómo ella se arqueaba en busca de más.

—Dios mío, Brianna, no te imaginas lo mucho que te deseo.

Quería bajarle esos pequeños pantalones que llevaba y penetrarla hasta que tuviera un orgasmo tras otro. Bajó la mano e intentó acceder a su ropa interior. Ambos respiraban con dificultad. Él no podía parar de besarla en los labios, en el cuello, hasta que llegó a su pecho y le lamió un pezón. Era tan receptiva… Quería poseerla de todas las maneras posibles. Deslizó la ropa interior para llegar a esa zona que estaba ansioso por tocar. Justo cuando iba a alcanzar la suavidad de sus pliegues, ella lo detuvo.

—Espera, para.

—¿Cómo? —Kailen obedeció intentando mantener el control.

—Esto no es un juego —dijo ella molesta, más consigo misma que con él.

—¿Quién ha dicho que estoy jugando?

Brianna se frotó la cara con las manos.

—Es mejor que te vayas. —Lo apartó y se levantó—. Investigaré lo que me has contado; si averiguo más cosas, te llamaré.

Kailen quería ayudarla, pero era demasiado terca. El deseo que sentía por ella era increíble, aun así, sabía que tenía que apartarse para evitar que lo echara a patadas. Esta vez no dejaría que se saliera con la suya y la cogió de la mano para tirar de ella hasta que la tuvo sentada a su lado. Ella se quedó ahí, aunque se mantuvo alejada.

—Me vas a matar, Brianna. Cada vez estoy más seguro de que estás aquí para torturarme. —Respiró varias veces para tranquilizarse. Cuando lo consiguió, continuó—: De acuerdo, vamos a ver qué has descubierto hasta ahora.

Brianna se cruzó de brazos.

—Me refiero sola.

—Ya te he dicho que no me iré. Sabes que tengo razón, que hay una conexión especial que nos une. Sea lo que sea, tenemos que averiguarlo juntos.

—Dios mío, qué cabezota eres.

—Empecemos por esa piedra que te dio tu tía. Déjame verla. —Estiró la mano para que se la diera.

Ella dudó un instante, aunque al final se sacó el colgante del cuello y se lo entregó.

Kailen lo observó con atención. La piedra era negra, aunque tenía varios colores. El más externo era rojizo y anaranjado; después, en otra capa más interna, se veía amarillo y, en el centro, un verde intenso. Todos los colores se unían entre líneas como si fueran rayos y también se apreciaban puntos blancos en el fondo negro.

Estaba seguro de que lo había visto alguna vez, solo que ahora no recordaba dónde.

—Lo investigaré y te diré lo que descubra. —Le hizo una foto con el móvil—. ¿Qué viste en la librería que te llamó tanto la atención?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Brianna, sorprendida.

—Al intentar sacarte de allí, no dejabas de repetir que necesitabas coger algo, después preguntaste por tus cosas en el hospital y te llevaste la mano al cuello.

—Muy observador. —Brianna se quedó callada, volvía a pensarse si decirle o no lo que había visto.

—¿Y bien? —insistió. Quería cogerle la mano, pero seguro que si lo hacía volvería a alejarse.

—Se me cayó al suelo y vi una palabra cuando entró en contacto con el fuego.

—¿Una palabra?

Ella se quedó callada. Kailen guardó silencio esperando que continuara.

—Aparecieron unas letras doradas. Al principio no lograba distinguir lo que ponía, hasta que pude leer la palabra «Nádúr». Significa nat…

—Naturaleza en irlandés —la interrumpió Kailen—. Todavía no me has dicho qué es lo que buscas, cuál es tu objetivo.

—Ni tengo por qué decírtelo. —Ella se levantó y le dio la espalda.

—Ahora mismo tengo miles de preguntas. ¿Por qué en ese pasado nos llamamos igual que ahora? Tenemos los mismos nombres.

—No había pensado en eso —murmuró.

—¿Crees que nos conocimos en otra vida? ¿Qué es lo que estás buscando?

—¿Y tú?

—No estoy seguro, pero debe haber una respuesta sensata y racional para lo que nos ocurre, no creo en fantasmas ni en reencarnaciones. Quiero averiguar la verdad, seguro que hay una explicación lógica. —Se acercó a ella hasta situarse detrás, sin tocarla —. ¿Por qué me odias tanto?

Ella se giró para enfrentarse a su mirada.

—Demasiadas preguntas que no estoy preparada para contestar.

Kailen se tocó las sienes con las manos. Por ese día sería suficiente, prefería no presionarla más.

—Está bien, pero, tarde o temprano, tendrás que hacerlo. Por ahora, intentaré averiguar lo que pueda con lo que me has contado. Estamos en contacto.

Brianna asintió. Kailen se dirigió hacia la puerta, se giró y la miró antes de irse. Ella lo observaba, se la notaba tensa. Deseaba que esa desconfianza que sentían el uno por el otro desapareciese pronto, aunque todavía quedaba un largo camino para que eso ocurriera.

—Te demostraré que puedes confiar en mí, Brianna. Te aseguro que lo haré.

Capítulo 11

Recuerdo de ambos

No miró atrás, corría sin detenerse en dirección a los árboles. El aire era cada vez más fuerte. No podía creer que ese beso la hubiera trastocado tanto, tenía que huir de allí como fuera. Si cedía, si se entregaba a él, no tendría esperanzas de salir, de volver a casa. Debía aguantar para conseguir que se aburriese de ella y así tener una oportunidad.

No sabía cuánto tiempo llevaba corriendo o cuánta distancia había recorrido. Se detuvo y apoyó la mano en un árbol mirando hacia el suelo mientras intentaba recuperar el aliento. ¿Qué demonios hacía? Si huía, la seguirían hasta su poblado, volverían a atraparla. Vivir con Kailen no era la mejor opción, pero sería peor que la tuviera William, que la mataran o que hicieran daño a sus hermanos.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? La zorrita que mató a nuestros amigos.

Se tensó al escuchar esa voz. A pocos metros de distancia se encontraba William junto con otro hombre de barba rojiza. Se quedó paralizada maldiciendo por dentro, estaba muy cansada por la carrera, sola y no tenía ningún arma. Librarse de esa situación con vida sería complicado. «Mierda, ahora no», pensó.

Se aproximó despacio a ella mientras Brianna miraba el suelo buscando algo con lo que defenderse. Se agachó y cogió una piedra.

—Eso no te servirá de nada. —Él empuñaba su arma—. ¿Dónde está Kailen? No me digas que estás sola porque, si es así, vamos a pasar un buen rato contigo. —La miró con desprecio y deseo—. Tenía muchas ganas de volver a tenerte así, esta vez no te escaparás.

Faltaban dos pasos para que pudiera cogerla. Brianna sabía que, si se enfrentaba a él y lo golpeaba, era probable que se librase de su ataque; sin embargo, la gente de la aldea no la perdonaría de nuevo. Él volvería a acusarla, y esa vez ni siquiera Kailen podría ayudarla.

Apretó la piedra que tenía en la mano dispuesta a darle en la cabeza con todas sus fuerzas. Cerró los ojos, había tomado una decisión, pero entonces lo escuchó:

—Tócala y perderás la mano.

Ambos miraron en la dirección de la que provenía aquella voz. Era Kailen. Su sola presencia atemorizaba, nunca lo había visto tan serio e irritado. Cualquiera habría temblado ante aquel tono de voz, y no ayudaba que se escuchase el fuerte silbido del viento. William tuvo que notarlo también porque se apartó de ella sin decir nada. Brianna respiró aliviada, nunca pensó que se alegraría tanto de verlo.

—Vaya, creía que se te había escapado. Ya sabes que, si así fuera, podríamos hacer con ella lo que quisiéramos.

—Te equivocas. Nunca podrás tocarla, ahora me pertenece. —Se aproximó a él—. Ni se te ocurra volver acercarte a ella.

William lo miró con rabia, sus ojos destilaban odio. Se quedó en silencio, le hizo una señal a su compañero y se fueron de allí. Ese hombre les traería problemas, solo buscaba venganza. Kailen se giró hacia ella y la observó durante un largo e incómodo momento. Finalmente, se acercó hasta quedar delante de ella, que todavía tenía la piedra en la mano.

—Mi pequeña salvaje… —Le acarició el brazo con los dedos.

Estaba apoyada en el tronco, inmóvil. El viento movía las ramas de los árboles con violencia. Las gotas de lluvia empezaron a caer sobre ellos.

—No huyas de nuevo, no lo vuelvas a hacer —murmuró en su oído.

No era una amenaza, su tono era de angustia.

—No vuelvas a besarme —respondió ella.

La comisura de los labios de Kailen se arqueó.

—Eso no puedo prometértelo. Te he sentido, Brianna, tu cuerpo temblaba cuando mis labios han tomado los tuyos. No era por miedo, era algo más. Y he de decir que nunca pensé que sentiría tanto al besarte.

Los labios de Kailen se deslizaron por su cuello, la calidez de estos hacía que su cuerpo respondiera a ese contacto. El olor del bosque se mezclaba con el adictivo aroma de él. Su fuerte brazo le rodeó la cintura y la estrechó por completo contra su cuerpo mientras inclinaba la cabeza para besar la unión entre su cuello y el hombro. Brianna cerró los ojos al notar que su mano acariciaba su abdomen y, a continuación, subía despacio hasta su pecho. Incapaz de contenerse,

gimió excitada. Escuchar la respiración errática de él avivó la hoguera que ese hombre había despertado en su interior.

Kailen posó la otra mano al final de su espalda y la apretó contra su erección. Él volvió a torturar su cuello, esta vez, para mordisquearlo con suavidad.

—Me perteneces, Brianna —susurró en su oído.

Se quedó paralizada y miró su rostro, que reflejaba la seguridad de esas palabras sin dudas, sin discusión. Ella intentó apartar la mirada de los ojos oscuros e insondables que la observaban con un brillo ardiente. Cada vez que sus cuerpos se encontraban tan juntos, una mezcla de intranquilidad y deseo se apoderaba de ella. No era así como quería hacer las cosas, no había pensado que esa fuera la solución, pero lo que acababa de ocurrir le había abierto los ojos. Él no la dejaría ir, no se aburriría esperando. No podía engañarse, nunca la dejaría a no ser que pudiera manejarlo de alguna forma, por lo que en ese mismo instante tomó una decisión.

Llevó la mano a su masculino pecho y, despacio, subió hasta su cuello. Vio la sorpresa en sus ojos al notar que ella se estaba rindiendo. Lo cogió de la nuca, y él se quedó quieto.

—Bésame —pidió ella.

Notaba su confusión, su desconfianza.

—¿Por qué ahora?

—Porque quizá tengas razón y sea algo más.

Sabía que no la creía, aun así, vio la intención en sus ojos. Iba a aprovechar lo que ella le daba. Esperaba un beso arrebatador como había sucedido en la cabaña, en cambio, le acarició el cuello con suavidad sin dejar de mirarla. Se inclinó para acceder con más facilidad a sus labios y comenzó a besarla despacio en la mejilla mientras se acercaba lentamente a su boca. La respiración de Brianna se hizo más y más fuerte hasta que, por fin, los labios de Kailen rozaron los suyos.

Él se mantenía tranquilo saboreándolos, mordiéndolos. La tormenta que se aproximaba había quedado en un segundo plano, solo estaban ellos en ese instante. Kailen la apoyó contra el tronco mientras Brianna arqueaba la espalda. Se estrechó contra ella, que sentía cada parte de su duro y masculino cuerpo contra el suyo. Necesitaba ir más rápido, por lo que lo besó de forma salvaje. Kailen soltó un gemido ronco a la vez que enterraba los dedos en su pelo para sujetarla con firmeza. Él intentaba frenarse, parecía querer mantener el control, y no

lo ayudaba que ella le respondiera de esa forma.

Logró que Kailen profundizara más después de coger aire y volver a unir sus bocas. Excitado, la tumbó en el suelo sin dejar de besarla en el cuello, en el hombro. Sus labios eran tan suaves, en sus ojos veía el reflejo de su propio deseo. Cada caricia que él le daba provocaba que oleadas de placer recorrieran su cuerpo y lo agarró de la espalda, clavando las uñas en su piel. Kailen soltó un gemido y bajó la mano hasta su pecho, que acarició con el pulgar, provocando que ella se arquease excitada.

—Brianna…, mi salvaje.

Trató de recordar el motivo por el que hacía eso. No iba a negar que ese hombre la atraía de una manera extraña e inexplicable, pero no le gustaba entregarse de esa forma a él. No así, no por el motivo por el que lo estaba haciendo. Kailen cogió su cara con las manos y observó sus ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó él como si pudiera leer en su interior—. Noto tu deseo, pero hay algo que está mal, que no encaja. ¿Qué piensas?

—Si me entrego a ti, ¿me dejarás ir? O, al menos, ¿podré ir a ver a mis hermanos?

Kailen se paralizó al escucharla, se tensó y su rostro cambió. En ese momento, un trueno resonó en el cielo y las nubes comenzaron a descargar con fuerza sobre ellos. Parecía tan enfadado como la lluvia que caía con vigor sobre sus cuerpos. Sin decir ni una palabra, se separó hasta ponerse en pie y la ayudó a levantarse; después, sin mirar atrás, se fue. Ella lo siguió.

Subieron al caballo de Kailen; era una bestia hermosa, completamente negra, que hacía juego con su dueño, poderoso y oscuro. Cuando llegaron a la cabaña, a Brianna todavía le temblaban las piernas, sus caricias y sus besos la habían trastocado más de lo que le gustaría admitir. Al mirarla así, al pronunciar su nombre de la manera en que lo hizo, la había descolocado. Tuvo que esforzarse en recordar cuál era el motivo por el que había tomado esa decisión. Era lo mejor que podía hacer, tenía que ver a sus hermanos y, por un momento, había pensado que era la única forma. Si se entregaba a él, quizá le diera más libertad o tal vez, al aburrirse de ella, la dejaría marchar. No podía vivir allí, tenía que volver con su familia.

Cuando la defendió de William con esa intensidad y le dijo que le pertenecía, supo que no la dejaría ir sin haberse entregado a él. Se

había prometido que nunca la forzarían y así había sido, pues se había entregado a sus besos voluntariamente. En el fondo, sabía que se engañaba; una parte de sí misma lo había hecho porque lo deseaba más de lo que quería admitir. Se estaba volviendo loca con tantas dudas, le gustaría saber cuál era la decisión correcta. No quería dar un paso en falso.

No se podía creer que, al decirle lo de sus hermanos, Kailen se hubiera enfadado hasta el punto de dejarla allí. Estaba muy excitado y, aun así, se había detenido. Había pensado que era eso lo que quería de ella, definitivamente, no lo entendía.

—Desnúdate —le ordenó él mientras se quitaba la ropa.

—¿Cómo? —preguntó, confusa.

La miró con dureza.

—Desnúdate si no quieres enfermar. Hoy dormirás en la cama.

—No pien…

Kailen se acercó rápidamente.

—No te lo estoy pidiendo. No te atrevas a seguir retándome, Brianna —dijo con una amenazante tranquilidad, evitando tocarla—. Dormirás en la cama.

Un extraño silencio los envolvió. Por primera vez, Brianna no sabía qué decir, pero tenía claro que en ese momento no le llevaría la contraria. Empezó a quitarse la ropa delante de él. Kailen se dio la vuelta para no mirarla. Estaba furiosa por cómo le había hablado, aunque sabía que tenía motivos para estar enfadado. Le había dado una patada en su virilidad, se había escapado y lo había utilizado para conseguir lo que quería. No pensaba que fuera un hombre de honor, y eso era lo que parecía.

Lo vio meterse en la cama dándole la espalda y, muy despacio, ella hizo lo mismo. Antes de apagar la vela, él volvió a hablarle sin darse la vuelta:

—Puedes dormir tranquila. Después de lo que me has dicho hoy, no tengo ningún interés en tocarte. —Hizo una breve pausa—. Y, Brianna…

—¿Sí?

—No volverás a dormir en el suelo.

***

Brianna se levantó con un fuerte dolor de cabeza, necesitaba

despejarse, por lo que decidió que se daría una buena ducha fría. Habían pasado cuatro días desde su último encuentro con Kailen. No se perdonaba el haber actuado como una idiota, haberse dejado llevar hasta el punto de besarlo. Tenerlo tan cerca mirándola de esa forma tan intensa le había hecho recordar su pasado juntos. No ayudaba tener esos sueños, pues saber qué era lo que él sentía provocaba en ella muchas más dudas acerca de por qué hizo lo que hizo.

Le costaba creer que él tuviera los mismos sueños que ella. También la había confundido ver aquel vídeo, incluso en un principio pensó que la estaba engañando y que era una trampa, aunque la fecha que aparecía en la pantalla era de unos meses atrás. Sin duda, él era necesario para su investigación; le gustase o no, estaban ligados. Lo necesitaría para avanzar y descubrir más datos sobre su familia del pasado. No era bueno para su salud mental tenerlo tan cerca, pero, al mismo tiempo, sabía que no le quedaba otro remedio.

Hacía varios días que habían hablado por teléfono, ambos habían averiguado más datos sobre la palabra «Nádúr». Al parecer, hubo un tiempo en el que existió un grupo de mujeres que se hacían llamar «Las Nádúr». Eran grandes guerreras, luchadoras, no solo en la batalla, sino también con su familia y con el clan. Algunos hombres nacidos de una Nádúr también tenían un poder único, como ellas. Se las consideraba sabias y protegían a los suyos. Pensaban que estaban unidas de alguna forma con el universo, con la naturaleza, y que todos los seres vivos estaban conectados de una manera especial. Para ellas, los símbolos eran de gran importancia; a través de estos se creía que aumentaban su energía, su visión del futuro.

A ambos les llamó la atención que creían en la reencarnación. Se decía que, de alguna manera, utilizaban su poder a través del cosmos, las estrellas y las galaxias.

Pasado un tiempo empezaron a ocultarse, preferían no desvelar quiénes eran, ya que las perseguían para aprovecharse de su poder y de su conocimiento.

Se metió en la ducha y dejó que el agua helada recorriera su cuerpo. Con las manos apoyadas en la pared, dejó vagar sus pensamientos. Cayó en la cuenta de que desde el último día que lo había visto, cuando apareció en su apartamento, no había vuelto a tener ningún sueño. Esa noche en la que, por si no había sido suficiente lo que había ocurrido sobre su sillón, cuando se durmió, tuvo que verlo de nuevo besándola. Volvió a pasar otra noche en vela

recordando el impacto de sus caricias, lo que no ayudaba a apagar el fuego que se había encendido entre ellos. Además, recordó que alguna vez había tenido esa visión de cuando él le decía que le pertenecía; siempre la había visto como en ráfagas, sin distinguir la imagen completa, hasta ahora en el sueño.

No se atrevió a preguntárselo a Kailen por miedo a que le dijera que era mejor que se vieran. Presentía que no era bueno que estuvieran separados; cuanto más tiempo estaban sin verse, más se alejaba de su objetivo, incluso las señales se paraban y se volvía a encontrar en un callejón sin salida.

El sonido del móvil la sacó de sus pensamientos.

«Mierda». Se lo había dejado en la mesilla de noche del dormitorio. Rápido, cerró el grifo y cogió la toalla. Se envolvió con ella y fue hacia la habitación mientras las gotas iban mojando el parqué del suelo.

—¿Diga? —contestó, sofocada por la rapidez en cogerlo.

—¿Te pillo mal?

La voz de Kailen sonó al otro lado del teléfono. Brianna se sentó en la cama para recuperar el aliento.

—No, solo me estaba dando una ducha, justo había terminado.

Él se quedó callado por unos segundos.

—¿Kailen?

—Sí, perdona. —Carraspeó—. He averiguado algo sobre el colgante, será mejor que nos veamos.

—No es necesario, puedes contármelo por teléfono.

—No. No sé si te habrás dado cuenta, pero desde que estamos alejados he dejado de verte por las noches. ¿Te ha ocurrido lo mismo?

«Joder, mi suposición era cierta».

—Sí, aunque quizá no sea ese el motivo.

—Puede, aun así, será mejor que lo comprobemos. Además, tengo una pista sobre el medallón.

Brianna se agarró con fuerza a la toalla, no le gustaba la idea de volver a estar cerca de él.

—¿Dónde nos vemos? —preguntó ella.

—Mañana temprano iré a buscarte. Prepara una mochila con un poco de ropa. ¿Estarás lista?

—¿Lista para qué?

—Tengo que llevarte a un sitio.

—¿Para que necesito la ropa? —preguntó, confusa.

—Dormiremos fuera.

—No creo que…

—Mañana te lo contaré mejor —la interrumpió—. No te arrepentirás.

Cuando colgaron, la sensación de que no le iba a gustar lo que iba a ocurrir fue más fuerte. ¿Por qué no se había negado? Brianna suspiró, no lo había hecho por la curiosidad que tenía de obtener respuestas. Necesitaba tomar el aire. Se puso unos vaqueros, unas zapatillas de deporte y la cazadora. Salió del apartamento en dirección al parque. Le vendría bien pasear un rato, la ayudaba a organizar sus ideas, a serenarse.

Llevaba media hora andando cuando volvió la sensación de que alguien la seguía. Miró hacia atrás: había una pareja con un niño y una mujer con un perro, nada sospechoso. Se sentó en un banco desde donde observó el parque, los árboles, el ir y venir de la gente. A veces contemplaba a una persona sin poder evitar fantasear sobre cómo sería su vida, si tendría hijos, si sería buena persona, qué historias interesantes le habrían ocurrido.

Se tensó al notar que alguien se había sentado a su lado; al mirar, se quedó helada al descubrir al hombre del autobús. Su cuerpo reaccionó por su cercanía levantándose deprisa para alejarse lo antes posible de él.

—No te vayas, Brianna.

Ella se detuvo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Él se acomodó en el banco y se cruzó de brazos.

—Sé muchas cosas. Si quieres que te las cuente, tendrás que sentarte.

Brianna no sabía qué hacer, ese hombre la asustaba. Había algo en él que la invitaba a correr en la dirección opuesta, pero no era su aspecto. Parecía normal e inofensivo. De cuerpo atlético y fibroso, tenía el pelo castaño corto y revuelto, y el flequillo le caía por el ojo derecho, tapándoselo. Sus labios finos sonrieron de manera extraña mientras sus ojos alargados y de color marrón claro no dejaban de inspeccionarla.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿No querías respuestas?

Así era, solo por eso se sentó de nuevo, no sin antes verificar que en el parque todavía se podía ver a gente paseando. No dejaba de escuchar a Kailen advirtiéndole de que el incendio había sido provocado. ¿Y si había sido él?

—Te escucho —dijo Brianna, sentada en la otra punta del banco.

Él miró hacia delante.

—Deberías alejarte de Kailen.

Levantó las cejas, sorprendida por lo que acaba de escuchar. No solo la conocía a ella, sino también a Kailen. ¿Quién era ese hombre?

—Y debería hacerte caso sin ni siquiera conocerte porque…

—No es bueno que estéis juntos. Ni para vosotros ni para nadie.

Ella negó con la cabeza, no entendía nada.

—Creía que ibas a darme información, no a confundirme más.

—Es mejor que dejes de averiguar tu pasado. Puede que no te guste lo que descubras. Sigue con tu vida, disfruta, olvídate del resto.

—¿Quién eres? —preguntó ella—. Ni siquiera sé tu nombre.

—Solo alguien que quiere que no suceda nada malo. Si vas por este camino, es lo que ocurrirá.

Hablaba seguro de sí mismo, tranquilo, sin vacilar. Aun así, seguía sin gustarle lo que le transmitía.

—Creo que no tiene sentido que sigamos hablando —dijo ella a la vez que se levantaba.

—¿No te has preguntado qué sucedió en la tienda? ¿Quién la quemó?

Brianna se detuvo y volvió a sentarse.

—Podrías haber sido tú.

Él la miró.

—O podría haber sido él.

Brianna apretó el puño, furiosa. Lo que menos necesitaba era que le crearan más dudas con respecto a Kailen, ya desconfiaba lo suficiente de él como para que sembrara más interrogantes.

—No tiene sentido. Si hubiera sido así, ¿para qué iba a salvarme?

—Es probable que se le fuera de las manos, pretendía asustarte.

—¿Y quema su negocio solo para asustarme? Lo que creo es que de quien debería alejarme es de ti. Si no vas a decirme nada más, la conversación se ha terminado.

Se levantó para irse, estaba de espaldas a él.

—Ten cuidado, es peligroso. Su personalidad puede variar.

Brianna se giró y se enfrentó a su mirada.

—No sé si has sido tú quien me ha estado siguiendo; si es así, espero que dejes de hacerlo. No te acerques de nuevo a mí.

Él se levantó y se aproximó a ella. Por un momento, quiso retroceder, pero no lo hizo, no quería que pensase que le tenía miedo.

—Lo mejor es que no le hables de esto o será aún más peligroso.

—¿Debo ocultarle que un desconocido no deja de seguirme y que, además, también lo conoce a él?

—Ese hombre es impredecible, ten cuidado. Por cierto, mi nombre es Ryan.

Le hizo un leve gesto con la mano al estilo militar y se fue de allí. Brianna observó cómo se alejaba.

Mañana volvería a ver a Kailen; si antes estaba tensa a su lado, ahora lo estaría mucho más. No sabía si ese hombre le había dicho la verdad, pero le había creado más interrogantes. Lo único que podía afirmar era que Kailen había acabado con ella en su pasado y era muy probable que pudiera hacerlo en su presente.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, Brianna salió del portal. Buscó su coche y miró en todas direcciones sin encontrarlo hasta que se quitó el casco. Se quedó asombrada al verlo en una impresionante moto negra como el caballo que vio en sus sueños. Tanto el Kailen del pasado como el actual montaban en una potente bestia que les confería un aspecto oscuro y poderoso.

Se acercó a él y este le entregó el casco que tenía en la parte de atrás.

—Me dijiste que no te gustaban los coches, por lo que he pensado que quizá preferirías ir en moto.

Kailen sonrió y ella se fijó en su blanca y perfecta dentadura. Le dolía que fuera tan atractivo, aunque eso tampoco era ningún impedimento para odiarlo. Era una sensación extraña sentir dos Briannas en su interior: la del pasado, que lo deseaba con la misma pasión con la que lo detestaba, y ella, que lo temía tanto como lo necesitaba. Unas veces quería rendirse ante él y otras solo necesitaba matarlo. Sin embargo, la Brianna del presente no podía dejarse llevar por las emociones; si bajaba las defensas y apagaba a la mujer del pasado, llegaría incluso a confiar en Kailen.

Seguía sin entender qué demonios había pasado para que él acabase con ella. Le había salvado la vida cuando quisieron matarla en su aldea, se había enfrentado a su clan para protegerla. La imagen de él clavándole la espada con esa mirada furiosa mientras corría hacia ella era difícil de borrar de su mente. No le permitía relajarse al estar a su lado, mucho menos ahora que además había aparecido ese hombre que le había advertido sobre Kailen.

Lo quisiera o no, la otra Brianna era más fuerte. Sabía que necesitaba protegerse de él, por lo que las sensaciones de odio hacia Kailen eran demasiado poderosas. Notaba sus ansias de venganza, su mayor satisfacción sería verlo sufrir.

No se podía engañar, también sería complicado, ya que el deseo

que sentía por él era equiparable a su odio. Se removía por dentro cada vez que la tocaba, por lo que prefería controlar la situación antes que dejarse llevar como la otra noche en su apartamento.

—¿A dónde vamos?

—A Glendalogh.

—¿Para qué? —preguntó a la vez que se recogía el pelo para colocarse el casco.

—Si estoy en lo cierto, creo que allí encontraremos algo útil. Te lo contaré cuando lleguemos.

Brianna se montó detrás de él. La moto era cómoda, aunque no tanto el permanecer tan juntos. Su adictivo olor corporal le llegó de forma intensa. Lo agarró por la cintura, poniendo las manos muy cerca de su pelvis, sabía que no se esperaba que lo cogiera así. Notó cómo se tensaba, y sonrió para sus adentros. Sí, sería mucho mejor tener el control de la situación.

Al cabo de media hora, Brianna empezó a disfrutar del viaje. Kailen estaba en lo cierto, se sentía mucho más libre en la moto, sobre todo al salir de la ciudad y ver el intenso verde tan característico de Irlanda. Después de poco más de una hora llegaron a su destino, aparcaron y entraron en la zona turística.

No recordaba haber estado nunca allí. El lugar era mágico. Se veía una torre de unos treinta metros junto a un antiguo cementerio con unas cuantas piedras alrededor. El paisaje, con el monte verde de fondo, destacaba aún más la belleza de ese sitio.

El sol lucía en el cielo. No eran muchos los días en los que el cielo estaba completamente sin nubes y debían aprovecharlo; no sabían cuánto duraría. Como muy bien decían los irlandeses, en un mismo día podían pasar a tener las cuatro estaciones del año.

—Ven, vamos, caminaremos un rato, así te cuento lo que he descubierto.

Lo siguió avanzando en silencio durante unos minutos. Llegaron a un árbol muy peculiar en el que varias personas se hacían fotos. Cuando terminaron, se alejaron y los dejaron solos. Las raíces sobresalían del suelo, el tronco era grueso y una de las ramas, que era muy robusta, tenía la forma de un tobogán, por lo que la gente aprovechaba para sentarse en ella. Parecía que el propio árbol te invitara a descansar y disfrutar de su esencia.

Kailen se subió y extendió la mano para ayudarla a hacer lo mismo.

—Ven, agárrate a mí.

Esa misma frase fue la que le dijo la primera vez que se vieron en el pasado; en esa ocasión, él había pensado que no la soltaría nunca. ¿Habría vuelto a pensar lo mismo? Como hizo la Brianna del sueño, también lo rechazó y dio un salto, situándose uno enfrente del otro.

Él no dejaba de mirarla, Brianna se sentía incómoda.

—Bueno, ¿qué querías contarme? —preguntó.

—Déjame el colgante.

Ella se lo quitó del cuello mientras Kailen buscaba algo en el móvil.

—Mira. —Le enseñó una imagen en el teléfono—. ¿Ves el parecido?

Brianna comprobó la foto y, en efecto, el parecido era asombroso. El color anaranjado de fuera, el verde y las líneas blancas sobre un fondo negro. En la imagen todo se veía más nítido que en la piedra.

—¿Qué es? —preguntó sin dejar de observarlo.

—Es la Nebulosa del Cangrejo. —Ella frunció el ceño sin entenderlo —. Sabía que me sonaba de algo, pero no lograba recordar dónde lo había visto. Hace un tiempo estudié las nebulosas y, por casualidad, me puse a ver la serie *Cosmos*. ¿La has visto alguna vez?

—No.

—Como su nombre indica, habla del cosmos, de las galaxias, de cómo se formó nuestro planeta; también de inventos y descubrimientos a lo largo de nuestra historia. Es raro porque el aspecto del colgante se parece a la Nebulosa del Cangrejo, sin embargo, si viéramos esa nebulosa en la realidad, no sería así. Se utilizan esos colores para distinguir las distintas partes que la forman. Siempre me ha fascinado la astronomía, por eso la estudié. Ayer, mientras cenaba, salió la imagen.

—Pero ¿qué relación guarda con el medallón? ¿Por qué me lo dio mi tía? ¿Qué tiene que ver la astronomía con esto?

—No lo sé. Recuerda que las mujeres Nádúr relacionaban la naturaleza con el universo. Creo que el colgante es una señal que nos llevará a otra pista.

—¿Por eso estamos aquí? —preguntó Brianna.

Tenía tantas dudas que necesitaba todas las respuestas que Kailen pudiera darle.

—Sí, en uno de los manuscritos leí que se creía que las Nádúr habían pasado mucho tiempo en esta zona, en los bosques de Wicklow y en Glendalogh. Lo llaman el Valle de los Dos Lagos. Una leyenda cuenta cómo en la cueva del santo Kevin hay un objeto escondido que tiene que ver con los viajes en el tiempo, con la comunicación con los

antepasados.

—Pero, si eso existiera hace tanto tiempo, ya lo habrían encontrado.

—Es posible, tendremos que ir para comprobarlo. Mi intuición me dice que en esa cueva se encuentra una pieza importante. —Kailen posó la mano cerca del muslo de ella—. Yo no lo creo, pero siento que tú sí piensas que esto —señaló a uno y al otro— es una especie de reencarnación.

—No lo sé. Tú los ves como sueños, sin embargo, para mí son como recuerdos que se hacen más nítidos cuando duermo.

Brianna desvió la mirada, a lo lejos se veía un lago precioso. No iba a contarle más, al menos, por ahora. Por un lado, dudaba que fueran a encontrar una pista importante; por otro, una fuerte corazonada le decía que tenían que intentarlo.

—¿Cómo vamos a esa cueva?

Sus ojos estaban clavados en ella, a quien el corazón le latía veloz.

—A veces me gustaría entrar en tu mente para saber cada uno de tus pensamientos —dijo Kailen al mismo tiempo que le acariciaba la pierna.

—Te aseguro que no estarías haciendo eso si pudieras leerme la mente.

Él sonrió y se bajó del árbol. Extendió las manos para ayudarla y esa vez Brianna accedió. La cogió de la cintura deslizándola muy despacio hacia el suelo. El pecho de ella se rozó con el de él hasta que sus bocas quedaron tan juntas que notó el calor que desprendían los labios masculinos. Las manos de él se apretaron más en su cintura. Vio cómo el iris de sus ojos se oscurecía.

No sabía si iba a besarla; si lo hiciera, no estaba segura de si podría apartarse. Desde que compartían los sueños, Kailen había cambiado de actitud, no dejaba de devorarla con los ojos.

—Será mejor que no me acerque mucho a ti o no respondo —susurró Kailen en su oreja.

Los labios masculinos rozaron su piel, y un escalofrío la atravesó.

La apartó despacio e hizo un gesto para que lo siguiera. El corazón de Brianna todavía palpitaba rápido como el de un colibrí. Intentó sosegarse y respirar hondo, le gustaría que su voz y su olor no le afectaran, aunque era un reto imposible.

Anduvieron por un camino durante casi una hora. Rodeada de la naturaleza, fue más consciente de cuánto había echado de menos

caminar por el bosque, sentir la cercanía de los animales y acercarse a los ríos y lagos. Era todo tan hermoso que le dieron ganas de descalzarse y ponerse a correr entre los árboles. «¿Y por qué no?».

—Espera —dijo Brianna.

Kailen se detuvo mientras ella se quitaba las botas y se remangaba el bajo de los pantalones. Se recogió el pelo y comenzó a correr.

—¡Vamos! —le gritó.

—¿Qué haces?

Ella se dio la vuelta y se encogió de hombros. La sensación de la tierra bajo sus pies, de la humedad traspasando su piel, tenía un efecto maravilloso en ella. Respirar aquel aire con olor a roble, a musgo mojado, le aceleraba el pulso. El equilibrio y la vitalidad se despertaban como un torrente en sus venas.

Se detuvo para recuperar el aliento y se apoyó en el tronco de un árbol. Observó las enormes ramas con sus hojas verdes, cerró los ojos escuchando el canto de los pájaros. Durante unos minutos la paz volvió a ella hasta que abrió los ojos y lo vio apoyado en un árbol. Al fijarse en su rostro, por primera vez vio dolor y supo que, fuera lo que fuese lo que pensaba, no era nada bueno. En esa ocasión fue ella la que tuvo ganas de poder leerle la mente.

—Vamos, ya casi hemos llegado —dijo él.

Brianna volvió a calzarse, el camino de acceso a la cueva era muy escarpado. Con cuidado, llegaron hasta la entrada y disfrutaron de las vistas, que eran preciosas. Se veía el lago envuelto por los árboles. Parecía sacado de un cuento en el que, en cualquier instante, saldría una criatura mágica de un matorral.

La cueva no era muy profunda. Kailen encendió la linterna del móvil, y ella lo imitó. Al iluminarla, Brianna se quedó sin habla, por poco se le cae el teléfono al suelo. Su tía Wendy siempre le había hablado de seguir las señales, pues la vida se las iría mostrando de alguna forma y debía estar atenta para no dejarlas escapar. Siempre la escuchaba con atención, aunque casi nunca seguía sus consejos. Ella dejó de creer en el momento en que sus padres fallecieron. Ahora, delante de sus ojos, se mostraba lo que solo podía ser una señal. En las rocas había una frase escrita con letras blancas, estaban muy borrosas, pero se podía leer. «Ayúdame, Señor, a encontrar mi verdadero hogar».

En su caso no era Dios quien tenía que ayudarla, pero su objetivo era volver con su familia. No tuvo ninguna duda de que dentro de esa

cueva había algo que tenía que encontrar para conseguirlo.

—No veo nada, todo son piedras y musgo —dijo Kailen.

Brianna acarició las pequeñas rocas. Cerró los ojos palpando despacio, no percibía nada. Tampoco encontraba ninguna abertura o escondite donde pudiera ocultarse lo que buscaban. Era difícil buscar a ciegas, sin ni siquiera saber qué hacían allí. Después de un rato pensó que era probable que no hubiera nada que les fuera a ser de utilidad.

—¿No había ninguna pista? —preguntó Brianna.

—No, solo decía que se creía que uno de los secretos más importantes sobre la reencarnación estaba escondido aquí. También había teorías sobre una puerta que abría un puente para conectar con los antepasados.

—¿Se supone que era un objeto?

—Ni idea —contestó Kailen a la vez que se acariciaba el cuello, confundido—. Esto es una pérdida de tiempo. Será mejor que nos vayamos.

—No, espera. —Ella lo agarró del brazo para detenerlo—. Hay que seguir, es lo más cerca que hemos estado de encontrar lo que puede ser una verdadera pista.

Brianna notó el calor de su piel traspasándole los dedos. Él desvió la mirada a la mano que lo agarraba para después intimidarla con sus profundos ojos oscuros.

—Ni siquiera sabemos qué buscamos —contestó, cansado—. Si me contaras más de ti, de tus teorías, del porqué de nuestros sueños, me serviría para ayudarte.

Él se fue acercando a ella mientras Brianna retrocedía.

—Te he contado lo que sé —dijo sin poder sostenerle la mirada.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. —Le acarició la barbilla con suavidad.

La espalda de Brianna chocó contra las piedras, estaba atrapada. Kailen observó sus labios, deseaba besarla, pero se retenía. Brianna notó cómo le caía un poco de arenilla en el cuello, se sacudió la ropa y miró hacia arriba, era tierra de la propia cueva. Él frunció el ceño y le cogió el colgante.

—Mira, se aprecia un leve brillo en el dibujo. ¿Lo notas?

Ambos lo miraron con atención, unos pequeños puntos resplandecían en el fondo del medallón. Brianna se lo quitó y lo acercó a las rocas. No hacía nada.

—Tengo una idea —dijo ella.

Cogió un poco de arena del suelo y la echó por encima del colgante. Los dos lo miraban para ver si se producía algún cambio. Unas pequeñas motas de luz se apreciaban cada vez con más claridad en el fondo de la piedra del medallón.

—Funciona —se sorprendió él.

Quitó la tierra que lo cubría. El brillo destacó con más fuerza hasta que se acercó a la pared de la cueva, donde una de las rocas tenía un tono un poco más claro. Solo se notaba al acercar el colgante, el borde estaba más definido; quizá era eso lo que buscaban. Él la miró y se entendieron. Kailen sacó una navaja y comenzó a rascar los bordes de la piedra. Al final logró moverla hasta separarla del resto de piedras. Miraron a través de la abertura, pero seguían sin ver nada.

Brianna metió la mano y palpó hasta el fondo.

—No hay nada —dijo, decepcionada.

—Déjame a mí, tengo el brazo más largo.

Kailen se remangó la camiseta y metió el brazo, que no entraba con tanta facilidad ya que era mucho más grueso. Pegó la cara todo lo que pudo a las piedras para acceder más al fondo.

—Creo que toco algo.

Brianna se sentía impotente por no poder hacer nada, pero al escucharlo decir aquello la esperanza renació en su interior.

—¿Qué es? —preguntó, nerviosa—. ¿Logras alcanzarlo?

—Es difícil, se resbala. Estoy intentando llevarlo a un extremo para deslizarlo hasta fuera.

Después de unos minutos lo logró.

—¡Lo tengo!

Kailen abrió la mano. Observaron el objeto, era una pequeña esfera gris del mismo color que las piedras que los rodeaban.

—¿Qué es eso? —preguntó Brianna.

—Esperaba que tú lo supieras.

Fueron a la salida para apreciarlo mejor con la luz natural. Todavía faltaban unas horas para que atardeciese. Ella la cogió, mirándola con atención. Era un poco más pequeña que su puño, podía envolverla con él. La superficie era lisa, aunque tenía un relieve en el centro. Lo colocó al trasluz y fue girándolo despacio.

—Creo que tiene una frase escrita —dijo Brianna.

—Déjame ver.

Kailen encendió la linterna del móvil de nuevo y la enfocó. Las

palabras estaban en gaélico: *«Taispeánfaidh mé féin sa dorchadas nach féidir a bhaint amach ar éigean»*, y él las tradujo: «Me mostraré en la oscuridad donde apenas se puede llegar».

—¡¿Qué coño significa eso?! —gritó Brianna, dando una patada a una de las rocas—. Será posible. ¿No podía ser algo sencillo?

Un fuerte ruido en la parte de arriba del monte los hizo mirar en esa dirección. Una gran roca caía hacia ellos y les pareció que alguien huía del lugar, pero no lograron reconocerlo. Kailen tiró de Brianna para evitar que la roca la golpeara. Cayeron al suelo, ella estaba encima de su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

Asintió. Por unos instantes se quedaron así, sin moverse. El sol se reflejaba en el rostro masculino, y una sensación extraña golpeó a Brianna; acababa de salvarle la vida.

Se separó para levantarse. Él la siguió.

—¿Has visto lo mismo que yo? —preguntó Kailen.

—Creo que sí, había alguien allí arriba.

Kailen cerró los puños con rabia e impotencia.

—Hablaremos de esto después; ahora será mejor que nos vayamos, en poco tiempo oscurecerá —dijo él.

Hicieron la bajada en silencio. Ella no dejaba de pensar. ¿Quién podría haberles tirado esa roca? ¿Sería el hombre del parque? Miró la esfera que apretaba en la mano. ¿Qué quería decir ese mensaje? Podían ser tantas cosas que, si no conseguía cualquier otra pista, tener eso y nada sería lo mismo.

Llegaron hasta el lago y lo bordearon. Apenas quedaba gente por allí.

—Lo mejor será que volvamos a Dublín.

—No —dijo Brianna—. Voy a quedarme. ¿Conoces algún sitio para pasar la noche? ¿Un hostal?

—Sí, hay uno a cinco minutos de aquí.

—Bien. Si no te importa acercarme, te lo agradecería; luego, puedes volver a la ciudad.

—Me quedaré contigo.

—No, Kailen —respondió demasiado alto—. Será mejor que te vayas.

Él se cruzó de brazos.

—Brianna, olvídate de deshacerte de mí, mucho menos ahora que ya estoy seguro de que hay alguien que está intentando hacerte daño.

—¿De qué estás hablando?

—¿Acaso piensas que lo que ocurrió en la librería fue un accidente? ¿Y ahora esto?

—Pero…

—He dicho que no —la interrumpió—. Te guste o no, a partir de ahora no me separaré de ti. ¿Lo has entendido?

Iba a contratacar, pero se quedó blanca al mirar a lo lejos y descubrir al mismo hombre que se había encontrado en el parque: llevaba las mismas gafas de sol y la gorra que el día del autobús. De nuevo la observaba, aunque se encontraba a una distancia prudencial de ellos. Un escalofrío relampagueó en su cuerpo. Retrocedió poco a poco, a pesar de que él no se movía.

—¡Cuidado, Brianna! —gritó Kailen.

Demasiado tarde. Al no mirar por dónde iba, se tropezó y cayó al agua. No cubría, pero se empapó la ropa.

—¡Mierda! —protestó. La esfera se le escapó de las manos—. ¿Dónde está?

Se levantó, buscándola desesperada. Había muchas piedras alrededor, por lo que el pánico la invadió al pensar que sería difícil encontrarla camuflada con el resto de las rocas del fondo.

Kailen se descalzó y se metió en el agua para ayudarla. Brianna se agachó a la vez que palpaba para ver si la distinguía. Por más que la buscaba, no la localizaban. Desesperada, empapada y frustrada, después de media hora, se sentó en la orilla.

No podía creer que la hubieran perdido. Kailen se sentó a su lado, ambos miraban el lago mientras el sol se ocultaba poco a poco. Pronto anochecería, por lo que no iban a encontrarla. El cielo anaranjado del atardecer se reflejaba en el agua. Un diminuto rayo de sol se coló en el lago, Brianna lo siguió con la mirada. Era hermoso. Apuntaba a una de las piedras. Brianna frunció el ceño y se levantó despacio. No podía creerlo. Metió la mano en el agua y ahí estaba, ese pequeño rayo le había indicado el lugar donde había estado la esfera todo ese tiempo. La cogió y se la dio a Kailen para que la guardara.

—Hemos tenido suerte —dijo él.

—¿Suerte?

No estaba segura de que solo hubiera sido eso, era como si todo fluyera. Kailen puso los ojos en blanco.

Brianna miró hacia donde había visto a ese hombre, ya no había rastro de él.

Capítulo 13

Kailen estaba tumbado en la cama. Al llegar al hostal solo quedaba una habitación, por lo que Brianna insistió en que se fuera a Dublín. Le había costado un triunfo convencerla de que no se iría, tenía claro que no se separaría de su lado, y mucho menos ahora con la certeza de que alguien quería hacerle daño. Mientras Brianna se duchaba, Kailen, tumbado en la cama, no dejaba de darle vueltas a lo que había sucedido y a cómo narices iba a hacer para estar con ella en esa misma habitación sin poder tocarla.

Esa misma mañana, cuando le había dicho que acababa de salir de la ducha, su imaginación voló por un instante, provocándole una erección. Tampoco había ayudado estar todo el día con ella, abrazada a su espalda sobre la moto, corriendo descalza por el bosque mientras disfrutaba en la naturaleza. Aquella tarde, por un breve momento, la verdadera Brianna había asomado por encima de todas las capas tras las que se ocultaba. Fue conmovedor verla disfrutar de aquella manera, que dejara aflorar a la mujer apasionada, salvaje y valiente que era; apenas lo hacía delante de él.

Ahora solo los separaba una pared. Podía entrar en aquel baño, desnudarse y demostrarle las ganas que tenía de tocar esa piel blanca y suave. Destruir sus barreras con caricias, tocar sus pechos redondos, lamerle los pezones y darle placer hasta que cayera laxa en la cama, hacerla suya de mil maneras distintas. Cuanto más tiempo estaba junto a ella, más intenso se volvía el deseo. Joder, parecía un puñetero pervertido, sus hormonas estaban totalmente disparadas.

Kailen cogió de nuevo la esfera, necesitaba entretenerse. Su aspecto era antiguo, extraño. Entrecerró los ojos, algo había cambiado en ella. La giró y se percató de que era el color, ya no era gris, ahora tenía un tono anaranjado. Sorprendido, la acercó a la luz de la mesilla de noche y volvió a leer la frase: «Me mostraré en la oscuridad donde apenas se puede llegar». Ahora se podía leer otra frase más en la parte de abajo. No se apreciaba bien, por lo que hizo una foto y la amplió

con el móvil: *«Ní nochtfar m'anam ach san anáil dheireanach»*, que significaba: «Solo en el último aliento se revelará mi alma».

¿Cómo habían podido escribir esas letras en una esfera tan pequeña? Miró con atención y vio un pequeño símbolo.

—¿Has descubierto algo más? —preguntó Brianna, que estaba apoyada en la pared, deliciosamente envuelta en una toalla.

Kailen no la había escuchado salir del baño. Repasó sus piernas desnudas y se sintió tentado de acariciarlas. Las gotas de agua caían por sus hombros hasta llegar a su pecho, y alguna se colaba por en medio de estos. No ayudaba verla así; además, la mirada de ella reflejaba provocación. No sabía muy bien a qué estaba jugando. En la moto lo había cogido de una manera un tanto íntima, después se había dejado acariciar en el árbol y ahora salía medio desnuda de la ducha. Si eso era un juego, él también sabía cómo jugar.

—Hay otra frase. También aparece el símbolo del trisquel.

—¿Cómo es posible? —Se acercó a él y se la quitó de las manos.

—Creo que fue cuando se cayó al agua. El color ni siquiera es el mismo.

Kailen leyó el mensaje que aparecía debajo mientras ella se quedaba pensativa.

—Es cierto, ha debido cambiar cuando entró en contacto con el agua, por lo que quizá ahí es donde esté la respuesta.

—Mañana podemos volver y probarlo —dijo Kailen a la vez que se quitaba la camiseta y los pantalones, quedándose solo con los bóxers. Brianna lo observaba—. ¿Quieres que me dé la vuelta para que puedas apreciar mejor el resto de mi cuerpo?

Él sonrió al ver cómo ella ponía los ojos en blanco mientras le daba la espalda.

—No te molestará que durmamos juntos, ¿no? —preguntó para seguir provocándola.

—La cama es bastante grande, me parece absurdo que uno de los dos tenga que dormir en el suelo.

—Querías que me fuese a Dublín porque solo había una habitación —le recordó él.

—Bueno, lo cierto es que ha sido por algo que me daba vergüenza reconocer ante ti.

—No me puedo creer que haya algo que no te atrevas a decir. ¿No será porque te dije que soy sonámbulo?

—Eso he de decir que me acojona un poco. Pensar que puedo abrir

los ojos y encontrarte de pie al lado de la cama mirándome no me hace mucha gracia.

—Creo que sonámbulo haría algo más que mirar. —Sonrió de forma pícara.

Brianna resopló.

—No me gusta que nadie duerma cerca —bajó los ojos—, porque… ronco.

Kailen estalló en una carcajada.

—No te creo.

—No entiendo por qué.

—No querías compartir la cama conmigo porque te resulto tentador —dijo, y le acarició el labio inferior con el pulgar.

Ella dio un paso atrás.

—Bueno, en serio, era para no estar tanto tiempo juntos. Somos mayorcitos, tampoco creo que tengas ningún interés en tocarme.

Él levantó una ceja.

—¿Acaso tú lo tienes?

La recorrió con la mirada de arriba abajo y notó cómo su piel se erizaba con su escrutinio.

—Tenemos cosas más importantes que investigar —contestó Brianna mientras cogía la ropa para cambiarse.

Kailen pensó que se equivocaba; descubrir cada parte del cuerpo de Brianna era de vital interés, sobre todo, para su salud mental. Pronto la haría cambiar de opinión. Pocos minutos después, ella salió del baño vestida con una camiseta blanca y unos pantalones largos y finos. Estaba preciosa, sensual. Se colocó en el lado derecho de la cama. Él ya estaba dentro, esa noche iba a ser muy dura en todos los sentidos.

Ella apagó la luz. Ninguno de los dos hablaba, la tensión se respiraba entre ambos. Cada uno miraba al lado contrario del otro, pero su presencia era más que evidente, una energía invisible los unía.

—Brianna…

—¿Sí?

—¿Cómo recuerdas tu pasado aquí? ¿Tienes familia?

La oscuridad que había en la habitación hizo que Brianna se sintiera cómoda para contestar a esa pregunta.

—Soy huérfana, no conozco a mi familia. Me cuidó Roger, es la única persona que tengo.

«Así que Roger es su padre».

—Es curioso porque yo también soy huérfano.

Brianna se dio la vuelta y él hizo lo mismo, ahora se encontraban uno frente al otro. La oscuridad se había suavizado permitiendo que se vieran los rostros por el reflejo de la tenue luz que entraba por la ventana.

—¿No tienes a nadie?

—Sí, a mi madre adoptiva, Ashlyn, a la que quiero con locura.

—Qué curioso, ese nombre significa «sueños» en irlandés.

—Es cierto. —Levantó las cejas—. Qué casualidad.

—Nos parecemos más de lo que creía.

Brianna tenía las manos apoyadas debajo de la almohada, la notaba más relajada.

—Quién lo iba a decir.

Se quedó pensativa.

—¿Te molesta que nos parezcamos? —preguntó él. Le gustaría saber qué era lo que le pasaba por la cabeza.

—No es eso, me preguntaba si tú has querido saber de tus orígenes.

Kailen apoyó la cabeza en su antebrazo.

—Sí. Lo hice.

—¿Encontraste a tus padres?

Él asintió.

—Mi madre adoptiva siempre me apoyó. Averiguamos todo lo que pudimos y logré encontrarme con mi padre biológico. Me contó que mi madre había muerto hacía tiempo por una sobredosis. Cuando me tuvieron, eran adictos a la cocaína y a otras muchas sustancias. Los servicios sociales le retiraron la custodia; después me adoptó Ashlyn.

—¿Y sigues viendo a tu padre?

—De vez en cuando nos mandamos algún mensaje. Él ahora está limpio, está casado y tiene una hija. ¿Y tú? ¿Los buscaste?

—No. Sé lo que pasó, mi padre adoptivo me enseñó toda la información que le dieron de mí, de mi madre y de mi pasado. Era muy joven para cuidarme. Roger me enseñó a no juzgarla, a que cada uno tiene unas circunstancias en la vida a las que nos enfrentamos y se tienen que tomar decisiones difíciles. Ella hizo lo que pensó que era lo mejor para mí, eso es con lo que me quedo. Prefirió que alguien me diera una vida mejor, una vida que ella creía que no podría darme.

—Muy sabio tu padre.

Brianna sonrió.

—¿Tienes buenos amigos? —preguntó ella.

—Alguno que otro. Rosse es a quien puedo considerar una amiga de verdad. La conocí por casualidad en el momento que más la necesitaba. Iba a poner un anuncio para contratar a alguien para trabajar en la tienda. Yo estaba en la cafetería, justo al salir por la puerta nos tropezamos y a ella se le cayó un libro sobre astronomía. Lo recogí y empezamos a hablar. Una cosa llevó a la otra y descubrimos que teníamos mucho en común; nos apasionaba la astronomía, le encantaba leer, tenía conocimiento sobre miles de temas. Se había quedado sin empleo, por lo que buscaba trabajo, así que fue dicho y hecho. Desde el momento en que la vi, me dio muy buenas vibraciones.

—Te entiendo, sentí lo mismo al conocerla.

—No como conmigo, que me odiaste nada más verme.

Brianna acarició con una mano la sábana, como si quitase una mota inexistente.

—Contigo fue distinto. Era la primera vez que nos veíamos, aunque yo llevaba tiempo viéndote en mis sueños.

—Lo sé, debí ser un gran capullo en el pasado.

¿Qué habría visto? No podía evitar preguntárselo cada día.

—¿Cómo están Rosse y la niña? —preguntó Brianna para cambiar de tema.

—Muy bien, mañana te enseñaré una foto de ellas. Por cierto, me pidió tu teléfono, le gustaría llamarte.

—Está bien, a mí también me hace ilusión hablar con Rosse. Eres afortunado por tener a alguien así.

—Sí, lo soy.

—¿Tienes…?

Kailen se sorprendió. Ella no había terminado la frase, pero sabía lo que quería preguntarle.

—No, no tengo pareja. ¿Y tú?

—No, es mejor así.

Aun en la oscuridad de la habitación, podía ver el dolor en los ojos de Brianna.

—Espero que sepas que puedes contar conmigo si lo necesitas.

Ella sonrió mientras cambiaba de postura y miraba hacia el techo.

—¿Me estás ofreciendo que seamos pareja? —preguntó, levantando una ceja—. No me gusta mezclar el trabajo con el placer, no sería ético liarme con mi jefe.

—Eso es porque nunca has tenido un jefe como yo. —Le guiñó el

ojo.

Brianna se rio.

—Me refería a que puedes confiar en mí —dijo él.

—Prefiero no acercarme demasiado a la gente. Las cosas son más fáciles así.

—No estoy de acuerdo, creo que todos necesitamos a alguien en quien confiar.

—Es posible. Lo malo es que, al hacerlo, descubres que la confianza es un valor que muy pocos pueden darte. He conocido más la traición en mi vida que el amor.

Un instinto de protección se despertó en Kailen, quiso rodearla entre sus brazos y demostrarle que podía ser diferente, que el amor, la confianza y la compasión también existían en esta vida, aunque ella no hubiera tenido la suerte de encontrarlos.

—Espero que algún día logres bajar esas barreras.

—Estoy bien así. Deberíamos dormir.

Le dio la espalda y ninguno de los dos volvió a decir nada más.

***

Recuerdo de Brianna

A la mañana siguiente, él se levantó del mismo humor, serio y distante. Le dijo que esa vez saldría solo, se llevaría el caballo y le repitió varias veces que no se le ocurriera moverse de allí. Cuando se fue, se percató de que, por primera vez desde que había llegado a aquella aldea, se encontraba sola. Tumbada en la cama, los músculos del cuerpo se le fueron relajando, lo mismo que su interior. No tenía que estar a la defensiva o alerta por lo que pudiera ocurrir, intentaría disfrutar de ese tiempo que iba a permanecer en soledad.

Se pasó la mañana ordenando un poco la casa y estudiando todas las hierbas que Kailen guardaba en distintos frascos. Le había explicado los beneficios y para qué se usaba cada una. No recordaba ni la mitad. Su tía también le había enseñado el poder de las hierbas, pero nunca había mostrado mucho interés por la sanación o la magia que Wendy aseguraba que existía.

Le llamó la atención la bonita flor blanca con el centro en color azul, Yomapaje. Recordó que él le había dicho que era difícil de encontrar y que se utilizaba para aumentar el deseo. No necesitaba esa flor para

eso. El beso que le había dado el día anterior había despertado su cuerpo, logrando que cada poro de su piel vibrase.

Se preparó la comida y, aburrida, jugueteó con las gachas que había en su plato. Él seguía sin aparecer, por lo que, cansada de estar encerrada, decidió salir a caminar, aunque no se alejaría de la casa. Le apetecía disfrutar de la naturaleza como lo hacía cazando sola, era su momento de libertad. Echaba de menos esa sensación, no tener a alguien que la vigilase, que estuviera detrás de cada uno de sus movimientos.

Estaba atardeciendo. El bello cielo anaranjado junto con la brisa y el olor a tierra mojada de la lluvia que había caído la noche anterior lograron transmitirle un poco de paz. La casa de Kailen era acogedora; lo que más le gustaba era que se situaba a las afueras de la aldea, por lo que no se encontraría con nadie por allí. Pensó en William. Debía tener cuidado, era la única que sabía quién había matado a esos dos hombres y no descansaría hasta deshacerse de ella.

Brianna se detuvo al divisar a lo lejos las figuras de dos hombres. Por su forma de vestir, no eran del clan de Kailen y llevaban el pelo rasurado, excepto por una cresta. No estaba segura de si la habían visto y no quería meterse en problemas, así que lo mejor sería volver a la cabaña y rezar para que no se hubieran dado cuenta de su presencia.

Andaba cada vez más rápido sin ni siquiera mirar atrás, pero al escucharlos tan cerca tuvo que comprobar si le iban a dar alcance. Estaban a pocos metros de ella. Para su mala suerte, la habían visto y ahora la perseguían entre risas y gritos, llamándola para que parase. Todavía le quedaba un trecho hasta la casa, pero pensó que, si llegaba allí, la meterían dentro donde nadie podría verlos. Prefería luchar en campo abierto, así que se detuvo.

Finalmente, la alcanzaron y los observó con atención. Tenían varias rayas negras pintadas en las mejillas, la frente y la barbilla. No conocía de qué clan eran, pero no le gustaba nada su aspecto, mucho menos su actitud. Ambos eran delgados, con los dientes grisáceos, y uno era bastante más alto y fuerte que el otro.

—No quiero problemas, será mejor que os vayáis.

Se miraron entre sí y sonrieron de forma ladina.

—Nosotros tampoco queremos problemas, solo venimos a hablar un rato contigo —dijo el más alto.

—¿Tienes comida que puedas darnos? —El más bajito se acercó.

Brianna dio un paso atrás.

—No, lo siento, debo irme.

Quiso alejarse, pero uno de ellos se puso delante impidiendo que pudiera avanzar.

«No puede ser», pensó Brianna. Parecía una broma, se había intentado mantener alejada de los problemas durante toda su vida y ahora no hacían más que perseguirla.

La fueron acorralando, uno por detrás, el otro de frente. Cuando los tuvo demasiado cerca, decidió actuar y se agachó para coger la daga de su bota. Esa misma mañana se la había dejado Kailen en la mesa, quizá por lo que había ocurrido el día anterior con William. Se movió a un lado y los retó a ambos.

—No os acerquéis o saldréis heridos.

Los dos se echaron a reír al mismo tiempo, se divertían al verla así. No pensaban que pudiera hacerles daño, pero lo que hizo a continuación logró paralizarlos: comenzó a reírse. La miraron con recelo, seguro que pensando que estaba loca. Si eran listos, podrían ver en su mirada, en su comportamiento y en la manera que tenía de coger el cuchillo que no era ninguna tonta.

—¿Te hacemos gracia? —preguntó, molesto, el más alto.

Se había reído de la situación, de lo cansada que estaba de defenderse de todos; una carcajada nerviosa en la que la histeria, la locura y la sinrazón se mezclaban. El destino parecía estar burlándose de ella y no sabía cuánto tiempo más podría aguantar. Brianna dejó de reírse. Su rostro se transformó, no por miedo ni por la amenaza que intuyó en la voz de ese hombre, sino porque se preparaba para luchar.

—Marchaos por donde habéis venido y todo se quedará así.

Vio la duda en sus ojos, pero eran demasiado orgullosos; si uno de los dos cedía, el otro pensaría que le tenía miedo a una mujer. Sin previo aviso, el que estaba más cerca se abalanzó sobre ella, aunque fue más rápida y lo esquivó no sin antes rajarle el hombro con la daga. Un grito de dolor salió de la garganta del hombre. El otro aprovechó el momento y fue hacia ella, agarrándola de la cintura, pero, antes de que pudiera cogerle las manos, Brianna le clavó la daga en una de ellas. La soltó a la vez que él se apretaba la herida para evitar que sangrara más. Observó que ambos miraban detrás de ella.

—Esto no quedará así. ¡Vámonos!

Vio cómo corrían en dirección opuesta.

Otro hombre se acercaba a caballo a toda prisa, se tensó hasta que lo vio más de cerca y reconoció a Kailen. Cuando llegó a ella, su cara reflejaba lo molesto y preocupado que se sentía.

—¿Estás bien? —preguntó, ansioso, sin bajarse del caballo.

Ella asintió.

—Vamos, sube.

—No, prefiero ir a pie.

—Brianna, sube, es mejor que nos alejemos de aquí lo antes posible.

Ella miró hacia el lugar por donde habían desaparecido los dos hombres y se tambaleó hasta casi perder el equilibrio.

—¿Qué te ocurre? ¿Te han herido?

—No, solo ha sido un vahído.

—¿Y esa sangre? —Señaló el brazo izquierdo.

Ella se tocó la piel y vio un pequeño corte.

—No es nada, es solo un arañazo.

Kailen se tensó.

—No, no lo es. Sube, Brianna. Ahora.

Su expresión de preocupación la hizo obedecer. La colocó delante de él en el caballo y galopó rápidamente. No sabía si el mareo, que iba en aumento, era por la situación que había vivido o por sentirlo detrás. El calor que desprendía la aturdía y, mezclado con su aroma, lo hacía más tentador. Lo peor de todo era sentir su cálido aliento en la nuca. Se había recogido el pelo y su boca estaba muy cerca de ella, tanto que su piel se erizó.

—Te dije que te quedaras en casa.

—Solo salí a dar una vuelta, me estaba ahogando ahí dentro.

—¿No puedes apartarte de los problemas? Cada vez que te dejo sola, te metes en un lío.

—Como has podido comprobar por ti mismo, no los he matado.

Sin mirarlo, supo que había sonreído. Sintió un pinchazo en el estómago y se retorció.

—Aguanta un poco, ya casi estamos —le dijo él.

«¿Aguantar? ¿Qué quería decir con eso?». Otro pinchazo la sorprendió, se sentía cada vez más mareada y débil, incluso le costaba enfocar.

—¿Qué… ocurre? —preguntó, confusa.

—Ese clan, Teico, nos está buscando desde hace tiempo. Sus

dagas y flechas están envenenadas, una de ellas te ha alcanzado.

—¿Envenenada? —preguntó, desorientada.

De pronto, se volvió todo negro y dejó de escucharlo.

***

Kailen se despertó. Por un momento, le costó volver a la realidad. No conseguía recordar dónde estaba hasta que las imágenes del día anterior fueron llegando a su mente. De nuevo había soñado con ella. Tenía razón, cuando permanecían juntos, volvían a tener esos extraños sueños. Estaba inquieto, necesitaba saber qué le había ocurrido a Brianna, su yo del pasado estaba preocupado al descubrir que había sido envenenada.

Miró al otro lado de la cama y se incorporó al ver que Brianna no estaba. La luz del baño estaba apagada. Se levantó buscando sus cosas, pero se las había llevado. Se empezó a inquietar.

—¡Joder! —maldijo en voz alta.

Seguro que se había ido sola a averiguar cómo funcionaba la esfera. Entonces vio la nota en la mesilla, al menos había tenido la deferencia de avisarlo. «Creo que ya sé cómo abrirla, te espero en el lago».

Debía haber esperado a que fueran juntos. Se frotó el pelo, molesto. Al final siempre hacía lo que quería; le había dicho que era peligroso, pero seguía el plan a su manera sin contar con él.

Apenas había diferencias entre la Brianna de antes y la de ahora; ambas eran testarudas, independientes, bordes y con una extraordinaria habilidad para sacarlo de quicio.

En uno de sus sueños, ella se dejó besar por él para conseguir manejarlo. No sabía si la forma de agarrarlo en la moto o que saliera de la ducha solo con la toalla eran simples provocaciones o realmente quería estar cerca de él. Si lo que pretendía era manipularlo, se equivocaba de pleno porque, al igual que el Kailen del pasado, no permitiría que jugara de esa forma con él.

Se dio una ducha y se vistió lo más rápido que pudo. Todavía eran las siete de la mañana y estaba amaneciendo. Corrió hacia la moto, la imaginó por ese camino, a oscuras, porque con seguridad habría ido andando hasta el lago. Prefería no pensar en la posibilidad de que se hubiera subido en el coche de cualquiera. La tensión, junto con un mal presentimiento, iba en aumento solo con imaginarse que le pudiera pasar algo.

***

Brianna se quitó las botas y el jersey, y miró la esfera. Era su única esperanza para conseguir lo que deseaba, volver al pasado, ver de nuevo a su familia. No sabía si funcionaría, pero creía saber cómo descifrarla para conseguir abrirla. Si tenía razón, sería peligroso, aunque prefería arriesgarse sin pensar demasiado en las consecuencias. Apretó la esfera con fuerza y se la llevó hacia el corazón. Miró hacia el cielo, faltaba poco para que amaneciese.

Se metió en el lago y nadó varios metros hacia dentro hasta situarse en una zona que parecía más profunda. Buceó hasta que estuvo lejos de la superficie. Miró la esfera, pero seguía igual, la oscuridad la rodeaba y apenas podía ver lo que tenía alrededor. El aire empezaba a faltarle, por lo que sintió la necesidad de salir del agua. Sabía que esa no era una opción.

Tosió al no poder aguantar más e inhaló agua, sintió una quemazón en el pecho al descender el líquido por las vías respiratorias. Seguía apretando fuerte la esfera. Por un instante, el pánico hizo acto de presencia en su cuerpo y quiso subir para dejar de sentir aquello; sin embargo, una especie de calma y tranquilidad empezaron a invadirla. Continuaba esperando ver algo que le diera aquella pista, pero nada sucedía, quizá se había equivocado por completo. No quería perder el conocimiento, aunque faltaba poco para que ocurriera. Entonces lo vio: una luz salió de la esfera. Comenzó a dividirse, y una imagen dorada, nítida y hermosa se reflejó en el agua. Era un bello árbol. Alrededor de él, varias personas se cogían de las manos unas a otras y miraban hacia arriba.

No distinguía quiénes eran, pero el árbol le resultaba familiar. Los ojos se le cerraban, tenía que salir del agua, aunque no era capaz de realizar ningún movimiento. Había averiguado cuál era su siguiente objetivo, pero no iba a tener fuerzas para realizarlo, ya que no podría salvarse. Su último pensamiento antes de cerrar los ojos fue que no volvería a ver a Kailen.

Capítulo 14

Kailen llegó justo en el momento en el que vio cómo Brianna se sumergía en el agua. Se quitó la ropa a toda velocidad y se metió en el lago. Nadó lo más rápido que pudo hasta llegar al punto donde la había visto desaparecer. Desesperado, buceó para buscarla. Se sumergió una y otra vez, pero no era capaz de encontrarla. La adrenalina hacía que apenas notase el cansancio, la tensión iba en aumento al no localizarla. Lo que más le preocupaba era que ella no estaba saliendo a coger aire. Angustiado, volvió a meterse debajo del agua. Entrecerró los ojos y por fin creyó distinguir los brazos de Brianna; estaba inmóvil, parecía inconsciente. Cuando consiguió llegar hasta ella, la agarró de la cintura y subió a la superficie lo más rápido que pudo. Con gran dificultad, la arrastró hasta la orilla. Al llegar, comenzó a hacerle el boca a boca.

Estaba pálida y fría.

—¡Por favor! No puedes dejarme, mi guerrera —le dijo a la vez que iniciaba maniobras de reanimación.

No podía perderla. Desconocía en qué momento se había convertido en alguien tan importante en su vida, pero verla así lo estaba destrozando. No permitiría que se fuera ni que se alejase de él. Siguió apretándole el pecho y volvió a posar los labios en los de ella para insuflarle aire. No supo cuánto tiempo estuvo así, quizá fueron segundos, pero a él le pareció eterno. Por fin Brianna tosió, y la colocó de lado para que pudiera expulsar el agua que tenía en los pulmones. En silencio, se miraron.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Kailen.

—Era la única manera de averiguarlo —dijo con voz débil.

—No vuelvas a hacerme esto. —La abrazó con tanta fuerza que, con seguridad, Brianna sintió su calor junto con su desesperación—. Hay que llevarte a un hospital.

—No, estoy bien. Solo necesito descansar, vamos al hostal.

—Debería verte un médico.

—Por favor, Kailen —murmuró—. Te aseguro que solo necesito dormir un poco.

Kailen le colocó su chaqueta sobre los hombros para que entrara en calor, estaba tan fría que daba miedo.

—Estás muy débil para ir en la moto.

—Puedo hacerlo. Llévame al hostal, por favor.

Kailen puso los ojos en blanco. No se podía razonar con ella. Accedió y la llevó en la moto; al menos, lo agarraba con fuerza. El sitio estaba muy cerca, por lo que en menos de dos minutos estuvieron allí. La llevó a la habitación y le preparó un baño caliente. Un rato después, Brianna se acostó. Se la veía cansada, aunque no parecía tener ninguna secuela por lo que había sucedido en el lago.

Todavía no habían hablado de lo que ella había descubierto sobre la esfera. No la tenía cuando la sacó del agua, seguramente, se había quedado en el fondo del lago. Ya le preguntaría, ahora prefería que descansase. Mientras tanto, él iría al pueblo para comprar comida.

Estuvo bastantes horas fuera y, cuando regresó, ella seguía dormida; llevaba así casi todo el día. Se acercó despacio con la absurda intención de comprobar que seguía respirando. Para no despertarla, salió a la terraza sin encender la luz.

Estaba anocheciendo, Kailen se tumbó en una de las hamacas que había en la terraza del parador. Observar el brillo de las estrellas lo tranquilizaba, era lo que necesitaba, ya que estar con Brianna era una tensión constante. Le costaba un triunfo avanzar con ella, cualquier cosa se convertía en un problema y lo rehuía cada vez que tenía la oportunidad, aunque prefería verla así antes que tan vulnerable como cuando la sacó del lago. De solo pensar en que alguien quisiera hacerla daño se ponía enfermo. Era ilógico, no entendía el porqué de esos ataques. No eran importantes, no habían hecho nada grave para que quisieran vengarse; al menos, él. Tampoco imaginaba a Brianna metida en nada ilegal. Fuera como fuera, debería permanecer atento.

Cuando fue al pueblo, se mantuvo alerta a cualquier indicio que le indicara que lo estaban siguiendo. No vio nada ni a nadie sospechoso, sin embargo, estaba convencido de que la persona que había intentado hacerles daño seguía por allí.

Desde que había conocido a Brianna su vida se había vuelto más complicada, pero también más excitante e interesante. Ella era la clave para darle sentido a las cosas extrañas que sucedían a su alrededor.

—¿Qué haces? —preguntó Brianna, que acababa de salir a la terraza.

Siempre era tan sigilosa.

—Relajarme. ¿Estás mejor?

—Sí, me ha venido muy bien descansar. No he soñado nada, por lo que siento que he recargado energía. Lo malo es que hemos perdido la esfera.

—Lo importante es que tú estés bien.

Él le dio unas palmadas a la hamaca que había libre para que se tumbase a su lado.

—Espera —contestó ella.

Volvió dentro de la habitación. Kailen suspiró pensando que de nuevo se alejaba. Se equivocaba, Brianna había entrado a por un par de mantas.

—Gracias —le dijo con una sonrisa.

Se tumbó a su lado y miraron las estrellas en silencio.

—Quería darte las gracias por venir a por mí y sacarme del agua. Si no fuera por ti, no estaría aquí.

—Si no fueras tan cabezona, podríamos haber averiguado juntos lo que ocurría con esa esfera. La mejor manera de agradecérmelo es que no te vuelvas a poner en peligro de esa forma.

—Lo intentaré.

Kailen meneó la cabeza, qué terca era.

—¿A qué te dedicas? Porque creo que no es a escribir novelas.

Brianna estiró las mangas de la chaqueta para taparse los puños.

—No las escribo, pero las corrijo. Soy correctora.

—Vaya, qué interesante debe ser. Te gusta, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí. Siempre me ha encantado leer, qué mejor trabajo que pulir esas novelas que pronto se verán publicadas. Así, de alguna forma, también las siento un poquito mías.

—Hay algo que no entiendo. Si eres correctora, deberías publicitarte en las redes sociales, tener contactos, pero en tu móvil solo tienes a tres personas memorizadas y tampoco te encontré en las redes.

Ella lo miró.

—No sabía que me habías cogido el móvil.

—Yo tampoco confiaba en ti.

—¿Y ahora lo haces?

Se quedó mirándola fijamente. Después de todo lo que habían

pasado juntos, incluidos los sueños, pensaba que era una mujer extraña, que tenía unos fuertes valores que hacían que muchas veces fuera tan inflexible. Pero en el fondo era una mujer leal, justa, inteligente y extremadamente sensual.

—Sí, empiezo a confiar en ti.

Ella volvió a observar las estrellas.

—No deberías.

Se quedaron callados durante unos minutos.

—Tengo otro móvil que utilizo para los contactos del trabajo y también tengo una página para darme publicidad. Ahora estoy descansando, por lo que ni siquiera llevo ese móvil encima.

—Está bien darse un descanso de vez en cuando.

—¿Y a ti? ¿Qué te hizo estudiar Astronomía? —preguntó Brianna.

Antes de responder, él observó su rostro, cómo contemplaba ese cielo oscuro con la misma intensidad con la que lo hacía él.

—A ti también te atraen las estrellas.

—Sí, la verdad es que siempre he sentido una pasión especial por el universo. Es tan inmenso, tan misterioso. Me gustaría tener una varita mágica que me revelase los secretos que esconde.

—Eso es lo que siento yo hasta el punto de que quise estudiarlo —dijo Kailen—. Siempre me han llamado la atención el cosmos, los planetas, las estrellas fugaces. Recuerdo la primera vez que vi una, fue mágico. No dejaba de preguntarme si habría vida en otros planetas o qué era lo que se escondía tras esa oscuridad infinita. Cuando miro el cielo, me fascina saber que venimos de allí, que nuestro ADN está formado de estrellas, de ese maravilloso universo. Siento una profunda conexión, me emociona una puesta de sol, una simple luna llena que parece estar tan cerca y a la vez tan lejos.

—Es como si supieras que una parte de ti pertenece a ese infinito.

—Así es.

—Me gustaría ir a un observatorio con un gran telescopio para poder ver planetas, nebulosas… —dijo ella.

—Puedes ver la luna con un buen telescopio, tengo varios en casa. Si quieres, un día hacemos una acampada y te muestro las maravillas que se pueden captar. Los anillos de Saturno, las nubes de Júpiter…

—Me gustaría verlos —contestó Brianna—. Es imposible que estemos solos. ¿Crees que hay vida en otras partes del universo?

—No, somos los únicos. Una simple casualidad.

—¿De veras piensas así? —preguntó, sorprendida—. ¿Con los

millones de galaxias que existen? No puedes creer eso.

Kailen mostró una leve sonrisa.

—Para mí es indiscutible, no estamos solos. Estaba bromeando, soy astrónomo, sé de la infinidad del cosmos. Creo que deberíamos tener la mente más abierta. Cuanta más imaginación tenga un científico, más lejos llegará. Al menos, eso pienso.

—Bueno, ellos se basan en cosas que pueden probarse para darlas como ciertas.

—Me parece lógico, pero, si no fuera por esos científicos locos que desafiaron lo que ya estaba impuesto, no habríamos avanzado. No digo todos, solo que algunos de ellos se quedan estancados, sin dar por válidos o ni siquiera dudar sobre nuevos descubrimientos. Necesitan demostrarlo. Algunas ideas empiezan por la intuición de un hombre o una mujer que no son capaces de desarrollar su visión hasta que llega otra persona que piensa que no está tan loco, que es probable que su teoría sea cierta y no se detiene hasta demostrarlo. Por ejemplo, nos centramos en buscar agua en otros planetas, creemos que así podría haber vida, pero el universo es tan grande, misterioso y desconocido que cualquier cosa es posible. Es probable que existan otras formas de vida que no podemos ni imaginar.

—En cambio, te resulta difícil creer en la magia.

—Eso es distinto. Los científicos tarde o temprano encuentran una razón lógica a lo que ocurre, seguro que en este caso también la hay.

—Eres demasiado racional.

—Soy realista —contestó él.

—¿Crees que han venido a vernos de otros planetas? —preguntó Brianna a la vez que lo miraba y se ponía de lado, apoyando la cabeza en la mano.

—No lo sé, pero, si es así, para ellos solo seremos unos insignificantes gusanos. No les interesaríamos. Y tú, ¿lo crees?

—Hace unos días te habría dicho que no, pero ahora empiezo a creer en todo.

—¿Por lo que nos está ocurriendo a nosotros?

Brianna asintió. Se miraron en silencio. Kailen no pudo evitar pensar en lo a gusto que estaba con ella en ese momento, le gustaría que fuera siempre así.

—¿Sigues pensando que nos hemos reencarnado? —preguntó él.

—¿Qué otra cosa puede ser? Me cuesta creerlo, pero si fuera así, ¿querría decir que existen el cielo y el infierno?

—Me es difícil aceptar eso —contestó Kailen—. Quizá haya alguna respuesta más sencilla. Cuando nos enfrentamos a lo desconocido sin tener respuestas lógicas, terminamos basándonos en los dioses, en el esoterismo, en cosas místicas.

—Bueno, si lo piensas bien, lo que nos está ocurriendo es bastante místico.

Él se acarició la frente, confuso.

—Lo es. Sin embargo, insisto, seguro que hay una explicación lógica y no somos capaces de verla.

Kailen se incorporó y la imitó, apoyando el codo en la hamaca.

—Cuando tengo esos sueños, siento lo que tú sientes —confesó Kailen a la vez que analizaba su mirada.

—Yo también.

—Puede que, por alguna razón desconocida, nuestras mentes están más conectadas. Es increíble ver los pensamientos de ella, sus emociones. Cómo calla muchas cosas que no se atreve a admitir o justo dice lo contrario a lo que piensa por orgullo.

—Da miedo que alguien entre así en tu cabeza, no tienes intimidad.

—No me importa. —Él sonrió—. Me gusta saber lo que piensa la Brianna de esos sueños, no es muy diferente a ti.

—Es que yo la siento dentro de mí y siento lo que le provoca él, tanto lo bueno como lo malo.

—Querrás decir que es lo que yo también te provoco.

Sus ojos verdes se le clavaron con dureza. No lo iba a admitir, igual que la mujer del pasado.

—Lo que no entiendo es por qué me odias tanto en este presente —continuó Kailen—. ¿Has visto más cosas que yo aún no?

Brianna miró hacia el cielo.

—Sí, y prefiero guardarlas para mí. Quizá llegue el momento en el que ambos tengamos ese mismo sueño, el que me atormenta; y cuando eso ocurra, me entenderás mejor.

Kailen se sentó y se frotó la cara con las manos antes de enterrarlas en el pelo.

—No sé qué ha ocurrido en ese pasado y ni si de verdad lo hemos vivido, solo quiero que sepas que ahora, en nuestro presente, nunca te haría daño.

Le pareció que, por un instante, Brianna se emocionaba, aunque lo disimuló rápidamente.

—Será mejor que entremos. Quiero enseñarte algo.

Kailen se levantó y la siguió, no sin antes pensar que de nuevo lo había esquivado al intentar acercarse a ella. Brianna cogió algo de comer y después sacó el portátil que guardaba en la mochila, un bolígrafo y una libreta, y se sentó en la cama con las piernas cruzadas.

—Mira este símbolo. —Él se situó a su lado—. En la esfera, debajo del agua, vi la imagen de un árbol y a varias personas que lo rodeaban.

—¿De verdad viste eso? —preguntó Kailen.

Brianna se llevó el boli a los labios dándose pequeños golpecitos y él no pudo evitar pensar que le gustaría estar tan cerca de su boca como ese bolígrafo.

—Al ver la esfera iluminarse, casi sin aliento, fue como si se juntasen mis recuerdos. No sé si lo que vi fue magia o fue porque me estaba ahogando.

—Sea lo que sea, creo que ese árbol es importante. ¿Lo reconoces?

—Me es familiar, pero no consigo recordarlo del todo. El tronco tenía grabadas unas letras: PS.

—¿PS? ¿Qué significa?

—No lo sé, también vi el mismo símbolo que tenía mi espada.

—¿Cuál? En mis sueños no he visto ninguna espada así —dijo Kailen.

Brianna notó su incomodidad y se quedó en silencio por un segundo.

—Entonces, será porque no has tenido esa visión aún.

—¿Y qué veías en ese sueño? —preguntó él.

—Eso ahora no es importante. —Kailen frunció el ceño—. Vi este símbolo, el trisquel celta.

Kailen lo observó, eran tres espirales unidas en el centro.

—Es bastante conocido, pero no sé muy bien qué significa.

—Tiene varios significados. Para los celtas simbolizaba la unión de los tres elementos: Tierra, Agua y Aire. También representaba el pasado, el presente y el futuro. Los druidas lo utilizaban como símbolo protector. En uno de los libros que encontré en tu librería había información más completa. En resumen, para los celtas el número tres era muy importante y el trisquel tenía la capacidad de guiar las almas junto a sus seres queridos y antepasados del más allá.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Kailen mientras se levantaba de la cama y caminaba de un lado a otro de la habitación.

—No lo sé. Verlo grabado en ese árbol a través de la esfera me hizo

recordar la espada. Estoy segura de que ese símbolo es importante, aun así, ahora mismo no sé cuál sería el siguiente paso que deberíamos dar. Estoy perdida.

—Debemos pensar en las pistas que tenemos. —Kailen se volvió a sentar frente a ella—. Por ahora, lo que está claro es que los sueños que vemos se desarrollan en la época celta. En el colgante estaba la palabra Nádúr. Esto tiene sentido, ya que los celtas le daban mucha importancia a la naturaleza, al cosmos, al universo.

—Así es, pero no sabemos en qué año estábamos ni donde vivíamos, por lo que será difícil encontrar ese árbol.

—Seguro que se nos escapa algo.

Brianna se tocó el colgante, distraída.

—Eso es. —Él se acercó un poco a ella y lo cogió—. Estoy casi seguro de que representa a la Nebulosa del Cangrejo.

—¿Y? ¿En qué nos puede ayudar eso?

—Se sabe que está situada a 6500 años luz de distancia. Fue la explosión de una supernova lo que la originó, la muerte de una estrella unas sesenta veces más masiva que nuestro sol. Hay escritos en los que se describe cuándo fue vista en la Tierra.

—¿Cuándo? —preguntó Brianna, intrigada.

—Al parecer, los astrónomos chinos describieron que en el cielo apareció una estrella muy brillante sobre el 4 o 5 de julio en el año 1054. Fue visible a la luz del día durante veintitrés días y durante casi dos años a simple vista en el cielo nocturno. Hay dibujos en los que se ve una luna creciente con una estrella grande a su lado.

Brianna se quedó pensativa. Recordó de nuevo el sueño tan recurrente, el día en el que veía cómo Kailen le clavaba la espada. Siempre aparecía esa intensa luz en el cielo similar a una estrella, lo que le llamaba la atención era que se viese tan brillante incluso siendo de día.

—¿Qué piensas? —preguntó él.

—Supongamos que es en esa misma época donde vivíamos, también en ese año. Si fuera así, tendríamos que buscar datos y lugares que hubiera en ese tiempo. Cualquier detalle que hayamos visto en nuestros sueños que pueda indicarnos el lugar en el que nos encontrábamos.

Brianna se levantó y perdió el equilibrio. Kailen la agarró de la cintura para evitar que cayera, su cuerpo la protegía y la envolvía. No era bueno tenerlo así, tan cerca, de nuevo le hacía bajar las defensas.

Las imágenes de sus besos tanto en el pasado como en el presente no la ayudaban a alejarse de él.

—Debería comer algo y después será mejor que vayamos a descansar —dijo ella—. Mañana tendremos que decidir qué paso dar a continuación.

—Sí, será lo mejor, necesitas descansar.

Pero él no la soltaba, sino todo lo contrario, sentía su cálida mano en la cadera, los dedos acariciando su piel. Brianna no aguantó la tensión de ese contacto y lo empujó para apartarlo. Kailen entrecerró los ojos y la miró.

—¿Por qué me alejas cada vez que me acerco a ti? ¿De qué tienes miedo?

—No es miedo.

—Si vas a decirme que es asco, no te creo. Sé que te provoco más cosas que odio, aunque no lo quieras admitir.

—Te equivocas. ¿No puedes aceptar que no quiero que me toques?

—Podría aceptarlo si fuese cierto, y no lo es.

—¿Qué coño sabrás? —preguntó, molesta.

—Puedes negarlo tanto como quieras, sé que no te soy indiferente, pero, por una extraña razón que todavía no logro averiguar, sientes pavor cuando te toco, cuando te abrazo. ¿Sabías que a la gente que no le gustan los abrazos y los besos es porque los ven como una amenaza? Dime, Brianna, ¿cuándo te hicieron daño para que lo sientas como un peligro?

Brianna se sorprendió, nunca lo había visto de esa forma. Las caricias y las muestras de cariño siempre le habían incomodado, incluso viniendo de Roger. Le había costado mucho dejar que se acercase a ella y ahora era con el único con el que se sentía a gusto si la abrazaba o la besaba. A lo largo de su vida nunca se había preguntado qué la hacía ser tan fría o distante, no había pensado que fuera un problema.

—Iré a otro sitio a dormir —dijo ella a la vez que se daba la vuelta para alejarse de él.

—No. —La cogió del brazo para detenerla—. Estoy cansado de que huyas. Si tan fuerte y valiente eres, ¿por qué te cuesta tanto decirme lo que sientes?

—Apártate.

Lejos de hacerlo, se aproximó más a ella hasta que sus cuerpos quedaron totalmente unidos.

—Brianna, no soy una amenaza —susurró en sus labios—. Déjame demostrártelo. No te alejes de mí.

La agarró de la cintura sin soltar su brazo.

—Kailen, será mejor que dejes de presionarme. Te lo advierto.

Él levantó una ceja y sonrió.

—¿O qué? ¿Vas a golpearme, morderme o escupirme? Eso no hará que te suelte, no esta vez.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, casi desesperada.

—Que seas sincera.

Brianna cerró los ojos por un segundo.

—¿Y tú? ¿Acaso estás siendo sincero conmigo? ¿Qué buscas?

Él deslizó la mirada a su boca y, sin dejar de rodear su cintura, con la otra mano le acarició los labios con el pulgar. Un intenso escalofrío le recorrió el cuerpo en una oleada de placer. Le costaba respirar, ya que lo único que percibía era su adictivo olor.

—La respuesta que puedo darte es muy complicada, lo es hasta para mí mismo. Ni siquiera yo sé qué es lo que quiero, solo sé lo que siento al tenerte así, tan cerca. No te imaginas lo que me contengo por no devorar tu boca en estos momentos, Brianna.

—No sigas, por favor —murmuró ella.

—Eres una tentación tan difícil de la que alejarse. Te prometo que lo intento, pero es como si hubiera un hilo ligado a ti del que me es imposible escapar.

—Déjame ir.

—No te estoy reteniendo. Tú también me tienes agarrado del cuello y me presionas contra tu cuerpo. ¿Acaso crees que te estoy obligando a permanecer tan cerca de mí?

Brianna fue consciente de que lo que decía era cierto, podía haberlo apartado si hubiera querido; sin embargo, ahí estaba. Sentía el roce ligero y tibio de su aliento contra sus labios mientras experimentaba miles de emociones al mismo tiempo. No podía ceder, no, volvería a sufrir. Se dijo varias veces que debía apartarlo. Cerró los ojos y respiró despacio hasta que al fin lo hizo. Se giró con rapidez para no ceder, tenía que irse o no sería capaz de alejarlo de nuevo.

—No. Esta vez no —dijo Kailen.

En menos de un segundo la agarró del brazo, dándole la vuelta. La cogió del cuello mientras sus labios cubrían los suyos a la vez que la estrechaba con fuerza contra su pecho. Brianna no pudo detenerlo, las pocas fuerzas que tenía para no sucumbir las había empleado al

apartarlo, ahora ya no quería ni podía marcharse. Lo necesitaba tanto como él a ella.

Le devolvió el beso con pasión, introduciendo la lengua en su boca. Kailen soltó un gemido ronco mientras la besaba con voracidad, con devoción y con un deseo tan potente que quemaba cada parte de su ser. El placer se extendió por el cuerpo de Brianna; era tan salvaje, tan masculino que la dejaba sin aliento. Sentía lo mismo que en los sueños, y a la vez era tan distinto, tan real. Lo agarró del cuello y profundizó el beso mientras se ponía de puntillas para besarlo con fuerza, con rabia, con deseo, con tantas sensaciones juntas que una lágrima brotó de sus ojos.

Kailen acarició su mejilla y notó la humedad en su rostro. Se separó de ella.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras? —La miró y Brianna notó el dolor en su mirada—. ¡Joder! ¡Lo siento! No debería haber insistido.

Se dio la vuelta y se colocó las manos en las caderas mientras miraba al suelo y le daba la espalda. Respiraba de forma agitada intentando tranquilizarse.

—Perdona, Brianna, no volverá a suceder. Será mejor que vayamos a dormir.

Sin decir una palabra más, ambos se acostaron, y él le dio la espalda. No le gustaba el dolor que había visto en el rostro de Kailen al descubrir que estaba llorando. Se sentía estúpida por caer de nuevo en sus redes. En sus visiones, hasta ahora, él siempre la ayudaba, incluso cuando se metía en líos; no entendía cómo habían llegado a esa situación final en la que él le clavaba esa espada. Solo de recordarlo sentía el pinchazo de la traición en sus entrañas.

Por mucho que lo desease, por mucho que anhelara sus abrazos y sus besos, necesitaba poner esa distancia entre ambos para al menos pensar que controlaba de alguna forma la situación que estaba viviendo. Su instinto le decía que tarde o temprano todo iba a saltar por los aires, y lo último que tendría era control sobre su vida.

Capítulo 15

Recuerdo de ambos

Al llegar a la cabaña, Brianna estaba consciente aunque aturdida. Kailen la ayudó a bajar, ató al caballo y entraron en la casa. Se sentó en la cama mientras veía cómo él corría de un lado a otro. Comenzó a sacar hierbas y cuencos, se acercó a la chimenea y avivó el fuego, que ya estaba encendido. Puso un caldero con agua a hervir; después, fue mezclando distintas hierbas y flores.

Brianna tenía frío, un frío que se iba filtrando bajo su piel, que la hacía estar cada vez más débil.

—Túmbate, ahora te llevo esto. Te curaré la herida y te tomarás esta infusión. Estas hierbas pueden neutralizar el veneno. —Esperaba que no fuera demasiado tarde.

No tenía fuerzas para negarse, así que se tumbó. Se encontraba cada vez peor y ni siquiera había notado cuándo la habían herido. Kailen se acercó, cortó la manga del vestido para acceder mejor a la herida y comenzó a limpiarla.

—No era necesario que me rompieras la ropa —dijo, molesta.

—Vaya, veo que no estás tan mal, ya que sigues protestando —sonrió—. Si te hubiera dicho que te quitaras la camisa, me habrías dicho que no; tendría que haber insistido, me habrías vuelto a decir que no y habríamos perdido tiempo. De esta forma, ya te la estoy limpiando.

Brianna sonrió, él tenía razón.

—¡Auch!, escuece.

—¿Te estás quejando? —Levantó una ceja—. ¿La que no deja de enfrentarse a quien tenga delante?

—Desde que te conocí, los problemas me buscan a mí.

—Claro, por eso te sentenciaron a muerte en mi aldea, en la plaza casi te pegas con un hombre, casi te vuelves a enfrentar a William en el bosque y ahora has logrado que te envenenen. Debe ser que,

cuando nos conocimos, te eché una maldición.

—Todo eso tiene explicación. No maté a esos hombres. Con respecto al hombre de la plaza, tenía una buena razón, y lo sabes; él había golpeado a su hijo y tenía que…

Se sintió débil y no pudo seguir. Se le nubló la vista, le pitaban los oídos y la cabeza parecía que le iba a estallar. Él seguía limpiando la herida con una tela, la metía en el cuenco donde había hervido las hierbas y empapaba el corte con el líquido una y otra vez; así hasta que quedó satisfecho. Después, aplicó un ungüento.

Se levantó, fue a coger otro cuenco y se lo ofreció a ella.

—Toma, bebe. Vas a tener mucho frío y sudarás bastante, pero así podrás expulsar mejor el veneno.

Bebió despacio, tenía un sabor tan amargo que dejó de tomarlo cuando comenzó a tener arcadas.

—Todo, no puede quedar nada.

Ella lo miró resignada, lo único que quería era tumbarse y dormir. Finalmente, se lo terminó y se dejó caer en la cama sin fuerzas. El brebaje que le había preparado estaba haciendo su efecto. Comenzó a sentir mucho frío, pero a la vez notaba cómo sudaba con más intensidad y le castañeaban los dientes.

—Kailen… —lo llamó en un susurro.

—Tranquila, pasará. No te preocupes, estoy aquí.

Le acarició la mejilla, la ternura con la que lo hizo le llegó muy hondo. No era capaz de distinguir si todo era un sueño o si su caricia había sido real. Estaba cada vez más confusa. Le estaban quitando la ropa y al instante estaba asfixiada bajo un montón de mantas. Se destapaba y él la volvía a arropar. Ella se enfadaba y él le acariciaba el pelo y le hablaba con dulzura, aunque no era capaz de reconocer las palabras, de comprender lo que le decía.

Sintió que se alejaba y extendió la mano para intentar atraparlo y que no la dejara. Creyó entender la palabra «fuego» y «ahora vuelvo». Brianna se retorcía en la cama, le dolía todo el cuerpo, cada vez se encontraba peor. Se arrepintió de no haber matado a aquellos bastardos que le habían hecho eso.

Kailen la agarraba por detrás, la cogía de la cintura; su cuerpo cálido, grande y pesado la envolvió hasta que por fin dejó de tiritar. Percibía, desnuda, el calor de Kailen detrás de ella con alivio.

Escuchar el sonido de su voz al hablar ya la calmaba.

—No me gusta verte así, tan indefensa y vulnerable. Te prefiero

guerrera y luchando contra mí, esto hace que un instinto de protección brutal me invada. —Le acariciaba el cabello sin dejar de hablar—. Me habría cambiado por ti para que no estuvieras sintiendo el dolor que provoca este veneno.

—Kailen —susurró su nombre.

Incluso así, no quería que pensase que ella estaba sin fuerzas. Quizá creía que no lo escuchaba, pero lo hacía, cada una de sus palabras.

—Shhh, tranquila —le susurró, desnudo contra su piel, regalándole su calor—. Te pondrás bien. Hemos actuado a tiempo, solo necesitarás un par de días para descansar. Lo justo para llevarte después a donde había planeado. He tenido que quitarte toda la ropa. Mañana, cuando te des cuenta de cómo hemos dormido, estoy seguro de que recibiré una patada donde más duele. Si esto sirve para que ahora te sientas mejor, no me arrepentiré de haberlo hecho, aunque estar tan pegado a tu cuerpo desnudo, sin ninguna tela de por medio, me está volviendo loco, fierecilla.

La fiebre ya no la dejaba escuchar con claridad, su voz iba y venía.

—Estarás bien, no te preocupes. —Le acarició el rostro—. Estoy aquí contigo, no te dejaré sola. No te dejaré, estoy contigo…

A la mañana siguiente Brianna se despertó muy cansada, el dolor de estómago había desaparecido y ya no tenía tanto frío. Enseguida supo el motivo: Kailen estaba pegado a su espalda, envolviéndola con su calor. Se dio cuenta de que estaba despierto cuando sus dedos recorrieron su brazo. La caricia en su piel la alentaba a querer más, le retiró el pelo del cuello y sintió el dorso de los dedos recorriéndolo. El instinto la incitaba a darse la vuelta y besarlo, su respiración era cada vez más pesada. No entendía cómo con la noche que había pasado podía excitarse por la tímida caricia de las puntas de sus dedos sobre su piel.

—¿Te encuentras mejor? —le murmuró al oído, rozando su cuello con las palabras.

Se dio la vuelta y ambos se miraron fijamente. Kailen apenas se había separado y sus rostros se encontraban cerca, tanto que si ella levantaba un poco la cabeza podría besarlo. La respiración de ambos se hizo más profunda. Él deslizó la mirada por su cuello hasta llegar al inicio de sus pechos, Brianna deseó atraerlo a su boca, levantar la mano y acercarlo, besarlo, probarlo otra vez.

—Debo irme, pero no tardaré —le dijo mientras se levantaba de la

cama de manera repentina y se vestía—. Sé buena y no te muevas de aquí. ¿Lo harás? —insistió.

—Aunque quisiera, no podría irme a ningún sitio. Me encuentro como si me hubiera arrollado una manada de caballos.

Él se fue a la cocina, regresó con un cuenco con el desayuno y el camisón que le había quitado la pasada noche.

—Come algo, mañana estarás como nueva. —Fue a tocarle la frente, pero se detuvo—. Lo peor ya ha pasado.

Llamaron a la puerta. Brianna se vistió y Kailen fue a abrir. Era su hermana.

—Gracias por venir.

—Vete tranquilo, no me moveré de aquí —contestó Kendra.

Brianna frunció el ceño. No se fiaba y había llamado a su hermana para que la vigilara. Él la miró y, por su gesto, supo lo que había pensado.

—No me gusta dejarte sola en este estado, me quedo más tranquilo si ella está aquí por si necesitas algo.

—Anda, vete ya —dijo Kendra a la vez que le daba pequeños empujones hacia la puerta—. Estaremos bien, ya es hora de que conozca mejor a la mujer que te trae de cabeza.

Kailen, sin decir nada más, cogió una bolsa y se la puso al hombro. Clavó los ojos en ella antes de salir mientras hacía un gesto de agradecimiento a Kendra.

—¿Qué tal con mi hermano? —preguntó mientras se sentaba a su lado en la cama—. ¿No te has vuelto loca todavía por su presencia?

Brianna sonrió.

—Bueno, creo que más bien soy yo la que lo está volviendo loco.

—Intencionadamente, supongo. —Levantó una ceja.

Brianna miró hacia otro lado y ambas comenzaron a reír.

—No seas muy mala con él. La verdad, es un buen hombre, aunque cabezota, eso sí. Tendrás que ponerle límites. Siendo más jóvenes, el muy déspota no me dejaba ni respirar; es demasiado protector.

Ya se había dado cuenta de ese detalle.

—¿Y vuestros padres? —Brianna intentó incorporarse, y Kendra la ayudó.

—Mis padres murieron hace años, cuando éramos unos niños.

—Vaya, lo siento.

—Tranquila, fue hace mucho tiempo. Ese día nos habíamos

reunido con más familiares, estábamos relajados y ellos aprovecharon esa debilidad para atacarnos. Fue terrible, muchas de las personas a las que amábamos murieron aquel día. Kailen presenció cómo mataban a nuestro padre, creo que eso ha influido en su exagerada necesidad de proteger a sus seres queridos. Desde aquel día, no es el mismo.

—Lo entiendo, sé lo que es esa frustración e impotencia.

—Desde entonces se volvió más duro, más impenetrable. Él acabó con el asesino de mi padre, cuando lo vio caer fue tras él. Un niño contra un guerrero. Hizo lo imposible, luchó y lo mató.

—A veces el odio activa una energía tan potente en tu interior que aparece una fuerza que no eres consciente de tener.

Kendra asintió.

—Tengo entendido que tus hermanos y tú también estáis solos.

Brianna miró hacia el fuego de la chimenea, recordarlos le hacía daño.

—Sí, así es.

Kendra la cogió de la mano.

—Estoy segura de que estarán bien. Eres una mujer fuerte e independiente, seguro que les has enseñado a valerse por sí mismos.

—Por lo menos lo he intentado, pero me parecen tan jóvenes aún. No sé si serán capaces de vivir solos. ¿Y tú? ¿Vives sola?

—Sí, es uno de los límites que tuve que poner a mi hermano. Tengo que agradecerle que no insistiera en que me casase, aunque no le gusta la idea de que viva sola; le da miedo que intenten aprovecharse de mí. Cuando murieron mis padres, ambos aprendimos a luchar mejor. Sé defenderme sin un hombre a mi lado, pero ya sabes, los hermanos hiperprotectores piensan que, por ser mujeres, dejaremos que se aprovechen de nosotras. Tuve que librar una enorme batalla para demostrarle que era capaz de vivir sola, y gané. —Le guiñó un ojo y, con una gran sonrisa, afirmó—: Ahora soy yo la que le echa una mano.

Brianna pensó que ella habría hecho lo mismo con sus hermanas. Entendía ese instinto de protección que ejercía Kailen sobre Kendra.

—Creo que, de alguna forma, tú también lo proteges a él —dijo Brianna.

—Eres muy perspicaz. —Se encogió de hombros—. Tienes razón, tampoco lo puedo evitar. Es mi hermano, y lo necesito. —Se acercó a ella y susurró—: Pero eso no se lo confesaré jamás.

Ambas sonrieron. Era muy fácil hablar con ella, enseguida se había relajado en su presencia.

—Siento que los aldeanos se hayan puesto en vuestra contra por mi culpa —dijo Brianna.

Kendra la agarró de la mano.

—Te equivocas, cada vez hay más personas que te apoyan. No confían en el testimonio de William.

—Me gustaría demostrar mi inocencia, pero es complicado; es su palabra contra la mía.

—Lo es. De todas formas, estaré atenta por si escucho cualquier cosa que pueda ayudarte. Lo creas o no, te has ganado el respeto de muchos hombres y mujeres al interceder por el niño del otro día.

—Creo que Kailen no opina lo mismo, se molestó bastante.

—No le hagas caso, estoy segura de que es porque se preocupa por ti.

Brianna no lo tenía tan claro. A veces pensaba que solo la había salvado para desquitarse por el día en que se quedó el ciervo.

—Echas de menos a tus hermanos, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Crees que hay alguna manera de verlos? —preguntó.

Kendra se puso seria y se cruzó de brazos.

—Lo siento, no quería incomodarte —dijo Brianna.

Kendra se levantó.

—No, tranquila, no es eso. Es solo que Cowen está muy molesto con Kailen por lo ocurrido. No es un mal jefe, pero no te va a perdonar lo de su hijo. Estoy convencida de que os vigila, por lo que debéis tener cuidado. Por el bien de todos te lo pido: no hagas ninguna tontería.

—Lo sé, tranquila, no lo haré.

Kendra se sentó de nuevo a su lado.

—Eso no quiere decir que no se pueda encontrar alguna solución —contestó Kendra, y le guiñó el ojo.

Llamaron a la puerta y se miraron extrañadas. Desde que Brianna vivía allí, no solían recibir visitas. Kendra abrió. Era la madre de Andrew, el muchacho al que defendió Brianna.

—Hola, Kendra. Solo venía a traerle un caldo a la mujer de Kailen.

—No es exactamente su mujer. —Sonrió—. Eres muy amable, pero pasa y se lo das tú, está despierta.

—No, prefiero irme cuanto antes.

La mujer miró hacia los lados. Se había arriesgado al ir allí, debía estar muy agradecida por lo que hizo por su hijo.

—Está bien, yo se lo daré.

—Os he escuchado a ti y a Kailen cuando fue a buscarte para pedirte que vinieras a cuidarla, y he pensado que podría sentarle bien. —Señaló el cuenco.

—Muchas gracias, Ingrid. Me alegra que alguien del clan sienta que Brianna es buena persona.

—Sé que lo es.

Kendra la observó. Esa mujer sufría con ese marido borracho que sin duda la maltrataba. La conocía de antes de que se casara. Era una mujer bonita, alegre, pero desde que se juntó con Otto, su rostro estaba triste y su cuerpo, demacrado. Nunca pensó que fuera tan valiente de acercarse hasta la casa de su hermano, arriesgándose a que la descubrieran con ellos. Se despidieron y vio que volvía con rapidez por el camino de la aldea.

—Gracias —dijo Brianna.

—¿Por qué?

—Por apoyarme siempre.

—Como habrás comprobado, no solo yo pienso que mereces ser de nuestro clan. —Sonrió.

—Creo que eso nunca sucederá.

***

Kailen salió de la casa en dirección al pueblo, se sentía confundido por lo que le hacía sentir Brianna. Una semana después de que la hubieran envenenado, ya se encontraba mejor, por lo que volvía a mostrar ese carácter que tanto lo sacaba de quicio y que, al mismo tiempo, le encantaba, pues le hacía sentirse más vivo. Esa mujer lo atraía con todos sus defectos y virtudes, como un imán.

En el camino a la aldea se dio cuenta de que tenía sentimientos contradictorios. Por una parte, daría todo lo que tuviera para que las circunstancias no fueran así. Si pudiera, la dejaría libre, aunque, si era honesto, no estaba seguro de que fuera capaz de renunciar a ella. Eso le volvía loco, nunca se había sentido así, tan atraído por una mujer. Pero no podía ni siquiera plantearse esa posibilidad. Cowen no consentiría que la dejara libre, desataría su ira y, por otro parte, William acabaría con ella. Estaba hecho un lío, quería que estuviera a

gusto en casa, que no se sintiera como una esclava, pero no sabía qué hacer para que dejase de verlo como un enemigo. Hasta ese momento, todo lo que había hecho había sido para protegerla, y eso se estaba convirtiendo en una tarea a tiempo completo. Si no fuera tan obstinada, la habría tratado como a una igual; sin embargo, era orgullosa y desconfiada, independiente y valiente. No podía bajar la guardia. No le gustaba tener que obligarla a ir con él o a hacer cosas que no quisiera. Le hubiera gustado poder dejarla sola en casa o que paseara por el bosque, pero nunca había conocido a nadie con más facilidad para meterse en problemas.

Se preguntó qué querría Cowen, lo había mandado llamar y presentía que no sería para nada bueno. Esperaba que no hubiera averiguado lo ocurrido con el clan vecino.

Llegó a la plaza principal y entró en casa de Cowen, que era la más grande de la aldea. Había varios bancos a los lados de la gran mesa principal, el fuego no estaba encendido y él se encontraba sentado al fondo de la habitación. Se quedó mirándolo y le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Cuando estuvo a su lado, Cowen se tomó su tiempo antes de hablar:

—Has tardado en venir.

—No he podido hacerlo antes —contestó Kailen en un tono seco.

—Quiero que me expliques por qué salvaste a esa mujer. Siempre te he tenido como un buen guerrero y compañero, eres serio y leal. No entiendo por qué lo hiciste.

—Conocí a esa mujer esa misma mañana. Es cierto que es un poco salvaje, pero, como ves, no estoy muerto e incluso ese día aceptó que la acompañara a su poblado. No creo que sea una asesina.

Cowen se llevó la mano a la frente.

—¿Me estás diciendo que la salvaste porque te la quieres follar?

Kailen apretó la mano en un puño.

—¿Y tú confías ciegamente en la historia que contó William? —contraatacó Kailen—. Siempre ha tenido envidia de tu hijo, y más al saber que pronto sería tu sustituto.

Cowen se levantó enfadado.

—No puedo creer que haya hecho algo así. Todos sabemos cómo es, pero no llegaría a ese punto. A ella ni la conoces, ya me han contado que tuvo problemas con Otto el otro día.

—Estaba pegando a su hijo, solo lo defendió.

Se acercó a Kailen, y este se mantuvo erguido y orgulloso.

—No quiero tener problemas. Te dije que la vigilases, espero que no traiga más desgracias a nuestro clan. ¿Me has entendido?

—Quizá deberías considerar devolverla a su clan.

—¡¿Cómo?! Ni lo sueñes, ¿me oyes? —contestó, furioso—. Esa mujer se quedará aquí de por vida, no quiero que vuelva a ver a su gente nunca más. Yo tampoco veré a mi hijo de nuevo. Quiero que sienta al menos una parte del dolor que me come las entrañas, como si también hubiera perdido a su familia para siempre.

—Espero que no estés cometiendo una injusticia. Si algún día se demuestra que es inocente…

—Kailen, no me provoques. Ha tenido mucha suerte de que hayas sido el único necio que la ha querido salvar, cualquier otro hombre no tendría la consideración que tú tienes con esa… mujer.

Kailen se controló haciendo un gran esfuerzo para no golpearlo. Era lo más inteligente en ese momento.

—Puedes irte y recuerda que no quiero que vuelva a meterse con nadie de nuestro clan.

Él asintió y se fue de allí. No lo tenía nada fácil, con esa pequeña fiera como compañera era prácticamente imposible que no tuvieran algún problema.

Kailen entró en la casa, la chimenea estaba encendida y, por primera vez, sintió calor de hogar. La buscó con la mirada y la encontró tumbada en la cama, dormida. Se acercó despacio y se sentó a su lado. Tenía la mano en el pecho, respiraba de forma regular y tranquila. Lo golpeó el suave olor a bosque de su pelo. Le había dejado agua para que se pudiera asear, habría aprovechado su ausencia. Estaba preciosa; dormida se la veía en paz, relajada.

—Mi pequeña salvaje, tan fuerte y tan frágil. ¿Qué puedo hacer para apartar la tristeza de tu mirada? —le susurró mientras pasaba los dedos sobre su frente sin llegar a rozarla.

Kailen deslizó la mano por sus piernas sin tocarlas, estaba a milímetros de distancia de su piel. Avanzó hacia arriba, bordeó su cadera y subió hasta el pecho. El calor que emanaba su cuerpo era el mismo que sentía dentro de él.

Observó sus labios, gruesos, tan apetecibles, y se inclinó hacia ellos. Deseaba besarla, introducir la lengua en esa boca que anhelaba probar de nuevo. Sentía su cálido aliento tan cerca… Si bajaba un poco más, podría rozar sus labios. No volvería a hacerlo, no quería

forzarla o que ella se viera obligada a corresponderle como la última vez. Puso distancia entre ellos. Haría lo imposible para que tarde o temprano sintiera lo mismo que él.

—¿Ya estás aquí? —La escuchó decir a la vez que se incorporaba despacio—. No te he oído entrar. Me he tomado unas hierbas para relajarme un poco y me he quedado dormida.

—Sí. No te muevas, tranquila, acuéstate de nuevo.

Ella se volvió a tumbar, y ambos se miraron en silencio. Brianna parecía intentar analizarlo, y si lo hacía, lo único que podría ver en sus ojos era la preocupación y el interés que sentía por ella.

Él tocó la sien de Brianna con el dedo, dándole pequeños golpecitos.

—Quizá todavía no esté del todo aquí —le dijo Kailen, tocándole la frente—. Aunque creo que ya he empezado a meterme en tu mente, y si no es así, pronto lo estaré por completo.

Brianna no supo qué contestar.

—Te he dejado algo de comer —dijo ella a la vez que se levantaba.

Kailen asintió.

—Gracias.

La vio ir hasta el pequeño baúl y arroparse con una capa que le llegaba hasta los tobillos.

—¿A dónde vas?

—Necesito salir. Me ahogo aquí dentro.

—Deberías descansar.

—No, estoy bien. Si pudiera, me iría a correr.

—Huirías —afirmó él.

Kailen se cruzó de brazos mientras la miraba de forma inquisitiva. Brianna entrecerró los ojos.

—Sí, sueño con escapar, pero sabes que no lo haré.

—Por tu bien, mejor que así sea.

El desafío se reflejó en su mirada. No había nada como decirle a Brianna que no hiciera algo para que quisiera conseguirlo.

—Voy a salir a tomar el aire. —Se colocó las manos en la cintura—. ¿Me lo vas a impedir?

Él se apoyó en la mesa.

—Sí.

Le encantaba provocarla. Su rostro comenzó a ponerse rojo de rabia. Por supuesto que iba a retarlo, no le cabía ninguna duda. Brianna fue hacia la puerta, él la siguió despacio y, cuando iba a abrir

la puerta, la cerró. Kailen olía el suave aroma de su guerrera, que nublaba sus sentidos. La vio apretar los puños con fuerza sin volverse; pensaba golpearlo, lo que no sabía con certeza era si sería capaz de hacerlo.

Se giró y se enfrentó a él. Antes de que pudiera decirle nada, él se adelantó:

—¿Vas a desobedecerme?

—Lo disfrutas, ¿verdad? ¿Disfrutas teniendo el poder? —preguntó, molesta.

Kailen arqueó los labios.

—No voy a decirte que no.

Brianna se acercó a su boca y le susurró:

—Te odio.

Fue a empujarlo, pero él la detuvo presionándola contra la puerta.

—Lo sé, y eso lo hace más excitante. ¿No crees?

Kailen se divertía con su pequeña fierecilla y, a la vez, daría lo que fuese para que ella no lo viese como un enemigo.

—Apártate —lo amenazó Brianna.

Sentía el cálido aliento de ella golpeando su rostro. ¡Dios! Lo que daría por besarla y acariciar su cuerpo.

—¿O qué? —preguntó él—. ¿Vas a pegarme?

—Eso significaría que tendría que tocarte, y ni muerta quiero hacerlo.

—Ten cuidado, Brianna, puede que te arrepientas de lo que acabas de decir. —Kailen le dejó un poco de espacio—. No debes salir ahora, está anocheciendo y es peligroso. Deberías esperar a mañana por la mañana.

Ella no dijo nada. Un extraño brillo refulgió en sus ojos y no discutió más. No le gustaba esa actitud, seguro que algo tramaba. El resto de la tarde ambos estuvieron en silencio y, durante la cena, sus miradas se cruzaron de vez en cuando. Al llegar el momento de acostarse, Kailen apagó el fuego mientras Brianna se cambiaba. Al darse la vuelta, vio que se había colocado de nuevo en el suelo.

De ninguna manera la dejaría volver a dormir ahí. Primero, porque le preocupaba que cogiera frío; segundo, porque era un sitio muy incómodo, y tercero, porque se lo había prohibido.

—Sabes que no vas a dormir en el suelo, Brianna, así que vamos a ahorrarnos otra discusión. Métete en la cama.

Ella se giró, dándole la espalda, sin hacerle caso. Kailen cerró los

ojos, se avecinaba una batalla. Se acercó en dos zancadas, la cogió en brazos y la llevó a la cama mientras Brianna se resistía.

—¡No me toques! ¡Bruto!

—Creo que sigues sin entenderlo. —Se acercó a sus labios—. Te lo volveré a dejar claro: aquí eres mi responsabilidad, por lo que, te guste o no, harás lo que te diga. Me perteneces, te tocaré cuando y donde me plazca. ¿Lo has entendido?

—Ni lo sueñes —murmuró.

Brianna fue a arañarlo, pero Kailen, incluso teniéndola entre sus brazos, logró esquivarla echando la cabeza hacia atrás.

—No me provoques.

—¡Eres tú! —gritó, molesta—. No puedes tratarme así.

—Lo haré siempre que sigas intentando desafiarme.

—Solo necesito un poco de espacio.

Ella dejó de revolverse entre sus brazos. Su mirada reflejó una profunda angustia.

—Y podrás tenerlo, siempre y cuando seas razonable —dijo él.

—¿Razonable con alguien como tú?

Kailen entrecerró los ojos y la tiró en la cama. Brianna volvió a intentar levantarse y él la empujó otra vez. Lo intentó de nuevo, con el mismo resultado.

—Puuuf —gritó ella con rabia—. ¡Eres un…!

—Todo lo que tú quieras, pero dormirás en la cama. —La señaló con el dedo—. No te imaginas la paciencia que puedo tener cuando quiero. Te aseguro que, si te he dicho que no volverás a dormir en el suelo, no lo harás.

Brianna cerró los ojos, molesta, cogió la manta y, dando pequeñas patadas en el aire, se tapó dándole la espalda. Kailen sonrió. La batalla del ciervo la había perdido, pero había conseguido que le dijese su nombre. Y hoy también había ganado él. Dos a uno.

Capítulo 16

Ambos se despertaron al mismo tiempo, estaban muy juntos uno del otro. Brianna se incorporó. Incluso siendo un sueño, tenía la sensación de que él había ganado. Todavía podía percibir la rabia de su yo del pasado perdiendo la partida. Lo miró y vio que sonreía mientras se colocaba los brazos detrás de la cabeza; su rostro mostraba superioridad.

—No le veo la gracia —dijo ella.

—Dios mío, nunca pensé que pudieras ser más terca de lo que ya eres, pero en el pasado te superas.

—Debe ser porque te gusta sacarme de quicio.

—La verdad es que he de reconocer que ha sido divertido.

Ambos se quedaron en silencio hasta que Brianna no pudo contenerse y comenzó a reírse. Kailen la imitó. Durante unos minutos se sintió libre y muy a gusto con él. No entendía qué había podido ocurrir en el pasado para que hubieran acabado así. En sus sueños él siempre la protegía, se preocupaba por ella. ¿Cómo demonios llegaron a ese final?

—Estás muy bonita cuando te ríes, pequeña salvaje.

El rostro de Brianna cambió y volvió a ponerse a la defensiva.

—No me llames así —dijo mientras se levantaba de la cama y le daba la espalda.

—¿Qué te molesta? ¿Lo de pequeña o lo de salvaje?

Ella se giró.

—¿Quieres que te demuestre lo salvaje que puedo llegar a ser?

Kailen se acercó a ella y levantó una ceja.

—No me tientes.

—Tranquilo, no lo haré.

—Mi guerrera, nunca pensé que podría conocer a alguien tan interesante como tú.

—No soy tuya.

Se acercó a su oído mientras le susurraba:

—Lo serás.

El tono bajo y sensual de su voz la volvió a estremecer.

—Qué seguro estás.

Él se acarició la barbilla.

—Si no tuviéramos estos sueños, podría pensar que solo me odias, que detestas estar a mi lado; pero lo que he descubierto de la Brianna de antes es que disimulaba lo que sentía por mí, que me deseaba de la misma forma que mi yo del pasado la deseaba a ella, a ti. —Se aproximó y le acarició el brazo desnudo sin apartar los ojos de ella—. Puede que actúes de la misma forma y que tengas otras sensaciones al estar conmigo, no solo rencor.

—Yo no soy como ella ni tengo sus emociones.

Kailen levantó una ceja.

—Te engañas. Hace tiempo que sé que ese Kailen es más parecido a mí de lo que yo pensaba. —Despacio, sus dedos bajaban y subían por su brazo—. ¿No sientes que ella está dentro de ti? ¿Que te traspasa lo que siente por él?

Tenía razón, no podía negárselo. En su mente no estaba sola. La ira, la rabia, la frustración, el deseo, la desconfianza, todo lo que percibía de una forma nítida provenía de ella. Kailen sentía lo mismo.

—Entonces, ¿tienes los mismos sentimientos que él? —preguntó Brianna.

—Si tú lo niegas, no te creeré.

Se alejó dándole un golpecito en el pecho. No iba a responderle, no quería profundizar en esa conversación, tampoco le apetecía discutir, y mucho menos que la mirase con esa hambre en los ojos. No era bueno para su equilibrio mental.

Se asomó a la ventana. Estaba nublado, pero al menos no soplaba el viento.

—No tengo ni idea de por dónde seguir. ¿Cómo vamos a encontrar el lugar donde vivíamos? ¿O dónde está ese árbol que mostraba la esfera? —preguntó Brianna mientras miraba la calle.

—Tiene que haber alguna pista en el sueño que acabamos de tener.

Ella se apoyó en la pared rememorándolo. ¿Qué podría ayudarlos? Vivían cerca del bosque, en él no había nada que llamase la atención o que pudiera ser diferente. Entonces recordó algo.

—¡Creo que lo tengo! —dijeron ambos al mismo tiempo.

—La flor —contestó Brianna.

Kailen asintió.

—Eso es, Yomapaje. Se supone que esas flores blancas con el centro azulado eran difíciles de encontrar. Si buscamos en Internet dónde suelen crecer, es probable que podamos encontrar alguna pista.

Se sentaron en la cama. Brianna comenzó la búsqueda en su portátil y Kailen, en el móvil. Eran exclusivas de Irlanda y, sobre todo, de la zona de Wicklow, que era donde se encontraban. Solían crecer cerca de lagos o ríos. Buscaron lagos cerca de la zona y decidieron dirigirse a Roundwood, uno de los lugares en los que podrían encontrar más información. Estaba a unos doce kilómetros de Glendalough.

Recogieron sus cosas y fueron en moto. Poco tiempo después, a la hora del almuerzo, llegaron al *bed and breakfast* donde iban a alojarse. Se acercaron a la recepción para reservar. Una mujer de mediana edad los atendió. Las pecas y los colores rosados que tenía en su rostro junto con su amable sonrisa le daban un aspecto afable.

—Buenos días, nos gustaría reservar una habitación durante…

Brianna lo interrumpió.

—Serán dos habitaciones.

—Ni lo sueñes —la amenazó él.

La mujer levantó la vista del ordenador, observando a ambos sin saber qué decir.

—Dos habitaciones —insistió Brianna.

—Perdone —se dirigió a la mujer—, ¿nos disculpa un momento?

Kailen agarró del brazo a Brianna y la llevó a un lado.

—No vamos a coger dos habitaciones. Hay alguien que intenta hacerte daño, no pienso dejarte sola en ningún momento.

—Pueden darnos dos habitaciones, una enfrente de la otra.

—No, así no podría dormir tranquilo.

Brianna resopló.

—Kailen, no seas neandertal, puedo cuidar de mí misma.

Él se cruzó de brazos.

—¿Ah, sí? Por eso te salvé en la tienda, en la montaña y en el lago. Sin contar las dos veces que te he salvado en esa otra vida, en el pasado o como lo quieras llamar.

Le gustase o no, no encontraba argumentos contra eso y se quedó pensativa. Realmente, parecía desconocer que él había sido el causante de su muerte cientos de años atrás. El hombre que había conocido en el parque, Ryan, le había advertido de que Kailen podría ser peligroso, incluso tener doble personalidad. No se fiaba ni de él ni

de Kailen. Si se basaba en los hechos, al menos la había salvado varias veces al estar en problemas.

Le resultaba complicado estar en la misma habitación sin sentirse examinada a cada instante, ni siquiera descansaba igual a su lado.

—No sé qué se te está pasando por esa cabecita, pero, sea lo que sea, olvídalo. Vamos a alojarnos en la misma habitación.

Sin decir más, regresó a la recepción, dejándola con la palabra en la boca. Ese hombre era el demonio, ella debía estar en el purgatorio por tener que aguantarlo día a día.

Subieron a la habitación, donde dejaron sus cosas, se refrescaron un poco y bajaron a comer. El sitio era pequeño y agradable, la mujer que los había atendido en la recepción se dirigió a ellos y los acomodó en una mesa con vistas al jardín trasero. Hacía un día soleado, se escuchaban los pájaros y el ambiente era muy tranquilo. Kailen sacó el cuaderno donde apuntaba lo que iban averiguando.

—¿Es ahí donde tienes los dibujos? ¿Puedo verlos? —preguntó Brianna.

Él asintió y se lo dio. Las láminas reflejaban paisajes del pasado, la cabaña donde vivían, tanto el interior como el exterior, el primer día que se encontraron en el bosque. Se detuvo en uno de los dibujos. Era ella, estaba sentada en una roca y miraba hacia el suelo pensativa. Era como si hubiera captado la tristeza de Brianna al estar separada de sus hermanos, incluso un halo de vulnerabilidad, pero al mismo tiempo se la veía serena, erguida, sin perder su orgullo. La había dibujado de una forma tan real que su pecho se encogió.

Lo miró y la conexión entre ellos creció como una manta a su alrededor, que los aislaba de las pocas personas que estaban sentadas en la sala. El momento se rompió cuando trajeron los platos; era la misma mujer de la recepción, solo que ahora llevaba el pelo recogido en un moño bajo.

—Qué bonito —preguntó la camarera al ver el retrato—. ¿Me permites? Me gustaría verlo mejor. —Pasó las páginas para ver el resto—. Son unos dibujos preciosos. Este está muy logrado, es idéntico.

Kailen y Brianna se fijaron en que señalaba uno de los dibujos del lago.

—¿Sabes dónde está ese lugar? —preguntó Kailen.

Ella sonrió.

—Claro, es en Lough Danner, está muy cerca de aquí. Por cómo

está dibujado, es inconfundible con las dos grandes piedras a cada lado del inicio de una de las entradas de los lagos. Es la menos conocida y se accede por el bosque, la zona es un poco pantanosa.

—¿Nos podrías indicar cómo llegar?

Ella la miró extrañada.

—¿No lo habéis dibujado vosotros?

—Sí. Es complicado.

Podía haberse inventado que lo había visto en Internet, pero prefirió no mentir. La mujer siguió observando las láminas. En una de ellas se detuvo y se quedó pálida.

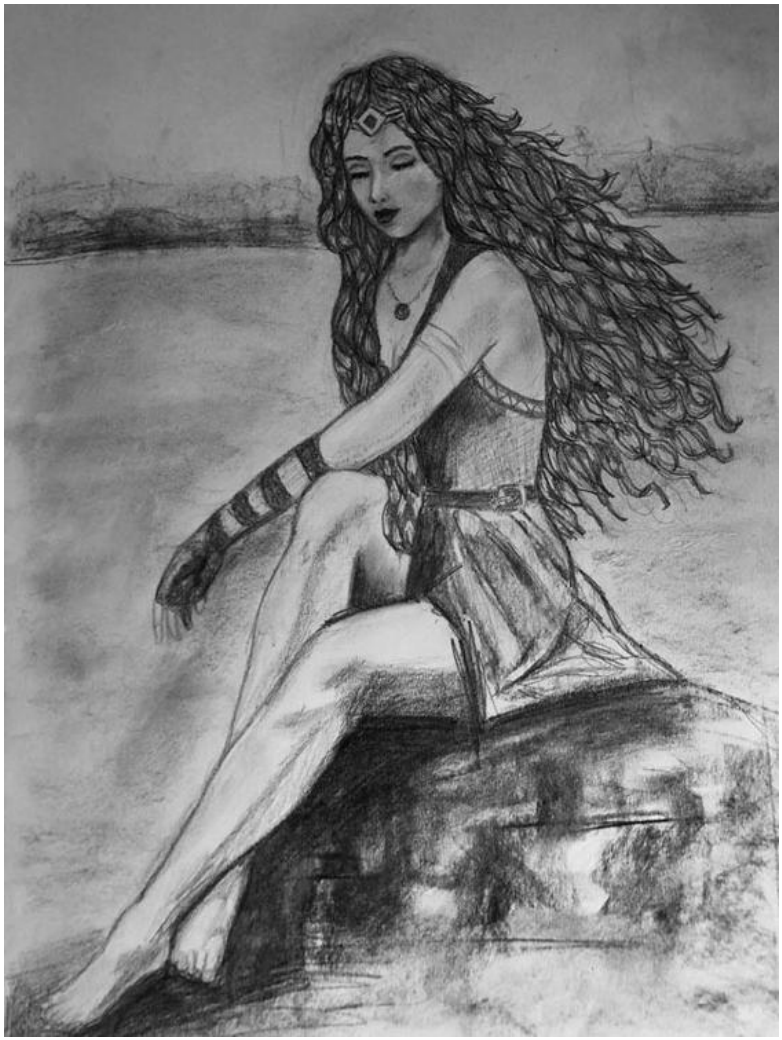
—¿Ocurre algo? —preguntó Brianna, extrañada.

Observó lo que la había hecho impresionarse hasta el punto de quedarse sin sangre en el rostro.

—¿Qué es lo que buscan exactamente? —dijo sin apartar la vista del dibujo.

—La verdad es que no nos creería si le contásemos toda la historia.

—¿Por qué tienen anotada la palabra Nádúr? —preguntó con curiosidad.



Kailen y Brianna se miraron por un breve momento.

—Solo puedo decirle que estamos buscando algo y, sinceramente, no sabemos qué es con exactitud. Perseguimos pistas y necesitamos encontrar el lugar del dibujo —se sinceró Brianna—. ¿Conoce el significado de Nádúr?

—Significa «naturaleza» en gaélico. —La mujer miró hacia atrás, parecía comprobar que nadie los escuchaba. Cogió una silla y se sentó con ellos—. Soy la dueña de este sitio, vivo con mi marido, mis hijos y mi abuela Grace. Desde niña me ha contado historias y cuentos sobre Irlanda. Me encantaban las viejas leyendas, las fábulas, la magia que rodeaba a nuestro país. Mi abuela es especial.

—¿A qué se refiere? —preguntó Brianna.

—Bueno, siempre ha sido un poco bruja, en el buen sentido de la

palabra. Intuye cosas, ha ayudado a gente de muchos lugares.

Le brillaban los ojos al contar la historia, estaba emocionada al hablar de su abuela.

—¿Y cómo los ayuda? —dijo Kailen.

—A encontrar lo que han perdido. —Brianna frunció el ceño, cada vez más confusa—. Para algunos son cosas importantes que han olvidado, para otros es una guía que los ayuda a encontrar lo que sienten que han perdido, como si les faltara una pieza importante en su vida.

El corazón de Brianna se saltó un latido al escucharla decir eso.

—¿Y qué tiene que ver la palabra Nádúr en este puzle? —preguntó Kailen.

—Mi abuela siempre me ha dicho que nuestros ancestros vienen de allí. Que la magia siempre ha existido en nuestras familias y que no podemos dejarla de lado, que solo hay que saber escucharla.

Brianna se emocionó, por fin tenían una nueva pista. No sabía si esa mujer estaba loca o si se estaba inventando lo que decía. Debían averiguarlo, tenía que conocer a la abuela de esa mujer.

—¿Podríamos hablar con ella? —preguntó Kailen.

Al parecer, él también se había emocionado al escucharla.

—Claro que sí. Esta noche, después de que termine de servir las cenas, os la presentaré. Seguro que estará encantada. ¿Cuántos días os alojaréis aquí?

Kailen y Brianna se miraron sin saber muy bien qué respuesta dar, ni ellos mismo lo sabían.

—Depende de si encontramos las respuestas que buscamos —contestó él.

—Perfecto. Mi nombre es Shannon. —Sonrió a la vez que les tendía la mano.

—Soy Brianna.

—Y yo, Kailen.

Shannon estiró el trapo que tenía en la mano sin dejar de mirarlos.

—Qué bonita pareja hacéis —dijo con una traviesa sonrisa.

Brianna iba a sacarla de su error, pero Kailen se le adelantó.

—Que no te engañe esa cara de no haber roto un plato. Cuando se enfada, es mejor estar a diez kilómetros de distancia.

Shannon le dio un golpecito en el hombro.

—Pues debe ser buena en todo lo demás porque, por la forma en la que la miras, se nota que estás loquito por sus huesos. —No los dejó

contestar—. Bueno, chicos, os veré en la cena.

Shannon se alejó hacia otra mesa para atender al resto de los clientes.

—Si la abuela es tan intuitiva como la nieta, creo que nos iremos de aquí sin ningún dato nuevo —dijo Kailen mientras miraba a Brianna.

Ella entrecerró los ojos, quería hacerla de rabiar. En otra ocasión le hubiera molestado esa respuesta, pero ahora estaba tan emocionada por conocer a la abuela de Shannon que no le importaba.

—Tienes razón —contestó Brianna—. No entiendo cómo piensa que me haya podido fijar en alguien como tú, y mucho menos que hacemos buena pareja.

—Eso no es lo mismo que opinabas de mí en el pasado.

Kailen bebió de la copa sin dejar de mirarla.

—En ese pasado no sabía de lo que eras capaz. Ahora sí. —Se levantó de la mesa—. Voy a la habitación.

Kailen la agarró de la muñeca.

—¿A qué te refieres?

—¿Estás seguro de que no lo sabes? —preguntó Brianna.

—No. —Él la soltó y se puso de pie. Le sacaba una cabeza—. Deberías contármelo, puede que nos ayude a saber que pasó.

—Si de verdad lo desconoces, será mejor que esperes a soñarlo. Prefiero que veas con tus propios ojos lo que hiciste.

Brianna subió a la habitación. Kailen la siguió, cogió varias cosas y se fue a dar una vuelta. Ella aprovechó para descansar. Pasaron varias horas hasta que él regresó, pero apenas hablaron; o bien estaba molesto, o bien le estaba dando su espacio.

Se asomó al balcón mientras Kailen se duchaba antes de bajar a la cena. Aprovechó para llamar a Roger y contarle todo lo que les había ocurrido. Como siempre, escuchar su voz la tranquilizó. Se alegraba de que el herbolario fuera bien y de que su padre hubiera quedado con unos amigos para tomar unas cervezas. Él quería seguir hablando, pero no quería entretenerlo, por lo que le prometió que ya le pondría al día. Lo notaba contento. Roger la animó para que siguiera con su búsqueda sin rendirse.

Después de colgar, observó el maravilloso entorno donde se hospedaban. El paisaje rodeado de árboles en medio del bosque era hermoso. Agarró las solapas de la chaqueta de lana para abrigarse mejor. El pelo húmedo por la ducha que se acababa de dar mezclado con la brisa de la tarde le provocó un escalofrío. Aun así, respiró

profundamente mientras cerraba los ojos. El sol comenzaba a ocultarse. A lo lejos distinguió la figura de un hombre que la miraba, entrecerró los ojos para distinguir mejor y en ese momento sonó su móvil. Era una llamada con número oculto.

—¿Diga?

—Veo que no me has hecho caso en nada de lo que te he dicho.

Brianna abrió los ojos, sorprendida.

—¿Cómo sabes mi número de teléfono?

—Brianna, sé mucho más de ti que tu teléfono. Si no entras, vas a resfriarte.

Ella, inquieta, miró a su alrededor. Enfocó a lo lejos y logró reconocer al hombre que había visto hacía unos momentos. Era él, Ryan; los seguía fueran a donde fueran.

—Voy a llamar a la policía.

—¿Y qué vas a decirles? ¿Que un desconocido se te acercó en el parque avisándote de que te alejases de tu jefe?

—No, no solo eso, gilipollas. Les diré que eres un puto acosador —contestó, cada vez más cabreada—. Que es muy probable que tú hayas quemado la tienda, que hayas intentado matarme al tirar esa piedra en la cueva.

—Eso solo fue un aviso, no pretendía hacerte daño. Te aseguro que, si quisiera eso, ya lo habría hecho. Aunque sí he de decirte que, si sigues empeñándote en estar cerca de Kailen, uno de los dos saldrá herido.

—¿Me estás amenazando?

—Es solo la verdad. Te dije que no podéis estar juntos, es peligroso, no solo para vosotros. Si insistes en seguir con la investigación, me veré obligado a intervenir. Sería una pena, sin embargo, no hay otra opción. O te alejas de él o uno de los dos tendrá un accidente. Y, Brianna —se quedó en silencio por un breve instante—, si hablas con él de esto, lo sabré. Mejor sigue como hasta ahora. No confíes en él, te destruirá.

—Pero…

Él le había colgado. Vio que le hacía un gesto con la mano para despedirse, como el día del parque. Su corazón bombeaba con energía, las manos le picaban. Se agarró a la barandilla con fuerza. Le daban ganas de gritar, pero se controló para que Kailen no la escuchase o tendría que darle explicaciones acerca de por qué se había vuelto loca de pronto.

No le gustaba ese hombre, los había amenazado. Debía pensar despacio cuál sería la mejor solución para tratar con ese extraño y qué opción era la más correcta con respecto a Kailen: contárselo o no. Mientras tanto, era ella la que no se apartaría de él, no quería que sufriera ningún daño. Suspiró cansada, preguntándose cuándo acabaría aquella pesadilla. ¿Qué interés tendría ese desconocido en ellos?

—¿Nos vamos?

La voz de Kailen a su espalda la asustó. Cerró los ojos para tranquilizarse.

—Lo siento, ¿te he asustado? —preguntó, acercándose a ella.

—Estaba concentrada —mintió.

Kailen la miró extrañado.

—¿Estás bien? Te ves muy pálida.

Fue a tocarle la mejilla, pero ella lo esquivó con rapidez. No quería que los viera el hombre del parque, no estaba segura de si todavía estaba por allí. Si notaba que la confianza entre ellos había aumentado, con toda probabilidad cumpliría sus amenazas.

—Es mejor que bajemos, se nos hará tarde —dijo Brianna sin mirarlo, entrando en la habitación.

Kailen no insistió. Bajaron al restaurante del hostal, vieron a Shannon y les confirmó que, cuando terminase el horario de la cena, los avisaría para que fueran a hablar con su abuela. Ya la había puesto al día y, al parecer, tenía muchas ganas de conocerlos.

Apenas hablaron entre ellos. Kailen la miraba de vez en cuando, seguía distante, pero pendiente de ella. Estaban esperando el postre, y Brianna comenzó a juguetear con las migas de pan del mantel.

—Estás muy pensativa —dijo Kailen mientras cruzaba los brazos.

—Tú también.

—Si te soy sincero, estoy nervioso.

Ella lo miró extrañada.

—¿Por ver a la abuela de Shannon?

—Sí. —Juntó las manos entrelazándolas y se apoyó en la mesa—. Sé que has visto más cosas del pasado que yo, que me odias por un motivo que desconozco. Creo que tengo miedo de averiguarlo.

Brianna clavó los ojos en él. Su personalidad y su forma de actuar con ella no encajaban con el desenlace de su historia. Tampoco ahora parecía una persona que ocultase información. O era muy buen actor o de verdad Kailen era tal cual se mostraba. Todo lo que había hecho

hasta ahora era ayudarla, la había cuidado en el hospital y se había sincerado con ella en muchos sentidos. Si la Brianna de su pasado no estuviera tan resentida, actuaría de forma distinta.

Shannon los llevó por la parte trasera, donde se alojaba ella con su familia. La casa estaba decorada con muebles antiguos, era un lugar colorido y alegre. Abrieron otra puerta y, sentada en una mesa pequeña y redonda, estaba la abuela de la dueña. Las manos de Brianna comenzaron a sudar, estaba más nerviosa de lo que pensaba. Intuía que, cuando saliera de esa habitación, no sería la misma.

Capítulo 17

La anciana de aspecto frágil les dedicó una calurosa sonrisa. A pesar de sus años, era bonita, con el pelo gris recogido en un moño bajo y unos hermosos ojos dorados que le conferían una mirada llena de vitalidad tan sorprendente que te hacía no darte cuenta de las arrugas que surcaban su rostro.

—Me vais a disculpar si no me levanto, muchachos. Ya he cogido la postura —dijo con una tierna sonrisa—. Por favor, sentaos.

Ellos obedecieron. Kailen sintió un suave calor por debajo de la mesa y levantó el faldón con disimulo, un pequeño calefactor en el suelo calentaba los pequeños pies de esa mujer. No dejaba de observarlos en silencio.

—Interesante —comentó ella.

Kailen frunció el ceño mientras Brianna subía las cejas, sorprendida.

—Abuela, no seas mala con ellos. Creo que esta pareja no está muy acostumbrada a la magia ni a lo místico.

—Ni que lo digas, hija. Veo luces y sombras a su alrededor. Sus almas están muy perdidas.

—¿Realmente lo ves? —preguntó Brianna.

—No, pero debéis estarlo si estáis en medio de un pueblo solitario hablando con una vieja que dice que es bruja.

Grace se subió un poco el chal de lana que llevaba por los hombros y sonrió.

—Bueno, chicos, me voy —dijo Shannon—. Si me necesitáis, estaré en la cocina.

Ambos asintieron y los dejó solos con esa misteriosa anciana. Kailen repiqueteaba los dedos contra su muslo, nervioso. Lo incomodaba su escrutinio. No creía que con solo mirarlos pudiera darles pistas de lo que buscaban, por lo que se empezó a impacientar.

—Decidme vuestra fecha de nacimiento.

—11 de noviembre de 1989 —dijo Brianna.

Kailen se quedó en silencio. Pensaba que eso iba a ser una pérdida de tiempo, él había estudiado Astronomía, no Astrología. No creía en esas cosas. Brianna le dio un manotazo en el muslo por debajo de la mesa.

—El 15 de febrero de ese mismo año —contestó.

—Lo que imaginaba.

La intriga iba a acabar con él. ¿Por qué todo parecía una incógnita cuando hablaba esa mujer?

—Desprendéis una energía muy especial, más aún cuando estáis juntos.

Kailen pensó que lo que notaba esa mujer era el calor que desprendía el aparato que estaba debajo de la mesa, no ellos.

—Conforme utilicéis esa fuerte conexión que existe entre vosotros, el camino irá hacia un lado o a otro —prosiguió—. Un evento muy importante ha ocurrido entre los dos; depende del lado desde el que lo observes, pudo ser hermoso o destructivo.

Brianna y Kailen se miraron sin entender.

—¿A qué se refiere exactamente? —preguntó Brianna.

—¿Confiáis el uno en el otro?

Ella se quedó en silenció mientras Kailen pensaba que, aunque era muy probable que no sacasen nada en claro de esa anciana, prefería sincerarse.

—No, no hay mucha confianza entre nosotros. Aunque me gustaría que no fuera así, Brianna no confía en mí.

—Si la confianza no crece, no conseguiréis vuestro objetivo. ¿Qué hace que exista esa barrera?

—Creo que en el pasado ocurrió un suceso importante que nos separó. —Miró a Brianna—. No consigo saber qué fue. En ninguno de nuestros sueños he visto lo que sucedió para que Brianna perdiera la confianza en mí, y ella no me lo ha querido contar.

—¿Soñáis lo mismo? —preguntó Grace.

Ambos asintieron.

—Nos vemos a nosotros en un pasado antiguo, creemos que esos sueños se desarrollan es en el siglo XI, en Irlanda —explicó Kailen.

—¿Cómo son esos sueños?

—Muy reales —contestó Brianna.

—Tanto que incluso sé lo que ella piensa o siente.

Grace se frotó la barbilla, pensativa.

—Hemos averiguado distintas cosas —dijo Kailen—. En un

medallón que tiene Brianna, apareció la palabra Nádúr.

—¿Puedo verlo? —preguntó Grace, intrigada.

Brianna se lo quitó y se lo entregó. La anciana lo miró muy de cerca, como si quisiera memorizar cada pequeño detalle del colgante. Lo acarició sonriendo mientras su rostro transmitía paz, parecía que se comunicaba con él.

—Perteneció a una gran Nádúr. Ahora entiendo por qué he tenido esa bella sensación al verte, Brianna. Eres una de nosotras. —Se dirigió a Kailen—. Tú también estás ligado a ellas de alguna forma.

—En nuestros sueños pertenezco a otro clan.

Grace ignoró su comentario como si estuviera segura de lo que decía.

—¿Cómo apareció la palabra en el medallón?

—Se me cayó al fuego, ahí fue cuando la palabra se hizo visible.

—Las Nádúr están ligadas a la naturaleza, al universo. Cualquier elemento de los que nos rodean puede ofreceros una pista. —Grace le devolvió el medallón, que Brianna se volvió a colocar alrededor del cuello—. Dadme vuestras manos.

Brianna accedió sin pensárselo mientras que Kailen se mantuvo quieto. La anciana le hizo un gesto con los dedos insistiendo. Al final, aceptó. Grace entrelazó las manos de ambos formando un círculo entre los tres. Estudió con detalle las palmas de cada uno hasta que llegó a sus muñecas.

—¿Veis esto? —Grace señaló una media luna en la piel de Brianna —. Debes tener otra media luna en otra parte de tu cuerpo para que esté completa.

—Sí, en la nuca.

Grace asintió.

—En cambio, tú tienes una estrella. —Con los dedos, siguió las líneas en la piel de Kailen.

—¿Y? ¿Qué importancia tiene eso? —preguntó, cada vez más irritado.

—Nunca había visto una conexión tan profunda. —La anciana los soltó y se apoyó en la silla—. Kailen, naciste primero y, nueve meses después, nació Brianna. —Los miró con intensidad—. Ella nació para ti, y él nació para pertenecerte, muchacha. La luna junto con la estrella es vuestro símbolo de unión.

—Eso es una tontería —dijo, molesta, cerrando la mano—. En el pasado o en nuestros sueños, como lo quiera llamar, le aseguro que no

estamos hechos el uno para el otro.

—Ay, jovencita. —Inclinó la cabeza y puso las manos en su propio regazo—. ¿No te das cuenta de que no estás poniendo el foco donde debes? Os lo he dicho: dependiendo del lado desde el que miréis, puede ser hermoso o destructivo. Tú ya has elegido ese camino. Sin embargo, tú —miró a Kailen— debes trabajar más duro para conseguir lo que deseas. No crees lo suficiente, y eso hace que olvides, que no llegues a tu objetivo final.

Kailen se frotó el pelo, frustrado.

—Me siento como en una puñetera película de suspense, en la que me cabreo al no entender por qué ese personaje misterioso se anda con rodeos y no les dice directamente lo que deben o no deben hacer.

—Puede ser porque el personaje misterioso, como tú lo llamas, sabe que, hasta que los protagonistas no descubran por ellos mismos lo que esta anciana quiere decirles, no serán capaces de creerla o de seguir sus consejos. Lo tendréis que descubrir vosotros, yo solo puedo daros un empujoncito.

—Te doy la razón, me cuesta creer que nos hemos reencarnado. Incluso nos llamamos igual que en el pasado, eso indica que lo que nos ocurre debe estar relacionado con algún encuentro en este presente. Quién sabe, quizá nos conocimos de niños, jugábamos a contar historias y ninguno de los dos lo recordamos. Lo otro es demasiado místico.

—¿Místico, dices? ¿Magia? Muchacho, no etiquetes lo que os está sucediendo. ¿Cuál es tu profesión?

—Estudié Astronomía, pero trabajo en una librería.

—No podía ser de otra forma. —Volvió a cogerle la muñeca y señaló la estrella que se reflejaba en las líneas de su piel—. El que hayas decidido estudiar Astronomía, de todas las profesiones que existen, eso es magia.

—¿Disculpa? —preguntó Kailen, confuso.

—No existen las coincidencias, todo pasa por un motivo. Nos guste o no, es así. Hay mucha gente que no sigue las señales, los mensajes que la vida les envía. Hace mucho, nuestros ancestros se dejaban guiar por ellos, pero con el tiempo hemos perdido esa intuición. Las estrellas, el sol, el infinito del cosmos… Antes éramos capaces de leer el cielo, ahora solo sentimos su llamada, algunos con una sensibilidad mayor que otros. Nos atrae, nos apasiona a la vez que nos atemoriza, pero ya no lo escuchamos.

—Las antiguas culturas como los mayas y los babilonios pensaban que los eclipses, los cometas, la luna eran la escritura de los dioses —replicó Kailen—. Tomaban sus decisiones por lo que les mostraba el cielo, incluso ofrecían sacrificios. Ahora sabemos que no es así. ¿Por qué aferrarnos a lo desconocido cuando está la ciencia de por medio?

—Porque ni siquiera la ciencia tiene las respuestas a todo. Con la carrera que has estudiado, sabrás que el universo es un eterno desconocido. La mayoría de los estudios, artículos o libros que hay publicados están basados en teorías matemáticas, muchas de ellas sin demostrar.

—Incluso la física cuántica —dijo Brianna.

Grace volvió a agarrar la mano de Kailen y lo miró con ternura.

—¿Qué te dice tu intuición? Olvídate de la ciencia, de lo que sabes. ¿Qué sientes con lo que os está ocurriendo a Brianna a ti? ¿Crees que es simple coincidencia que soñéis juntos un pasado compartido?

Kailen cerró los ojos. Se cogió del brazo, confuso, formando una barrera. Le parecía increíble lo que esa anciana le mostraba. Recordó la sensación que tenía al dibujar esas imágenes que no dejaban de venirle a la cabeza desde muy joven, lo que sentía al estar cerca de Brianna, los sentimientos que le provocaban esos sueños que compartía con ella. Era como si en realidad los hubiera vivido. Miró a las dos mujeres que tenía delante y fue consciente de lo que le costaba mantener la mente abierta; él mismo se había puesto piedras en el camino, eso había provocado que hubiera olvidado lo que sucedió. Por eso ella mantenía más recuerdos que él.

—Aunque me cueste creerlo, mi intuición me dice que se nos está pasando por alto algo importante, que lo que siento en nuestros sueños es real, igual que la conexión que noto cuando estamos juntos.

Ella le dio unas palmaditas en la mano.

—Ahora estamos bloqueados —dijo Brianna sin levantar la vista de la mesa—. No sabemos cómo avanzar ni cuál debería ser nuestro siguiente paso.

—¿Qué más habéis visto?

—Descubrimos una esfera en la cueva que hay en Glendalough. Brianna vio un árbol y a varias personas que se entrelazaban las manos haciendo un círculo alrededor de él. Seguramente, esa visión también fue por la falta de aire; lo vio cuando estaba debajo del agua a punto de ahogarse. —Kailen cada vez tenía más calor, se ahueco la camiseta—. En cualquier caso, no sabemos dónde puede estar ese

árbol ni dónde está la zona en la que supuestamente vivíamos. En nuestros sueños, había una flor: Yomapaje. Hemos descubierto que crece por esta zona.

Grace se quedó mirando a la nada. Kailen no estaba seguro de que hubiera escuchado ni una palabra de lo que le había dicho.

—Perdona, muchacha, ¿te importa traerme un poco de agua de la jarra que está debajo de la televisión?

Brianna se levantó, echó un poco de agua en un vaso y se lo dio a la anciana, que bebió con tranquilidad hasta que sus ojos volvieron a ser tan vivarachos como antes.

—Bien —dijo Grace—. Hace mucho que no veo esa planta que me comentáis, pero la conozco. Traía suerte, prosperidad y amor. Se decía que era la flor quien se dejaba ver, que quien la conseguía era porque ella lo había elegido.

—En el pasado la encuentro —contestó Brianna—. Creo que no nos trajo mucha suerte.

—¿Por qué lo sabes? —dijo Kailen, mirándola. Ella volvió a quedarse callada—. A esto es a lo que me refiero. —Se levantó enfadado—. ¡Dime lo que ocurrió! ¿Por qué te cuesta tanto hacerlo?

Dio un golpe en la mesa. Grace clavó los ojos en él diciéndole sin palabras que no le gustaba nada esa actitud.

—Siéntate, muchacho.

Él apoyó las manos en la mesa.

—Prefiero quedarme así.

—Hazlo por esta anciana, por favor. No me concentro si alguien está dando vueltas por la habitación.

Kailen puso los ojos en blanco, pero se sentó. No podía negarle nada a esa mujer.

—Debes tener paciencia —le pidió—. Ella hablará cuando sea el momento, es ahí cuando se revelará la verdad. Hasta que no hagáis lo que os he dicho, no servirá de nada.

—¿Confiar? —preguntó él mientras Grace asentía—. Entonces, creo que nunca sabremos qué nos pasó.

—¿Qué sientes por ella?

—¿Perdona? ¿Qué? —preguntó Kailen con las cejas levantadas por el asombro.

—Dime, ¿por qué sigues a su lado?

Kailen se tocó la coronilla sin saber qué decir.

—No lo sé… No estoy seguro.

—¿Y tú, Brianna?

Ella lo miró antes de contestar. Para sorpresa de Kailen, ella parecía más serena que él con todo esto.

—Son muchas emociones al mismo tiempo. A veces son buenas; otras, no tanto.

Grace la cogió de la mano.

—Eso es bueno, muchacha. Debes seguir así, pero recuerda que no puede haber secretos entre vosotros.

Notó cómo Brianna se tensaba. «¿Acaso me oculta más cosas?», pensó Kailen.

—Es difícil. No sé cómo hacer para dejarme llevar —contestó ella.

—Bueno, creo que os echaré una mano. Primero, cuando tengáis esos sueños, sería bueno que estuvierais juntos para que al despertar habléis de lo que ha sentido cada uno; os puede dar más pistas que de otra forma os pueden pasar desapercibidas. Segundo, debéis contaros lo que se os pasa por la cabeza, sea lo que sea; no podéis seguir pensando que sois el enemigo.

—Yo no pienso eso —dijo Kailen, pero vio que Brianna se quedaba callada—. Vaya, no pensé que siguieras pensando que soy tu enemigo.

—Tercero —prosiguió Grace—, es mejor que asumáis que vuestra conexión va más allá de toda lógica, no frenéis lo que sentís. Debéis soltaros en todos los sentidos, mostrarlo. Y cuarto, sería bueno que fuerais a Lough Danner. Mi nieta me ha dicho que vio unos dibujos que habéis traído en los que aparecía ese lugar.

—Sí, así es —contestó Brianna.

—Es bueno que vayáis a lugares donde es probable que estuvierais en el pasado, puede que os ayude a recordar. —Grace bostezó—. Bueno, chicos, creo que es hora de que me retire. Esta vieja necesita descansar.

—Muchas gracias por todo —sonrió Brianna a la vez que se levantaba para darle un beso en la mejilla.

—No lo olvides, pequeña —se llevó la mano al pecho—, debes abrirlo.

Brianna asintió. Kailen le dio la mano.

—Intentaré hacer caso de lo que nos has dicho —dijo él.

—Más te vale, no seas cabezón.

Grace le guiñó un ojo. Se encaminaron hacia la puerta y, antes de salir, la anciana se dirigió a ellos:

—Recordad: estáis unidos. Tú, Kailen, por las estrellas, el origen; y

tú, Brianna, por la naturaleza, la vida. Sois un todo.

Subieron a la habitación cada uno inmerso en sus pensamientos. Lo que había dicho la anciana era tan confuso e irracional que Kailen no sabía cómo tomárselo. Echó un vistazo a Brianna, su mente no dejaba de pensar, igual que la de él. Ella cogió su ropa para cambiarse en el baño y cerró la puerta mientras Kailen se sentaba en la cama. Se pasó la mano por el pelo. ¿Qué era lo que vendría ahora? Le habían surgido más preguntas; si pretendían aclararse al ver a Grace, había sido todo lo contrario.

Escuchó un cristal romperse seguido de un pequeño grito de Brianna.

—¿Estás bien? —preguntó él a través de la puerta.

Ella abrió la puerta. El vaso del lavabo estaba roto en el suelo.

—Quédate ahí—dijo Kailen que, entrando al baño, se agachó para recogerlo—. Mierda, te has cortado.

—Es solo un rasguño.

Kailen recogió un trozo de vidrio, solo se había roto por un lado. Puso una toalla en el suelo por si había algún cristal pequeño que no hubiera visto. Brianna apoyó los pies descalzos en el paño.

—No te muevas.

Cogió un poco de agua oxigenada del botiquín, unas gasas y una tirita. Se agachó para curarla, fue consciente de lo pequeño que era el baño, eso o que al estar tan cerca de ella el espacio se había vuelto diminuto. Sus mejillas estaban sonrosadas.

—Estoy bien, Kailen.

Escuchar su nombre de sus labios no ayudaba a disminuir el calor que sentía al estar tan cerca de esas suaves piernas. El pantalón corto que llevaba, más el olor a jabón o crema que se había echado en la piel, hacía que todos sus sentidos estuvieran por y para Brianna. Rozó el tobillo con suavidad mientras seguía limpiando la herida y notó que se tensaba. Las manos de ella se agarraron a la encimera del baño.

Su respiración había cambiado, se había hecho más profunda. Él se levantó sin apenas separarse de su cuerpo, casi podía rozarla. Puso las manos en la encimera atrapándola entre sus brazos.

—Te noto sofocada. —Su voz sonó ronca—. ¿Estás bien?

Alzó las cejas mientras miraba fijamente esos ojos verdes. Le exigía en silencio que se entregase a él. Le ardían las manos de la necesidad de tocar su piel.

—No sé de qué estás hablando —dijo sin apenas convicción.

—Hablo de esto. —Kailen inclinó la cabeza, acariciándole el cuello con la nariz—. De cómo te estremeces cuando pongo mis manos, mis labios, sobre ti.

Su voz se hizo ronca y suave, excitado por el deseo que percibía en ella. Deslizó el pulgar por su labio inferior y la hizo estremecer. El deseo era palpable en su mirada turbada, en su respiración agitada. Si la besaba ahora, ella cedería.

Disfrutó al darse cuenta de que cada vez estaba más receptiva a su contacto.

—Podría besarte si es lo que quieres.

No estaba seguro de si era a eso a lo que se refería Grace cuando decía que debían acercarse el uno al otro, dejarse llevar, mostrar lo que necesitaban. Y por Dios que lo que más anhelaba en esos momentos era besar a esa mujer que lo volvía cada día más loco, insaciable, exigente.

Ella levantó la mano despacio y comenzó a acariciar su pecho. Notar esa suave caricia sobre su cuerpo provocó que Kailen dejase de respirar. Quería besar sus labios, chupar su boca, respirar su piel. Pero esperó, esperó su respuesta, porque quería…, no, necesitaba que le diera permiso, que reconociera que ella también lo deseaba. Debía controlarse, aunque su cuerpo estuviera a punto de temblar por reprimirse de esa forma.

—Sí, es lo que quiero —dijo ella por fin.

Kailen la sentó en la encimera del baño. No iba a permitir que esa vez se alejase, había cedido, por lo que lo haría despacio. Estaban solos, tenían toda la noche. Paso a paso, sin prisa, haría que ella se entregase en cuerpo y alma.

La miró a los ojos oscurecidos por el deseo. Acarició su mejilla, la agarró con ambas manos de la nuca y abrió los labios, cubriendo los de ella con suavidad. Gimió admitiendo su necesidad. Él apartó una mano llevándola a la encimera, que apretó con fuerza para contenerse, para no asustarla con su desbordado deseo. Brianna apresó las caderas de Kailen entre sus piernas mientras arqueaba la espalda para abrazarlo aún más. El cálido aliento de ella chocaba contra su piel. Rozó con la lengua el labio inferior, jadeó excitada mientras él gemía contra la boca femenina. Se rindió a él y lo cogió de la nuca como si no pudiera contenerse más, besándolo con fuerza.

El fuego de la pasión los golpeó violentamente. El beso se tornó exigente. Rudo. Apasionado. Ella se aferró a su espalda para no perder

el equilibrio. Kailen metió la mano por la fina camiseta y deslizó los dedos hasta su esbelta cintura mientras que con la otra mano la agarraba del cuello con fuerza para que no dejase de besarlo.

Brianna le subió la camiseta para que se la quitase y, con una mano, se la sacó por la cabeza. Sus ojos se posaron en su pecho, lo miraba con la misma hambre que sentía él por su cuerpo. Notar las cálidas manos de ella en su abdomen mientras bajaba hasta sus vaqueros y le desabrochaba el botón le provocó una oleada de placer directo a su entrepierna.

Un fuerte golpe en la puerta los hizo detenerse, alguien llamaba de forma insistente. Kailen maldijo en voz alta.

—No voy a ir, no esperamos a nadie.

Se hundió de nuevo en su boca sin darle la oportunidad de pensar o retroceder. Ella le correspondió con la misma intensidad.

Los golpes se volvieron más violentos.

—¡Joder! —maldijo Kailen.

Se separó de ella. Furioso, fue a abrir la puerta. Mientras él se iba, Brianna salió del baño y el móvil emitió el sonido de un mensaje.

—¿Estás bien? —preguntó Kailen.

A Brianna se le cayó el teléfono al suelo al escucharlo. Él entrecerró los ojos.

—¿Qué ocurre, Brianna?

—Nada, nada, todo está bien —murmuró en voz baja mientas cogía el teléfono y lo dejaba en la mesa. ¿Quién llamaba a la puerta?

—No había nadie. —La miró fijamente—. No se te da bien mentir. ¿Qué me estás ocultando?

Brianna no sabía qué hacer. Cuando Kailen fue hacia la puerta, había recibido un mensaje de ese hombre. «Te dije que te alejases de él, no podéis estar juntos. No digas que no te lo advertí. Ahora ya no solo Kailen es un peligro para ti, también lo seré yo».

No podía creer lo que leía. Si ya era complicado estar cerca del hombre que acabó con ella en el pasado, añadir otro más a la ecuación no entraba en sus planes. La diferencia era que Kailen nunca la había amenazado, sin embargo, el hombre misterioso del parque lo acababa de hacer.

No sabía si seguir ocultándoselo. Le había mentido en unas cuantas cosas y parecía que él no se había dado cuenta.

—Si piensas que desde un principio me creí que estabas escribiendo una novela, te equivocas. Tampoco lo hice cuando me dijiste que no

viste nada raro en la tienda el día del fuego, después resultó que viste la palabra Nádúr en el colgante. Ni cuando me aseguraste que no sabías de lo que hablaba el día que te confesé lo de los dibujos y mis sueños. —Se acercó despacio a ella—. Y te juro que no me creo una mierda cuando me dices que no ocurre nada. ¿Qué cojones me ocultas?

Brianna se levantó, cogió la ropa y se vistió sin decirle una palabra. Buscó las botas por el suelo hasta que las vio detrás de Kailen. Despacio, se acercó a cogerlas y pasó por delante de él sin que dejase de observarla. Estaba de espaldas cuando, de pronto, sintió su fuerte mano en el brazo. Ella se giró y se enfrentó a su mirada. Rencor, ira, dolor, esas emociones fluían una tras otra en sus ojos.

—Sí. Está bien, es cierto, hay cosas que no puedo contarte. Lo siento.

Cabreado, la soltó. Fue hasta la mesilla y cogió el móvil.

—¿Qué coño haces? —preguntó, molesta, a la vez que se acercaba a él para impedir que leyera el mensaje.

Él colocó la mano delante, impidiendo que pudiera avanzar, al mismo tiempo que accedía a sus datos. Lo leyó y después dejó el móvil en la mesa. Despacio, se puso las manos en las caderas mirando hacia al suelo. Respiró varias veces antes de mirarla. Cuando lo hizo, su rostro mostraba la frustración y el resentimiento que lo asaltaban.

—¿Qué significa ese mensaje? ¿Quién coño te está amenazando?

No sabía qué decirle.

—¡Responde, joder! —gritó.

—¡No me grites! —contestó, furiosa.

Kailen resopló.

—¿Qué me ocultas? —preguntó, más tranquilo.

—No debo —murmuró.

—Estás en peligro, ¿y no has confiado en mí para decírmelo? ¿Tanto mal te hice?

Brianna se sentó en la cama. No se atrevía a mirarlo.

—Es complicado.

—Contigo todo lo es. —Se sentó delante de ella, seguía sin mirarlo —. Estoy cansado, no puedo seguir así. ¿Crees que para mí es fácil todo esto? No creo en la magia, en las brujas, en todas estas mierdas. Soy una persona que conoce las leyes físicas por las que se rigen el universo, las estrellas y los planetas. Solo creo en lo que veo, en lo que se puede demostrar. Apareces en mi mundo, empiezo a abrir la mente

a nuevas situaciones que nunca me habían ocurrido. Yo tampoco te conocía, pero decidí apostar por ti porque pensé que habías decidido lo mismo que yo. Me costó confiar, aunque lo hice cuando me demostraste lo contrario, incluso al ocultarme información que todavía desconozco. He sido paciente. Hasta ahora.

Brianna lo miró. Sus ojos se clavaban en ella, se había rendido. Tenía razón en cada una de sus palabras, lo único que había logrado con su desconfianza era alejarlo, no avanzar lo suficiente. Recordó las palabras de Grace, la anciana; la falta de confianza entre ellos provocaba todo eso. ¿De verdad se debía basar en lo que había visto en el pasado? También era cierto que la Brianna de esa época no la dejaba avanzar, pero si quisiera, la habría podido frenar. No podía utilizarla de excusa. Kailen se levantó, cogió la bolsa de deporte y empezó a meter la ropa dentro.

—Por favor, no te vayas —dijo Brianna.

Él se detuvo cruzando los brazos en el pecho.

—¿Vas a decirme de quién era ese mensaje?

Ella se quedó callada, no quería ponerlo en peligro. Pensó en lo que el hombre del parque le había dicho, que Kailen era peligroso, que podía cambiar de personalidad. En todo ese tiempo, no le había demostrado eso. Debía empezar a seguir su instinto, escucharse a sí misma. Al ver que no contestaba, él volvió a meter la ropa en la mochila.

—La primera vez que lo vi fue el día en el que tú y yo tuvimos el accidente con tu coche; de hecho, estaba huyendo de él.

—¿Te persiguió?

—No exactamente. Luego, lo vi en el parque. Se acercó a mí, me dijo que tuviera cuidado contigo, que no podíamos estar juntos, que eras peligroso. Me dio a entender que eras imprevisible, que incluso a lo mejor habías sido tu quien había quemado la tienda conmigo dentro. Me hizo dudar porque, cuando te llamé por teléfono para pedirte ayuda, no me lo cogiste.

—No lo oí. Alguien entró en la cafetería gritando que había fuego en una tienda. Corrí a toda prisa, fue cuando descubrí que era la librería. —Kailen cogió una botella de agua que había en una de las mesitas y la abrió. Suspiró desesperado—. ¿Lo creíste?

Por su tono, hizo la pregunta con miedo de conocer la respuesta.

—Reconozco que dudé. Me costaba mucho creerlo, pero tenía claro que era difícil confiar tanto en uno como en el otro. Ese hombre sabía

tanto de mí, de nosotros, que me hizo dudar; aun así, lo que me provocaba al estar a su lado no era lo mismo que contigo.

—¿A qué te refieres?

—Con él sentía miedo, estaba alerta. Contigo he podido sentir desconfianza, rabia, odio, pero nunca miedo.

Eso la hizo pensar que lo más lógico sería tenerle miedo al ver lo que había ocurrido en el pasado, sin embargo, no era así.

Kailen se sentó de nuevo.

—¿Por qué tiene que ser tan difícil todo entre nosotros?

—No lo sé —Brianna se tumbó en la cama con los brazos abiertos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kailen.

Capítulo 18

Recuerdo de ambos

A la mañana siguiente ya estaban preparados, irían a caballo. Brianna no sabía a dónde iban, Kailen no se lo había querido decir. Debía ser un poco más lejos de lo habitual porque habían cogido provisiones para comer fuera. Esa vez no llevó sus frascos, por lo que tampoco iban a recoger hierbas. La tenía intrigada. Se encontraba muchísimo mejor, parecía increíble que una semana antes hubiera estado a punto de morir.

Galoparon durante un buen rato hasta que llegaron a un hermoso río. La orilla estaba plagada de flores silvestres y de majestuosos árboles que los rodeaban; al encontrarse en una hondonada, lo hacía más acogedor e íntimo. Se bajaron del caballo y lo ataron a un árbol cerca del agua para que pudieran beber.

—Este sitio es precioso —dijo Brianna sin poder dejar de admirar el paisaje—. Nunca había estado por aquí.

—Me alegra que te guste —murmuró muy cerca de su cuerpo.

Ella se tensó al escuchar su voz, lo tenía detrás, a la espalda; se dio la vuelta y lo miró.

—Toma.

Él le ofreció una pastilla de jabón. Brianna no se esperaba ese gesto, sonrió agradecida y entusiasmada.

—Dios mío, no me puedo creer que vaya a darme un baño.

Sin ningún tipo de pudor, se desnudó delante de él y corrió hacia el agua. Al fin y al cabo, ya la había visto desnuda durante toda una noche sin que hubiera habido consecuencias. Necesitaba sentir el agua del lago.

Se giró mientras él entraba despacio en el agua, se alegró de que no cubriera o se habría ahogado, porque las piernas y los brazos dejaron de obedecerla al verlo desnudo de nuevo. Ahora podía admirarlo a plena luz del día, era aún más fuerte de lo que se había

imaginado; los brazos gruesos, las piernas firmes, el pecho duro igual que su erección, que no trataba de ocultar. Sus ojos estaban fijos en ella. Brianna desvió la mirada y se enjabonó, prefería dejar de observarlo o no sabía lo que pasaría entre ellos, y eso no haría nada más que complicar las cosas.

Kailen respiró profundamente antes de entrar para tranquilizarse. Nadó hacia ella, ni el agua fría bajaba el deseo que tenía entre las piernas. Cuando se había desnudado delante de él con esa libertad, había logrado que se quedase sin respiración. Al verla entrar en el agua, observó su femenina espalda, las caderas y una marca al final de su cintura, justo encima de sus hermosas nalgas.

Se la había visto cuando le había quitado la ropa el día que estuvo enferma. Era similar a un círculo con dos trazos entrelazados, incluso aquello la hacía más sensual y única. Sus piernas eran largas y esbeltas. Cómo deseaba que fuera suya. Nunca había sentido nada parecido por otra mujer; no solo era deseo, había algo más, algo tan intenso que en ocasiones llegaban a desbordarlo las sensaciones que le provocaba.

Al sonreírle de esa forma justo antes de entrar en el agua, juraría que su corazón se había emocionado. Poco a poco esa mujer se iba metiendo en su interior; si ahora se marchase, sería difícil borrar su recuerdo.

—¿Me prestas el jabón?

Brianna sintió el peso de su mirada. Todo en él era varonil, seductor. El agua fría no le quitaba el calor que sentía cuando la miraba así. Al pasarle la pastilla, sus manos se rozaron, y la mezcla de la suavidad del jabón junto con su piel le aceleró el pulso. Ese hombre hacía que sus instintos se volvieran salvajes, en otras circunstancias no se lo habría pensado y lo habría besado allí mismo. No sabía qué camino seguir, cuál sería el correcto, tenía miedo a equivocarse y que eso provocara que nunca más pudiera ver a sus hermanos.

Brianna se alejó nadando, necesitaba separarse de él. El agua estaba muy fría, pero la reconfortaba. Por primera vez en todo ese tiempo, se sentía más libre, ligera; no solo limpiaba su cuerpo, sino también algo más. Avanzó hacia el interior del lago y notó cómo le daba un pequeño calambre en la pierna; intentó hacer pie, pero en ese tramo cubría demasiado. El dolor fue cada vez mayor, todavía estaba un poco débil por los días que había estado en cama.

Se empezó a agobiar, se hundió e intentó volver a la superficie. El calambre era muy intenso. Miró hacia atrás, quiso gritar, pero se volvió a hundir. Cuando pensó que se iba a ahogar, notó una mano fuerte que la agarraba del brazo y la sacaba a la superficie.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

Ella tosió un par de veces, necesitaba calmarse; seguía sin hacer pie, por lo que se aferró al cuello de Kailen. Cuando se tranquilizó, se dio cuenta de por qué él estaba tan tenso. Se encontraban muy cerca, él la agarraba de la cintura y el pecho de ella prácticamente tocaba el de él. La intensidad de la mirada de aquel hombre la hizo temblar, creando un nudo de necesidad en su vientre; él estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no besarla. Lo sentía. Lo sabía.

El calor se fundió entre sus piernas, y eso que el agua estaba helada. Intentó alejarse, el calambre poco a poco iba despareciendo, pero todavía no se sentía con fuerzas para nadar. Aunque quiso apartarse, no la dejó.

—Tranquila, te sacaré del agua.

Nadó con ella hasta que llegó a una zona donde hacía pie.

—No, no es necesario, puedo sola.

No le dio tiempo a que dijera nada más, la cogió en brazos y la llevó hacia fuera mientras ella no se soltaba de su cuello.

—Aquí ya no cubre, bájame, no te molestes.

—Brianna, no es ninguna molestia. —Su voz sonó susurrante y ronca.

Kailen se decía a sí mismo que siguiera con la mirada al frente. Era consciente de cada palmo del cuerpo de aquella mujer. Sus pechos estaban tan cerca de su boca; sus pezones, duros por la baja temperatura. Temblaba, no sabía si por su proximidad o por frío. Al ver el deseo en su mirada, tuvo que apretar los puños para no cogerla del cuello y arrebatarle un beso. Lo estaba llevando hasta el límite de su resistencia. Su mano derecha estaba muy cerca del inicio de su seno, el pelo de ella le acariciaba los hombros y sus pequeñas manos le rodeaban la nuca. Cada poro de su cuerpo sentía su piel.

Salió del agua, la dejó en una pequeña manta y la cubrió con otra. Brianna, agradecida, le sonrió sin dejar de observarlo mientras él comenzaba a vestirse.

—¿Y mi ropa? —preguntó, extrañada.

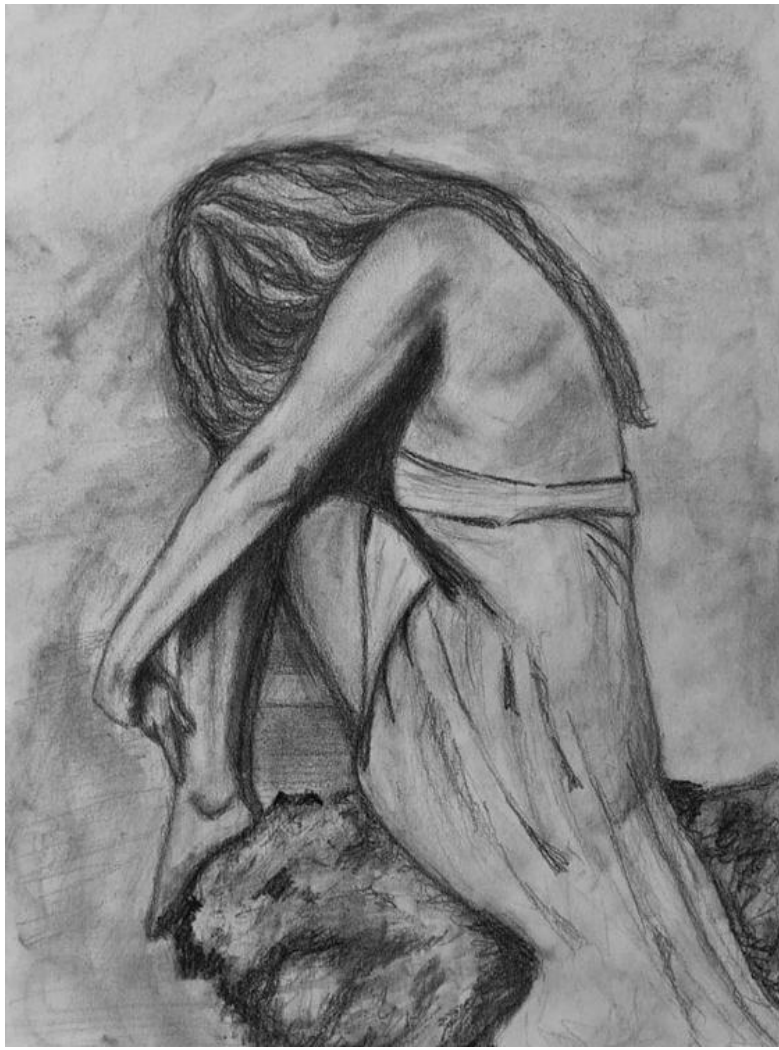
—Está sucia. —Sacó una bolsa que estaba en el caballo—. Ten, toma este vestido.

Era marrón oscuro, ajustado en la cintura y cuadrado en el pecho. Kailen se giró para evitar mirarla, deseaba que se cubriera o no sabía lo que haría.

—¿De dónde lo has sacado?

—Era de mi madre, todavía tengo varias cosas suyas.

Brianna recordó lo que le había contado Kendra. Ella se lo puso, le quedaba estrecho para su gusto, pero era mejor ponerse algo limpio hasta que pudiera lavar sus ropas. Se notaba en su cara que todavía le dolía. No sabía nada de él, en muchas ocasiones era muy reservado, y no estaba segura de si era buena idea preguntarle. Se alejó un poco de Kailen y se sentó en una roca de la orilla. Mientras los rayos del sol le secaban el cuerpo y el cabello, recordó los momentos en los que iba al río con sus hermanos. No quería pensar en ellos, los echaba tanto de menos que no le hacía ningún bien.



—Vamos, debemos irnos —ordenó.

Volvieron a subir al caballo, y ella se colocó delante. Se le hacía difícil estar tan cerca de él porque lo deseaba, no podía negarlo, y su cuerpo tampoco. Era imposible que no se diera cuenta de lo que le hacía sentir.

Estuvieron un rato sin hablar hasta que la curiosidad pudo con Brianna.

—Tu hermana me contó cómo perdisteis a tus padres. ¿Solo te queda ella?

—Sí, te aseguro que con ella tengo más que suficiente.

Ambos sonrieron.

—Kendra parece muy independiente, al menos no te dará problemas.

—No te imaginas lo cabezota que puede llegar a ser.

—A quién habrá salido.

—Solo soy así con quien se lo merece —murmuró en un tono ronco apenas rozando con los labios el lóbulo de su oreja.

Brianna se quedó callada mientas un escalofrío de placer le recorría el cuerpo.

—Afortunadamente, mi padre era muy buen cazador y me enseñó bien. También aprendí a curar gracias a mi madre, siempre me había llamado la atención el arte que tenía para hacer mezclas de hierbas que ayudaban a la gente. A menudo nos íbamos los cuatro juntos, mi padre cazaba mientras que mi madre recolectaba hierbas; después, nos quedábamos a pasar el resto del día y comíamos al aire libre. Nos gustaba bañarnos en el lago.

—¿Es el mismo a donde me has llevado?

—Sí. Es la primera vez que voy con alguien allí desde que murieron.

A Brianna le gustó saber aquello. Observó que agarraba con más fuerzas las cuerdas del caballo, quiso tocar sus manos y consolarlo. Su historia era muy semejante a la suya, se parecían más de lo que le gustaría admitir.

Avanzaron en silencio durante el resto del camino. El torso de él se pegaba a su espalda de una manera sensual, hipnótica. Cada vez se sentía más a gusto entre sus brazos. Por fin se detuvieron de nuevo, se bajaron del caballo y observaron el paisaje. Era precioso. Estaban en lo alto de una colina, se podía ver el intenso verde cubriéndolo todo. El sol iluminaba el basto horizonte, los árboles se extendían al lado izquierdo. Ellos estaban al lado de un gran árbol, cubierto de muchas ramas, cuyo tronco era muy ancho. Brianna nunca había visto uno igual. Parecía que tenía muchos años. Robusto y bello, sus ramas daban sombra y cobijo. Le estaban saliendo pequeñas flores blancas que hacían que fuera aún más hermoso. Desprendía magia, un halo de misterio, y la energía la invadió cuando lo tocó, como si conectase con él.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó, extrañada.

—Pronto lo verás.

Él apoyó el hombro en el tronco mientras observaba a lo lejos. Brianna miró en su dirección, se acercaban tres caballos. Al principio no discernía quiénes eran, pero el corazón comenzó a latirle a toda velocidad cuando distinguió a uno de los jinetes. No podía creerlo,

pero… era… ¡Su hermana pequeña y detrás estaba su tía! Montaban a Gaia. En otro caballo iba su hermano Neil con su otra hermana y en el último, Kendra.

Miró a Kailen sin saber qué decir.

—Tenemos tiempo hasta que empiece a atardecer, entonces deberemos irnos —dijo él.

—No lo entiendo… —contestó.

—Nadie debería estar lejos de su familia.

Ella sonrió.

Brianna se había quedado paralizada. No podía creer que estuvieran allí, que Kailen se hubiera arriesgado tanto por ella.

—Merece la pena solo por verte sonreír así. Es la primera vez que me miras de esa forma —dijo él.

Antes de que pudiera decir nada, sus hermanos bajaron a toda velocidad de los caballos y corrieron hacia ella. Cuando se abrazaron, no pudo guardar el equilibrio, y cayeron los cuatro al suelo mientras lloraban. Brianna estaba de rodillas mirando a unos y a otros a la vez que sonreía y los besaba. Durante todo ese tiempo separados, se había preguntado día y noche si alguna vez los vería de nuevo. Ahora estaban allí, tan cerca… La distancia le había servido para ser consciente de lo mucho que los necesitaba, de lo dura que fue con ellos en tantas ocasiones.

¿Cómo podía ser tan liberador un abrazo? Estuvieron así varios minutos, solo tocándose, con miradas de complicidad.

—¿Cómo estáis? ¿Ayudáis a la tía, os alimentáis bien?

Neil se apartó y se secó las lágrimas, tenía que volver a hacerse el duro, no podía demostrar que era débil delante de ella. Brianna notaba que él quería que supiera que podía cuidarlas, quería que estuviera orgullosa de él.

—Sí —contestó—. Estoy yendo a cazar, siempre que puedo llevo algún conejo, ave o lo que pueda encontrar.

—Muy bien, Neil, sabía que cuidarías de ellas —dijo Brianna con una sonrisa a la vez que volvía a abrazarlo.

Brianna se levantó y abrazó a su tía Wendy, no hacían falta palabras entre ellas. Su tía le acarició el rostro y asintió con lágrimas en los ojos. Kendra se había sentado con su hermano y ambas sonrieron al mirarse. Se acercó a su caballo, Gaia, y lo acarició.

—También te echo mucho de menos —susurró mientras le tocaba el lomo.

Lo besó cerca del hocico y Gaia movió la cabeza como si le respondiese. Después, se sentaron todos juntos hasta que su hermana Evelyn se abalanzó sobre ella.

—Te echo tanto de menos, hermanita. —Comenzó a llorar—. Todo fue por mi culpa, si no hubiéramos ido al bosque ese día…

—No, no pienses eso —contestó mientras le acariciaba el cabello —. La culpa es de esos hombres que intentaron hacerte daño. Yo no los maté.

—Lo sé, pero nadie te cree —contestó, angustiada.

—Bueno, hay alguien que sí.

Miró hacia atrás y observó a Kailen. Les había dado privacidad y permanecía sentado con su hermana en el otro extremo debajo de aquel árbol, era tan grande que todos podían permanecer en su sombra.

Su tía Wendy la observaba. Era muy lista, se había dado cuenta de cómo lo miraba.

—¿Te trata bien? —preguntó ella.

Brianna asintió.

—Es un poco mandón, aun así, no me puedo quejar.

—Ya veo. Entonces, deben saltar chispas entre ambos, porque tú tampoco eres una mujer dócil.

—Me conoces bien. ¿Qué tal Caitlin?

—Bien, te echa de menos. Te manda muchos besos de su parte. —La cogió de la mano—. Lyon fue a hablar con el jefe del clan, Cowen. No sirvió de nada, las cosas se han tensado mucho entre ellos.

—Por favor, dile que estoy bien. No quiero que haya ningún problema por mi culpa.

Sus hermanos comenzaron a acapararla, a preguntarle cómo era su día a día. Hablaron durante horas. Brianna se iba tranquilizando al ver que sus vidas seguían adelante sin ella, se mantenían unidos y eran capaces de sobrevivir con todo lo que les había enseñado. Le habían traído un poco de ropa y también sus flechas para cazar, pero no sabía si podría utilizarlas, ya que la gente se preguntaría de dónde las había sacado.

Kailen, que había permanecido apartado, se acercó.

—Lo siento, debemos irnos. Me duele que os separéis, pero, cuanto más tiempo estéis juntos, más posibilidades habrá de que se entere Cowen. Sería la excusa que busca para hacerte daño.

—Tienes razón —dijo Brianna.

Sintió un dolor profundo en el pecho, no quería volver a perderlos. Gladys y Evelyn lloraban mientras que Neil seguía haciéndose el duro. Las lágrimas de Brianna estaban a punto de derramarse por su rostro. No, no debía llorar. Debía mantenerse fuerte por ellos para que se fueran de allí con esperanzas.

—Os quiero mucho, chicos. Estoy muy orgullosa de vosotros.

—¿Volveremos a verte? —preguntó Gladys.

Brianna miró a Kailen, y este asintió.

—Lo haremos, pero es peligroso —dijo ella—. No hagáis ninguna locura, lucharé lo que sea necesario para volver a veros y, por favor, no se lo contéis a nadie.

Los ayudó a montar mientras forzaba una sonrisa, aunque por dentro sentía que se quebraba al separarse de ellos nuevamente. Kendra volvería a acompañarlos para asegurarse de que regresaban a salvo. Se dirigió a ella.

—Muchísimas gracias, estoy en deuda contigo.

—No fue tan difícil. Mi hermano ya había pensado que quería que los vieses, solo nos pusimos de acuerdo en cuál era la mejor manera.

La abrazó mientras le daba de nuevo las gracias, después se acercó a su tía e hizo lo mismo.

—Nunca podré pagarte lo que has hecho por nosotros durante todos estos años —dijo Brianna, emocionada.

—No es nada, mi niña. Siempre has sido muy fuerte y debes seguir así… Brianna, yo…

Veía angustia en los ojos de Wendy.

—¿Qué ocurre?

Se separó un poco de sus sobrinos para que no pudieran escucharla.

—Debes tener cuidado. Protégete, algo se acerca, lo presiento.

—Tranquila, tía, tengo el amuleto que me diste.

—Guárdalo siempre, no solo te protege, también te guiará. No sé si eso será suficiente para lo que está por venir.

Brianna la miró preocupada. Si su tía le estaba advirtiendo, era porque un grave peligro se avecinaba. Nunca había errado.

—No te separes de él —dijo a la vez que señalaba a Kailen con la cabeza—. Si alguna vez te ocurre algo, no te alejes de su lado. Pase lo que pase, no te rindas, lucha, no te detengas, y si te sientes perdida vuelve a este lugar. Este árbol es sagrado, en él encontrarás lo que buscas, en él encontrarás las respuestas. Tu destino está ligado al

hombre de la estrella. No lo olvides.

—Debemos irnos —anunció Kailen.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Brianna.

—Sigue tu destino. Te quiero, mi niña.

—Pero…

—Brianna —insistió Kailen.

Se abrazaron y después se montaron en sus caballos para irse por caminos opuestos.

Pero alguien en las sombras había visto aquel enternecedor encuentro y tenía claro que lo utilizaría a su favor.

Capítulo 19

Brianna se despertó en medio de la oscuridad de la noche. Se incorporó despacio para no despertar a Kailen, que dormía a su lado. Con la espalda apoyada en el cabecero de la cama se llevó las piernas al pecho y las abrazó. Se encontraba envuelta en un terrible anhelo, deseaba con desesperación estar con sus hermanos, los que había visto en el sueño; necesitaba su cariño, sus besos, sus abrazos. Lo quería todo, añoraba a esa familia. Su familia.

Miró con ternura a Kailen —que respiraba despacio, tranquilo—, el hombre que en el pasado había arriesgado su vida por ella sin dudarlo y que ahora en el presente la estaba apoyando en todas sus decisiones. Era una buena persona. La imagen de Kailen gritando, corriendo hacia ella espada en mano hasta atravesar su pecho se abrió paso en su mente con fuerza e, inmersa en ese pensamiento, se sobresaltó al notar la mano de Kailen en su hombro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó a la vez que se colocaba a su lado.

—Sí —dijo mientras se secaba una lágrima que le caía por la mejilla—. Es solo que me ha impresionado ver a la familia del pasado de Brianna.

—De tu pasado también. Al final lo que sentimos es como si fuera una parte nuestra. No digo que sea real, solo que lo parece, por lo que esas emociones también lo son. Reconozco que me hubiera gustado que Kendra estuviera aquí conmigo, por lo que te entiendo más de lo que imaginas.

Brianna se colocó el pelo hacia un lado.

—¿Qué estamos buscando, Kailen? —preguntó en voz alta más para sí misma que para él—. No sé qué es lo que pretendemos encontrar. ¿Acaso hay una respuesta para lo que nos ocurre?

—¿Qué es lo que te gustaría que sucediese?

Brianna lo miró. Volver al pasado no era una opción, más sabiendo cuál era el destino que la aguardaba. Difícil respuesta.

—No estoy segura.

Él la agarró de la barbilla con suavidad.

—¿Y si nos damos un *break*? —Ella frunció el ceño sin saber qué quería decir—. Y si solo por una noche hacemos lo que dijo Grace, nos entregamos sin más a lo que necesitamos, sin barreras, solo mostrándonos como somos.

—No voy a acostarme contigo.

Él levantó una ceja.

—No es eso en lo que estaba pensando. —La comisura de sus labios se curvó—. Es bueno saber que es una de las cosas que necesitas mostrarme.

—No quería decir eso, es…

—Hablo en serio —la interrumpió. Se tumbó en la cama y se dio una palmada en el pecho—. Ven aquí. Túmbate conmigo.

Estaba cansada de luchar, de discutir. Por lo que por una vez no se paró a darle más vueltas a si debía o no hacerlo. Simplemente, accedió sin pensar en nada más. Recordó las palabras de Grace; debía abrirse, dejar de creer que él era el enemigo.

Se tumbó en su pecho, pero, al estar tan cerca, de esa forma tan íntima, le costaba relajarse.

—No pienses tanto, Brianna. Deja que esa cabecita se detenga, no vayas más allá de este instante.

Kailen le acariciaba el brazo con la yema de los dedos. Durante unos minutos estuvieron en silencio, y la calidez del torso masculino, el relajado ritmo de su respiración y la cadencia de su voz la tranquilizaron por fin.

—Deberíamos analizar el sueño como nos dijo la anciana —sugirió él.

—No creo que sea buena idea.

—Lo sé. Rememorar lo que sentías al ver mi cuerpo desnudo en el lago no me va a ayudar a bajar la erección que tengo en estos momentos. —Ella intentó levantarse, pero Kailen se lo impidió—. Recuerda que estamos en un *break*, debemos ser sinceros, no engañarnos el uno al otro.

Brianna suspiró. Esto iba a ser más difícil de lo que había imaginado en un principio.

—Tengo la misma marca al final de mi espalda.

—¿De verdad? Déjame verla.

—Ni lo sueñes —dijo mirándolo.

—Yo también tengo una en el tobillo. Te la enseño si tú también lo haces. —Él levantó una ceja en actitud sugerente.

Brianna puso los ojos en blanco y le hizo una seña con el dedo, negándose.

Kailen suspiró.

—Es interesante ver que en el pasado actuamos igual que ahora —dijo él.

—¿A qué te refieres?

—Al menos, por mi parte. Mi yo del pasado lo único que intenta hacer es ayudarla, le ha salvado la vida en varias ocasiones. No se metía en problemas hasta que apareció ella en su vida. Sin embargo, es tan terca que él termina ocultándole lo que siente para no agobiarla. A veces lo exaspera.

—Se te olvida decir que es un mandón, un terco, un cabezón y un ermitaño.

—Es racional, justo, amable, simpático, guapo…

—Claro —ironizó Brianna sin poder contener una sonrisa—, el mejor.

—Tenía razón Kailen —dijo él—. Es bonito verte sonreír, no lo haces muy a menudo.

Su mirada se ancló a la suya creando un halo de intimidad entre ambos hasta que él rompió el contacto visual.

—Tú lo has dicho, soy el mejor. Lo que pasa —continuó Kailen— es que cierta salvaje solo sabe meterse en problemas y se hace líos en la cabeza pensando que no puede dejarse llevar porque ha imaginado que, si se entrega a él, no volverá a ver a sus hermanos. Espero que esta noche se haya dado cuenta de una vez de que no es así en absoluto, a él le importa de verdad.

—Algo cambiará, Kailen. No sé el qué, pero él se volverá contra ella.

—Mírame.

Brianna obedeció. Sus ojos oscuros la penetraron con fuerza.

—Cuéntamelo, dime qué pasó.

«Debéis ser sinceros para averiguar la verdad», esas palabras la atormentaban desde que Grace las había pronunciado. ¿Estaría en lo cierto? Volvió a poner la cabeza en su pecho para evitar mirarlo.

—Recuerdo como acabó todo para mí en el pasado.

—¿Y?

Tenía las palabras atoradas en la garganta, porque no sabía cómo

decirle que era el responsable de su muerte.

—No creo que te guste escucharlo.

—Brianna, por favor, si seguimos así no avanzaremos nunca. ¿Qué es lo que te asusta? Sabes que…

—Tú me mataste, Kailen —lo interrumpió.

La mano que tocaba su brazo se detuvo, notó cómo se tensaba debajo de su cuerpo. Ella se incorporó hasta sentarse en la cama. Su cara era de incredulidad.

—No es posible.

—Lo es.

Kailen se pasó la mano por la cara con frustración.

—Brianna, sé lo que él siente, no lo imagino haciéndole daño. Durante todo este tiempo lo único que ha hecho es protegerla.

—Es cierto, sin embargo, es lo que vi.

—¿Cómo sucede?

Hacía unos minutos estaba tan a gusto a su lado, había conseguido olvidarse de esa imagen que la perturbaba; ahora, sin embargo, debía rememorarlo otra vez. Sintió cómo la distancia se empezaba a crear de nuevo entre ellos, como si una grieta se abriese entre ambos.

—Creo que lo más correcto es que lo veas por ti mismo cuando llegue el momento. Si te lo cuento, seguirás confuso, sin poder asimilarlo. Es mejor que intentemos dormir.

Se separó de él dándole la espalda. Kailen no dijo nada, parecía estar digiriendo la información que le acaba de dar.

***

Después de despedirse de la familia de Brianna, se había hecho muy tarde, por lo que Kailen prefirió que durmieran cerca del lago; el camino de vuelta era más largo para ellos dos. Lo más sensato era no moverse a esas horas, viajar por la noche podría ser peligroso.

Cenaron en silencio alrededor de la hoguera escuchando el crepitar del fuego. Brianna no dejaba de sonreír y Kailen supuso que era por rememorar el encuentro. Le dio las gracias en varias ocasiones por haberse arriesgado tanto.

Le gustaba observar la felicidad en su rostro. Desde que se había encontrado con los suyos se la veía dichosa y relajada. Se dijo que debía estar loco o embrujado, él no era así, siempre intentaba mantenerse lejos de la gente, realizaba su trabajo sin meterse en

conflictos con nadie, alejado de los problemas hasta que ella llegó a su vida. Desde entonces, no solo parecía que lo había hechizado a él, sino también a su hermana Kendra, quien, cuando le contó que había planeado que viera a sus hermanos, le confesó que ya había estado pensando en cómo hacerlo y que tenía una idea. Fue al clan de Brianna y habló con Lyon, el jefe, con el que tuvo que ser convincente. Él la creyó y le permitió hablar con la familia de Brianna. Claro que Kailen tampoco había dudado ni por un instante de que lo conseguiría. Su hermana era igual de cabezota que él: cuando se marcaba un objetivo, no paraba hasta conseguirlo.

Al terminar de cenar, Kailen extendió algunas pieles en el suelo. El día había sido agotador para ambos, la tensión por verse de forma clandestina les había pasado factura. Brianna se había quedado dormida casi de manera inmediata cuando se tumbó sobre las pieles. La miró dormida, sus ojos se movían con suavidad. Parecía estar soñando, de vez en cuando alguna palabra ininteligible salía de sus labios. Empezó a temblar, a pesar de estar al lado del fuego. Se acercó a ella, se tumbó a su lado y la tapó con otra manta sin acercarse demasiado para no incomodarla, solo lo justo para desprender el calor que necesitaba para que desapareciera el frío de su piel. Apoyó el codo en el suelo y la cabeza en la mano mientras observaba su pelo, el cuello, su cintura. Cerró los ojos aspirando el aroma de su cabello.

Maldita mujer que desequilibraba todo su mundo. Cada día se le hacía más insoportable estar junto a ella sin tocarla, sin besarla. Se controlaba para no robarle un beso cada vez que sonreía, para no abrazarla cada vez que lo rozaba sin querer, para no acariciarla al tenerla a su lado cada noche.

Notó que Brianna se tensaba, su respiración se hizo más rápida. ¿Estaba despierta? Si era así, sabía que estaba detrás, pero no se apartaba. El aire se volvió pesado mientras que el cuerpo de Kailen se encendía por momentos, su entrepierna se había despertado.

No se esperaba que ella se rozase contra su cuerpo acercándose más a él. Kailen apretó los dientes, no podía evitar la erección que crecía en sus pantalones. Con toda seguridad, Brianna lo estaba notando, pero, lejos de huir, se movió despacio contra su cuerpo. «Mierda», pensó a la vez que cerraba los ojos.

El fuego que crecía entre ambos era increíble. No hablaban, solo se escuchaba la respiración de ambos en el silencio de la noche.

Sentía el deseo de esa mujer, su control pendía de un hilo; por más que intentaba calmarse, no daba resultado. Ella intentó moverse para girarse y mirarlo.

—Yo que tú no lo haría —dijo él a la vez que le ponía la mano en la cintura para frenarla.

—¿Por qué? —respondió con un hilo de voz.

—Si te das la vuelta, no voy a poder controlarme —murmuró en su oído.

Ella ignoró su advertencia y se giró. Notó cómo se estremecía de placer bajo sus manos, así era muy difícil guardar la distancia. Las llamas se reflejaban en su rostro, tenía las mejillas sonrosadas, los labios medio abiertos. Nunca había sentido esas inmensas ganas de besar a alguien como ahora.

—Tengo frío —dijo ella.

No era verdad, cada poro de su piel trasmitía una calidez que lo estaba volviendo loco.

—Mientes.

—Si no haces algo, no podré dormir.

Se volvió a rozar contra su cuerpo como si quisiera quitarse el frío que fingía tener. Él puso la mano en su cadera.

—No me tientes, Brianna.

—¿O qué? —lo desafió.

—O te aseguro que, si empiezo, no te dejaré dormir en toda la noche —murmuró Kailen mientras se mordía el labio inferior.

Esa mujer iba a ser su perdición.

—Solo te pido que me ayudes a entrar en calor. ¿No eres capaz? —insistió sin hacer caso a sus palabras.

—Soy capaz de muchas cosas. —Él le apartó el pelo del cuello rozando su piel—. ¿No te asusta? —Ella no respondió. Acarició el borde de sus costillas hasta bajar a la cintura—. Puede que no estés preparada.

—¿Eso crees?

—No lo creo, estoy seguro. Tengo tantas ganas de que entres en calor que haría que no volvieras a sentir frío en una semana.

—Lo dudo.

Kailen sonrió en silencio. Le gustaba la Brianna provocadora, pero hablaba en serio; si se dejaba llevar, no pararía hasta hacerla gritar una y otra vez por cada orgasmo que le provocase.

—¿No me crees si te digo que te tocaría de tal forma que ya no

querrías que despegase las manos de tu cuerpo? —Rozó los labios contra su oído mientras murmuraba cada palabra—. Metería mi mano por tu falda, subiría despacio por tus piernas hasta llegar a donde sé que anhelas que te toque. Te acariciaría suavemente con mis dedos hasta introducirte uno de ellos. Tu espalda se curvaría para pedirme más, por lo que mi boca sellaría tus labios para evitar que gritases.

Brianna casi jadeaba al escucharlo. Él, con solo imaginarlo, estaba al borde del orgasmo, y ni siquiera se habían tocado. Era mejor que parase.

—Creo que ya has entrado en calor —dijo Kailen, apartándose un poco.

Ella lo miró a los ojos, no hablaba y, al mismo tiempo, le decía tanto. Si seguía viendo el oscuro deseo en sus pupilas, la devoraría tal y como la había amenazado. Su pecho subía y bajaba tan rápido como el de Brianna.

—No voy a ceder, pequeña salvaje.

Ella le cogió el cuello con las manos, atrayéndolo hasta su boca lo suficiente para sentir su cálido aliento, lo justo para no tocar sus labios. Estaba a punto de sucumbir, de besarla de una forma salvaje e irracional. Se recordó a sí mismo que no debía ceder, esa mujer lo volvía loco; si se rendía ahora ante ella, habría ganado.

No, quería que ella fuera quien tomase la decisión sin arrepentirse, sin dudas. En la mirada femenina veía su necesidad, tan fuerte como la suya.

—¿A qué esperas? —murmuró él a la vez que deslizaba el dorso de la mano por el borde de su pecho.

Brianna se arqueó sutilmente. ¡Oh, sí! Se iba a rendir ante él. Se acercó a sus labios, solo los separaba un milímetro. Cerró los ojos, excitado. Entonces se tensó al escuchar un ruido entre la oscuridad que los rodeaba y se incorporaron. Kailen cogió su espada y se levantó escudriñando la noche.

***

Brianna abrió los ojos y vio a Kailen, que se incorporaba. La tenue luz de la luna iluminaba la habitación y se reflejaba en su rostro. Se estremeció al ver el anhelo en esa mirada salvaje, era un felino a punto de atacar. El deseo insatisfecho de ese sueño invadía todo su cuerpo, también el de él.

—No me mires así —dijo ella.

—Te aseguro que, después de este sueño, lo mejor es que me mantenga solo observándote, porque si me muevo será para abalanzarme sobre ti.

—No serás capaz.

—De lo que no seré capaz es de contenerme.

Ella apartó la sábana para levantarse.

—No.

Se quedó paralizada al escuchar detrás de ella el tono autoritario de su voz. Era una orden, una simple palabra que le decía que no se moviera, que no se le ocurriese huir.

—Mírame, Brianna.

Despacio, volvió a sentarse. Cogió la almohada para abrazarla, creando una barrera mientras sostenía su mirada. Él no se movía, su antebrazo se apoyaba en la rodilla que mantenía flexionada. La boca de Brianna se secó al contemplar la imponente figura masculina. El pecho desnudo, el pelo revuelto, los labios listos para ser besados… No ayudaba que la sábana estuviera en el borde donde acababa su abdomen, en el que se podía apreciar la forma de flecha del vello oscuro. Su aspecto era peligrosamente atractivo.

Debía dejar de engañarse. Ese encuentro en el bosque había despertado una lujuria tan fuerte que había traspasado el tiempo y el espacio hasta ese preciso momento. ¿Por qué los habían interrumpido? ¿Por qué habían tenido que despertarse justo en ese instante? Prefería dejarse llevar en esos recuerdos, en el presente sería complicarlo todo.

—¿Qué quieres? —preguntó, intentando aparentar seguridad.

—La verdad.

Ella levantó una ceja.

—No te entiendo.

—En el pasado ellos no dejan de jugar al gato y al ratón. Eso no puede pasar entre nosotros, no debemos repetir las mismas equivocaciones.

—¿A qué te refieres?

—A que te deseo, Brianna. Necesito que seas sincera o me iré ahora mismo a correr en mitad de la noche para quitarme la frustración que siento por no poder tocarte.

Ella se mordió el labio. Quería decirle la verdad, que lo deseaba con todas sus fuerzas, pero eso la haría más vulnerable. No habría marcha atrás y eso le asustaba.

—Es mejor no dejarnos llevar —logró decir.

—Dime que me vaya y no insistiré.

¿Que se fuera? No podía irse y dejarla así. «Mierda». Su silencio, junto con la expresión de su rostro al escucharlo decir que se iría, fue una clara insinuación de su respuesta. La mirada de Kailen se clavó en ella, esos ojos oscuros la abrasaron, y una lenta y pecaminosa sonrisa apareció en sus labios.

—Acércate —ordenó con voz ronca.

Eso sería complicado, no podía moverse, estaba atrapada en su mirada.

—No te escapes. —Se inclinó hacia ella—. No huyas, no nos robes este momento. Ya no puedo más, no puedo, y ya no quiero luchar más contigo. Y sé por cómo vibra tu cuerpo bajo el mío que tú tampoco quieres seguir luchando. Vas a ser mía.

La atrapó contra su cuerpo.

—Kailen… —murmuró.

—Atrévete a negar que no te mueres porque ahora mismo te desnude, porque bese cada palmo de tu piel. —Posó los labios en su cuello hasta calentarle la piel con el susurro de su aliento—. Porque acaricie tu cuerpo hasta que te fundas con el mío. Niégalo.

Con el dedo índice fue recorriendo su cuello, bajó hasta la clavícula para después acariciar la unión de sus senos. Brianna se movió hacia él invitándolo a continuar con esa caricia. Él desabrochó dos botones de la camiseta de su pijama, exponiendo parcialmente sus pechos. Con el dorso de los dedos, alcanzó con una pasada su pezón, y ese suave roce provocó que la necesidad creciera entre sus piernas. Ella no pudo evitar que un gemido brotara de su garganta.

—Sentir tu deseo hace que apenas pueda respirar, Brianna.

Metió la mano debajo de su camiseta y ascendió despacio por sus costillas hasta alcanzar su pecho. Lo cubrió con la fuerte mano masculina mientras ella se agarraba a las sábanas como si fueran un salvavidas. Rodeó su pezón con ambos dedos, y un calambre de placer le atravesó el cuerpo. Echó la cabeza hacia atrás, arqueándose, y la posición hizo que sus pechos se elevaran como si se ofreciera. Él aprovechó para subirle la camiseta y sintió que los pezones se le endurecían aún más. Kailen se acercó a uno de ellos y lo sopló con suavidad; su piel se estremeció a la vez que él los succionaba y los mordía. Un latigazo fue directo a su vientre, el placer le llegó hasta la punta de los dedos.

Se apartó de ella, dirigió sus manos hacia su ropa interior y se la quitó. Sus dedos bordearon sus labios íntimos, y la acarició despacio mientras que un torrente de placer lo envolvía por completo. Un jadeo salió de su boca, el contacto de su mano en su intimidad la excitó al máximo. Ella también quería tocarlo, lo intentó, pero la detuvo.

—No, Brianna. Deja que sea yo quien te dé placer.

La penetró con un dedo y ella lo agarró del antebrazo, no sabía si para pararlo o para que continuase.

—Eres tan suave. No te imaginas las veces que he soñado con tocarte así.

Comenzó a frotar con delicadeza su clítoris mientras le introducía otro dedo. Ella levantó las caderas para que profundizara más, y la torturó sin descanso. El contacto de su piel y la mirada vidriosa de aquel hombre contemplando su cuerpo la llevaron al clímax hasta explotar en mil pedazos.

Se quedó laxa, tumbada en la cama. Sus ojos oscuros eran penetrantes y directos, notaba la tensión de su cuerpo. Brianna acarició su abdomen y su vientre tembló, deslizó la mano hasta su erección. Su contacto provocó que Kailen soltara un gemido, a la vez que cerraba los ojos y oscilaba hacia delante presionando su erección contra su mano.

—Brianna —gimió—, estoy tan excitado que me duele todo el cuerpo.

Sin dejar de torturarlo, movía la mano de arriba abajo. Le gustaba ver sus labios entreabiertos, con la respiración entrecortada. Él la agarró del cuello y la acercó para besarla como si estuviera sediento de sus labios. Lo torturó con un movimiento más rápido hasta que Kailen jadeó dentro de su boca al sentir las primeras oleadas de un orgasmo salvaje que pareció dejarlo sin aliento.

Se tumbaron en la cama mirándose el uno al otro con complicidad.

—Necesito demostrarte que, pase lo que pase, estaré aquí —dijo Kailen—. Todavía sigo sin creer que pudiera hacerte daño. Lo que importa es lo que siento ahora, es algo que no puedo parar y sé que tú tampoco.

Él la besó. Un beso que le decía que mañana volverían a pensar en todas esas cosas que los separaban, pero al menos, esa noche les pertenecía.

Capítulo 20

Recuerdo de ambos

Se mantenían en completo silencio. Kailen estaba seguro de que había escuchado un ruido. Seguían mirando a su alrededor, no veían nada peligroso, ningún animal o persona. Aun así, sentía una extraña inquietud, como si alguien los observase. Brianna sacó el cuchillo de su bota, y se situaron espalda contra espalda para defenderse en caso de ataque. Kailen ya había intuido que los vigilaban, por eso tuvo especial cuidado al encontrarse con la familia de Brianna. No estaba del todo seguro, pero detectar ese ruido había terminado de ponerlo alerta; no quería correr riesgos.

Transcurrieron unos minutos en los que el silencio de la noche era lo único que se escuchaba. Llegó a pensar que quizá hubiera sido un animal que había pasado cerca, que tal vez estaba imaginando cosas que no eran.

—Vamos a recoger. Lo mejor será que nos movamos —sugirió Kailen.

Brianna se agachó para doblar la manta. En ese momento, él sintió un fuerte golpe en la cabeza y miró hacia el suelo, donde cayó un objeto al lado de su pie. Era una piedra. Se le doblaron las piernas y, aturdido, se desplomó. Los minutos siguientes fueron un cúmulo de imágenes confusas y borrosas.

Distinguía a Brianna luchando contra dos personas a las que no se les veía el rostro, ya que llevaban capuchas negras. Intentó levantarse para ayudarla, pero era incapaz de ponerse en pie. Se tocó la parte de la cabeza dolorida por el golpe y el calor de la sangre se filtró por sus dedos.

«Mierda», ella estaba en peligro. Se sentía impotente por no poder luchar. Con dificultad, Brianna logró tirar al suelo a uno de los enmascarados; no se movía, por lo que parecía estar inconsciente. Todavía quedaba el otro, que la cogió del cuello mientras la atrapaba

contra un árbol. Ella intentaba zafarse de sus manos, la estaba ahogando.

Kailen maldijo para sus adentros. Despacio, intentó levantarse y, por unos segundos, se volvió todo negro hasta que abrió los ojos de nuevo. Justo en ese instante, Brianna golpeaba en el estómago a la misma persona que segundos antes la asfixiaba; había logrado soltarse de su agarre. Le dio una patada en la mandíbula y cayó al suelo. Se puso encima de él mientras le proporcionaba un puñetazo tras otro hasta que vio que ya no movía las piernas. Lo había dejado KO.

Confuso, luchaba por mantener los ojos abiertos. Debió perder el conocimiento porque de pronto notó el traqueteo del caballo y no recordaba haber llegado hasta él. Juraría que escuchaba a Brianna diciéndole que pronto llegarían a casa, que se agarrase a la montura. Cuando volvió a abrir los ojos, ya estaba en la cabaña tumbado en la cama. No vio a Brianna por ningún lado e intentó incorporarse. Imposible, era como si una pesada piedra tirase de él, impidiéndole ponerse de pie. Impotente, se clavó las uñas en la palma de la mano. Maldita sea. ¿Dónde estaba? ¿Estaría bien? ¿Habría huido?

Brianna corría en dirección al pueblo. Había dejado inconsciente a Kailen en la cabaña, debía buscar a su hermana, era la única que podría ayudarlos. Le preocupaba que no se despertase, verlo así la había angustiado más de lo que quería admitir. La noche no era muy cerrada, por lo que el camino estaba más o menos iluminado. Por más que corría, no avanzaba y necesitaba ir más rápido. En cuanto llegase a la aldea, buscaría a Kendra llamando puerta por puerta si era necesario. No sabía dónde vivía, pero haría lo que fuera necesario para encontrarla, incluso preguntar a los aldeanos. Por mucho que la odiaran, tal vez alguien la ayudase.

No podía dejar que Kailen muriera. Estaba inmensamente agradecida de que la hubiera llevado a ver a sus hermanos. Un bonito acercamiento empezaba a crecer entre ellos, no podía pasarle nada ahora. No sería justo. Todos los problemas que había tenido Kailen habían sido por su culpa; desde que la había salvado, no había dejado de meterse en líos por ella. Tenía que salvarlo como fuera, se lo debía. Los habían atacado con la cara tapada, estaba claro que querían deshacerse de ellos sin levantar sospechas. Seguro que habían sido hombres de la aldea de Cowen.

Le faltaba el aliento y los ojos le lloraban del esfuerzo, pero no se

detendría. De pronto, sintió un fuerte golpe al chocar contra alguien. Dolorida, se tocó el brazo. A su lado escuchó los gemidos de otra persona que se había caído al suelo. Cogió el cuchillo poniéndose alerta hasta que distinguió el pelo rizado de una mujer. Se acercó un poco más y la reconoció.

—¿Kendra?

—¿Bri? ¿Eres tú?

—Dios mío, sí. —La ayudó a levantarse—. ¿Qué haces aquí? No importa, debemos ir a la cabaña. —No la dejaba hablar incluso estando casi sin aliento—. Nos han atacado, tu hermano tiene un fuerte golpe en la cabeza y estoy preocupada por él, no se despierta.

—Lo sé, tranquila. —La agarró de los brazos—. William se ha encargado de crear el rumor entre los aldeanos de que habías atacado a mi hermano hasta matarlo. Que debían ir a buscarte y acabar contigo de una vez por todas.

—¡Será malnacido! Estaba segura de que él tenía algo que ver en todo esto.

—¡Vamos! ¡Rápido! Debemos llegar antes que ellos.

Corrieron de nuevo hacia la cabaña. Al llegar, Kendra se acercó a su hermano.

—No tiene fiebre —dijo al tocarle la frente—. Eso es buena señal.

Brianna le quitó el trapo que le había puesto en la cabeza, lo mojó con agua fresca y se lo volvió a poner.

—Voy a prepararle una infusión de tomillo y romero para bajarle la inflamación. Esperemos que despierte para que se la pueda tomar.

—Espera, Bri, antes tenemos que estar preparadas por si viene William con Cowen. Debes decir que se ha caído del caballo.

—¡Pero si nos han atacado!

Estaba tan molesta que no sabía qué haría al cruzarse con el malnacido de William.

—Evita decir eso —insistió Kendra—. No te creerían. Ya te juzgaron por una cosa así. Volverán a cambiar la historia para darle de nuevo la vuelta. Tampoco puedo mentir, he estado con vosotros y, después de dejar a tus hermanos, me vieron llegar varias personas a la aldea.

—Respecto a eso, muchas gracias. De verdad, ha significado mucho para mí.

—Tienes una familia estupenda.

—Desde el principio has confiado en mí —dijo Brianna—. Podías

haber sido como el resto, que me juzgaron sin preguntarse si lo que decía era cierto. En cambio, tú, desde el primer momento, me dejaste entrar en tu vida. Os estaré siempre agradecida a tu hermano y a ti. Si no me creen y ahora me llevan con ellos, quería que lo supieras, que tu ayuda durante todo este tiempo que he estado aquí ha sido más importante de lo que te puedas imaginar.

—Es un placer conocer a una mujer como tú y que además trae de cabeza a mi hermano. —Sonrió—. Y ni se te ocurra pensar que dejaré que esos idiotas te lleven con ellos. No lo permitiré.

Se agarraron de las manos mirándose con la confianza de una amistad que cada día crecía más. El fuerte sonido de los golpes en la puerta las asustó a ambas.

—No lo olvides, no te desvíes de esa historia. Habla lo menos posible, a veces eres demasiado temperamental. Se ha caído del caballo mientras ibais a por hierbas. ¿De acuerdo?

Brianna asintió, se estiró el vestido, se recogió un poco el pelo y abrió la puerta. Los ojos fríos de William junto a Cowen la recorrieron con asco para después observar dentro de la cabaña. Buscaban a Kailen.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó ella, intentando parecer serena.

Tuvo que controlarse para no lanzarse hacia William y matarlo a golpes.

Cowen fue el primero en hablar:

—Me han asegurado que has atacado a Kailen. Queremos ver que se encuentra bien.

—Le han informado mal. Hemos tenido un accidente en el caballo, él se ha caído y lo he traído a la cabaña para curarlo, pero está bien.

—Quiero verlo por mí mismo.

En ese momento apareció Kendra y se situó junto a Brianna.

—¿Qué ocurre, Cowen?

William entrecerró los ojos al verla; por su expresión, eso no se lo esperaba. Cowen lo miró.

—Ha engañado a la hermana como hace con el resto. Esta mujer debe ser bruja, seguro que oculta algún hechizo protector —se justificó ante Cowen.

—No sé de qué demonios hablas, William —contestó Kendra, molesta—. Mi hermano está en la cama con un fuerte dolor de cabeza, eso es todo.

—Quiero verlo —insistió él.

Las empujó a ambas y entró en la cabaña sin que le dieran permiso. Brianna quiso pegarle y cerró la mano contando hasta diez para evitar hacer cualquier tontería. William recorrió la estancia hasta dirigirse a la cortina que separaba la cama del resto de la casa. La descorrió. Todos vieron el estado de Kailen: estaba pálido, las ojeras se marcaban debajo de sus ojos y respiraba con dificultad.

Cowen se acercó.

—Kailen. —Le tocó el brazo con la mano—. Kailen, responde. ¿Estás bien?

Él no respondía, seguía inconsciente.

—Yo tenía razón —dijo William—. Ha intentado matarlo. Seguro que se ha visto descubierta, por lo que lo ha traído hasta aquí para hacer que lo curaba.

Brianna iba a abalanzarse sobre él, pero Kendra la detuvo antes de que ellos se dieran cuenta.

—¿Qué parte de «se ha caído del caballo» no logras entender? —dijo Brianna, taladrándolo con la mirada—. Por cierto, tienes sangre en el cuello, parecen arañazos.

William se llevó la mano a la herida mientras entrecerraba los ojos con una mirada de advertencia. Ambos sabían que de nuevo mentía y que había sido él quien la había atacado.

—Eres una arpía —espetó William—. No sé cómo la defiendes, Kendra. Tú serás la siguiente.

—¿Me estás amenazando? —preguntó la hermana de Kailen.

—¡Ya está bien! —gritó Cowen—. Hasta que él se recupere, te encerraremos. Tú, Kendra, podrás cuidar de él. —Se acercó a Brianna —. Reza para que se salve o estarás muerta.

Kendra y Brianna se miraron. Ambas sabían que, si salía por esa puerta, nunca volvería, pues William se encargaría de matarla. Sin la protección de Kailen, sería muy difícil que pudiera sobrevivir. Este la cogió del brazo para llevársela, bajo la atenta mirada del jefe del clan, mientras ella intentaba zafarse de su agarre.

—Será mejor que vengas con nosotros por las buenas —dijo Cowen.

—O dame la satisfacción de resistirte —contestó William con un malvado brillo en los ojos.

Kailen solo veía oscuridad, no escuchaba nada y el frío se filtraba

en sus huesos. Deambulaba sin saber a dónde iba. La frustración se hacía cada vez mayor, presentía que había olvidado algo importante. ¿Qué era? A lo lejos veía una suave luz dorada que lo atraía de una manera hipnótica. Según avanzaba, se hacía más grande, sin embargo, al mismo tiempo percibía un peligro a su alrededor. El corazón comenzó a latirle a toda velocidad. Al llegar a la cálida luz, justo cuando se iba a dejar envolver por ella, escuchó un grito potente y aterrador: «¡Despierta! ¡Brianna está en peligro!». Se quedó paralizado al escuchar esa voz, más aún al distinguir que esa misma voz era suya.

Abrió los ojos, confuso. Escuchaba gritos que iban y venían. La imagen de la cabaña se volvía borrosa, para momentos después hacerse más nítida. Se tensó al escuchar la voz de Brianna. Estaban intentando llevársela. Despacio, se incorporó de la cama.

—Quítale las manos de encima —logró decir.

Estaba débil, pero el tono de su voz sonó amenazador. Todos se volvieron a mirarlo. William abrió los ojos, sorprendido; seguía sin soltar a Brianna.

—He dicho que la sueltes.

Él reaccionó alejándose de ella. Kendra fue hacia su hermano.

—¿Estás mejor? Mira que caerte del caballo, te estás haciendo mayor.

Él la miró. No sabía por qué decía eso, los habían atacado y debían pagar por ello, pero conocía a Kendra y en sus ojos vio que debía seguirle la corriente. Se tocó la cabeza, dolorido.

—Será mejor que os vayáis —dijo Kailen—. No sé por qué estáis aquí, y creo que prefiero no saberlo. Solo necesito descansar.

—¿Brianna te ha atacado? —preguntó Cowen sin rodeos.

Kailen miró a William, qué ganas tenía de darle una paliza. Después de eso sabía que esa sanguijuela no descansaría hasta verla muerta. No lo permitiría, antes acabaría él bajo tierra si pretendía hacerle daño.

—Eso es una estupidez; si no llega a ser porque ella me trajo a la cabaña, todavía estaría tirado en el suelo con el fuerte golpe en la cabeza.

Cowen miró a Brianna con desconfianza. Pensase lo que pensase, si él no la había acusado, no podía hacer nada contra ella.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Kendra—. Mi hermano necesita descansar. Brianna, ahora ya puedes prepararle la infusión

para la inflamación.

Ella asintió. Antes de que se fueran de la cabaña, William volvió a mirar a Brianna. Sus ojos le advirtieron que eso no acabaría así, que no era el final.

***

Bajaron a desayunar temprano. Shannon les llevó una tortilla revuelta con jamón, un zumo de naranja y unos *bagels*. Brianna estaba hambrienta después de esa noche tan intensa, no solo de comida, sino también del hombre que la había llevado con sus dedos a un placer indescriptible. Tenía que reconocer que había sido increíble sentir cómo el fuerte cuerpo masculino disfrutaba entre sus manos.

Kailen permanecía pensativo, incluso distante. No hablaron de lo que había ocurrido la noche pasada, tampoco de lo que le había confesado. Cada día conocía más a Kailen y le gustaba su personalidad tan especial, seguro de sí mismo, atento. Esperaba que ese silencio fuera solo para dejarle su espacio y que pronto volviera a ser el mismo de antes.

La televisión estaba encendida, sin volumen. Un sol con una gran explosión en la zona inferior apareció en la pantalla seguido de un titular en el que se leía que la NASA había detectado una fuerte llamarada en el sol de manchas oscuras que representaban zonas de campos magnéticos. Hacía años que no eran tan intensas.

—¿Qué ocurre? —dijo Kailen.

Brianna se levantó y cogió el mando de la televisión de la mesa vacía de al lado para subir el volumen. La presentadora informaba que era inusual que se produjera esa tormenta solar tan fuerte al estar el Sol muy poco activo. Se volvió a sentar.

—Es raro —dijo con la boca llena después de meterse un trozo de tortilla—, el Sol está actuando de forma extraña.

—Depende del ciclo, el campo magnético del Sol se modifica completamente, el polo norte y el polo sur cambian de lugar cada once años.

—¿Y? —preguntó ella.

Él bebió un trago del vaso y continuó:

—Este ciclo solar afecta a la actividad de la superficie del Sol. Ahora se pensaba que estaba en un periodo de baja actividad, por lo que se producen menos manchas solares.

—Sigo sin entenderlo. Si siempre hay esos ciclos, ¿por qué es noticia que esté inactivo?

Kailen no le contestó hasta que terminó de beberse el zumo.

—Porque está demasiado inactivo hasta el punto de que podría producirse una miniedad de hielo, como ya pasó del año 1645 al 1715. No pongas esa cara, que suceda es poco probable. Lo que sí es raro es que haya habido una llamarada tan potente estando en periodo de inactividad.

Brianna tamborileó los dedos en la mesa.

—¿Son peligrosas esas erupciones solares? —preguntó ella nuevamente, cada vez con más dudas.

—Podrían serlo. Hubo una tormenta solar en el año 1859, la más fuerte jamás registrada —Kailen cogió una servilleta de papel que iba doblando mientras hablaba—, tan intensa que provocó el fallo de los sistemas de telégrafos de toda Europa y América del Norte. También se vieron auroras boreales donde no suelen ser vistas.

Una niña se acercó a ellos para pedirles el mando a distancia. Brianna se lo dio, ya había terminado la noticia. La pequeña regresó con sus padres y cambió al canal donde emitían dibujos animados.

—Si ocurriese ahora —Brianna volvió a la conversación sobre el Sol —, supongo que habría más consecuencias, hasta el punto de que podría paralizarse todo.

—Es probable, no saben cómo afectaría el recibir de nuevo una tormenta solar tan fuerte. De producirse ahora, habría graves problemas con las comunicaciones al verse dañados los satélites, se interrumpirían las emisiones de radio y provocaría apagones de la red eléctrica. —Kailen la miró fijamente—. ¿Sabes? Es curioso, en el año en el que nacimos también hubo una gran tormenta solar.

—¿Pasó algo importante?

—Se cortaron señales de radio. Una zona bastante afectada fue Quebec, donde unos seis millones de personas se quedaron sin red eléctrica durante horas e incluso días.

Brianna se quedó pensativa, una idea comenzó a formarse en su cabeza.

—¿Qué piensas? —preguntó Kailen.

—Cuanto más tiempo pasamos juntos, más sueños tenemos. —Él asintió—. Desde que comencé a tener esas imágenes tan nítidas en mi cabeza y con tanta fuerza, no dejo de ver que ocurren sucesos astronómicos extraños.

—Siempre hay movimiento en el cosmos, el universo es tan desconocido que siempre veremos acontecimientos raros.

Brianna colocó los tenedores en el plato vacío.

—Es cierto, pero algunos de ellos se suelen dar cada cierto tiempo, en épocas más o menos lejanas. Dices que, en 1989, cuando nacimos, hubo una gran tormenta solar. Al día siguiente de desmayarme en mi apartamento vi una noticia en la que decían que el sol estaba en su momento de más baja actividad; comentaban también, como tú me has contado, la posibilidad de que pudiera volver a ocurrir una miniedad de hielo como hace varios cientos de años. Otro día informaban de que se acercaba una lluvia de meteoros como hacía años que no se veía. Y ayer… —Hizo una pausa, le costaba recordarlo delante de él—. Lo que sucedió entre nosotros nos acercó más.

—Y tanto —contestó con un pícaro brillo en la mirada.

Ella puso los ojos en blanco.

—Y ahora descubren una fuerte erupción solar estando el sol en el momento más inactivo. Llámame loca, pero esto es un poco raro. Nosotros no somos nadie, pero no podemos olvidar que lo que nos está pasando no es normal.

—Pueden ser simples coincidencias. Si fuera como tú dices, ¿qué tendríamos nosotros que ver con el cosmos, con los efectos que se dan en el universo? No tiene sentido.

—Como si algo de lo que nos ocurre tuviera sentido.

—¿Qué tal, pareja? ¿Habéis dormido bien? —Shannon los interrumpió al aparecer con una bandeja en la mano para recoger el desayuno.

—Sí, muy bien —dijo Kailen con una sonrisa en la mirada.

—Entiendo. —Le guiñó un ojo—. Espero que mi abuela os ayudase con lo que estáis buscando.

—Sí, mucho —contestó Brianna—. Es una anciana muy sabia.

—Puede que algunas cosas sean difíciles de aceptar, pero os aseguro que suele tener razón en lo que dice. ¿Vais a ir al Lough Danner?

—Justo ahora mismo vamos para allá.

Se miraron entre ellos. Brianna estaba un poco nerviosa, llegaba el momento de ir al lago y deseaba que encontrasen algo que los ayudara.

—Os puedo hacer un plano para que no os perdáis.

—Te lo agradecería. —Brianna se levantó—. Volveremos más tarde

a por nuestras cosas. Todavía no sabemos si nos iremos hoy a Dublín.

—Tranquilos, por ahora, no hay problemas con la habitación.

Horas después de llevar un rato andando por la arboleda, comprobaron el mapa que les había hecho Shannon. Por sus indicaciones debían estar muy cerca. Brianna iba un metro delante de él, estaba impaciente por llegar, deseaba verlo para comprobar si recordaban algún dato más.

—Si nunca habías soñado con el Lough Danner, ¿cómo lo dibujaste de forma tan real para que Shannon lo haya reconocido?

—No lo sé. A veces me venían imágenes que tardaban en irse, hasta que no las plasmaba en una hoja seguían ahí. Otras me las encontraba en la mesa, las pintaba estando sonámbulo.

A diferencia de ella, que tenía visiones del pasado, él solo veía imágenes o sueños. Desde que Brianna estaba tan cerca de Kailen, los zumbidos y los mareos no eran tan frecuentes.

Media hora después divisaron las dos grandes piedras que Kailen había dibujado. Ahí estaba el mismo lago que habían visto en el sueño, en el que se bañaba con él. Ese día también habían saltado chispas entre ellos dentro del agua.

—¿Nos sentamos a descansar un rato? —preguntó ella.

Kailen asintió, y se sentaron cerca de la orilla. Él apoyó los antebrazos en las rodillas mirando hacia el lago. Se respiraba paz, una tranquilidad especial, Brianna no sabía si era por el paisaje o por estar en compañía de ese hombre. Él la miró y la descubrió observándolo.

—¿Qué sucede? Estás muy callado, no es normal en ti.

Desvió la mirada. Fuera lo que fuera, le costaba decírselo. Cogió varias piedras y comenzó a lanzarlas al agua.

—Esta noche ha pasado una cosa extraña con el sueño que hemos tenido.

Vaya que si había sido extraño. El fuego que se había despertado en ella cuando estaban en la hoguera había sido increíble.

—Han ocurrido bastantes cosas.

—Aunque no puede ser posible.

—¿El qué? Suéltalo ya —insistió ella.

—Cuando el Kailen del pasado estaba inconsciente —continuó él—. ¿Recuerdas que se iban a llevar a Brianna? Estaba en peligro.

Ella asintió, él no se refería al mismo sueño calenturiento.

—¿Qué tiene de raro? —preguntó.

—Al ver que se la iban a llevar y que no despertaba, sentí tal impotencia que en mi inconsciente le grité con todas mis fuerzas para que se despertase.

—No entiendo —dijo, confusa.

—Brianna, creo que me comuniqué con él.

—Pero eso es imposible.

Kailen se levantó y ella lo siguió.

—Lo sentí, quería que me escuchase, que se despertase, que reaccionara para que no se llevasen a Brianna. Grité y él me escuchó, estoy seguro.

—Entonces —dijo ella en voz muy baja mirando al suelo—, eso querría decir que podemos comunicarnos con ellos.

Kailen se pasó la mano por el pelo.

—Es una locura. Todo esto es una locura. Debe ser nuestro subconsciente, por eso me escuchó, porque es mi propia mente la que hace esto.

—¿A los dos?

Kailen se agachó en la orilla y tocó el agua mirando hacia la profundidad del lago.

—No lo sé, es todo tan confuso, Desmonta todas mis creencias.

—Pensé que a mí me costaba creer, sin embargo, tú no eres capaz de apagar ese lado racional, el que siempre busca una explicación científica a todo.

—¡Porque suele haberla! —gritó a la vez que se levantaba.

—No en este caso, no con lo que nos sucede a nosotros, Kailen. De todas formas, a lo mejor no es una idea tan descabellada que si estamos sintiendo lo mismo que ellos nuestros subconscientes estén conectados y nos podamos comunicar con ellos.

Él se colocó las manos en la cintura.

—Será mejor que sigamos, Brianna, o se nos hará tarde.

Qué cerrado era. En su expresión veía que no iba a seguir hablando de eso, lo mejor sería que se fueran. Tampoco habían recordado nada más al estar allí, por lo que volvieron a la moto. Recorrieron varios caminos hasta que uno de ellos les resultó familiar; no había nada en particular, era una simple corazonada. Dejaron la moto con la cadena antirrobo atada a un árbol y fueron el resto del camino a pie.

Pensó que era muy probable que por ese mismo camino hubiese ido la Brianna del pasado. La envidiaba por haber podido disfrutar durante más tiempo de toda esa naturaleza. El paisaje seguía siendo

espectacular y Brianna agradeció que no se encontraran a nadie durante todo el recorrido.

—¡Mira! —exclamó Kailen.

A varios metros se veía un árbol enorme, mucho más grande que el del sueño. La sombra que daba podía tapar a varias personas a la vez. Rápido, se acercaron hasta detenerse delante de él. Era precioso. Brianna tocó el tronco como si así pudiera sentir de alguna forma una conexión especial. Nada sucedía, aunque estaba casi segura de que era el mismo.

—No creo que esté ahí lo que buscas —dijo él.

Brianna se sentó, apoyándose en el árbol.

—Tienes razón. Pensé que, cuando lo encontrásemos, pasaría algo importante, mágico.

—¿Que habría otra pista?

—Mi tía decía en el sueño que este árbol era sagrado, que en él encontraría las respuestas que buscaba.

—También que el destino de Brianna estaba ligado a Kailen.

Lo miró.

—Sí, quizá tengas razón y todo sean estupideces —contestó Brianna.

Se levantó y lo fue rodeando mientras miraba hacia arriba. Observó las grandes ramas, pero no vio nada extraño. Era un árbol majestuoso, especialmente bello. Se preguntó cuántas personas se habrían apoyado en él, cuántas habrían disfrutado de su sombra a lo largo de los años. Emanaba la sabiduría y la madurez del tiempo. En la parte de abajo del tronco le llamó la atención una hendidura. Se puso en cuclillas mientras con la mano repasaba el relieve. Había dos letras grabadas. Kailen se agachó.

—Parece que es una marca que se hizo hace tiempo.

—Sí… —murmuró sin dejar de tocar las letras—. Es la misma que vi cuando estaba debajo del agua con la esfera ¿Qué significarán?

—PS. No lo sé, quizá es de alguna pareja de enamorados que marcaron sus iniciales.

—Aquí no hay nada más —dijo Brianna decepcionada—. Seguro que se nos escapa algo.

Él la cogió de la barbilla hasta que se enfrentó con su mirada.

—Seguiremos buscando. No te rindas, ¿OK?

Se perdió en esos ojos negros. Le transmitían fuerza, seguridad, emociones que cada día iban adquiriendo más fuerza entre ellos.

¿Podría depositar su confianza en él? ¿O la volvería a traicionar como en el pasado?

El sonido de un disparo provocó que ambos dieran un brinco levantándose con rapidez.

—¡Mierda! —gritó Kailen—. ¿Estás bien?

Había dado en el árbol. Miraron hacia todos lados sin conseguir ver a nadie. Otro disparo los rozó.

—Nos están disparando —dijo ella sin poder creérselo.

Capítulo 21

—¡Vamos! —gritó Kailen, que la agarró la mano, y comenzaron a correr.

Brianna sintió cómo la sujetaba entrelazando los dedos con los suyos. En ese instante le llegó una visión, la de unos niños en esa misma situación que corrían para salvar su vida.

Escuchaban el silbido de las balas pasar cerca de ellos. Tenía el corazón en un puño, cualquier bala podía llegar a herirlos, tanto a él como a ella. De solo imaginarlo herido, dejaba de respirar de la ansiedad. Sin que Kailen le soltara la mano ni un instante, continuaron corriendo hasta que llegaron a una zona de matorrales donde pudieron ocultarse mejor. Descansaron un momento cogiendo aliento para después continuar a toda prisa hasta la moto. Se subieron y Kailen arrancó, saliendo de allí con rapidez. Por fin, después de lo que le pareció una eternidad, llegaron al hostal.

Estuvieron pensando qué paso dar a continuación. Seguramente había sido Ryan, si es que ese era su nombre, el que les había disparado. Debían ir a la policía para contarles lo sucedido, sin olvidar el incidente del lago en el que les había lanzado una pesada piedra. Ya no solo eran amenazas, esa vez había ido demasiado lejos; lo más probable era que también hubiera quemado la tienda de Kailen.

Recogieron sus cosas y se despidieron de Shannon prometiendo que volverían a verse. Él había insistido en que se quedaran en su apartamento. Brianna prefería ir a su casa porque estaría más cómoda, pero Kailen no le había dado opción; le preocupaba que, si la había estado siguiendo, sabría dónde vivía. Eso no quería decir que no supiera también la dirección de Kailen, pero así al menos estarían juntos en un terreno conocido para él.

Durante el camino hacia Dublín, Brianna tuvo tiempo de repasar lo que había ocurrido una y otra vez, pero intentó sacar de su mente las balas que seguía escuchando silbar en sus oídos. Si de verdad habían encontrado el árbol correcto, no había sucedido nada mágico,

tampoco habían visto ninguna otra pista que pudiera ayudarlos. Ahora estaban de nuevo en un callejón sin salida y sentía que estaban igual o peor que al principio, porque ahora los perseguía un lunático que quería matarlos.

***

Recuerdo de ambos

Brianna, con los ojos cerrados, disfrutaba del viento que acariciaba su rostro y le llenaba los pulmones del agradable olor a tierra mojada. Estaba feliz, habían regresado al mismo lugar en el que hacía tan solo unos días se había encontrado con sus hermanos. Ahora sabía que estaban bien y, por primera vez en mucho tiempo, sintió paz en su interior. Levantó la vista y vio a Kailen acercándose, ese hombre que se había arriesgado tantas veces por ella y que le había prometido que volvería a ver a sus hermanos, ese hombre que poco a poco había conseguido entrar en su corazón y al que deseaba de manera desesperada.

Cuando Kailen se sentó a su lado, dijo:

—Es un privilegio poder disfrutar de este atardecer junto a ti.

Ella sonrió viendo el sol brillar. Sus rayos se enredaban en las nubes, en los árboles, y rebotaban en las rocas, inundando de tonos anaranjados el horizonte.

Por primera vez, se sentía totalmente relajada a su lado, mucho más a gusto de lo que nunca hubiera imaginado. La herida de la cabeza se le había curado bien. Al verlo tan mal, se había asustado. En ese momento fue consciente de lo mucho que le importaba, no quería que nada malo le sucediese. Habían llegado a conectar tanto que le asustaba, no pensó que fuera posible sentir una emoción así por alguien que no fuera de su familia. En poco tiempo se había convertido en una persona muy importante para ella, casi hasta el punto de decir que era imprescindible. Se preguntó cómo y cuándo había ocurrido eso.

—¿Qué piensas? —preguntó él mientras toqueteaba el tronco del árbol.

—Si te lo dijese, se te hincharía el pecho; no necesito que se te suba más.

—Ah, ya sé. Por fin reconoces que soy irresistible, tan atractivo que

no eres capaz de apartar esos ojos de gata de mi cuerpo —sonrió con picardía.

—Anda —chasqueó la lengua—, deberíamos regresar.

Kailen seguía entretenido con el tronco.

—Ya casi he acabado.

—¿Qué haces?

Brianna se levantó para verlo, pero él se lo impidió.

—Te lo enseñaré otro día. —La cogió de los hombros, llevándola hacia el caballo—. Vámonos.

Se montaron juntos, él se colocó detrás de ella. Mientras se alejaban de allí, se sintió esperanzada. Había logrado ver a sus hermanos, la vida con Kailen cada vez era más fácil y por fin todo empezaba a encajar. A lo mejor era por la emoción que sentía en aquel momento o por la tranquilidad de ver a sus hermanos a salvo. Fuera lo que fuera, ahora que volvía a tener a aquel hombre detrás de ella, sintiendo su calor, el aroma de su piel… Sus manos sujetaban con fuerza las bridas, y sintió envidia de las amarras del caballo. Brianna quería que la sujetasen a ella, que esas manos grandes y duras se deslizaran por su piel. Ya no tenía ninguna duda, necesitaba sentirlo.

Despacio, posó los dedos en una pierna. Enseguida notó cómo él se tensaba y aminoraba un poco la marcha del caballo. Siguió deslizando la mano acariciándolo mientras que la respiración de él se hacía más pesada. El cálido aliento le golpeaba el cuello, que tenía descubierto, ya que se había trenzado el pelo hacia un lado. Sus labios rozaron suavemente su oreja y un escalofrío la removió de la cabeza a los pies.

—¿Tienes frío? —preguntó él en un tono ronco y sensual.

—No.

Ella lo miró, y lo que reflejaban sus ojos oscuros provocó que el corazón le latiera violentamente en el pecho: un inmenso deseo se dibujaba en su rostro. Brianna quería tocarlo; aunque permanecían muy cerca el uno del otro, necesitaba más. Se movió de manera ágil y fue girándose para colocarse de cara a él, ahora sus piernas rodeaban su cintura.

—¿Qué haces, Brianna? —Sonó desesperado.

—Solo quiero abrazarte.

Él se quedó callado, rígido. Se mantuvieron unos minutos en silencio en los que Brianna cerró los ojos y disfrutó de la calidez que le

proporcionaba su cuerpo. Muy despacio, comenzó a acariciarle el pecho. Logró levantarle el blusón hasta tocar su piel, notó la dureza de su fuerte torso, sintió cómo tensaba su abdomen lleno de músculos. Kailen apretó con fuerza la mandíbula y la miró fijamente.

—Para…, por favor… —suplicó él con la voz entrecortada.

Pero ella no se detuvo, seguía provocándolo, y el trote del caballo hacía que se rozara contra su erección y se frotara con cada movimiento.

—Me matas, Brianna… Por favor…, no lo hagas.

Ambos empezaron a respirar con dificultad. Kailen se retenía. Brianna notaba su deseo, sin embargo, de alguna forma rechazaba sus caricias, intentaba mantener el control, que pendía de un hilo. ¿Por qué no la tocaba? Kailen no podía más, las manos de ella vagaban por su cintura hasta casi tocar su erección y, si lograba alcanzarla, ya no habría marcha atrás.

El caballo se detuvo, habían llegado. Él la apartó bruscamente, se bajó con rapidez, como si su contacto lo quemase, y la ayudó a desmontar. La agarró de la cintura y la bajó resbalando por su cuerpo. Cuando sus pies se posaron en el suelo, ambos se miraron. Los ojos oscuros de Kailen eran penetrantes y directos. Brianna percibía el calor de sus fuertes manos rodeándola. El deseo fluía entre ambos como un vendaval, y en el rostro masculino se veía que anhelaba besarla tanto como ella. Apenas los separaban milímetros de distancia. Sin embargo, Kailen la soltó y se metió en la casa. La sorpresa y la frustración se apoderaron de su cuerpo.

Fue tras él, lo observó moverse por la casa seguro de sí mismo, con tranquilidad, como si no hubiera pasado nada. Lo vio agacharse para encender el fuego mientras comenzaba a preparar la cena callado, pensativo. Ella lo miraba también en silencio, sin perderse ninguno de sus sensuales movimientos, hasta que por fin preguntó:

—¿Por qué no lo has hecho?

Vio cómo se incorporaba, notó su mirada clavada en su rostro.

—¿Qué quieres decir?

—No importa, déjalo estar.

Kailen avanzó y la obligó a enfrentarse a sus ojos.

—¿A qué te refieres? —Parecía molesto.

—¿En serio no te has dado cuenta? ¿Te lo tengo que explicar?

—Sí, Brianna, estaría bien una explicación porque, sinceramente, no te entiendo. Eres tan… tan…

—¡¿Qué?! ¡Dilo! ¡¿Cómo soy?! —Apretó los puños.

—¡Eres tan terca y hermética! Nunca sé qué es lo que quieres realmente.

Kailen se pasó la mano por la cara, desesperado.

—¿No te has dado cuenta de que lo único que quería era que me besaras? —le dijo ella a la vez que lo golpeaba con el dedo en el pecho.

Kailen estrechó los ojos y suspiró.

—No tienes por qué hacer esto para volver a ver a tus hermanos, ya te he dicho que lo haremos siempre que podamos.

—No es por eso.

—¿Y por qué, entonces? —La agarró de los brazos.

—¿No es obvio? ¿No lo notaste esa noche junto al fuego?

—Pensé que quizá fue por la emoción del momento al haber visto a tu familia.

—Eres tan listo para unas cosas; sin embargo, para otras… —Le acarició la mejilla—. Te deseo.

Kailen la traspasaba con la mirada como si estuviera analizándola. Dudaba de ella, no estaba seguro de si lo hacía voluntariamente. Brianna no entendía cómo no podía ver el deseo que despertaba en ella, aunque no podía culparlo: siempre le había dado mensajes contradictorios.

—Brianna, ya hiciste esto una vez. No juegues conmigo, puede ser peligroso —le advirtió.

—No estoy jugando, Kailen. Es cierto que la otra vez me cegué por la desesperación, pero no suelo ser así. En el fondo, aquel día, contigo… —Desvió los ojos al suelo y se dio la vuelta, alejándose para evitar mirarlo.

No pudo continuar. Él avanzó los pocos pasos que los separaban y ella lo sintió detrás. No se atrevía a girarse y enfrentarlo.

—No te detengas, Brianna, dímelo.

—Me provocas, nace fuego dentro de mí cuando me tocas, me transformo, me pierdo. Yo…

Escuchó que suspiraba y se quedó en silencio por un momento.

—Si no hablas en serio… —le advirtió—, es mejor que no hagas esto. No me tortures, no te conviene.

—Es la verdad.

Tras unos segundos que se le hicieron eternos, sintió cómo las manos de él rodeaban su cintura.

—Dime, Brianna —le susurró en el oído mientras todo su cuerpo vibraba—. ¿Qué es lo que realmente quieres?

Ella permaneció callada, pero su respiración comenzó a agitarse al sentir su masculino cuerpo detrás de ella. Escuchar su voz ronca tan cerca volvió a despertar cada poro de su piel.

—Me dije que no volvería a besarte hasta que me dijeras que lo deseabas. No te imaginas la paciencia que he necesitado para mantener mi palabra. —Acariciaba su pelo con la nariz—. No sabes las veces que me he sentido tentado de romper mi promesa. Cada movimiento de tu cuerpo, tu forma de andar, de moverte, tus labios, tu mirada, todo en ti me vuelve salvaje.

El silencio inundó la habitación, habían llegado a un punto muerto, pero justo cuando él se iba a alejar de ella se detuvo al escuchar sus palabras:

—Te deseo —susurró. Lo miró y volvió a repetirlo—: Te deseo, Kailen —lo retó.

Una leve sonrisa se formó en el rostro masculino.

—Creo que tendrás que ser más concreta.

Él acarició su pelo y, despacio, le fue deshaciendo la trenza. Sus dedos rozaron su nuca, bajaron por su pecho y acariciaron con un sutil toque su areola. Ese simple gesto la hizo temblar y cerró los ojos sin poder evitar un gemido ante su contacto. Él apartó las manos de su cuerpo y la miró imperturbable, le exigía que se abriera a él. La respiración entrecortada de Kailen era lo único que le indicaba que no estaba tan tranquilo como parecía.

—Dime qué quieres, Brianna. —La cogió con suavidad de la nuca —. Porque no haré nada hasta que esté seguro de lo que deseas — murmuró a la vez que besaba despacio su cuello.

Ella echó la cabeza hacia atrás y respiró agitada cuando sintió el contacto de sus labios. La otra mano descansaba en su cadera y se movió despacio, con suavidad.

—Tócame, por favor —rogó ella.

—¿Dónde quieres que lo haga? Pídemelo.

Brianna notó cómo deslizaba los dedos alrededor de su pecho, dejando un rastro de calor. Dejó las manos ahí y esperó quieto, la volvió loca de necesidad, de deseo por sus caricias.

—Acaricia mis pechos…, por favor, Kailen, hazlo.

Él deslizó el pulgar por su pezón, un leve roce que la hizo gemir. La respiración de él competía con la suya mientras le desataba despacio

los cordones del vestido que cubrían su pecho para poder acceder con mayor facilidad a ellos. Los besó por encima de la especie de combinación que llevaba bajo la ropa, los chupó, los mordió, la torturó. Después, desanudó los cordones de su espalda y deslizó el vestido por sus hombros hasta que cayó al suelo. La dejó expuesta ante él, solo cubierta por su translúcida enagua.

—Eres tan hermosa, Brianna.

Sin dejar de mirarlo, se liberó de la última prenda que la cubría y la dejó caer al suelo. Ahora sí estaba totalmente desnuda y entregada a él. Kailen cerró las manos, parecía no querer tocarla por miedo a que fuera a desaparecer si lo hacía.

—No te reprimas, lo quiero todo de ti —dijo ella.

Acarició su fina garganta mientras la miraba con una mezcla de lujuria y dolor, la acercó a su cuerpo.

—Brianna, ¿no te das cuenta de que te deseo tanto que me asusta? —Apoyó su frente contra la suya—. Si te entregas a mí, no podré dejarte marchar.

Ella le arrebató un beso impidiendo que continuara. Una especie de rugido salió de la garganta de él a la vez que la agarraba de la nuca para profundizar aquel salvaje beso. Ambos gemían y la desesperación iba en aumento. Kailen la apretó contra su cuerpo y acarició sus nalgas con fuerza mientras las manos femeninas se deslizaban por su espalda como si no quisiera perderse ni una parte de su piel. Comenzó a mover las caderas frotándose contra él, la necesidad le apremiaba.

La cogió en brazos y la llevó junto a la chimenea, donde la tumbó en la piel de oveja y, sin perder el contacto visual con ella, comenzó a quitarse la ropa. Brianna lo recorrió con su mirada, se deleitó con la fuerza de su cuerpo, con sus pómulos angulosos y fuertes, con su barbilla cuadrada. Finalmente, se quedó desnudo por la parte de arriba y se puso de rodillas. Ella se incorporó y, sin más preámbulo, Kailen la besó de forma demoledora, sin darle tregua, dispuesto a explorar su interior. Brianna se aferró a él correspondiendo a ese intenso beso, le acarició la nuca, el cuello, la mandíbula sin detenerse. Había tanta pasión entre ellos que sentían que no podrían mantenerse mucho tiempo así. Brianna lo acarició bajando por su pecho, por su abdomen hasta llegar a su erección, que ahuecó con la mano mientras deslizaba sus dedos sobre la tela de los pantalones.

—Espera, espera —dijo Kailen casi sin aliento—. Necesito ir más

despacio o me hundiré dentro de ti en este mismo instante.

—¿Y qué te lo impide?

—No, mi «banlaoch»[1]. He esperado tanto para esto que necesito saborear cada momento, la sensación de tocar tu piel y todo lo que me trasmite hacerlo.

Brianna lo entendía a la perfección, pero ella era más impaciente. Cada vez que la acariciaba, sentía millones de chispas resbalar por su piel, incluso creía ver una tenue luz vagar por sus cuerpos cuando conectaban el uno con el otro, aunque eso fuera imposible.

—Si siento esto ahora, ¿qué voy a sentir cuando esté dentro de ti?

—Creo que es el momento de comprobarlo —lo incitó.

—¿Te han dicho alguna vez que eres una arpía embaucadora? Me tienes totalmente a tu merced.

Él le besó la clavícula y bajó despacio hasta llegar a su pezón, que se metió en la boca para succionarlo con fuerza mientras ella arqueaba la espalda pidiendo más. Deslizó la mano que tenía apoyada en su muslo y llegó hasta su vagina, comenzó a frotar con delicadeza alrededor de sus pliegues y ella gimió extasiada, el fervor era casi insoportable.

—Te equivocas —dijo jadeando—. Eres tú el que me ha engatusado, el que ha conseguido que me dejara llevar.

—Voy a estallar, Brianna. Estás tan lista para mí que apenas sé cómo consigo retenerme.

Lo agarró de los brazos y lo incitó a besarla. En la pasión del beso, ella lo sujetó del pelo y tiró de él mientras que con la otra mano lo arañaba bajando hacia sus nalgas. Kailen se quitó los pantalones y se colocó encima de ella, no podía aguantar más. La penetró un centímetro, y Brianna sintió que su cuerpo se preparaba aún más para recibirlo.

—Dios… —murmuró él.

Se introdujo otro centímetro más, provocando que Brianna se volviera loca. Lo necesitaba ya. Como si Kailen hubiera leído su mente, la penetró de una estocada. Ambos soltaron un gemido, la intensidad era tal que todo lo que ocurría a su alrededor había desaparecido. No escuchaban la tormenta, no oían el sonido de la lluvia que caía fuera de la cabaña ni el estruendo del fuerte viento que arreciaba en el exterior moviendo con violencia las ramas de los árboles. La tierra temblaba a merced de los elementos. La noche se iluminaba por la luz de los rayos mientras ellos, ajenos a todo,

continuaban con su danza. Cuanto más la embestía, cuanto más la besaba, más se estremecía la tierra y más rugía, como si ella también se estuviera liberando. El olor a tierra mojada se filtraba por la cabaña mezclándose con el olor sensual de los cuerpos de ambos. La tempestad que se estaba desatando fuera era la misma que ocurría dentro de aquella casa.

Kailen se movía despacio dentro de ella. Con cada penetración, el placer se hacía más intenso. Se amoldaban a la perfección, como si hubieran nacido para estar juntos. Se miraban fijamente y ambos sabían que el otro sentía exactamente lo mismo, estaban completamente conectados. Él la agarró de la mano y entrelazó los dedos con los de ella. El ritmo era cada vez mayor, lo mismo que sus jadeos; sabía que el éxtasis que iban a experimentar sería imparable.

—Mírame —ordenó él—. Quiero ver tus ojos cuando te entregues a mí.

Brianna lo hizo y profundizó en sus ojos como él lo hacía dentro de su cuerpo. Kailen volvió a penetrarla varias veces más y, de pronto, llegó al clímax más intenso que nunca pensó que podría experimentar. Segundos después, llegó él. La ventana se abrió de golpe, pero Brianna solo se percataba del brillo especial en los ojos de Kailen, como si hubiera una explosión de luz dentro de ellos. Por su mirada, parecía que él había visto lo mismo en los suyos. La lluvia y el aire irrumpieron en la habitación, sin embargo, ninguno era capaz de moverse. Él le acarició la mejilla y ella lo imitó. Se besaron con suavidad, despacio, olvidándose de todo. El frío que entraba por la ventana hizo reaccionar a Brianna.

—Creo que deberíamos cerrarla.

—No quiero dejar de estar dentro de ti.

—Lo estarás siempre que quieras.

Él sonrió y se levantó. La fuerza del viento hizo que le costara cerrar la ventana. Cuando lo logró, se volvió a tumbar al lado de ella.

—Nunca había sentido un placer tan intenso —dijo Kailen mientras la acariciaba—. No sabría explicarlo, pero ha sido tan especial.

—Sé lo que quieres decir.

Se mantuvieron callados durante un rato en el que escucharon la suave lluvia caer sobre el tejado, que parecía compenetrarse con la respiración relajada de ellos. El sonido era hipnótico, tranquilo. Lo mismo que sentía ella tumbada en su pecho.

—¿Qué es lo que has grabado en el tronco del árbol? —preguntó

Brianna.

—Qué curiosa eres. —Le dio un toque en la nariz con el dedo—. PS.

—¿PS?

—Pequeña salvaje.

---

1 Guerrera.

Capítulo 22

El día anterior, antes de llegar a su apartamento, pasaron por la comisaría. Estaban cansados de jugar a los policías, de ser perseguidos, no podían ni debían ignorar que estaban en peligro. Explicaron a los agentes lo que había ocurrido, pensaban que el hombre que se hacía llamar Ryan había quemado la tienda, que incluso les había disparado y ahora también había amenazado a Brianna. Le enseñaron fotos, pero no lo reconoció en ninguna de ellas. Uno de los agentes les entregó una tarjeta con su nombre y prometió que los llamaría si averiguaban algo más; además, les recomendó que no estuvieran solos y que si volvían a verlo llamaran a la policía.

Kailen pensó que no hacía falta que se lo dijese ese agente, no pensaba dejar sola a Brianna se pusiera como se pusiera. Estaba apoyado en la encimera de la cocina tomando un café mientras ella dormía. Desde que se había sincerado con él y le había contado que él había sido su verdugo, entendía mejor la reacción que tuvo en su primer encuentro y su desconfianza.

Quería que supiera, sin ningún género de duda, que estaría allí para ella en todos los sentidos. Poco a poco iba cediendo, incluso en su apartamento él podía haber dormido en el sillón y estar separados, pero no lo hicieron. Por increíble que pareciera, aunque todavía no lograban abrirse del todo el uno al otro y se mantenían alejados en muchos sentidos, las noches se habían convertido en su momento de intimidad, de confianza. Seguramente, era por esos sueños que los unían al ver lo que sentía la otra persona; las emociones que notaban en el mundo onírico los acercaban de una manera distinta, única.

En ese último sueño habían hecho el amor. Aún podía sentir su olor, el tacto de su piel en las manos, la mirada de deseo de ella, el fervor de sus caricias. Fue distinto, especial, como si las fuerzas de la naturaleza se hubieran unido al compás de sus movimientos. Se creó una conexión tan potente que le pareció mística.

Ya sabían qué significaba PS: pequeña salvaje. Sonrió. Si antes

podían dudar de si el árbol que vieron el día anterior era el mismo que el del pasado, ahora ya estaban seguros de que lo era.

—Qué madrugador —dijo Brianna, que entró a la cocina, le quitó la taza de café y le dio un trago—. ¡Dios mío! ¡Qué fuerte lo tomas!

—Así no hay nadie que me lo quite.

Kailen le guiñó un ojo mientras cogía otra taza para prepararle un café menos cargado. Brianna se sentó en una de las banquetas que estaban alrededor de la mesa de la cocina.

—Pequeña salvaje —dijo ella.

—Así es. —Kailen dejó la taza en la encimera con un poco de leche al lado para que se la echase—. ¿Qué has sacado en claro del sueño de esta noche?

Brianna lo miró mientras se sonrojaba. Incluso avergonzada estaba preciosa.

—Que tienen una conexión increíble.

En su rostro vio que pensaba lo mismo que él. ¿Cómo era posible que la hubiera matado en ese pasado después de lo que sentían al estar juntos? Esa pregunta le venía a la mente una y otra vez.

—Estamos en un callejón sin salida, lo único que podemos hacer es esperar a que los sueños nos muestren qué ocurrió. Hemos encontrado el árbol, pero, por más que pienso, incluso con las pistas que tenemos, no sé cuál es el siguiente paso que debemos dar —dijo él, sentándose a su lado.

—No puedo conformarme con eso. —Brianna agarró la taza con las manos—. He pensado que puede haber una manera de cambiar las cosas.

Kailen frunció el ceño.

—No te entiendo.

—Dices que el Kailen del pasado te escuchó al advertirle en el sueño. ¿Y si podemos avisar a Brianna para que se aleje de Kailen? Así evitaríamos que muriera.

—En el supuesto caso de que esto sea algo más que sueños y haya ocurrido de verdad, cambiar el pasado podría tener consecuencias. Se modificaría el destino de todos. ¿No has visto películas sobre esto? Además, científicamente, es imposible viajar al pasado.

—No hablo de viajar, es solo advertir a Brianna para que ese no sea su final.

Él se levantó.

—No creo que sea buena idea. Deberíamos dejar las cosas como

están. Sigo pensando que esto es una locura.

—Eso lo dices porque no fuiste tú el que dejó sola a su familia.

En la calle se escuchaban los truenos, se avecinaba tormenta, y dentro de la casa también.

—¡Exacto! —gritó él—. No fui yo ni tu tampoco. No sabemos qué es esto, Brianna. No puedes pensar en cambiar un pasado que lo más probable es que solo sea producto de nuestra mente.

—Si no crees en ello, que lo probemos tampoco supondría ningún cambio. Si piensas que lo que nos ocurre es por una invención lógica de nuestra cabeza, no perdemos nada por intentarlo. Cada día tenemos más señales. Las siglas PS, ¿cómo las explicas? ¿También es una coincidencia?

—Esto es una gilipollez, se nos está yendo la cabeza.

Brianna salió de la cocina y se fue a la habitación mientras la seguía. Allí, se puso los vaqueros y las zapatillas de deporte bajo la atenta mirada masculina.

—¿Dónde vas? —preguntó él, enfadado—. No vas a salir.

—Necesito respirar.

—Es peligroso.

—No me importa, Kailen; si sigo encerrada aquí contigo, me voy a volver loca.

Cogió la cazadora que estaba en una de las sillas del salón, se la puso y salió a toda prisa del apartamento.

Brianna abrió la puerta del portal y miró hacia el cielo, los truenos se escuchaban cada vez más cerca. Una gota le cayó en la mejilla y se la quitó con la mano, estaba empezando a chispear. No le importaba, prefería mojarse, sentir la lluvia sobre ella a permanecer más tiempo a su lado.

El sueño en el que habían hecho el amor la había alterado, todavía sentía las caricias en su cuerpo, aunque eso no lo iba admitir. Nunca pensó que existiera esa unión tan profunda, los envidiaba. Tenía celos de una pareja que podrían ser ellos mismos en un pasado muy lejano.

¿Y si Kailen estaba en lo cierto? ¿Y si había una razón lógica para todo eso? ¿Y si la magia no tenía nada que ver? Se empeñaba en creer porque, en el fondo, prefería pensar que la vida era algo más que nacer y vivir en este loco mundo para después desaparecer por siempre, sin que hubiera un sentido ni un motivo más importante por el que estuviéramos aquí. Por eso existen las religiones, porque necesitamos pensar que hay un propósito para nuestra existencia. Ver

ese lado racional abría un vacío en su pecho y provocaba que le faltase el aire. La lógica le decía que estábamos de paso y que después ya no habría nada, pero una voz dentro de ella le aseguraba que eso era lo fácil, era lo más sencillo. Lo difícil era creer desde lo más profundo del corazón, sin dudas, que las señales existían, que la vida te mostraba que había una razón detrás de cada vivencia.

Escuchó cómo Kailen la llamaba a lo lejos, y lo ignoró sin detenerse. No quería saber nada de él, su presencia la alteraba, su escepticismo la rompía por dentro. Comenzó a andar más rápido, pero fue inútil porque, finalmente, la alcanzó y la agarró del brazo para detenerla.

—No seas cabezona, vamos dentro, se aproxima una tormenta.

—Prefiero sentir la lluvia que sentirte a ti.

Kailen entrecerró los ojos.

—No pensé que fueras una cobarde.

La rabia crecía como un volcán dentro de ella.

—El cobarde eres tú. Te asusta cambiar el pasado y ni siquiera crees en él.

La lluvia empezó a caer con intensidad, Brianna respiraba con fuerza mientras que Kailen mantenía los puños apretados.

—Volvamos a casa.

—No.

Kailen subió la ceja.

—Te aseguro que en menos de un minuto vas a ir al apartamento.

—¿Vas a obligarme?

—Si es necesario…

Las gotas caían por las caras de ambos, aun así, no dejaban de retarse con la mirada. Cuando él la miró a los labios, el recuerdo de sus besos se apoderó de ella, y no ayudaba ver el deseo en sus ojos. Iba a huir lo más rápido que pudiera; justo al moverse para comenzar a correr, él la cogió de la mano.

—No vas a ir a ningún lado.

La agarró del cuello y la acercó a su boca. No se besaban. Brianna solo sentía el agua sobre su rostro mezclada con el cálido aliento de Kailen. Lo odiaba porque sabía que en el fondo tenía razón, no deberían intentar cambiar el pasado, no debería sentir esa emoción tan urgente de robarle un beso, debería correr lejos, tan lejos como fuera posible.

Kailen deslizó la mirada de su boca hasta su cuello y la soltó

despacio mientras le agarraba el colgante. Ella iba a aprovechar para alejarse.

—Espera, Brianna. —Se lo mostró—. Mira.

El medallón estaba mojado, las gotas de agua no dejaban de caer sobre la piedra. El fondo, que siempre se había mostrado verdoso como la Nebulosa del Cangrejo, ahora estaba totalmente rojo. Lo miraron con atención, un punto brillante y una media luna comenzaron a aparecer en ese espacio rojizo.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Otra pista.

Kailen cogió la muñeca de Brianna. Señaló el símbolo que tenía con las líneas en su piel, era una media luna como le había dicho Grace. Se levantó el jersey observando sus propias líneas, una estrella. Ella lo miró sin entender.

—Vamos a casa —dijo Kailen entrelazando los dedos con los de Brianna—. Por favor.

Después de unos segundos, ella accedió. Cuando llegaron al apartamento, Kailen sacó varias toallas para que pudieran secarse, se cambiaron de ropa y se sentaron en el pequeño sofá. Brianna dejó el medallón sobre la mesa. Lo miraron hipnotizados, en silencio; continuaba con el fondo rojo, pero por más que lo observaban no se les ocurría qué quería mostrarles esa nueva pista.

—Me estoy volviendo loca. ¿Qué narices significa esto?

—Lo que está claro es que la piedra del colgante reacciona a los elementos de la naturaleza. Con el Fuego, se formó la palabra Nádúr; con la Tierra, se iluminó el camino a la esfera; con el Agua, ha mostrado la estrella y la luna.

—Falta el Aire. —Brianna sopló a la piedra, pero no hacía nada—. A lo mejor solo se muestra cuando es el momento oportuno.

—Cómo no —contestó Kailen, frustrado. La cogió de la mano—. ¿Es tan importante para ti que intentemos cambiar el pasado?

Brianna asintió.

—Está bien. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Probaremos esta noche.

No pudo evitar sonreír. Había cedido por ella.

—Gracias —contestó.

El teléfono de Brianna sonó, y se levantó para cogerlo de la mesita que estaba al lado de la entrada. Se sorprendió al ver que era Milena, su amiga brasileña. Se conocían desde hacía años, pero, al quedarse

embarazada, su pareja y ella prefirieron volver a su país. Llevaban un año viéndose solo a través de videollamadas, pero al menos seguían en contacto.

—Tengo que cogerlo.

—Aprovecharé para bajar a comprar comida, el frigorífico está pelado —contestó él.

Kailen cogió unas cuantas bolsas, cerró la puerta y se quedó sola.

—¡Hola, Milena!

—¡Amiga! ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Qué tal la pequeña?

Al escuchar su voz fue más consciente de lo mucho que la echaba de menos. Ahora más que nunca la necesitaba a su lado, que le contase cómo le iba la vida, las peleas con su chico, las reconciliaciones, las charlas por las tardes al volver juntas andando desde el trabajo. Se conocieron porque ella trabajaba en una tienda cercana a la de Roger y se pasaba muchas veces a comprar infusiones. Conectaron enseguida y poco a poco se fueron haciendo amigas. Se sentía muy a gusto con Milena, no la juzgaba, la aceptaba tal cual era. A pesar de la distancia, sabía que siempre mantendrían su amistad.

—Bien, la niña es un bicho, está tremenda.

—Hace mucho que no me envías fotos.

—Luego te mando varias. Llevo días que no paro de pensar en ti, ¿estás bien? —preguntó Milena.

Si Kailen era una persona que no creía en nada que no se pudiera demostrar de forma lógica, Milena era el polo opuesto. Ella aseguraba que existían la energía, los espíritus, lo místico y, según ella, solo los que eran más receptivos eran capaces de sentirlo, de verlo.

—Bien no es la palabra adecuada, diría que estoy metida en un mundo con el que tu disfrutarías al máximo —contestó Brianna mientras iba a la nevera a coger la botella de agua fría.

—Si hablas de corregir una novela tras otra, ya sabes que no sería lo mío. No puedo quedarme en casa un día entero, como para estar encerrada una semana sin salir para terminar esos trabajos. No sé cómo lo haces.

—Siempre he sido más casera que tú, pero no me refiero a eso.

No sabía cómo empezar, ni ella misma era capaz de explicar lo que le ocurría. Se quedó en silencio mientras echaba el agua en un vaso.

—¿Tú crees que podemos comunicarnos en sueños?

—¿Qué se te está pasando por esa cabecita? ¿Alguna novela

interesante que estás corrigiendo?

—Contéstame tú primero que luego te cuento todo.

—Por supuesto. A veces hay personas que transmiten sus inquietudes, sus secretos o lo que sienten a través del mundo onírico. Es muy importante observar lo que te muestran, a veces es nuestro propio subconsciente que nos habla. ¿Tienes algún sueño que no para de repetirse? Me tienes intrigada.

Brianna suspiró mientras dejaba el vaso de agua todavía lleno encima de la mesa y se sentó en el sillón.

—Es más bien una historia que voy descubriendo poco a poco.

Brianna le contó las visiones que tenía de pequeña, que ahora se habían vuelto más fuertes, le habló de Kailen, de los sueños compartidos, de lo que estaban viviendo juntos hasta llegar a la discusión por modificar el pasado. Milena estaba encantada al mismo tiempo que sorprendida.

—Nunca me hablaste de tus visiones, podría haberte ayudado.

—No quise darles importancia, prefería olvidarlo.

—Cariño, cuida de la niña un rato —dijo Milena—. Voy un momento fuera.

Brianna escuchó una puerta cerrarse al otro lado del teléfono.

—Ya estoy sola, esto requiere concentración —contestó su amiga—. Si me pides opinión, por mi carácter, ya sabes que mi mente es más abierta que la de muchas otras personas, por lo que no te puedo decir que no creo nada de lo que dices ni que no hay un objetivo importante que el universo te quiere mostrar.

—Ya salió la supermística. —Brianna rio.

—Sí, y la necesitas más que nunca.

—Eso es cierto.

—La magia existe, Bri, solo hay que abrir los ojos para que te sea mostrada. Si has soñado esa vida, si ahora Kailen está junto a ti en este presente, estoy segura de que estáis hechos el uno para el otro. Puede que haya algo que falló en el pasado, quizá es por eso por lo que os comunicáis con ellos.

—¿Y si es verdad que es nuestro pasado? ¿Y si el cambiarlo repercute incluso en este presente?

—Cuidado con intentar cambiar el pasado, piensa bien lo que haces. Es cierto que debéis agotar todos los recursos de los que dispongáis, pero puede tener consecuencias que ni te imaginas. A lo mejor son ellos los que os dicen a vosotros la clave de lo que sucede,

no al revés.

—No lo había visto así, es probable.

—¿Qué sientes por él?

Brianna se quedó en silencio mientras apoyaba la espalda en el sillón mirando al techo.

—Es complicado.

—No lo es, es sencillo, otra cosa es que no quieras aceptarlo. Para mí no hay ninguna duda de que estáis destinados a estar juntos. ¿Quién puede decir que se ha encontrado con alguien de otra época con el que ya se unió de una forma tan especial?

La escuchó suspirar al otro lado del teléfono.

—No olvides que, en ese pasado, él acabó con mi vida.

—Las casualidades no existen, Bri, creo que todo está conectado. Si nos diéramos cuenta de que el bien y la solidaridad mueven el mundo, que es donde se encuentra el equilibro y que no solo deber ser entre los seres humanos, sino entre todos los seres vivos de este planeta y más allá de él, nos iría mucho mejor a todos. El destino va girando hasta que te muestra lo que debes aprender.

—Si Kailen te escuchase, pensaría que estás loca.

—Bendita locura, prefiero creer que cada señal que me regala la vida es una muestra de que voy por buen camino.

—No estoy tan segura, a veces no sé si es eso lo que quiero creer.

Se bebió de un trago el agua que quedaba en el vaso y se levantó.

—Lo estás, solo que el miedo a volver a sufrir te paraliza. Puede que hayas esperado toda tu existencia por él, incluso que la vida se empeñe en ponértelo en tu camino hasta que aceptes que Kailen siempre ha sido tu destino.

Brianna se rio.

—Tú sí que sabes levantar el ánimo. Milena, con tus palabras haces hasta que crea en el amor.

—¿De verdad? ¿Le vas a dar una oportunidad?

—¿Tengo otra opción?

—Siempre puedes huir, pero tú no eres así.

—Gracias, Milena. No te imaginas lo bien que me ha venido hablar contigo.

—Te echo de menos, Bri. Espero que pronto podamos vernos y que me presentes a ese dios celta.

Ambas rieron.

—Te mantendré informada.

Al colgar el teléfono se sentía más tranquila, como si hubiera encontrado un poco de paz dentro de ese caos. Miró por la terraza y vio a Kailen con las bolsas de la compra. Se imaginó por un momento cómo sería vivir allí con él, preparar la cena juntos, ver una película tumbados en el sofá. Ojalá pudiera ser tan optimista como su amiga, pero algo le decía que estaba muy lejos de conseguirlo.

Esa misma noche, horas después, Brianna se despertó y vio que Kailen no estaba en la cama. Se levantó despacio y fue hacia el salón. Lo encontró sentado en la silla con el flexo de la luz encendido mientras escribía algo en un papel que tenía en la mesa.

—Kailen, ¿qué haces levantado a estas horas?

No le contestó, ni siquiera levantó la cabeza para mirarla. Se acercó hasta que se quedó justo a su espalda y se llevó la mano a la boca al ver que estaba dibujando. Era la imagen de la Brianna del pasado, lo sabía porque ella solía ir con una trenza, aunque no pudo evitar verse a sí misma. Se colocó a su lado y entonces se dio cuenta de que estaba haciendo el retrato sonámbulo, por eso no le había respondido al llamarlo. No quería molestarle, se suponía que no era bueno despertar a una persona sonámbula, por lo que se sentó a su lado sin hacer ningún ruido. Veía cómo la experiencia de años se marcaba en cada trazo. Lo tenía bastante avanzado. Cuando terminó, se levantó sin mirarla, apagó la luz y se fue a la cama. Ella volvió a encender el flexo y se quedó hipnotizada viendo el hermoso retrato.

Capítulo 23

Recuerdo de ambos

Kailen se despertó con ella entre sus brazos. La unión entre ambos había sido tan especial, tan mágica que sintió que lo había llenado por completo. Tembló con cada caricia, con cada beso. Su mirada lo traspasó mientras le hacía el amor y hasta por un momento incluso vio un brillo casi irreal en su iris.

Ella se movió desperezándose, abrió los ojos y le regaló una hermosa sonrisa. Por primera vez, no vio rencor en su rostro, lo miraba con la misma tranquilidad y calidez que a su familia.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó él, dándole un beso en la cabeza.

—Demasiado bien, hacía mucho mucho tiempo que no dormía así. Pero ahora tengo hambre. —Sonrió.

—Vamos a preparar algo.

Fue a incorporarse, pero ella lo detuvo.

—Anoche me dijiste que ya no me dejarías marchar.

Él se tensó al escucharla, ¿acaso se quería ir? Su semblante se puso serio. Antes de que pudiera decir nada más, ella le contestó:

—No quiero que me dejes marchar. —Lo besó suavemente—. Nunca.

—Dios, Brianna —dijo, soltando el aire que había retenido—. Me has asustado. Por un momento, pensé que todo lo que sentimos anoche habían sido imaginaciones mías.

—No, no lo fueron, nunca había sentido algo así. Ven —dio una palmada en la cama—, quédate un rato más a mi lado.

Kailen volvió a tumbarse y ella se colocó en su pecho mientras que él le acariciaba la palma de la mano. Con el dedo, fue señalando las marcas de su piel.

—Me gustaría formar parte de tu destino en esta línea de tu mano —confesó mientras rozaba la línea de la vida—. Que, desde este

momento, te encuentres donde te encuentres, siempre esté presente en tu mundo, que nos pertenezcamos el uno al otro eternamente.

—Siento como si ya hubieras formado parte de mi vida hace mucho tiempo atrás.

Por alguna extraña razón, él también lo sentía.

No querían levantarse, pero el hambre empezó a llamar a sus estómagos. Se vistieron regalándose alguna mirada furtiva; mientras preparaban el desayuno, el simple roce de sus manos elevaba la temperatura de sus cuerpos. Se sentaron en la mesa y Kailen la tanteó, quería que lo conociera. Desde que se quedó huérfano, no había vuelto a hablar de lo ocurrido, pero necesitaba confiar en ella.

—Kendra te contó cómo perdimos a nuestros padres. —La cogió de la mano y ella asintió—. Nos habíamos juntados varios clanes para celebrar el inicio de la primavera, lo estábamos pasando bien. Recuerdo que fue la primera vez que bebí alcohol, mis padres se reían por la cara que puse al probarlo.

Kailen miró hacia el suelo y ella le apretó la mano para alentarlo a continuar.

—En menos de un minuto todo cambió. Nos atacaron, la gente empezó a correr y a gritar. Encontré a mi madre y a mi hermano muertos, luego vi cómo mataban a mi padre, pero acabé con el maldito que lo hizo.

Kailen se levantó y se acercó al fuego para echar más leña.

—¿Qué pasó después? —preguntó Brianna justo detrás de él.

No la miró, se quedó observando el fuego mientras proseguía.

—Kendra y yo no teníamos a nadie, y el padre de Cowen nos aceptó en el clan Urek. Las mujeres nos ayudaron, nos daban comida, ropa para abrigarnos… Había un hombre que apenas se relacionaba con los demás, se llamaba Tobías. Al principio, nos costó acercarnos a él, pero parecía que nosotros éramos de las pocas personas que aceptaba. Nos permitió dormir en el suelo de su cabaña y, poco a poco, me fue enseñando a valerme por mí mismo. Aprendí carpintería y ayudaba a reparar tejados, puertas, cobertizos. Como se me daba bien cazar, traía comida para los tres. Aproveché todo lo que me había enseñado mi madre sobre las hierbas para ayudar a los aldeanos.

Brianna se quedó pensativa mirando el suelo sin saber qué decir. Tuvo una extraña sensación, aunque no sabía si decírselo o no. Él la agarró de la mano.

—¿Qué te ocurre? Estás temblando.

No levantó la mirada ni le contestó. Si fuera verdad lo que pensaba, explicaría por qué siempre había sentido esa conexión estando a su lado, aunque desde el primer momento que se vieron se hubiera negado a admitirlo. Acababan de hacer el amor y una sensación mágica e indescriptible había invadido su ser, pero por ahora prefería no decirle nada. En el fondo, le decepcionaría que no fuera él; no tenía sentido, sin embargo, deseaba que así fuera.

—Brianna, ¿estás bien? —Le cogió la barbilla con delicadeza para que lo mirase—. Por favor, no lo hagas.

—¿Hacer qué?

—No vuelvas a alejarte de mí.

Se acercó hacia su rostro y la besó con dulzura, un contacto corto pero intenso.

—Kailen, ¿ocurrió algo más aquel día que perdiste a tus padres?

—¿Algo como qué? —le dijo, estrechando la mirada.

Ella se levantó y se acercó a la ventana, él se colocó delante para enfrentarse con sus ojos.

—No importa. —Se obligó a sonreír—. Debes haberte sentido muy solo.

—La vida no me ha tratado tan mal. —Le acarició la mejilla—. Muchas personas de la aldea han sido muy buenas conmigo.

—Ahora no estarás solo —contestó ella mientras lo abrazaba.

Pasaron los días y la confianza aumentaba entre ellos. Se iban descubriendo el uno al otro en todos los sentidos, en la intimidad y en las actividades diarias. Aun así, él seguía inquieto, tenía la sensación de que ella desaparecería en cualquier momento.

Cuando Kailen iba con Brianna a la aldea para comprar provisiones, los miraban sin dejar de chismorrear; decían que no aparentaba ser una esclava, sino su mujer. Parecían envidiar las miradas cómplices que habían nacido entre los dos, cada vez eran más que evidentes, y eso para algunos suponía un problema. Muchos de ellos la odiaban, sin embargo, otros habían visto lo justa y educada que era con las personas más indefensas, pues siempre que tenía una oportunidad los ayudaba.

Kailen no quería que llamara la atención, pero no lograba evitarlo. Ella siempre estaba empeñada en ayudar a los más desvalidos, llevaba la cesta a los ancianos, consolaba a los niños que encontraba llorando y siempre tenía una sonrisa para todos. Aunque las mejores

sonrisas eran para él, especialmente, cuando se las ingeniaba para que se encontrase con sus hermanos; entonces se veía radiante, sobre todo, al comprobar que estaban bien y que lograban mantenerse por sí mismos. De todas maneras, como si no los creyera, Brianna siempre se empeñaba en llevarles algo de lo que cazaba con Kailen.

El último día que se encontraron fue como los demás. Habían ido todos: sus hermanos, su prima y su tía, pero le entristeció saber que debían marcharse antes de lo esperado. Corrían rumores de que los del clan Teico estaban atacando distintas aldeas, y lo mejor era que no salieran del poblado. Después de despedirse, Brianna y Kailen se sentaron solos bajo el gran árbol.

—Me gustaría que nos quedásemos un poco más, no quiero volver todavía —pidió ella.

—De acuerdo, solo un rato. Nosotros también deberíamos llegar antes de que anochezca.

—Está bien, pero estás muy lejos, acércate más a mí —dijo ella, sonriendo a la vez que le hacía una seña con el dedo para que se aproximase a ella.

La cogió de la cintura y apretó su cuerpo contra el tronco para sentirla mientras la besaba profundamente. Ella jadeó y las manos de ambos empezaron a tocarse.

—Te deseo, Brianna —gimió.

Sus dedos vagaron por sus pechos, por la cintura hasta que llegaron a la parte más íntima; entonces apartó la tela y tocó su centro, caliente y húmedo. Brianna cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, parecía que le temblaban las piernas, aunque él no la dejaría caer.

Se sentó en el suelo y ella se colocó entre sus piernas. Deshizo varios lazos de vestido para acceder a sus senos, que tocó y lamió con avidez mientras ella se frotaba contra su erección. Kailen vio cómo el placer de ella aumentaba a la misma velocidad que el suyo. El pezón femenino se tensaba con el contacto de su lengua, la fría brisa se mezclaba con el calor de su aliento.

Brianna agarró su pene y comenzó a acariciarlo de arriba abajo, Kailen soltó un gruñido.

—Dios mío, me encanta cuando me tocas así, mi guerrera.

Ella siguió martirizándolo una y otra vez, subiendo y bajando hasta que sintió cómo se llevaba su duro miembro al centro de placer de

ella. Despacio, se lo fue introduciendo hasta que la penetró profundamente. Brianna comenzó a balancearse mientras se sujetaba a sus hombros. Kailen la agarró de las nalgas para aprovechar su movimiento y hundirse aún más en su interior. Le mordisqueó un pecho, ella inclinó la cabeza hacia atrás exhibiendo su cuello largo y sensual. Sintió la libertad junto con las sensaciones de las manos femeninas sobre su piel. Después de varios movimientos más, logró que ella llegara al clímax con fuerza, una mezcla que provocó que segundos después él se derramase en su interior.

Se abrazaron mientras la respiración de ambos se iba calmando, y él le acarició la espalda. Durante unos instantes se mantuvieron en silencio. Ella se dio la vuelta y se apoyó en su hombro. Así, juntos, observaron el atardecer.

Kailen se maravillaba por la sensación de libertad, de bienestar, de… algo que no podía definir, que lo llenaba, le daba calor. Sentía que ella era su hogar y que estaban destinados a estar siempre juntos. La cogió de la mano y volvió a acariciarle la palma siguiendo su línea de la vida. Un pensamiento acudió a su mente, algo que desde pequeño no había podido olvidar. «¿Y sí…?», pensó a la vez que le apartaba el pelo.

Despacio, deslizó el oscuro cabello de Brianna hasta dejar visible su cuello. Se acercó un poco más y el corazón le dio un vuelco al distinguir la media luna en el inicio de su nuca. Como hizo años atrás, rozó la tenue mancha marrón con un dedo; esa vez no hubo ninguna iluminación, pero sí sintió esa pequeña chispa que recordaba. Ella también lo percibió porque se incorporó rápidamente. Se dio la vuelta y lo miró confundida.

—¿Qué ha ocurrido? —Se llevó la mano a la boca—. Lo he vuelto a sentir…

Él la miró con asombro, ella también lo había notado.

—¿Qué has sentido?

Brianna lo miró fijamente. Iba a decirle algo, sin embargo, se levantó con rapidez y se alejó. Él la siguió.

—¿Qué has sentido? —insistió.

Kailen la agarró por los hombros y la obligó a enfrentarse a él.

—No es nada… —dijo Brianna.

—No hace mucho me dijiste que es como si ya hubiera formado parte de tu vida tiempo atrás, quizá tengas razón.

Brianna frunció el ceño. Se sentía confundida y a la vez inquieta

con respecto a lo que acababa de decir.

—Te dije que murieron mis padres, pero no te he contado lo que me ocurrió ese día que tampoco pude olvidar. Caminaba aterrado mientras saltaba entre cuerpos inertes, muchos de ellos conocidos: vecinos, amigos, personas con la que hacía solo unos minutos había estado comiendo, con las que había compartido risas y juegos. Me quedé paralizado, no tenía fuerzas para continuar, mi familia había muerto. Pero entonces escuché el grito de una niña, miré en esa dirección y vi a un hombre a caballo que se disponía a matarla. No lo pensé dos veces, solo lo hice: me acerqué con rapidez y la cogí de la mano antes de que él pudiera alcanzarla. Instantes después nos atacó otro hombre, sin embargo, la madre de aquella pequeña nos salvó.

A Brianna se le iba acelerando el corazón según él iba relatando la historia.

—No puede ser —susurró ella.

—Fuimos hacia el bosque, pero nos siguieron. Su madre nos escondió detrás de unos matorrales y nos ordenó que no saliéramos de allí. Antes de irse, me dijo que siempre protegiera a aquella niña… —Levantó su mentón para que lo mirase—. Que siempre te protegiera, Brianna.

Los ojos de ella estaban llorosos, no sabía qué hacer, se había quedado paralizada.

—Eras tú… El chico que me abrazó y me protegió cuando solo era una niña, el que me salvó la vida, no solo aquella vez, sino también ahora.

—No te imaginas lo que me dolió ver cómo mataban a tu madre, me sentí tan impotente por no poder hacer nada, pero incluso con mi corta experiencia supe que, si intentaba ayudarla, moriríamos los tres. Al menos, pude salvarte a ti. —Kailen le acarició la barbilla con ternura —. Dime algo.

—No sé qué decir. Yo… siempre he pensado en ti, me he preguntado qué habría sido de aquel muchacho que me salvó, que me consoló y me protegió de todo aquello. Creo que en el fondo siempre he sabido que eras tú. —Ella le cogió el rostro con las manos—. Nunca pude darte las gracias, cuando volvimos a la aldea desapareciste y no volví a saber de ti.

—Bueno, lo que pasó después ya lo sabes. Yo tampoco pude olvidarte, siempre me pregunté si esa pequeña estaría bien después de todo lo que había visto. Quién iba a decir que esa niña se

convertiría en una «banlaoch» fuerte y valiente, y que ella también me salvaría a mí.

Ambos se fundieron en un tierno abrazo. Kailen pensó que el destino los había vuelto a unir, que era afortunado por volver a tenerla en su vida.

—Mi madre te pidió que me protegieras siempre.

—Lo sé, creo que le hice caso sin pretenderlo. Lo que nunca supe fueron las palabras que susurró al hacerme una especie de dibujo invisible en los labios.

Ella lo miró para después desviar la vista hacia el cielo.

—Yo sí. —Hizo una pausa—. El dibujo era el símbolo de Theherd, la unión de dos trísqueles. Las palabras que pronunció fueron: «Que lo que el nudo ha vinculado permanezca unido en cuerpo, mente y alma, en amor eterno».

—Parece que selló nuestra unión —dijo Kailen mientras acariciaba su mejilla con el dorso de los dedos.

—Solo la reforzó, el resto pertenecía al destino.

Kailen la besó con ternura. A Brianna no le importaba cuál era el motivo por el que estaban juntos, solo sentía que ahora él formaba parte de su vida y que no quería volver a perderlo.

Regresaron a la aldea, se bajaron del caballo y fueron hacia la cabaña cogidos de la mano. Ella se tensó al ver a un niño que se acercaba rápidamente hacia ellos. Cuando se encontraba más cerca, distinguió al pequeño que había salvado en la aldea cuando su padre iba a darle una paliza.

—¿Qué haces aquí, Andrew? —preguntó Kailen.

—Tenéis que huir. Mi padre os ha visto, sabe que habéis estado viendo a sus hermanos. —Se apoyó en sus muslos cogiendo aire—. Va a decírselo a Cowen. Cuando se entere, irá a por ella.

Kailen y Brianna se miraron.

—Tranquilo, pequeño. ¿Has venido corriendo todo el camino?

Él asintió.

—Has sido muy valiente —contestó ella a la vez que se agachaba para ponerse a su altura. Le apretó levemente el hombro—. Es mejor que vuelvas, no quiero que te pase nada. Gracias por arriesgarte por nosotros.

Le dio un beso en la mejilla. El niño sonrió y se fue a toda prisa.

—Brianna. —La voz seria y grave de Kailen la sobresaltó—. Debes irte.

—No, no iré a ninguna parte.

—No lo entiendes, ¿verdad? —La cogió de los brazos—. ¡Estás en peligro! No te perdonarán por esto.

—Y a ti, ¿qué te harán? No pienso dejarte solo, te has arriesgado demasiado por mí.

—Y lo volvería a hacer una y mil veces. —La sujetó con suavidad del cuello con las manos—. Espero que sepas que nunca fuiste mi prisionera, lo único que quería era protegerte. Si te hubiera dejado marchar, ellos te habrían perseguido hasta dar contigo o se habrían vengado con tu familia.

—Lo se… Ahora lo sé.

La besó con fuerza, sabía que quizá sería la última vez que la podría tener entre sus brazos. Sus frentes se juntaron, y sintió el agua salada caer por las mejillas de Brianna.

—Por fin te había encontrado y ahora tengo que volver a dejarte ir —murmuró él.

—Me prometiste que no me dejarías marchar —susurró ella.

Él sonrió, aunque sus ojos estaban inundados de tristeza. La cogió de la mano y de nuevo acarició las líneas que se marcaban en su palma.

—Prefiero dejarte ir a perderte para siempre. Pero recuerda que, estés donde estés, siempre estaremos juntos. Te pertenezco, Brianna.

—Prométeme que volverás a por mí.

Le cogió la cara con las manos y la besó mientras las mejillas de ella se llenaban de lágrimas.

—Te lo prometo.

***

Kailen estaba solo en la cabaña. Hacía un rato que Brianna se había ido y ya se le hacía insoportable su ausencia. El silencio en la casa era asfixiante. Había muchas probabilidades de que no la volviera a ver. Una opresión fue creciendo en su pecho. Lo único que quería era que se pusiera a salvo, que no fueran capaces de encontrarla. Poco le importaba lo que a él le ocurriese, pero, si era capaz de salvarse de eso, iría a buscarla. Escaparían juntos.

Escuchó voces que se acercaban, ya estaban allí. Se levantó y abrió la puerta justo cuando William estaba a punto de golpearla con el puño. En su rostro se reflejaba la ilusión de verse ganador, de haber

conseguido al fin lo que tanto había buscado.

—¿Dónde está esa furcia? —bramó William con asco.

Kailen no se lo pensó, lo golpeó en la mandíbula con todas sus fuerzas. Del impacto terminó en el suelo; lo miraba con odio mientras se tocaba la cara, dolorido. Escupió a un lado, le había hecho sangre.

—¿Y la mujer? —preguntó Cowen—. Nos han informado de que os han visto con sus hermanos. Fui muy claro, estaba prohibido cualquier acercamiento con su familia.

Cowen apartó a Kailen de la puerta y entró en la cabaña buscándola con la mirada. El rostro del jefe cambió. Cada segundo que pasaba se enfurecía más.

—No la vais a encontrar aquí.

—¿Ha huido? —preguntó en un tono de advertencia.

—No puedes culparla.

—Pero a ti sí por dejarla ir —dijo Cowen.

William se levantó del suelo. Al menos había cinco hombres rodeándolo, no tenía ninguna oportunidad de salvarse. Tampoco quería luchar contra su clan. En un principio pensó en mentir, era la palabra del padre del niño, un borracho sin futuro ni trabajo, contra la suya. Pero no era su forma de actuar, prefería ir con la verdad por delante.

—Me conoces desde hace muchos años, Cowen —se defendió Kailen—. Siempre he sido fiel a nuestro clan. Créeme cuando te digo que Brianna no tuvo nada que ver con la muerte de tu hijo.

—No empieces de nuevo con eso. —Cowen se llevó la mano a la espada.

—¿Nunca te has preguntado por qué tiene tanto interés William en que acabes con ella? De ti lo puedo entender, has perdido un hijo, pero de él… —Lo señaló con la cabeza con desprecio—. Muchos sabemos de lo que es capaz. No te dejes cegar por sus venenosas palabras, eres más listo que eso.

—¿Dónde está la muchacha? —insistió Cowen, ignorándolo.

Uno de los hombres de Cowen se acercó a él para susurrarle algo al oído, se separaron un poco de ellos. Kailen se preocupó, quizá la habían encontrado, no lograba escuchar nada.

—Tu putita no tiene salvación —dijo William.

—Parece que con un puñetazo no has tenido suficiente. ¿Buscas más?

—No entiendo por qué la defiendes.

—Solo intento protegerla de hombres como tú.

William comenzó a reírse.

—Eres un necio. No entiendo de qué la quieres proteger, ella sabe defenderse solita. —Se acercó más a él para que los demás no lo escuchasen—. Incluso tiene buenas habilidades en la cama, menudo cuerpo tan sensual. Y esa marca justo al terminar su espalda es de lo más sugerente, me ponía muchísimo cuando me la follaba por detrás. Suplicaba que la dejase ver a sus hermanos, ahora entiendo por qué dejó de venir. Supongo que te convenció para que tú lo hicieras, por lo que también la has debido de probar como yo.

Kailen se abalanzó sobre él. Lo tiró al suelo y comenzó a golpearlo sin parar. La ira que sintió al escuchar sus venenosas palabras provocó en él una rabia tan intensa que lo cegó, lo único en lo que pensaba era en matarlo. Los hombres de Cowen intentaron apartarlo, lo tuvieron que sujetar entre tres para conseguir separarlo de William, que tenía el rostro ensangrentado.

—¡Basta! —gritó el jefe—. Debemos dejar esto para más tarde, hay rumores de que el clan Teico pretende atacarnos. Tenemos que ponernos en marcha y avisar a la gente de la aldea. —Miró a Kailen—. Coge tus armas, ya veremos qué pasa cuando esto acabe. Por ahora, vienes con nosotros; hay que proteger a nuestra gente.

Mientras iban hacia la aldea, Kailen no dejaba de pensar en las palabras de William. No. No era cierto, se negaba a creerlo. Brianna no era así. Recordó el día del bosque cuando se entregó a sus besos, a sus caricias hasta que notó la tensión de ella. Si él no la hubiera detenido, ¿habría sido capaz de acostarse con él para conseguir ver a sus hermanos? ¿Lo había engañado todo ese tiempo? Recordó que a veces la dejaba sola mientras él iba a hacer otras tareas, se podían haber visto en esos momentos. La rabia, mezclada con la impotencia, crecía como un volcán a punto de explotar. Se sentía como un estúpido. ¿Había sido todo mentira? ¿Había sido todo un juego para ella? Si era así, Brianna no solo debería temer a William y a Cowen, se habría ganado un nuevo enemigo. No la perdonaría.

Capítulo 24

Brianna comenzó a zarandearlo. Quería que se despertase, en ese sueño habían sucedido tantas cosas que no podía esperar a que amaneciera. Kailen abrió los ojos, adormilado. La miró confuso.

—¿Qué ocurre?

—El sueño, tenemos que hablarlo.

Él miró el reloj.

—Son las cinco de la mañana, Brianna. —Se tapó la cara con las manos—. Necesito dormir tres días seguidos.

Brianna se planteó por un momento que podría ser buena idea dormir tres días, así podrían recopilar más información.

—¿Estás loca?

—No importa. ¿Recuerdas el de esta noche?

Kailen se sentó y se apoyó en el cabecero.

—¿Cómo olvidarlo? No puedo creer que lo haya traicionado. Es imposible que se haya acostado con William.

—Yo tampoco lo creo. Seguro que la vio desnuda en el lago. —Intentó cambiar de tema—. ¿Has visto que se conocieron de pequeños?

—Sí. Es extraño —dijo él—. He visto el recuerdo de Kailen de cuando eran niños. ¿Me crees si te digo que hace unos años tuve ese sueño? Cuando él la salva, huyen con la madre y se esconden en el bosque.

—Yo también lo tuve. Incluso recuerdo el año que fue porque coincidió con un fuerte terremoto en Japón que desembocó en un tsunami en el que murieron muchas personas y destrozó la planta nuclear de Fukushima.

—Sí… Es cierto, fue en esa época.

—En el 2011.

—Pero ¿por qué ese año? ¿Qué ocurrió para que ambos soñáramos con aquello?

Se fueron al salón para coger los portátiles. Ambos iban buscando

noticias importantes de ese periodo. Manifestaciones en Londres, un tornado en Montana, la muerte de Bin Laden. Kailen comenzó a buscar noticias sobre astronomía.

—Dios mío —susurró él.

—¿Qué has encontrado?

Brianna se acercó a su pantalla, en el titular de una noticia se leía: «Estallido de luz sin precedentes en la Nebulosa del Cangrejo». Se miraron sin saber muy bien qué decir. La Nebulosa del Cangrejo volvía a aparecer. ¿Qué relación había?

—El día en el que me atacas en el pasado —dijo Brianna, pensativa —. Lo último que vi fue cómo aparecía una estrella superbrillante en el cielo, lo raro es que era de día. Me dijiste que la Nebulosa del Cangrejo se pudo ver durante dos años en el cielo tanto de día como de noche.

—¿Crees que la viste justo cuando fue visible en la Tierra?

—Es probable. Pero ¿por qué soñamos lo mismo en el 2011?

Brianna resopló.

—No lo sé, joder.

Salió a la terraza, necesitaba respirar aire fresco para aclarar las ideas. Se apoyó en la barandilla. Escuchó a Kailen detrás de ella y se giró preocupada.

—De nuevo nos une otro acontecimiento astronómico. —Kailen se apoyó en la pared con los brazos cruzados—. Ese estallido de luz de la nebulosa se dio justo ese año en el que, de alguna forma, volvimos a unirnos en sueños.

—Todo gira en torno a eso, pero ¿por qué?

Kailen se colocó a su lado a la vez que observaba el cielo.

—Dicen que la luz de las estrellas no es otra cosa que nuestros ancestros que nos guían a casa, que nos marcan el camino —dijo Kailen—. A lo mejor, de alguna forma estamos unidos a ellos y nos están mandando un mensaje a través de los sueños, quizá también a través de señales del cosmos, del Sol, de las nebulosas. El universo buscando un equilibrio.

Brianna levantó una ceja.

—Vaya, no pensé que te escucharía decir eso a ti, que no sueles creer en estas cosas.

El curvó los labios, se agachó y revisó la tierra de una maceta alargada en la que había varios girasoles.

—¿Sabes por qué me gusta esta flor? —preguntó Kailen mientras

Brianna negaba con la cabeza—. Siempre busca la luz del sol. Se pasan el día girando, lo siguen, cambian de posición para seguir mirándolo. ¿Sabes que incluso se organizan para evitar la sombra de sus compañeras sin molestarse? Se respetan para que todas reciban la misma cantidad de sol. Lo que más me llama la atención es que la naturaleza nos enseña que, en los días nublados, los girasoles se miran unos a otros, buscando la energía en ellos mismos. Se arropan los unos a los otros, erguidos, hermosos, cuando el sol no está.

—Nunca lo había escuchado.

Kailen se acercó y colocó los brazos en la barandilla atrapándola.

—La naturaleza busca el equilibrio, ¿por qué no pensar que el universo hace lo mismo?

—No sé si alguna vez lo descubriremos —dijo Brianna, dejándose llevar por esos ojos negros que la miraban con intensidad.

—Es probable. Pero, igual que los girasoles, quiero que nosotros, pase lo que pase, nos miremos el uno al otro en los días nublados. Que me dejes sentir tu energía para apoyarnos.

Quiso abrazarlo, olvidar lo que habían visto en este último sueño, pero, sin poder remediarlo, le llegaron a la mente las palabras de William.

—No puedo evitar pensar que lo que le dijo William a Kailen desembocó en ese final —murmuró ella.

—Todavía me cuesta creer que Kailen hiciera eso.

—¿Celos? —dijo Brianna—. Es probable que ese fuera el motivo por el cual acabó con ella. Pensó que era cierto, la volvió a ver y la mató. He sentido su rabia.

Agachó la cabeza para evitar mirarlo. No necesitaba ver el dolor que brotaba de su interior. Al despertarse de ese último sueño, le dolía el pecho de la angustia de ver que se habían tenido que separar. Tanto la Brianna de antes como la de ahora coincidían en que, en ese preciso momento, ambas sentían lo bien que estaban juntos, la unión tan importante que se había creado entre ellos, hasta haber bajado las defensas.

—Es imposible. Sé lo que siente Kailen por ella, la quiere. No lo veo capaz de hacerle daño.

—A lo mejor lo que vemos o percibimos nosotros en el sueño no es del todo real.

—Lo es —sentenció él.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Sus emociones son las mías.

Brianna intentó alejarse de él, sin embargo, Kailen no parecía dispuesto a dejar espacio entre ellos.

—Al mirarla, veo cómo la percibe en su interior. —Subía y bajaba la mano acariciándole el brazo—. Al tocarla, sé lo que despierta en él. Cuando le hace el amor —murmuró en su oído—, puedo notar esa gran conexión. La misma que quiero sentir contigo.

—A lo mejor nosotros no tenemos esa compenetración tan fuerte.

Él clavó los ojos en ella.

—¿Sabes por qué sé que tengo razón? —Le acarició el cuello—. Porque cada una de las sensaciones del Kailen del pasado, las que ha ido sintiendo por Brianna, se han despertado dentro de mí al estar a tu lado.

—La persona que despierta esto en ti es la Brianna del pasado.

Kailen subió una ceja.

—¿Todavía piensas que somos distintos? Somos ellos. Solo me falta probar una cosa para demostrar mi teoría. —La agarró de la nuca—. Déjame confirmarlo, Brianna.

La besó profundamente. Ella soltó un gemido, las sensaciones eran igual o más intensas que las del pasado; aun así, volvió a separarse de sus brazos.

—No, Brianna, no te alejes. Voy a demostrarte que estoy en lo cierto y te juro que esta vez no habrá nadie en la Tierra o en este universo que evite que seas mía.

Kailen pensó que había aguantado demasiado. Se juró que esa noche iba a hacerle el amor, iba a disipar cada una de las dudas que Brianna tenía sobre ellos. La volvió a acercar a su cuerpo. Con una mano la agarraba de la cintura mientras que con la otra profundizaba en el beso, ella se aferró a él y le devolvió el beso con pasión. Tan dulce y al mismo tiempo tan salvaje y adictiva.

Él se separó solo un momento para sacarse la camiseta con una mano por encima de la cabeza mientras ella hacía lo mismo con la suya. Los ojos de Brianna se posaron en su torso, la mirada que le regaló lo abrasó como el fuego. Sin parar de besarse, empezaron a andar hacia la habitación chocándose con la mesa, con la columna, con la cómoda. La apoyó en la pared del pasillo mientras devoraba sus labios. Sus manos vagaban por la cintura femenina, por los pechos, por el cuello. La cogió en brazos hasta llevarla a la cama y la tumbó sin dejar de besarla.

—No creo que sea tan paciente como él —dijo con la voz entrecortada.

—No lo seas.

Pensó que debía estar loca para aceptarlo o, realmente, no conocía el deseo tan voraz que sentía por ella porque, si fuera así, se asustaría. Casi notaba la enajenación él mismo con solo sentir el tacto de su piel frotándose contra la suya. Se deshizo de los pantalones cortos de Brianna y se detuvo solo un segundo para contemplar su cuerpo. Era preciosa, tan sensual con el pelo negro revuelto sobre la cama y los ojos llenos de pasión.

Ella lo cogió del cuello para que volviera a besarla. Dios mío, era como una droga, no se cansaba de su olor, de su suavidad. Lo rodeó con las piernas, por lo que su erección se frotó contra el centro del placer de Brianna. Le bajó el tirante del sujetador y, como le estorbaba, se lo quitó. Después le besó el hombro y, deslizando los labios por cada rincón de su piel, bajó hasta su abdomen.

Brianna le tiró del pelo para obligarlo a subir y que volviera a saquear su boca. El jadeo de ambos y la respiración rápida de los dos era lo que se escuchaba entre las paredes de su apartamento. Cuando la vio por primera vez al atropellarla con el coche, nunca pensó que acabaría allí con ella, en su cama, en su habitación, deseándola como un loco.

—Kailen… —susurró ella.

Era una petición y estaba más que dispuesto a darle lo que quería.

—Lo sé…

Sin separarse de ella, se bajó un poco los pantalones del pijama junto con los *bóxers*, necesitaba sentirla ya, sin dilación, de manera profunda, que lo envolviera con su suavidad. Colocó su erección en su entrada.

—Mierda, el preservativo —dijo Kailen.

Se apartó sin poder creerse que hubiera estado a punto de hacerlo sin protección. Fue a la mesita de noche, lo cogió y se lo puso con rapidez.

Se quedó desnudo y se situó de nuevo encima de ella. Volvió a capturar sus labios con ferocidad, le colocó las manos en los muslos y la penetró de una estocada. Ella gimió excitada mientras Kailen se quedaba sin respiración. Brianna movió las caderas para que él continuase. Le mordía los labios para después introducirle la lengua al mismo tiempo que salía y entraba de su cuerpo. Ella le arañó la

espalda y deslizó las manos hasta sus nalgas, que apretó para que la penetrara más profundo.

Kailen jadeó con una mezcla de dolor y placer, eso provocó que un relámpago de deseo fuera directo a su erección. Brianna se movió para colocarse encima. No pensó que fuera posible sentir una conexión más grande, un fervor que hervía como nunca antes. Verla moviéndose así, con sus pechos perfectos, le recordó a una amazona montada sobre él, porque para él toda ella era perfecta tal cual era.

La cogió de la cadera mientras apoyaba los pies en la cama para poder profundizar en su interior con más intensidad.

—No es suficiente, Brianna.

Volvió a girarla hasta que la espalda de ella acabó apoyada en la cama y se colocó encima de ella para penetrarla con fuerza.

—Dime si necesitas que vaya más despacio, que sea más suave —logró decir él.

—Más…

—Joder. Noto con cada movimiento cómo me envuelves.

Kailen cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás mientras seguía con una embestida tras otra.

—Kailen, yo…

—Sí, yo también.

La mirada de Brianna permanecía anclada a la de él. Estaba dispuesto a conquistar su corazón y necesitaba sentir que ella estaba preparada para recibir el suyo. Quería mirarla a los ojos cuando alcanzase el momento que tanto deseaba que sintiera entre sus brazos. Supo el instante exacto en el que ella llegaba al orgasmo, fuerte y salvaje, tanto que la dejó sin aliento; segundos después él gritó, movió las caderas y se dejó ir gruñendo excitado.

Se escuchaba el aliento agitado de ambos. Se miraron y sonrieron al mismo tiempo. Había sido tan intenso que no podían explicar la euforia que sentían después.

—Lo sabía —afirmó él mientras le pasaba un dedo por una mejilla, tras lo cual trazó el contorno de su labio inferior.

—¿Qué?

—He sentido lo mismo, esa potente conexión que hay entre ellos.

Brianna sonrió.

—Bueno, en nuestro caso no ha habido relámpagos.

—Te equivocas, cada caricia que me regalabas llevaba una carga eléctrica que hacía que todo mi cuerpo temblase.

Ella lo abrazó. Ese gesto, junto con el acto tan íntimo con el que Brianna lo acababa de obsequiar, era mucho más de lo que pensó que conseguiría. Significaba mucho que ella se abriera de esa forma. Quizá pudieran tener un futuro juntos, eso era lo que deseaba pensar, no quería que desapareciera de su vida. En el sueño había sentido cómo, cuando tuvieron que separarse, se abría un vacío en su interior. No quería volver a tener esa sensación.

Brianna apoyó la cara encima de su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí, solo pensaba en todas las cosas que nos han pasado durante este tiempo. En que no encuentro ningún sentido a lo que me contaste de Kailen.

—Lo sé. Después de lo que veo cada día en esas imágenes, no entiendo nada. Puede ser que suceda por lo que le ha dicho William. ¿No crees que deberíamos intentar advertir a Brianna? Seguro que va a volver, dicen que los van a atacar, regresará por algún motivo y no debería hacerlo.

Ella se apoyó en el codo y lo miró. Notaba la frustración en su mirada, necesitaba con todas sus fuerzas cambiar el pasado, no estaba seguro de que solo fuera por sus hermanos.

—Si conseguimos que no vuelva, él no podrá hacerle nada.

—Eso es.

—¿Quieres hacerlo por no dejar solos a tus hermanos? ¿O también es por Kailen?

Ella desvió la mirada.

—Por todo. La Brianna del pasado que está dentro de mí, a la que veo cada noche, no puede perdonarlo. Le duele, no comprende por qué la atacó. Si lo evitamos, es posible que tengan un futuro juntos.

—O bien que acaben todos muertos.

—¿Quién te dice que no se vengaron con mis hermanos y con mi tía? No sé qué les sucedió. Necesito respuestas.

Kailen se quedó en silencio. Era muy importante para ella, no podía decirle que no. No creía que fuera a cambiar nada por intentarlo. Suponiendo que fuera verdad, pensaba que lo que ocurría en el pasado no se modificaría. Lo haría por ella, al menos, debían probar.

—Está bien. Vamos a intentar dormir, todavía es muy temprano. Si hay alguna posibilidad para que uno de los dos pueda advertir a Brianna, lo haremos.

Ella sonrió esperanzada.

—Gracias. —Le dio un beso en la mejilla.

Él rodó hacia ella y se tumbó encima, inmovilizándola.

—No es gratis —murmuró—. Pronto tendrás que recompensarme.

Sus miradas volvieron a ser hambrientas. En solo un segundo, el fuego se había despertado de nuevo. Ella lo besó despacio en los labios, tan despacio que su deseo se iba licuando en las venas. Brianna se separó de él.

—Vamos a dormir. Si lo conseguimos, seguiremos desde aquí.

—Bruja.

—Eso dicen.

Kailen le dio un pequeño beso en los labios.

—No sé si lo conseguiremos, es una opción que debes tener en cuenta —dijo él.

—Lo sé.

Ella lo agarró de la mano. Poco a poco, fueron entrando en un profundo sueño.

***

Recuerdo de Brianna

Brianna galopaba con el caballo de Kailen. Le recordaba a Gaia, su propio caballo, solo que el de Kailen era completamente negro. No podía parar, debía llegar a su clan antes que los hombres de Cowen o sus hermanos estarían en peligro. Le había advertido que, si alguna vez intentaba huir, su familia pagaría las consecuencias. Les llevaba ventaja, pero no sería por mucho tiempo; en cuanto comprobasen que no estaba en la cabaña de Kailen, irían a por ellos.

No dejaba de pensar en él. ¿Estaría bien? ¿Y si le hacían daño? Cuando pusiera a salvo a sus hermanos, volvería para ver si averiguaba qué había ocurrido con Kailen. No podía perderlo, no ahora. Iba demasiado rápido, esquivaba las ramas en los caminos más estrechos. Miró hacia atrás para comprobar si la seguían. Por ahora, estaba sola. Al volver a mirar al frente, no tuvo tiempo de esquivar una rama gruesa. El golpe fue tan fuerte que cayó del caballo, quedándose inconsciente en medio del bosque.

Brianna entró en un sueño extraño. Se veía a sí misma corriendo por el bosque, huía sin saber de qué, presentía el peligro que estaba a punto de alcanzarla. No recordaba cómo, pero había llegado a un

claro. Vio una colina y su instinto le dijo que tenía que subirla, pero se le hacía demasiado inclinada; por más que intentaba alcanzar la cima, no lo lograba. Todos sus esfuerzos parecían en vano, el cansancio iba haciendo mella en su cuerpo. Finalmente, a mitad de la montaña, se dejó caer exhausta.

Tenía que recordar por qué corría; era importante, pero se había borrado de su mente. Miró hacia el cielo y observó el movimiento de las nubes. Al principio iban muy lentas, pero, un segundo después, comenzaron a pasar rápidamente como si hiciera mucho viento, aunque en realidad solo soplaba una suave brisa.

Escuchó un gruñido muy cerca de ella y se incorporó asustada. Se quedó paralizaba al ver que justo a su lado había un lobo gris que la miraba fijamente, sus ojos eran de un color verde intenso. En un primer momento pensó que la iba a atacar, que se mantenía quieto esperando que ella hiciera algún movimiento. Por una extraña razón, no le dio miedo y quiso tocarlo. Alargó despacio la mano y, justo cuando casi percibía la calidez de su pelaje, salió corriendo hacia la colina; lo hacía de un lado a otro sin llegar a subir. Se alejó varios metros, se dio la vuelta y la miró. Quería que lo siguiera y así lo hizo. Se sentía con más energía, pero no sabía por qué estaba bordeando la montaña en vez de subirla.

Recordó de nuevo que huía de algo y echó un vistazo hacia atrás. Fue un error. A su espalda todo estaba gris, el bosque ya no era verde, las flores ya no tenían hermosos colores. Todo estaba en blanco y negro, incluso las nubes y el cielo. Esa oscuridad se iba acercando más y más a ella. Volvió a mirar al lobo, que se había detenido, y se acercó despacio a él. Se quedaron uno delante del otro, y el animal clavó en ella esos intensos ojos verdes. Entonces se quedó paralizada al escuchar una voz.

—No vuelvas.

Era apenas un susurro. ¿De dónde venía la voz? Observó al lobo, que ahora se había sentado y seguía mirándola fijamente. De nuevo, volvió a escucharlo.

—No vuelvas a por Kailen. Estarás en peligro, Brianna.

La voz se había hecho más nítida, más fuerte. El corazón le latía con fuerza. ¿Qué significaba eso?

—No regreses a por él, es importante. No lo hagas.

Sintió un escalofrío al reconocer esa voz. Parecía que el lobo le estaba advirtiendo con la mirada, pero lo que escuchaba era su propia

voz.

Abrió los ojos, confundida. Al principio no recordaba dónde estaba, hasta que las imágenes de ella huyendo llegaron a su mente. Se había dado un buen golpe. Despacio, se fue incorporando. El caballo de Kailen seguía ahí.

—Buen chico.

Se levantó y lo acarició. Menos mal que no había vuelto con su dueño. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, al menos sus manos y su cuerpo no estaban fríos. Las noches de julio eran más calurosas, si hubiera sido en otra época del año, podría haber sufrido una hipotermia. Volvió a subirse al caballo sin parar de pensar en el sueño tan extraño que acababa de tener. Una sensación rara se había quedado en su cuerpo; no solo era una visión, estaba segura de que era una advertencia.

Por fin llegó a su aldea. Fue a casa de sus hermanos a toda velocidad, al abrir la puerta no estaban allí. Frunció el ceño. Ya era tarde, no era normal que no estuvieran en la casa, quizá estaban con Wendy. Se dirigió a su cabaña y, al llegar, vio el revuelo que había fuera de la casa de su tía. Ella hablaba con Lyon mientras que sus hermanas estaban a su lado con preocupación en sus rostros.

—¿Brianna? —dijo su hermana Evelyn.

Todos miraron hacia ella. Se acercó despacio y sus hermanas se tiraron a sus brazos. Lyon y Wendy la miraron sorprendidos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su tía.

—Han descubierto que nos hemos estado viendo, he tenido que huir. Debemos irnos antes de que vengan a por nosotros.

Se miraron entre ellos con cara de preocupación.

—Brianna…

—¿Qué ocurre? —preguntó, intranquila.

—Neil se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

Sus hermanas se apartaron un poco de ella.

—Se enteró de que iban a atacar la aldea de Kailen —contestó Gladys—. Dijo que quería ir a ayudarte. Lyon no le dio permiso.

—Intenté detenerlo —dijo él—. Pero se ha escapado. Ha cogido a Gaia y se ha ido para allá.

—¡Dios mío! Si lo cogen, lo matarán. Se vengarán con él por haberme escapado.

Brianna se puso de rodillas en el suelo. No podía respirar, sus

miedos se habían materializado. Si le pasaba algo a su hermano, no podría perdonárselo nunca. Su tía se acercó a ella y la abrazó.

—Tranquila, no es tu culpa. Debería habernos hecho caso.

—Solo intenta ayudarme, tía. —Dio una palmada en el suelo—. ¡Maldición!

Se levantó furiosa.

—Por favor, debéis esconderos hasta que regrese a por vosotros.

Su tía asintió. Brianna, sin decir nada más, se dio media vuelta.

—¿A dónde vas? —preguntó Lyon.

—A por mi hermano.

—Es peligroso, van a atacarlos. Si Cowen vuelve a cogerte, te matará —dijo su tía.

—Lo sé.

—Brianna —la llamó Lyon, y ella lo miró—. No te preocupes por tu familia, los protegeré, pero tú ten cuidado.

Ella asintió, sabía que no intentarían detenerla. Dijesen lo que dijesen, no cambiaría de opinión; iba a salvar a su hermano, aunque ello le costase la vida. Quizá eso era lo que le había querido decir el lobo. Tenía razón, era peligroso volver y lo razonable era no hacerlo; sin embargo, si esa voz era ella misma, debería saber que, si su hermano estaba en peligro, nunca escucharía su advertencia.

La inquietud por llegar cuanto antes hasta el clan de Kailen evitaba que sintiera el cansancio que arrastraba desde que el niño, Andrew, les había advertido que iban a por ellos. Según iba llegando al poblado de Cowen, vio una luz anaranjada a lo lejos. Fuego. Quizá era demasiado tarde. Azuzó al caballo para que fuese más rápido. «Por favor, que no les haya ocurrido nada a mi hermano ni a Kailen», pensó angustiada.

Al fin llegó a la aldea. Dejó el caballo un poco más alejado y se acercó despacio. Tenía que ser precavida, intentaría buscar a su hermano desde lejos antes de acercarse. Se ocultó detrás de una de las casas y miró a lo lejos. Se escuchaba las espadas chocar unas contra otras. Veía alguna cara conocida entre los guerreros, pero no encontraba a su hermano ni tampoco a Kailen.

En silencio, fue hacia otra de las casas y se ocultó en una de las columnas. De pronto, escuchó un ruido apenas perceptible; alguien se escondía detrás de uno de los cobertizos. Despacio, sacó su espada, que había cogido en su aldea antes de irse. La persona que se ocultaba salió corriendo y chocó contra ella, que evitó caerse al suelo.

Entrecerró los ojos hasta que lo reconoció.

—¡Neil!

—¡Brianna!

Ambos se abrazaron con fuerza.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir hasta aquí? ¿Estás loco?

—No podía permitir que te pasase nada. Escuché que iban a atacar la aldea de Kailen, debía venir a protegerte.

Brianna se emocionó y volvió a abrazarlo.

—Escúchame con atención: debes irte, nuestras hermanas están en peligro.

—No, nos iremos los dos —dijo él.

—Tengo que averiguar dónde está Kailen. ¿Lo has visto?

Él negó con la cabeza.

—Ven conmigo, hermana, por favor. Gaia está atada cerca de aquí.

—Neil, no puedo dejarlo. Él nos ayudó, ahora es el momento de que yo haga lo mismo por él.

Su hermano miró al suelo y se quedó en silencio porque en el fondo sabía que tenía razón.

—Ten cuidado.

—Ahora vete, por favor, y ponte a salvo, no podría soportar que te ocurriese nada. Debes ir a proteger a nuestras hermanas, a la tía y a la prima, te necesitan. Han descubierto que nos hemos estado viendo, por lo que irán a por vosotros.

Se abrazaron de nuevo y lo dejó ir. Brianna se acercó más al lugar donde tenía lugar la lucha, distinguió a Cowen y a William. Este último miraba hacia un punto sin apartar la vista y Brianna se dio cuenta de qué era lo que tanto le llamaba la atención. Ahí estaba Kailen. ¿Iba a atacarlo? Ese hombre era capaz de matarlo, ya que, con el caos de la pelea, nunca sabrían que había sido él.

Kailen luchaba contra los hombres del clan Teico. Parecía un bárbaro, fuerte, salvaje. Era el hombre que le había salvado la vida, que había arriesgado todo por ella, el que había logrado derretir su corazón. No entendía cómo podía haber escuchado un mensaje advirtiéndole de que no volviese a por él después de todo lo que Kailen había hecho por ella. Su hermano ya estaba a salvo, podía darse media vuelta, ir con su familia, rehacer su vida con ellos en algún otro lugar. Sin embargo, no lo haría. Kailen se había metido en lo más profundo de su ser. Brianna siempre defendería a muerte a su gente y ahora él se había convertido en parte de su familia.

Salió de donde estaba escondida para acercarse a Kailen. En el camino varios hombres fueron a su encuentro para atacarla, pero pudo con ellos sin detenerse. Iba hacia su objetivo, él todavía no le había visto. A lo lejos distinguió a William, que luchaba contra varios hombres.

No supo bien qué ocurrió a continuación. Vio destellos, humo, se volvió todo oscuro. Se miró la mano y vio su espada ensangrentada. Había pertenecido a su padre y tenía símbolos grabados en la empuñadura. De pronto, escuchó que Kailen gritaba su nombre y se dirigía hacia ella. Negro. De nuevo abrió los ojos, y entonces lo sintió. Notó la presión, el acero penetrando en su pecho. Un dolor agudo y hondo le abrió las entrañas mientras él permanecía quieto delante de su rostro, con los ojos muy abiertos. Cerca, muy cerca, tan cerca que sus labios podían rozarse.

Una luz apareció en el cielo, era increíble que una estrella brillase tanto siendo de día. Sus manos, ahora débiles, dejaron caer la espada, y las piernas se le doblaron, desplomándose al mismo tiempo que lo hacía él.

Capítulo 25

—¡Nooo!

El grito de Kailen la despertó. Asustada, lo agarró del hombro.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Kailen se tapaba la cara con las manos, no era capaz de mirarla. No era la primera vez que ella tenía ese sueño, sin embargo, para él había sido una nueva experiencia. Sin mirarla, se levantó separándose de su lado y salió de la habitación. Escuchó el agua del grifo de la cocina correr. Brianna tampoco podía dormir más, por lo que lo siguió y lo encontró cabizbajo con las dos manos en la encimera. Era mejor no decirle nada, por lo que se apoyó en el marco de la puerta y esperó a que se tranquilizase.

Tenía la cara mojada, abrió la puerta del frigorífico y cogió un botellín de cerveza.

—Empiezas temprano —dijo Brianna.

—Creo que ahora mismo lo necesito.

Le dio un trago mientras ella observaba el movimiento de su nuez, que subía y bajaba por su varonil cuello.

—Ahora entiendo por qué no confiabas en mí —dijo él, sentándose en una silla—. No entiendo cómo creyó a William, estaba claro que lo único que quería era separarlos.

—Nunca supe por qué lo hizo, al menos, ahora sé el motivo.

Brianna se acercó y se sentó frente a él.

—¿Tú no crees que ella pudiera haber hecho lo que dice William? —le preguntó.

—En nuestros sueños nunca lo hemos visto.

—Eso no quiere decir que no haya ocurrido o que incluso él la forzase.

—¿Acaso tú sabes algo más que yo no sepa? —inquirió Kailen.

—No, ahora ya has visto lo mismo que yo. Nunca soñé que William y ella tuvieran nada. Tú también sentías las emociones de Brianna, por lo que sabes el asco y el desprecio que le tenía.

—Lamento que no hayamos podido cambiar el pasado como querías —dijo Kailen sin mirarla—. De verdad que lo siento.

Se quedaron en silencio. No podía leer sus pensamientos, pero estaba segura de que pensaban lo mismo. La relación entre ellos se había enfriado como si hubiera crecido un gran iceberg entre los dos. No pensó que fuera a dolerle tanto, creía que de alguna forma todavía mantenía esa barrera para no sufrir, pero se equivocaba. Kailen había conseguido derribar ese muro hasta meterse bien dentro. Recordó que Ryan le había advertido que no debían estar juntos; quizá tenía razón y, por más veces que lo intentasen, el destino se empeñaría en separarlos.

Llamaron a la puerta y Brianna se sobresaltó mientras que Kailen frunció el ceño, extrañado.

—No espero a nadie.

Fueron hacia la entrada con cuidado y Kailen se acercó a la mirilla. La sonrisa que se dibujó en su rostro le indicó que él había reconocido a la persona que estaba al otro lado.

—Es mi madre —susurró él.

Al abrir vio a una mujer madura, rubia y elegante, que se acercó y besó en la mejilla a Kailen.

—Hola, cariño. Te he llamado al móvil, pero lo tienes apagado.

Kailen se tocó la nuca.

—Se me debe haber agotado la batería. ¿Ha ocurrido algo?

—No, tranquilo, es que hace días que no se de ti. Me tenías preocupada, hijo.

Ella posó los ojos en Brianna y extendió la mano para saludarla.

—Hola, soy Ashlyn, la madre de Kailen.

—Encantada, soy Brianna —contestó, incómoda por la situación.

Pasaron al salón, pero Brianna no sabía dónde meterse, pues todavía estaba en pijama.

—Perdonad, voy a darme una ducha. Ahora mismo vuelvo.

Ashlyn sonrió y echó una pícara mirada a Kailen mientras él ponía los ojos en blanco. Brianna tardó unos diez minutos. Cuando regresó al salón, estaban sentados en el sofá con una taza de café cada uno.

—Siéntate aquí con nosotros, Brianna —invitó Ashlyn, dando unos golpecitos en el sillón. Ella se puso a su lado—. Kailen me ha hablado mucho de ti.

Brianna miró a Kailen sin saber muy bien qué decir. ¿Le habría contado toda la verdad?

—Sabe que soñamos lo mismo —apuntó él.

Por una extraña razón, el saberlo la tranquilizó. La mirada azul de esa mujer era cálida, serena. No la juzgaba.

—¿Y qué opinas? —preguntó Brianna.

—Que mi hijo es muy pragmático; yo, no tanto.

—Es complicado.

—¿Y qué no lo es? —contestó Ashlyn—. Seguro que todo tiene su explicación.

—Todavía no tenemos nada claro, mamá.

—La última vez que hablamos me dijiste que era curioso que ocurriesen sucesos astronómicos en fechas o momentos en los que estabais conectados. No sé si habéis escuchado las noticias. —Ambos negaron con la cabeza—. Hace unos días hubo una fuerte tormenta solar; como consecuencia, se verá una gran aurora boreal en muchas partes del mundo. Además, la pasada noche se ha podido observar una gran lluvia de estrellas. La gente está pensando que es el fin del mundo.

—A eso me refiero —señaló Kailen—. Cuando no encuentran una explicación, se basan en teorías absurdas.

Brianna se tensó al escuchar a Ashlyn.

—¿Dónde dices que se verá esa aurora boreal?

—Esta noche se podrá ver incluso en Europa y en América del Norte. Dicen que lo más extraño es que será de color rojizo.

—¿Rojizo? —preguntó Kailen, mirando a Brianna.

—Sí, esperaba que tú me explicases el motivo, que para eso eres el astrónomo —dijo su madre.

Kailen se levantó nervioso.

—Son muy raras de ver, se suelen dar por la combinación de una tormenta geomagnética y la radiación solar. Si se desplazan más al sur, pueden ser visibles en zonas donde normalmente no suelen aparecer, y en esos casos el color es rojizo en lugar de verde. ¿Cómo no se me había ocurrido?

—¿Será esta noche? —preguntó Brianna a la vez que también se levantaba.

—Sí, así es.

Kailen no dejaba de mirarla. Estaba pensando lo mismo que ella, seguramente, eso era lo que habían visto en el medallón. De pronto, el fuerte zumbido volvió a los oídos de Brianna. Hacía tiempo que no lo tenía y sabía que instantes después vendría una visión, como solía

ocurrirle, pero esa vez solo escuchó una voz. Era la misma que había escuchado cuando se despertó en su apartamento sin apenas poder moverse: «Llegarás cayendo en una espiral de luz y oscuridad, recordarás una vida no vivida y tu pasado se hará más fuerte. El futuro dependerá de lo que seas capaz de encontrar, de lo que quieras llegar a admitir. El tiempo, tus pensamientos y tus dudas serán tus enemigos. No te detengas, no dudes y aleja el miedo y la frustración. Debes creer que todo es posible, guíate por tus instintos o será tu perdición y la entrada sin retorno al olvido y a la oscuridad eterna. Nos volveremos a ver cuando el cielo se tiña de rojo. Recuerda que todo es energía».

Se tambaleó mareada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Kailen, que la sujetó por los brazos.

—Sí… Perdonad, estoy bien.

Se miraron a los ojos, necesitaban hablar.

—Bueno, chicos —Ashlyn debió darse cuenta, porque se levantó para irse—, creo que os ha venido bien la información que os he dado. Otro día hablamos con más tiempo; lo importante es que ya he comprobado que estás bien, Kailen. —Se acercó a Brianna—. Y cuidado con esos mareos. Aunque, si es por hacerme abuela, no pasa nada.

—¡Mamá! —exclamó Kailen.

—Me alegro de haberte conocido.

—Lo mismo digo —contestó Brianna con una sonrisa.

Cuando se quedaron solos, Kailen fue el primero en romper el silencio.

—¿Piensas lo mismo que yo?

—Sí, el medallón. Además, había olvidado las palabras que escuché hace tiempo. Esa voz era de mi tía, me decía que volveríamos a vernos cuando el cielo se volviera rojo.

El resto de la mañana estuvieron buscando información sobre las auroras boreales rojas. Una de ellas fue vista justo en el año en el que nacieron, en 1989. También en España, en plena Guerra Civil en 1938, se pudo ver una intensa luz rojiza que al principio se confundió con el resplandor de un gran incendio. Algunas personas se pusieron mascarillas creyendo que eran gases que había lanzado el enemigo.

En todos los casos se había observado previamente una fuerte actividad solar, como había ocurrido ahora.

—Deberíamos regresar esta noche a Lough Dan e ir al árbol —sugirió él.

—Creo que ahí estará la clave. Si después de esto no sucede nada, tú tendrás razón, Kailen, y todo habrá sido una invención nuestra.

Cogieron la tienda de campaña, varias mantas y algo de comer; lo necesario para pasar la noche allí. Esperaban tener razón y conseguir ver esa aurora boreal tan poco común, lo más importante era que encontrasen respuestas una vez que eso ocurriese.

Cuando llegaron, estaba atardeciendo. Montaron la tienda a unos metros de distancia del árbol y después se sentaron, apoyándose en el gran tronco. Se escuchaba algún pájaro y el cielo estaba despejado, por lo que destacaba aún más el característico verde irlandés. Le encantaba vivir en Irlanda, concretamente, en Dublín. No era una ciudad excesivamente grande, pero desprendía una esencia que enamoraba por sus hermosos parques, por su gente, por la música en directo de sus bares y en sus calles, en las que de vez en cuando se descubría algún talento.

Sus dos amigas, que ahora ya no vivían allí, le decían que tenían esa misma sensación y la echaban muchísimo de menos. Irlanda tenía un aura y un ambiente especial. Cuando caminaba por sus montes, bosques o lagos, siempre sentía como si hubiera una presencia mágica. Como si un duende irlandés, el Leprechaun, o más seres mágicos fueran a salir de cualquier rincón.

Desde luego, el paisaje era hermoso, pero estaban demasiado tensos para disfrutarlo; el último sueño que habían visto había abierto una gran brecha entre ellos. Kailen estaba distante. Brianna pensaba que, quizá de una manera un poco absurda, se sentía culpable por lo que sucedió en el pasado y, a su vez, a ella, de una forma irracional, saber que él no la creyó, que escuchó las mentiras de William le dolía. Por más que intentaba evitarlo, le venía a la cabeza una y otra vez, condicionándola en el presente. No debería ser así, sin embargo, él tenía razón: estaban ligados a ellos, sus emociones eran las mismas.

No le gustaba que hubiera ese silencio entre ellos.

—¿Por qué estás tan callado?

Él la miró, en sus ojos se reflejaba una lucha interna.

—No lo sé, puede que sea que el Kailen del pasado está avergonzado.

—No hemos podido cambiar nada —dijo mientras acariciaba la hierba con la yema de los dedos.

—Hay algo que no me encaja y no consigo saber qué es.

Sus miradas se cruzaron de nuevo mientras él deslizaba los ojos hacia sus labios. Lo echaba de menos, necesitaba sus caricias. Quién iba a decir que sentiría eso por el hombre que había odiado durante tanto tiempo en sus sueños. Tenía que desechar esos pensamientos.

—Estoy pensando en el símbolo del trisquel —comentó Brianna—. Dicen que representaba el pasado, el presente y el futuro. Tenía la capacidad de guiar las almas junto a sus seres queridos y antepasados del más allá. Si eso es así, quizá debamos hacer el dibujo del trisquel en el suelo, alrededor del tronco. Puede que sea una tontería, pero siempre he pensado que ese símbolo era importante.

—Está bien.

Brianna cogió un palo largo y grueso que encontró a unos pocos metros y dibujó el símbolo en el suelo alrededor del tronco del árbol. Se sentaron, ahora solo quedaba esperar.

—¡Levantaos!

Brianna se tensó al escucharlo y se quedó paralizada. Frente a ellos, apuntándoles con un arma, se encontraba Ryan. En un segundo se pusieron de pie, Kailen se colocó delante de ella protegiéndola con su cuerpo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Kailen.

—Todo esto lo podíais haber evitado —contestó Ryan.

—¿A qué te refieres? —preguntó Brianna, confundida.

—Te dije que te alejases de él.

Kailen dio un paso hacia delante.

—No te muevas o la primera en caer será ella.

—¿Quién te crees que eres para decidir si podemos estar juntos o no? —preguntó Kailen, visiblemente enfadado.

Brianna notó que Kailen tenía la necesidad de lanzarse sobre Ryan y arrebatarle el arma, aunque, por la distancia, Kailen no tendría tiempo de llegar a él sin que le disparase. Ryan iba vestido de negro y no llevaba la gorra, por lo que el flequillo le caía por uno de sus ojos, los cuales no dejaban de vigilar cada gesto, cada movimiento de ellos; se mantenía firme mientras que Kailen no se separaba de su lado.

—Lo siento, sois una pareja encantadora, pero no debéis estar juntos. El destino se empeña en uniros. Y lo lamento mucho, pero eso no es posible.

—Dinos de una puta vez por qué y quién coño eres —escupió Kailen, furioso.

El sol se ocultó en el horizonte, pero todavía había suficiente luz para distinguir en el rostro de Ryan que hablaba en serio.

—Por lo que veo, no habéis descubierto lo suficiente.

—¿Qué tienen que ver las Nádúr con nosotros? —preguntó ella. Si iba a morir, quería saber el porqué de lo que les había ocurrido, al menos, según la teoría de ese hombre.

—Es más complicado que todo eso. No solo se trata de vosotros, de las Nádúr, de vuestros sueños comunes.

—¿Cómo sabes lo de los sueños?

—No suele ocurrir siempre. En vuestro caso, se ha dado con más intensidad, tenéis una energía especial, distinta. Pero, en vez de utilizarla para el bien, para mantener el equilibrio, todo se desestabiliza cuando estáis juntos.

—¿Qué quieres decir con «todo»? —preguntó ella, que se movió para acercarse, pero Kailen se lo impidió.

—En vuestro pasado la conexión era tan fuerte que ese día en el que ambos fallecisteis apareció en el cielo una gran estrella.

—La Nebulosa del Cangrejo —murmuró ella.

—¿Yo también fallecí ese día? —preguntó Kailen.

Ryan entrecerró los ojos.

—¿No lo sabías? —Hizo una pausa y miró al cielo para volver a centrarse en ellos—. Sí, ese día se abrió un portal a otro lugar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, cada vez más confundida.

—Seguro que os habéis preguntado alguna vez a dónde vamos cuando acaba nuestro periodo en la Tierra, a dónde va nuestra energía, nuestra alma.

—Y tú tienes la respuesta que lleva buscando el hombre desde hace miles de años, ¿no? —preguntó escéptico Kailen.

Ryan curvó los labios en una sonrisa sin dejar de apuntarles.

—No, no solo yo tengo la respuesta, hay más personas que saben de esto.

—Pues al único loco que veo en estos momentos delante de nosotros es a ti.

Kailen estaba cabreado y, al mismo tiempo, preocupado por si le pasaba algo a ella. Si intentaba quitarle el arma, era probable que al separarse de Brianna no alcanzase a tiempo a Ryan y le dispararía sin que pudiera evitarlo. La impotencia lo invadía mientras ese hombre no dejaba de decir insensateces. Al menos, mientras hablase, no los mataría y ganaría tiempo para encontrar alguna solución.

—¿Loco dices? Incluso Einstein fue tachado de loco. Gracias a estos científicos que defendieron sus ideas luchando por ellas aun a riesgo de sus vidas, hemos avanzado tanto. Si no fuera por ellos, no sabríamos todo lo que se conoce de nuestro universo, que la Tierra es redonda, que gira alrededor del Sol, la existencia de otras galaxias…

—Pero esas ideas hay que demostrarlas para que sean creíbles —dijo Kailen.

—Así es, pero antes no los creían, y hay teorías que son muy difíciles de demostrar. Creo que te gustará escuchar la verdad, Kailen.

—¿Qué verdad? —Se llevó la mano a la sien, desesperado—. Mejor baja el arma y hablemos como personas civilizadas.

El instinto de Kailen le decía que no le iba a gustar la respuesta; ese hombre era un demente y no parecía dispuesto a ceder.

—Entiendo que sabes lo que son las ondas gravitacionales, alteraciones del espacio-tiempo. Algunos eventos que pueden causar una onda de este tipo son la fusión de dos agujeros negros, dos estrellas grandes que orbitan entre sí o la explosión de una supernova.

—La Nebulosa del Cangrejo es una supernova —murmuró Kailen—. Pero sigo sin entender.

—Hace unos tres o cuatro años se captaron en la Tierra ondas producidas por el choque de dos agujeros negros que colisionaron a millones de años luz de distancia de nuestro planeta. Supuso un gran descubrimiento. Stephen Hawking, poco tiempo antes de morir, confirmó que, si se pudieran detectar ondas gravitacionales que provinieran del *Big Bang*, se podría demostrar que existen otros universos distintos o con las mismas leyes que el nuestro, con planetas, materia, electrones.

—¿Te refieres a multiversos? —preguntó Kailen sin poder creer lo que escuchaba.

—Eso es.

—No puede ser —murmuró Kailen, a quien le iba a explotar la cabeza.

—Tú eres astrónomo. Deberías tener la mente más abierta.

—En el hipotético caso de que existieran, sigo sin entender qué tenemos que ver nosotros con la nebulosa o con todos los eventos que han ocurrido a lo largo de nuestra vida.

—En el preciso instante en el que moristeis en el pasado, la luz de la Nebulosa del Cangrejo llegó a la Tierra. En ese momento, se abrió un portal. Cuando nos vamos de este mundo, nuestra energía, nuestra

alma, no se queda aquí, sino que viaja a otro universo. Y se creó un camino hacia él. Hay miles de universos como el nuestro, otros son de luz, de gas, de materia…

—Pero eso no es posible —dijo Brianna.

—Muchas personas no se hacen preguntas o, si se las hacen, no son las adecuadas, siguen su vida sin plantearse nada. Dan por sentado que es normal sentir una fuerte conexión con otras personas, que incluso pienses en alguien y, poco después, recibas una llamada o tengas noticias suyas. O que haya temporadas en las que todos soñamos más de lo normal, que el día se haga más largo como si fuera mucho más despacio, como si las horas no avanzasen. Pero, si preguntas, siempre hay alguien que también está teniendo esa sensación. Todo tiene un motivo, una explicación. Nuestro universo se expande cada vez más.

—Eso es por la energía oscura, no es ningún secreto —contestó Kailen.

—¿Energía oscura? —preguntó Brianna sin entender—. ¿No me vais a decir que existen malas y buenas energías?

—No es eso. En este caso —respondió Kailen—, este tipo de energía constituye cerca de las tres cuartas partes del universo. Es un enigma para la comunidad científica, se piensa que la aceleración de la expansión del universo está impulsada por ella.

—¿Y qué es lo que provoca que se expanda más deprisa? —preguntó Ryan.

Kailen abrió los brazos y los dejó caer, desesperado. No sabía a dónde quería llegar ese hombre y sentía que se acababa el tiempo.

—Cuanto más rápido se aleja, más se enferma nuestro planeta, nuestro cosmos —prosiguió sin dejar de apuntarles con el arma—. Las personas no nos damos cuenta de que todo está conectado. Hasta la mariposa más pequeña, hasta el movimiento de una ola, incluso los actos que cometemos contra nosotros, contra nuestra naturaleza, también tienen consecuencias. Los sentimientos influyen en nuestro universo, en cada una de las personas que vivimos en la Tierra, en cualquier ser vivo; pero van más allá, incluso sobrepasan este planeta. La energía oscura se expande con más rapidez cuando nuestros valores se basan en el odio, el rencor, la maldad, la desconfianza.

Kailen se llevó las manos al pelo, revolviéndolo.

—Déjala ir —suplicó él—, podemos hablar nosotros de esto, ella no necesita estar aquí.

Se escuchó un ruido y Ryan miró hacia un lado, bajando la guardia. Brianna aprovechó para ir hacia él.

—¡Quieta! —gritó Ryan a la vez que ella se detenía—. ¡No te acerques o te aseguro que esto se acaba aquí y ahora!

—¡Basta! —dijo Kailen, furioso—. No entiendo por qué no dejas que se vaya.

—Ambos sois un todo, pero juntos provocáis que se desaten fuerzas invisibles que nos perjudican. En el pasado, abristeis una puerta hacia el universo a donde van nuestras almas, pero nadie debe saberlo. Sería peligroso que se supiera que hay otros universos. Cada vez que descubrimos nuevos territorios, los destruimos, intentamos sacar provecho de cualquier cosa. No lo podemos permitir.

—¿Podéis? ¿Sois más? —preguntó Kailen, desesperado.

—Solo unos pocos lo sabemos, mantenemos el secreto generación tras generación.

—¿Matando gente?

—Si es necesario…

—Por favor, Ryan, déjanos ir. Nosotros no hemos hecho nada malo.

—La simple unión entre vosotros es destructiva, es lo que ocurrió en el pasado y volverá a suceder ahora. No confiáis lo suficiente el uno en el otro por mucho que queráis estar juntos. Tú, Brianna, no le perdonas lo que sucedió; tu yo del pasado mantiene el rencor. Y, Kailen, tu escepticismo abre fisuras que hacen daño al equilibrio. En vuestro caso no podemos dejarlo pasar, vuestra energía es demasiado fuerte, influye demasiado.

—¿Vas a matarnos por eso? —preguntó Kailen.

Ryan se quedó en silencio. Brianna estaba cada vez más nerviosa. Tendrían que haberse quedado en casa hasta que la policía les hubiese dicho que lo habían encontrado; ahora se arrepentía de haber ido allí, donde estaban aislados e indefensos. Pero ya era demasiado tarde, ese hombre estaba dispuesto a acabar con ellos, no podrían hacer nada desde esa distancia. Lo que decía no eran más que locuras. El corazón le latía cada vez más deprisa. ¿Iba a acabar de nuevo así? ¿Ese era el final? Solo que esa vez no sería Kailen quien terminase con ella.

—Uno de los dos puede salvarse.

Kailen frunció el ceño.

—¿A qué coño te refieres? —preguntó él, visiblemente molesto.

—El equilibrio se rompe porque estáis juntos. Si uno de los dos desaparece, eso no pasará. ¿Quién de los dos está dispuesto a salvar al

otro?

Capítulo 26

Empezó a estar realmente asustada, nadie sabía que estaban allí. Le encogió el corazón ver cómo Kailen, sin rendirse, intentaba buscar una solución, pero ella sabía que sería un intento estéril. No iban armados, los tenía encañonados y ese hombre no bajaba la guardia; aunque ella cogiera algo para defenderse, no serviría de nada. Si Ryan veía que se movía, no sería lo suficientemente rápida para conseguir pararlo.

—Eres un demente. Disfrutas haciendo esto, ¿verdad? —preguntó Brianna, asqueada con la situación.

—Lo creas o no, me caéis bien, pero no solo depende de mí, ni siquiera de vosotros. Está en juego la vida que conocemos; contra eso, nada se puede hacer. —Ryan movió en un gesto la mano con la pistola —. Deprisa, no tenemos todo el día. Si no decís nada, lo decidiré yo.

—Seré yo —se ofreció Kailen—. Pero si me matas, ¿cómo podré estar seguro de que no le harás nada?

—Te aseguro que así será. Es una sabia elección, ya que ella merece tener una segunda oportunidad.

—¡No! ¡Debe haber otra forma! —gritó, desesperada—. Te prometo que no volveremos a vernos. Ahora que sabemos todo esto, me alejaré de él para siempre. No le hagas daño, por favor.

—Te creo, sin embargo, estáis destinados a encontraros, siempre volveríais a estar juntos. Te aseguro que esta es la única solución.

—Pero, si es como dices, sucederá de nuevo lo mismo y, según tú, volveremos a encontrarnos, por lo que ¿no sería mejor buscar algún modo de arreglarlo?

—Siempre volvéis a caer en lo mismo. Lo siento, no hay otra manera.

Brianna intentó leer los ojos de ese hombre, su rostro no decía nada, su hermetismo era total. ¿Cómo podía ser alguien tan frío? Kailen se giró hacia ella.

—Bri, no pasa nada. Ya sabes que nunca he estado seguro de si creer o no. Con todo lo que nos ha ocurrido, he tenido dudas, incluso

aún las tengo. Pero hay algo de lo que sí estoy seguro —la cogió de las manos—, de que lo que siento por ti es lo más real que me ha pasado jamás. Si hay una pequeña posibilidad de que lo que hemos visto sea cierto, mereces que ahora sea yo quien se sacrifique. Ella volvió para ayudarlo en el pasado, ahora me toca a mí hacer lo mismo por ti.

A Brianna le caían las lágrimas por las mejillas. No estaba preparada para eso, para alejarse de él. Había pensado que saber de su familia y reencontrarse con sus hermanos era lo que necesitaba, lo que anhelaba. Ahora, en el momento de la verdad, no podía dejar de pensar en Kailen, en lo mucho que lo echaría de menos, pues lo añoraría con desesperación. Sabía que la otra opción era sacrificarse ella, pero estaba segura de que Kailen no se lo permitiría, incluso Ryan estaba de acuerdo con él.

Por más que pensaba, no encontraba una solución. Recordó las palabras de Grace, la anciana. Depende de cómo mires esa situación será agradable o desagradable. No veía nada de bueno en lo que estaba pasando. Si accedía, él se iría para siempre. La sensación de un gran agujero creciendo en su pecho era cada vez más intensa. No podía permitirlo.

Ya no le importaba cuál era la verdad o si él había tomado una mala decisión en el pasado. Conocía al Kailen actual, el que la había salvado, el que había confiado en ella incluso cuando le dio motivos para no hacerlo. El que había sido paciente, fiel con todas las situaciones difíciles que le había puesto de por medio. Ese era el Kailen que quería recordar.

El de su pasado no se diferenciaba apenas con el de ahora. Lo que había visto en los sueños, en sus visiones, era que él también estuvo ahí. Se arriesgó y se enfrentó a todos por salvarla; solo que dejó de confiar en ella por culpa de William, que no hizo más que perseguirla para hacerle daño. Lo peor fue que Kailen eligió creerlo.

La fuerte sensación de que lo perdía se hizo tan profunda que, por un momento, sintió que su cuerpo y su mente estaban en otro plano, como si lo que sucediese a su alrededor no estuviera pasando. No podía imaginarse la vida sin él. El miedo a lo desconocido, a un futuro incierto, la llenaba de temor y angustia. La vida cambiaba en un instante, lo que la preocupaba hacía unos minutos ahora parecía insignificante, pues había dado paso a una situación complicada y devastadora.

El cielo, oscurecido por la llegada de la noche, comenzó a brillar de

forma muy tenue.

—Lo siento, es la hora —insistió Ryan.

—Por favor, te lo suplico, no lo hagas —dijo Brianna, mirándolo.

Kailen la cogió de la barbilla hasta que logró que volviera a centrarse en él, aunque ella no era capaz de enfrentarse a sus ojos.

—Brianna, mírame. —Despacio, lo hizo hasta clavar su mirada en esos profundos ojos negros—. Olvídate por un instante de todo lo que hay a nuestro alrededor, somos solo tú y yo.

Ella intentó mirar hacia Ryan, pero él se lo impidió cogiéndola de la cara con ambas manos.

—No quiero que sea así. Por favor, regálame una sonrisa, no puedo irme viendo tus lágrimas.

Brianna lo abrazó con todas sus fuerzas, con desesperación, sabiendo que esa sería la última vez que sentiría el calor de su cuerpo, su olor, el contacto de su piel. No podía soportarlo. Se ahogaba.

—No puedo permitirlo, Kailen —murmuró sin dejar de abrazarlo—. No podré vivir sabiendo que diste tu vida por mí, ¿no lo entiendes?

—Lo harás. Estaré vivo dentro de ti porque estoy seguro de que siempre me recordarás. —Le secó las lágrimas que caían por sus mejillas—. Es imposible olvidar lo que nos ha ocurrido, pero no me arrepiento de nada y espero volver a encontrarme contigo en todas las vidas posibles. Lo único que lamento es lo que sucedió en el pasado. Debería haberte protegido, igual que ahora.

Sintió que no solo era el Kailen de ahora el que se despedía de ella, sino también el de sus sueños pidiéndole perdón, necesitaba decirle adiós una vez más. Brianna no podía dejar que se fuera sin que supiera lo que sentía, no permitiría que sucediera lo mismo. Respiró y le acarició la mejilla.

—Sé que no ha sido fácil tenerme cerca, el mostrarte siempre esa desconfianza que sentía hacia ti; pero poco a poco lograste que esa capa de hielo que utilizaba como barrera se derritiera con tus caricias, con tu paciencia, con tu forma de tratarme. Has logrado que volviera a enamorarme de ti.

Él puso la frente contra la suya.

—Yo nunca he dejado de quererte, lo supe desde que empecé a verte en mis sueños. A través del tiempo y del espacio, siempre has sido tú. Te quiero, Brianna.

Ella lo besó varias veces en los labios, no podía creer que sería la última vez que lo haría, que dejaría de sentir sus caricias. Inhaló su

perfume para grabarlo en su mente, no quería olvidarlo.

—Kailen —la miró fijamente a los ojos—, no importa dónde, pase lo que pase te volveré a encontrar. Te lo prometo.

—Siempre estaré en tus sueños —dijo él con una triste sonrisa en los labios.

Lo besó en la boca con fuerza mientras que él la devoraba con ansiedad. Una brisa pasó entre sus cuerpos, esa brisa que siempre aparecía cuando se besaban, como si el viento bailase con ellos al juntar sus labios. La desesperación se apoderó de ellos, que querían guardar ese instante para siempre.

—Es la hora —anunció Ryan.

Kailen, sin dejar de mirar a Brianna, se separó de ella. No quería llorar, no debía, pero le estaba resultando insoportable, debía contenerse por él.

Ryan le apuntó. En ese momento, el cielo comenzó a volverse rojizo. Brianna escuchó el clic de la pistola. Lo que ocurrió a continuación sucedió tan deprisa que apenas se dieron cuenta. Se escuchó un tiro y, un segundo después, Brianna estaba en el suelo agarrada por Kailen, que también permanecía en el suelo. Ella se había puesto delante de él para recibir el disparo.

—¡No! —gritó él, desesperado.

Kailen no podía creer que se hubiera puesto delante para protegerlo. No quería morir, pero, cuando pensó en la posibilidad de que fuera ella la que se sacrificase por él, no lo pudo soportar. Desde que había visto el sueño en el que ella cerraba los ojos para siempre, la angustia, la pena y la rabia no dejaban de perseguirlo. ¿Cómo viviría sabiendo que ahora había tenido la oportunidad de salvarla y no lo había logrado?

La pasada noche lo había vivido todo desde el recuerdo de Brianna, aunque también había notado las sensaciones que tuvo Kailen. No podía volver a ocurrir, así no.

Le tocó la espalda para localizar la herida, sus ojos lo miraban con sorpresa. Se tocó las manos, no había sangre por ningún lado. Aún en el suelo, confundido, miró a Ryan, que apuntaba con la pistola hacia otro lado. No entendía nada.

—¿Estás bien? —preguntó Kailen a Brianna.

Ella asintió. Se separaron un poco, lo justo para desviar la vista hacia Ryan, aunque él no quería soltar el arma.

—Lo siento —dijo todavía con la pistola en la mano—. Debía

comprobarlo.

—¿Comprobar el qué? —preguntó Brianna, desconcertada.

—Que realmente estabais dispuestos a sacrificaros el uno por el otro, que el rencor y la venganza se habían quedado atrás. Que estabais dispuestos a creer el uno en el otro.

—¡Te voy a partir la cara! —gritó Kailen, furioso.

Iba a ir hacia él, pero Brianna lo detuvo.

—No merece la pena —dijo mientras lo agarraba del brazo—. Por favor, Kailen, déjalo ir.

Él la miró, la súplica en sus ojos le rogaba que no se arriesgase más. Resopló molesto.

—¿Has tenido que torturarnos para conseguir demostrar lo que querías? —dijo Brianna—. Te recuerdo que quemaste la tienda conmigo dentro, nos tiraste una enorme piedra…

—Fueron solo avisos que tenían un objetivo —la interrumpió—. Nunca pretendí haceros daño. En el momento en el que quemé la librería, entré en la cafetería gritando que había fuego en una de las tiendas. Kailen ni se fijó en quién lo decía, solo echó a correr. Antes de tirar la piedra, hice ruido a propósito para que mirases en esa dirección. Después, debía amenazaros. Todo era parte de un plan para que saliera a flote el instinto de protección y quisierais cuidar el uno del otro, que os acercaseis más, que confiarais, y lo conseguí.

—¿Y dices que hay más gente como tú torturando a personas? —dijo Brianna, todavía sorprendida.

—No es así, solo intentamos que exista un equilibrio. Nunca hacemos daño, nunca. Sé que no lo entendéis. —Se pasó la mano por el pelo y volvió a mirar el cielo—. Al principio, yo tampoco. Es cierto que al estar juntos ocurrían más acontecimientos extraños a nuestro alrededor, parecía que la energía oscura se multiplicaba acelerando la expansión del universo. El sol se apagaba; mareas, terremotos, incluso los campos magnéticos se veían afectados. Pero, según ibais cogiendo más confianza, cuanto más os conocíais e iba creciendo lo que sentíais el uno por el otro, también fueron cambiando las señales.

—No es posible tener esa clase de poder —contestó Brianna, incrédula—. Eso no ocurre por nosotros.

—Es por vosotros y también por la mayoría de los que estamos aquí. Os lo he dicho, estamos conectados incluso más allá de lo que conocemos. —Ryan guardó la pistola en una funda que tenía dentro de la chaqueta—. La gente cree que esas criaturas que a veces ven

como espectros, familiares que se les aparecen, son fantasmas. No es así, hay personas que tienen la habilidad de conectar con esa puerta que va a otra dimensión en la que existe un universo diferente al nuestro al que van la mayoría de nuestras almas, de nuestra energía. Tienen una mayor sensibilidad para sentirlos. Vosotros tenéis una energía especial, por eso se intensifican las consecuencias malas y buenas.

—Será mejor que te vayas, Ryan, o no respondo —lo amenazó Kailen sin poder creerlo.

—Recordad que siempre os protegeréis mutuamente, me llevó tiempo ser capaz de verlo. Cada uno lo llama de una forma: unos, el hilo rojo; otros, el nudo del amor celta, incluso el entrelazamiento cuántico. Sea como sea, estáis unidos como si fuerais dos partículas; aunque se separasen la una de la otra y una estuviera a millones de kilómetros, en la punta más lejana del cosmos; si una se mueve, la otra lo hará de igual forma. Así sois vosotros, siempre destinados a encontraros.

—Eso no es lo que ocurrió en el pasado —dijo Brianna.

—Todo se ve de una forma u otra dependiendo del prisma con que se mira. Espero que os vaya bien, estoy seguro de que así será. Da igual si contáis todo lo que acabo de revelaros o si preferís guardar el secreto. Seguramente, nadie os creería, aunque intuyo que preferiréis pasar desapercibidos.

Ryan abrió los brazos señalando al cielo, que ahora brillaba con fuerza en tonos rojos, incluso verdosos.

—Antes de irme, debéis saber que esta noche es especial. Solo os falta hacer una cosa más para que tú, Kailen —lo señaló—, creas en la magia.

Se dio la vuelta para irse.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer? —preguntó Brianna.

La miró por unos instantes.

—Soplar.

Se fue sin mirar atrás. Ellos estaban con las manos entrelazadas y dirigieron la vista al cielo. Era hermoso, la luz rojiza iluminaba el lugar donde estaban en un espectáculo increíble. Se miraron a los ojos, y Kailen la besó para después abrazarla.

—Por un momento, pensé que te había perdido —dijo él—. Por favor, no vuelvas a hacerme esto.

—Entonces, no vuelvas a intentar sacrificarte por mí.

Ambos sonrieron.

—¿Qué habrá querido decir con lo de soplar? —preguntó Brianna, intrigada.

—¿Crees a ese loco?

—¿Acaso todo lo que nos ha ocurrido no es una locura?

Kailen se colocó las manos en la cintura, pensativo.

—El medallón. La última vez intentamos utilizar el último elemento que nos faltaba, el aire, para ver si funcionaba, pero no ocurrió nada, ¿recuerdas?

—Sí, es cierto. —Brianna se sacó el colgante del cuello—. No perdemos nada por intentarlo.

Soplaron al mismo tiempo, pero nada ocurrió. Solo escuchaban los grillos y los ruidos de la noche. No había ningún temblor como podían esperar, no había magia, solo ese hermoso cielo. Brianna tocó el tronco para apoyarse en él.

—Qué de cosas habrá visto este árbol durante todo este tiempo, qué de animales, pájaros o distintas criaturas se habrán refugiado bajo su protección.

Seguía agarrando el medallón y entonces lo vio. En él comenzó a formarse un dibujo. Eran dos trisqueles que, a la vez, tenían tres nudos a su alrededor: el Theherd.

—¿Qué significa ese símbolo? Lo he visto antes —dijo Kailen.

—Es el nudo del amor eterno. El círculo representa el amor, la vida o la eternidad. Representa la unión de dos personas en cuerpo, mente y alma.

—Sí, recuerdo que Brianna se lo mencionó a Kailen. Su madre dijo las palabras que pertenecen a este símbolo cuando eran niños.

—Así es.

Unas pequeñas luces comenzaron a brillar en las puntas de las hojas del árbol. Kailen la agarró de la mano y la alejó del tronco.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

Las luces comenzaron a extenderse hacia las ramas, descendieron por el tronco y llegaron al suelo, como si hubieran traspasado la tierra, hasta alcanzar las raíces. Desde ahí surgió un gran resplandor hasta formar un pequeño círculo que se abría cada vez más. Se miraron confundidos, tan sorprendidos que no podían ni hablar.

Empezaron a distinguir a varias personas alrededor de ese círculo, cada vez se hacían más nítidas. Brianna entrecerró los ojos hasta que las reconoció. Eran sus hermanos, su tía, su prima con un niño en

brazos, y también estaba Kendra. Sintió cómo la Brianna del pasado que estaba dentro de ella tomaba el poder y despertó con fuerza en su interior. Ahora era su momento, le pertenecía.

—¿Brianna? —preguntó su tía.

Ella se acercó hacia ellos.

—Pero ¿qué coño…? —preguntó Kailen.

Ambas, cuando apenas las separaba medio metro de distancia, alzaron la mano para tocarse. Las puntas de sus dedos parecían rozarse, pero no se sentían.

—¡Oh, Dios mío! Lo has conseguido —dijo Wendy.

A Brianna le cayó una lágrima por la mejilla. Podía percibir su calor, el olor familiar a jazmín de su tía. No podían abrazarse, pero, aun así, el tenerlos allí delante era más de lo que nunca podía haber imaginado. No paraban de llorar, pero las lágrimas eran de alegría.

—No me lo puedo creer —exclamó Brianna sin dejar de mirarla.

—Mi niña. —Parecía que quisiera tocarle el rostro—. Estás tan bonita como siempre.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Estáis todos bien?

Sus hermanos se colocaron delante de su tía; habían crecido bastante, y las risas se mezclaban con el llanto. Saludó a su prima y también a Kendra, que la miró con complicidad. Qué ilusión le hacía verlos a todos, cómo los echaba de menos.

Miró hacia Kailen, que no podía ni moverse; estaba totalmente descolocado, su mundo se había vuelto del revés al ver lo que ocurría. Por su forma de pensar, seguro que creía que seguía soñando, a ella misma le costaba creer lo que estaban viendo.

Kendra extendió la mano, él se acercó despacio hasta que pareció que se rozaban.

—No me puedo creer que estés aquí, hermanito.

—Te aseguro que yo tampoco. Es como si de pronto estuviera en el pasado y nada nos hubiera separado.

—Sí, es cierto, pero ocurrió.

—¿Eras tú la que me guiaba en sueños? ¿La que me mandaba mensajes cuando estaba sonámbulo? ¿Las imágenes?

—Así es, aunque era difícil con la barrera de incredulidad tan grande que tenías a tu alrededor.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, aunque te echo de menos.

—Yo también a ti, hermanita. ¿Estáis todos bien? —preguntó

Kailen—. Siento mucho lo que pasó.

La vergüenza volvía a hacer mella en él.

—Veo que sigues igual de borrego que antes —contestó Kendra.

La tía de Brianna se dirigió a él. Kailen notó la calidez de su mirada.

—Gracias por ayudar a Brianna a encontrarnos, por salvarla, por protegerla como te pidió su madre.

—Pero…

—Pero nada. Habéis roto las barreras que os separaban. Tu madre también fue una Nádúr. Yo la conocí, Kailen, se fue de nuestro clan para irse con tu padre; era una gran mujer. Tienes su fuerza y su poder, nunca más renuncies a él. Debes creer, la magia reside en eso, en seguir avanzando, en aprender a escuchar a la vida. —Miró también a Brianna—. La naturaleza os guiará siempre que estéis dispuestos a oírla.

Wendy se tocó el corazón y le lanzó un beso; después, volvió a dirigirse a Brianna:

—Mi niña. —Le señaló el colgante que se había vuelto a poner en el cuello—. Finalmente, te ha ayudado.

—Muchísimo. Gracias a él, estoy aquí.

—Y a él.

Brianna lo miró. Estaba tan agradecida por tenerlo.

—Pero ¿por qué ahora, después de tanto tiempo? —preguntó Brianna a su tía.

—Porque era el momento adecuado. Las cosas ocurren cuando tienen que suceder, ni antes ni después. Kailen debía olvidar y tú, recordar todo con más fuerza para que volvierais a uniros.

—Os echo tanto de menos.

—Y nosotros a ti, hermana. ¿Sabes?, me acabo de casar —comentó Evelyn—. Soy muy feliz.

—Neil está detrás de una muchacha que le trae loco —confesó su tía mientras su hermano se ruborizaba—. Y Gladys se ha vuelto una gran cazadora, es tan independiente como tú.

—¿Gladys, cazadora? —preguntó Brianna.

Ella asintió orgullosa.

—Y ya soy abuela —contestó su tía señalando a Caitlin, su prima.

Observó a cada uno de ellos. El poder verlos era un regalo de la vida, estaba tan agradecida. Ahora su mente podría descansar; saber que estaban bien, que habían seguido con su vida la llenó de alivio.

—No podía haber recibido mayor regalo en la vida que ser vuestra hermana —dijo Brianna.

Evelyn se secó las lágrimas.

—Y tú, Kailen, no te preocupes por tu hermana. Desde hace tiempo está viviendo en nuestro clan, y suele estar muy bien acompañada. Lyon y ella han congeniado bien.

—No sé de lo que está hablando —disimuló Kendra.

Kailen frunció el ceño.

—¿Qué ha ocurrido con Cowen y William? —preguntó Brianna.

—Cowen se dio cuenta de su error —contestó Kendra—. El mismo día que tú huiste y fueron a por mi hermano, Ingrid, la madre del muchacho al que ayudaste, le confesó a Cowen que ella lo vio todo en el bosque; huía de su marido, que quería pegarla. Escondida entre unos matorrales, vio cómo William les cortaba la garganta. Le dio tantos detalles que Cowen la creyó. No quiso decir nada por miedo, pero al ver que iban a buscarte para matarte y que a Kailen lo iban a acusar de traición, lo confesó.

—Unos días después, Cowen vino a nuestro poblado para pedirnos perdón —continuó Wendy.

—¿Y William?

—Recibió su merecido por parte de Cowen. De todas formas, no debes preocuparte; todo siempre se termina revelando en su debido momento, cuando se está preparado —contestó su tía—. Lo importante es que estamos bien. Para ti ha pasado mucho más tiempo que para nosotros. —Ella miró hacia el cielo—. El portal se va a cerrar.

—¿Podré volver a veros?

Brianna no quería dejarlos.

—Todo es posible. —Wendy sonrió—. Sigue siempre las señales, ellas te mostrarán el camino. Y nunca te separes del hombre de la estrella.

—No lo haré. —Lo miró por un momento—. Al parecer, estamos unidos de una manera especial.

—Así es. El nudo del amor os unió. La marca que tienes en tu espalda, al finalizar tu columna, es la misma que tiene él en su tobillo. Si se pudieran unir, formarían el símbolo del gran nudo celta, el Theherd.

—No me había dado cuenta —pensó Brianna sorprendida.

Quiso abrazarla, pero sabía que no podía.

—Debemos irnos —señaló su tía.

Kendra se despidió de su hermano.

Brianna sentía pena por dejarlos ir, pero a la vez una alegría inmensa porque la vida le había dado el regalo de volver a verlos, de saber que estaban bien; ahora sentía que no los había abandonado. El círculo comenzó a cerrarse mientras su familia la miraba con tanto amor que se emocionó.

—Os quiero —dijo Brianna, que se besó la palma de la mano para después lanzarles un beso.

—Recuerda, Brianna: que lo que el nudo ha vinculado permanezca unido en cuerpo, mente y alma, en amor eterno. Sé feliz, mi niña.

El círculo se cerró y se quedó todo en silencio, la aurora boreal era cada vez menos potente. Kailen y ella se abrazaron, un abrazo intenso, lleno de palabras no dichas. La besó despacio, con suavidad, como si ahora tuviera toda la vida para hacerlo.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Ahora sí. Por fin he podido saber de ellos.

—¿Te hubiera gustado ir con tu familia?

—Ahora tú también eres mi familia, Kailen. Te quiero.

—Nunca pensé que esto fuera posible —dijo él.

Brianna sonrió.

—¿Que te quiera o que la magia exista?

—Ambas —se rio para después volver a besarla—. La magia llegó a mi vida cuando tú apareciste en ella. Nuestros corazones laten al unísono, Brianna. Lo decía de verdad, yo también te buscaba a ti y pasaré el resto de mi vida demostrándote lo mucho que te quiero. No importa cuántos universos existan, en cada uno de ellos eres y serás siempre la mujer de mi vida, la que me completa y a la que amaré por toda la eternidad.

Epílogo

Dos años después

Brianna colocó los cubiertos mientras Kailen ponía los platos y Roger acercaba el asado que Ashlyn les había preparado.

—Gracias por vuestra ayuda. Así da gusto tener invitados, no me dejáis hacer nada —bromeó Ashlyn.

Los cuatro se sentaron alrededor de la mesa y, aunque Ashlyn insistió en que por lo menos la dejaran servir, el padre de Brianna dijo que era su obligación trinchar el pavo por ser el de más edad en la mesa. Ashlyn se rindió y le pasó el cuchillo con una sonrisa. Roger y ella habían iniciado una bonita amistad al descubrir cuando se conocieron que tenían, aparte de dos hijos enamorados, mucho en común. De vez en cuando quedaban para hacer cosas todos juntos.

Kailen y Brianna no volvieron a separarse después de todo lo que les había ocurrido; al poco tiempo, se fueron a vivir juntos. Ahora, comiendo con las personas a las que más amaba, Brianna se sintió dichosa. Miró a Kailen, que bromeaba con su padre, y se dio cuenta de lo afortunados que habían sido al encontrarse. Cuanto más lo conocía, más se enamoraba de él. La hacía reír, la escuchaba, les gustaban las mismas cosas, pero lo más importante era que se sentía amada. Toda esa desconfianza que existía entre ellos quedó atrás y, aunque en ocasiones salía a flote el fuerte carácter de los dos, siempre encontraban cómo solucionar los problemas.

Después de reformar la librería, Rosse y él volvieron a trabajar juntos, mientras que ella siguió con su labor de correctora. De vez en cuando hacían alguna escapada en las que Kailen, a través del telescopio, le mostraba el maravilloso mundo de las estrellas; ya habían observado varios planetas. Uno de los que más le llamaron la atención fue Saturno, le pareció increíble ver sus anillos y conocer que estaban formados en su mayoría por agua helada. Le encantaba escuchar todas las explicaciones que le daba Kailen, le parecía

fascinante, le gustaba ver la pasión que se reflejaba en su rostro al contarle detalles como que se tardaba tres o cuatros días en llegar a la Luna y de seis a nueve meses en llegar a Marte.

—Un día como hoy fue visible la hermosa aurora boreal rojiza —dijo Ashlyn, interrumpiendo sus pensamientos.

Hacía justo dos años de aquella noche en la que vieron a su familia; a partir de ese momento las visiones, las imágenes y los sueños habían desaparecido. Desde ese día decidieron darse una tregua; después de tantas locuras y tanto estrés, apenas hablaron sobre ello.

Brianna y Kailen se miraron con complicidad. Sus padres sabían todo lo que había ocurrido aquella noche.

—Todavía me parece increíble lo que nos contasteis —confesó Roger.

Brianna aún recordaba la cara de su padre cuando le contó lo sucedido. En un primer momento había intentado buscarle el lado racional hasta que se rindió a lo evidente, como les pasó a ellos.

—Siempre me quedarán varias dudas de las que nunca obtendré respuestas —dijo Kailen mientras cogía la ensaladera y se ponía un poco en el plato.

Ashlyn llevaba varios días insistiendo en que quería quedar con ellos ese mismo día. Kailen y Brianna tenían planeado irse de acampada y dormir en el gran árbol. Ya lo habían hecho también el año anterior, en el que aprovecharon para visitar a Grace y a Shannon para darles las gracias y ponerlas al día. Ese año decidieron que irían después de comer, así les daría tiempo a todo.

—¿Qué dudas tienes? —preguntó Ashlyn.

—¿Quiénes son esas personas de las que hablaba Ryan? ¿Cómo saben quién pertenece a los Nádúr? ¿Por qué nosotros nos llamamos igual que en el pasado?

—Vaya, veo que tienes muchas dudas, y creo que puedo resolverlas —dijo ella, que estaba de pie repartiendo los platos con el pavo que iba cortando Roger.

Brianna soltó el tenedor en el plato, sorprendida por lo que acababa de escuchar.

—¿De qué estás hablando, mamá? —dijo Kailen asombrado.

—Creo que ha llegado el momento de aclarar algunas cosas. —Se sentó mientras todos la miraban con la boca abierta—. Preguntas quiénes somos…

—¿Cómo que «somos»? ¿Eres uno de ellos? —la interrumpió

Kailen, visiblemente sorprendido.

—Bueno, cariño, si me dejas lo explico. En realidad, estamos en todas partes, hospitales, colegios, universidades, empresas… Hay miembros en todas las profesiones: odontólogos, médicos, trabajadores de la construcción; en fin, en realidad, en cualquier profesión. Vivimos una vida de lo más normal, solo que estamos atentos a las señales. Nos conocemos entre nosotros porque todos tenemos familia descendiente de los Nádúr.

—¿Y por qué sabéis que esas personas y no otras descienden de los Nádúr? —preguntó Brianna.

—Porque todos tienen marcas parecidas a las vuestras.

Kailen resopló.

—¿Por qué no me habías dicho nada de todo esto cuando te lo conté? —Se pasó la mano por el pelo, alterado—. Sabes perfectamente lo que he vivido desde niño, lo angustiado que he estado, ¿y nunca durante este tiempo se te ha ocurrido decirme nada?

Estaba enfadado y no podía disimularlo.

—No te enojes, hijo. Perdona que te lo diga, pero parece que no hayas aprendido nada. Las cosas se dan cada una en su momento, teníais que ser vosotros mismos quienes descubrierais la verdad. Además, sabía que no estabais en peligro. —Se metió un trozo de pavo en la boca y bebió con tranquilidad un poco de agua—. Deberíais saber que todo tenía que seguir su curso, necesitaba fluir; si no, es muy probable que el resultado hubiera sido distinto.

Kailen, nervioso, no dejaba de dar golpecitos en el suelo con el pie.

—¡No me lo puedo creer! —dijo, molesto.

Brianna lo tocó en el brazo para intentar calmarlo.

—¿Y los nombres? —preguntó ella a la vez que miraba a su padre —. ¿Tú sabías algo de esto?

Él mostró las palmas de las manos mientras negaba con la cabeza de manera enérgica.

—No, de verdad. Tu nombre aparecía en el registro como Mary B. Cuando escribías tu nombre en la escuela o incluso en el orfanato, siempre decías que te llamabas Mary Brianna; pero llegó un momento en el que solo querías que te llamasen Brianna. Por eso, cuando te adopté, puse ese nombre en primer lugar. Nunca supe por qué te querías llamar así.

—Yo tampoco —murmuró—. ¿Y Kailen? —preguntó Brianna a Ashlyn, ya que él seguía molesto con su madre.

Hubo un silencio en el que solo se escuchó el sonido de los cubiertos al chocar con los platos. Todos comían, excepto Kailen, que continuaba mirando serio a su madre; la conversación había hecho que perdiera el apetito.

—Uno de los nuestros trabajaba en el orfanato donde te adopté —dijo Ashlyn—. Enseguida vio tu marca, por lo que supo que eras descendiente de los Nádúr; a todos ellos se los suele vigilar. Yo quería ser madre —posó la mano en la de él—, y justo se presentó esa ocasión. En cuanto te vi, supe que serías mi hijo y, en ese preciso momento, tu nombre vino a mí. Algunos padres saben el nombre de sus hijos antes de nacer; otros, al verlos. Eso último es lo que me pasó.

—Si me lo hubieras dicho, habría sido más fácil. No sabía de dónde me venían las imágenes, los dibujos estando sonámbulo. Mamá, he llegado a pensar que estaba loco —contestó más tranquilo.

—Si ahora eres como eres, es gracias a que poco a poco te forjaste con eso a tus espaldas. No creas que no fue duro, ¿piensas que para mí fue fácil no contártelo? Cada noche que te despertabas asustado al darte cuenta de que estabas dibujando, tenía que luchar para no explicarte qué te ocurría. Como te digo, todo lleva su orden, y no ayudaba que tampoco fueras un niño que creyese en la magia.

Kailen asintió, sabía que tenía razón. Lo importante era el amor que siempre le había dado, junto a ella fue feliz, estuvo en todo momento para él tratándolo con paciencia y cariño. Eso era lo que de verdad valía la pena.

—Anda, no seas orgulloso y dale un beso a tu madre.

A él se le formó una medio sonrisa en los labios, ya tendrían tiempo de hablar de eso. Se levantó a la vez que lo hacía ella y se abrazaron.

—Gracias por cuidar de mí, mamá, no podía haber tenido una mejor madre.

—Ay, hijo, que me vas a hacer llorar.

—¡Vamos a brindar! —dijo Roger.

Todos levantaron sus copas.

—*¡¡Sláinte!!*

***

Brianna comenzó a correr campo a través rodeada de un gran estruendo por la lucha de los guerreros que cruzaban sus espadas peleando por sus vidas. Pero no le importó, tenía que llegar hasta

donde estaba Kailen, debía alcanzarlo antes de que lo hiciera William. Volvió a mirarlo y se detuvo bruscamente. Cowen estaba a un lado, un poco alejado de la batalla y una mujer le hablaba sujetándolo del brazo sin dejar que se fuera. Entrecerró los ojos y reconoció a Ingrid. Sea lo que fuera lo que le estaba diciendo, parecía importante y el rostro del jefe iba cambiando de perplejo a furioso. La cogió con suavidad del brazo y llamó a uno de sus hombres para que se la llevase, Brianna pensó que sería para protegerla de la batalla. Segundos después, Cowen se giró buscando algo o a alguien hasta que lo encontró. Su objetivo era William, incluso desde esa distancia pudo ver cómo apretaba el puño al tiempo que iba dando grandes zancadas en su dirección.

William no había visto cómo Cowen se acercaba porque este había encontrado otro objetivo, una persona a la que odiaba aún más que a Kailen: a ella. La miraba fijamente con tanto odio y rencor que un escalofrío de temor la atravesó, el frío de sus ojos traspasó el espacio que los separaba y penetró en su pecho. Lo vio agacharse y coger una lanza del suelo. El tiempo se paró para ella y el estruendo que había a su alrededor se perdió en su terror. Solo podía escuchar su nombre, alguien la llamaba a gritos. Era Kailen, que se dirigía hacia ella gritando con la espada en la mano. Algo en el fondo de su ser la instó para que corriera, pero era incapaz de moverse. Cuando Kailen la alcanzó, en vez del calor de sus brazos, sintió el frío del acero clavarse en su pecho. Un dolor agudo y hondo le abrió las entrañas mientras él permanecía quieto delante de su rostro, con los ojos muy abiertos. Como si se hubiera separado de su cuerpo y sobrevolase por encima de ellos, vio la escena que la rodeaba. Kailen estaba junto a ella, tan cerca que sus labios podían rozarse, y ambos estaban atravesados por una lanza. Se había puesto delante para intentar salvarla. William sonreía, porque en un golpe de suerte no solo había conseguido acabar con ella, sino también con Kailen.

Aunque su sonrisa duró poco. Cuando Cowen lo alcanzó, lo vio gritar furioso mientras que William negaba con la cabeza y le mostraba las palmas de las manos intentando hacerlo entrar en razón, pero no lo consiguió. Cowen le lanzó una espada a la mano para que no estuviera indefenso, quería luchar contra él en igualdad de condiciones. William apenas pudo hacer nada, en pocos golpes, Cowen logró clavarle la espalda en el costado. Cayó de rodillas pidiendo clemencia, clemencia que el jefe del clan no estaba dispuesto a

otorgarle. Le sacó la espada del costado y le perforó el hombro, la volvió a sacar y la hundió en su abdomen. Traspasó su carne una y otra vez hasta que la sangre le brotó por la boca. Brianna vio la desesperación de William, las lágrimas en sus ojos que suplicaban por ser perdonado, pero nada de esto conmovía al jefe. Ella por fin comprendió de dónde venía la ira que se había apoderado de Cowen cuando escuchó sus palabras: «Por mi hijo», y después le cortó la cabeza, que rodó por el campo de batalla.

Brianna miró hacia el cielo, una luz se iluminó, intensa y brillante. Sus manos, ahora débiles, dejaron caer la espada, y las piernas se le doblaron, desplomándose al mismo tiempo que lo hacía Kailen. Como si se tratase de magia, escuchó cómo el latido de su corazón iba cada vez más lento, juraría que sonaba al unísono con el de Kailen. Pum, pum, pum, pum… Luz… Pum, pum, pum… Frío… Pum, pum… Sus labios… Pum… Oscuridad.

A lo lejos, un punto de luz comenzó a abrirse despacio y de él surgió una etérea figura. Brianna supo al instante quién era, emanaba un amor tan grande como el que solo una madre puede transmitir. Era ella, envuelta en un halo de luz, y estaba preciosa.

—Eres una auténtica Nádúr, hija mía.

Los ojos de su madre la miraban con ternura, con el mismo amor con el que lo hacía cuando era una niña, aquella niña por la que dio la vida.

—Mamá… —susurró Brianna.

La claridad los envolvió a los tres y a Brianna le pareció flotar como si burlara la ley de la gravedad porque, arropada por la extraña luz, no había ni cielo ni tierra. Arriba y abajo se convirtieron en conceptos imposibles, lo único real era la luz blanca que acompañaba a su madre.

—No te imaginas lo orgullosa que estoy de ti. Me emociona ver en la gran mujer en la que te has convertido, es lo que toda madre desea de sus hijos.

—Estuviste conmigo todo este tiempo —dijo Brianna.

—Te dije que, en los momentos más duros, en los momentos de tristeza, de felicidad, siempre estaría a tu lado; porque siempre te guiaría, aunque estuviera lejos de ti.

—Cuando ya no podía seguir, cuando me sentía tan sola que pensaba que ya nunca me podría levantar, percibía esa pequeña luz en mi corazón y me daba esa fuerza para continuar. Tu fuerza.

—El amor, Brianna, es un sentimiento que mueve el mundo y a todo lo que hay más allá de él. Nunca sabremos si fue el universo el que decidió daros una nueva oportunidad porque no era vuestro momento o si sois tan especiales que, al detenerse vuestro corazón en la misma milésima de segundo, abristeis un portal que provocó todo esto. Sea como sea, vuestro amor rompió todas las barreras.

El hoy y el ayer se estaban confundiendo, se convirtió en el mismo hilo y Brianna quiso tocar a su madre, pero igual que sucedió con su tía dos años atrás, no pudo hacerlo, aunque esa vez sabía que era un sueño y a la vez estaba segura de que lo que estaba ocurriendo era real.

—Kailen, gracias por cumplir tu promesa —dijo su madre.

Él miró hacia abajo, sin enfrentar su mirada.

—Hubiera querido salvarte a ti también, lo siento, pero no pude.

—No te sientas mal, eras solo un niño y aun así hiciste lo que era necesario. El cuidar de mi hija, protegerla, ese ha sido el mayor regalo por tu parte. Has conseguido que te entregue su corazón y eso la ha vuelto a salvar.

Kailen asintió mientras el cuerpo de ella se iba alejando.

—Mi mayor alegría es ver tu felicidad. Te seguiré observando desde las estrellas. Te quiero, mi niña.

—Siempre estarás conmigo —contestó Brianna—. Las personas solo mueren cuando se las olvida, yo nunca lo haré. Te quiero, mamá, nunca dejaré de necesitarte.

***

Ambos abrieron los ojos al mismo tiempo, estaban uno frente al otro durmiendo en la tienda de campaña cerca del árbol. Brianna se sintió en paz, tranquila, ver a su madre había mitigado cualquier pequeña oscuridad que permaneciera oculta en su interior. De pronto, recordó que lo que había creído durante tanto tiempo nunca fue real.

—Dios mío —susurró, acariciando el rostro de Kailen—. Siempre he pensado que fuiste tú el que acabó conmigo, y lo que hiciste fue salvarme. Otra vez.

Se incorporó mientras una lágrima caía por su rostro.

—No llores —dijo él mientras le acariciaba el hombro—. El ver lo que realmente sucedió es lo mejor que me ha pasado. Aunque tú me perdonaste, yo nunca lo hice, ni por un segundo me ha abandonado la

angustia que me produjo enterarme de que había sido el responsable de tu muerte. Ahora sé que no fue así, que Kailen te amó tanto como yo lo hago.

—Pero durante todo este tiempo te culpé, te odié por algo que no hiciste.

—¿No te das cuenta de que me perdonaste hace dos años, de que todo eso ya quedó atrás? ¿Que incluso estuviste dispuesta a dar tu vida por mí? No, Brianna, basta de culpas, la culpabilidad solo nos paraliza, no nos deja seguir adelante. Las decisiones que tomamos en la vida nos llevan por uno u otro camino, y a mí me llevó hasta ti, hasta este preciso momento.

—¿Puede el amor viajar en el tiempo y curar un corazón roto? —preguntó Brianna—. Escuché esa frase hace tiempo y nunca la he podido olvidar, como si de alguna forma esa pregunta me la estuviera haciendo a mí misma. Ahora lo entiendo. Así es como me sentía hasta que volvimos a encontrarnos, y ya sé la respuesta. Sí. Tú me has salvado en tantos sentidos que no sé cómo podré agradecértelo.

Brianna se acercó a su rostro y lo besó en los labios. Él le acarició la mejilla y la miró con tanto amor que el corazón se le aceleró.

—Vamos fuera, ya está amaneciendo, puede que ya se vea —dijo él mientras cogía algo de la mochila y se lo guardaba en la mano.

Salieron de la tienda de campaña y observaron al cielo buscando algo.

—Ahí está —señaló Brianna.

A lo lejos, en el horizonte, se veía un bello cometa, perfectamente nítido gracias a los rayos del sol que desde fuera de la Tierra lo iluminaban.

—Es precioso —dijo entusiasmada.

—Tú sí que lo eres.

Sin dejar de mirarla, casi venerándola con su mirada, la cogió de la cintura y besó sus labios. Un beso tierno que poco a poco se hizo más pasional e intenso.

—¡Para! —dijo ella sonriendo.

—En cuanto nos cansemos de ver el cometa, lo siguiente que quiero ver es tu cuerpo desnudo. —Le guiñó el ojo—. Abre la mano.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Ábrela.

Al hacerlo, él dejó en su palma dos semillas.

—¿Y esto? —preguntó, confusa.

—Son dos girasoles. Quiero que los plantemos juntos y, como ellos, sigamos la luz del sol y nunca dejemos de mirarnos el uno al otro en los días nublados.

Brianna se emocionó.

—Creo que te falta algo.

Kailen frunció el ceño sin comprender.

—Tendremos que plantar otra —le cogió la mano y se la llevó a su vientre—, porque ya hay una semilla creciendo dentro de mí y en unos meses seremos tres.

Vio la emoción de él en sus ojos, se había quedado sin palabras. La cogió en brazos y giró con ella mientras una inmensa sonrisa iluminaba su rostro.

—¡Bájame, que me mareo!

Él lo hizo y la besó.

—Eres la mujer de mi vida, Brianna, de esta y de todas las que el destino quiera darnos. Eres la única a la que seguiría a cualquier otro mundo, a cualquier parte del universo, ya sea este u otros. Eres la estrella que me guía y me completa, la luz que me mantendrá vivo por el resto de los días.

FIN

Nota de la autora

Esta novela está llena de casualidades o debería decir causalidades. Mientras la escribía, me sucedieron muchas cosas. Si dudaba de algo o me preguntaba si podía hacer una u otra cosa, aparecían las respuestas, incluso a veces sin buscarlas. No puedo poner todo lo que me fue ocurriendo, pero una de ellas ha sido el nacimiento de nuestra nena y su nombre, Brianna. Después de muchos años intentando ser padres, la magia ocurrió y me quedé embarazada.

Mi madre, sin saber que Brianna era el nombre de la protagonista que estaba escribiendo y la cual iba a dedicarle, me dijo un día por casualidad que le gustaba mucho. Elegí ese nombre porque era irlandés y significaba «mujer de gran nobleza y fortaleza». Al comprobar más datos, me sorprendí: su santo era el día que me habían dicho que salía de cuentas, el 23 de abril, el Día del Libro. Y ella, en honor a su mami escritora, nació ese día. Eres nuestra *sunflower*.

Siempre me ha llamado la atención nuestro universo, ese mar infinito de oscuridad rodeado de estrellas, planetas, galaxias y tantas cosas que seguro desconocemos. Cuanto más descubrimos sobre él, más nos damos cuenta de lo poco que lo dominamos, lo mucho que nos basamos en teorías que por ahora no podemos demostrar. Solo en nuestra galaxia, si todas las estrellas de la Vía Láctea tuvieran nombre, se necesitarían cuatro mil años para decirlos todos, sin detenerse y uno por segundo.

Esta novela es fruto de mi imaginación, pero quería que no solo fuera ficción, por lo que he ido mezclando sucesos reales con la fantasía de la historia. Las fechas que indico son momentos reales en los que esos sucesos ocurrieron:

La **Nebulosa del Cangrejo** son los restos de la explosión de una

supernova a 6.500 años luz de la Tierra, en la constelación de Tauro. Se cree que era sesenta veces más masiva que nuestro Sol. En el corazón de la nebulosa se pueden ver dos estrellas.

Fue vista en 1054 d. C. por astrónomos chinos y era cuatro veces más brillante que Venus, se pudo ver a la luz del día en distintos lugares de la Tierra durante veintitrés días y unos dos años en el cielo nocturno. Este acontecimiento incluso se sabe que pudo haber ocurrido sobre el 4 o 5 de julio.

En 2011 se produjo una gran llamarada cósmica, la explosión fue vista durante seis días. Los científicos creen que las emisiones de alta energía que desprende, como la de ese año, se deben a reordenamientos súbitos del campo magnético no lejos de la estrella de neutrones, pero los intentos de localizarlos con mayor precisión no han tenido éxito, por lo que sigue siendo un misterio dónde ocurre exactamente.

Siempre ha sido un gran enigma para los científicos que la siguen muy de cerca y es una de las más estudiadas dentro de la Astronomía.

El **Sol** tiene unos 4600 millones de años. Cada segundo, su núcleo libera el equivalente a cien millones de bombas nucleares. Si la energía que el Sol produce en un solo segundo pudiera almacenarse, se podría satisfacer el actual consumo energético de los Estados Unidos durante los próximos nueve millones de años. Está a una distancia de nosotros de cinto cincuenta millones de kilómetros y apenas nos llega una milmillonésima parte de su energía, que es suficiente para sustentar la vida en nuestro planeta.

Todos los acontecimientos que indico también son reales, incluso la Pequeña Edad de Hielo que se produjo entre los años 1645-1715.

En **1938** se dio lo que dicen que fue unos de los acontecimientos astronómicos más inolvidables, se produjo una gran tormenta solar y, como consecuencia, se vio una gran aurora boreal rojiza en latitudes donde no suelen ser vistas. La mayoría de la gente de muchas partes del mundo pensaron que se estaba produciendo un gran incendio. Otros pensaban que era el Apocalipsis. En España, en plena Guerra Civil, logró que todo se detuviera al no saber qué era lo que estaba ocurriendo. En **1989** se produjo otra gran tormenta solar que dio paso a una aurora boreal rojiza, también en latitudes donde no suelen ser vistas.

Stephen Hawking antes de morir dijo que, si se pudieran detectar ondas gravitacionales del Big Bang, podría ser un indicativo de que los

multiversos existen.

En conclusión, he unido el misterio y la atracción que siento por nuestro cosmos con la historia de esta novela. Como decía Carl Sagan: «Solo somos un pequeño grano de arena en la orilla del océano cósmico».

Creo que todos tenemos dentro de nosotros un poco de Brianna y de Kailen. A veces te gustaría creer que no todo son casualidades, que las cosas pasan por algo, para después pensar que no hay nada más, que las causalidades no existen. En mi caso, cuando estaba escribiendo esta novela y me documentaba, os puedo asegurar que me pasaron algunas de ellas, como si todo encajara.

Me gusta creer que la magia existe, la vemos todos los días. No hay nada como la sonrisa de un anciano viendo a sus nietos, los abrazos de un niño a sus padres cuando hace tiempo que no los ve. El cariño de entrelazar la mano incluso con desconocidos que están ahí para ayudarte. La solidaridad, la empatía es lo que nos hace felices, ayudar a los demás, nuestra estabilidad es la del mundo entero. El amor es un sentimiento tan real, tan verdadero que alimenta y nutre a nuestra naturaleza, a nosotros y al mismo universo.

«Cada acción que hagas con el corazón, tendrá ecos en todo el Universo».